

STEFAN HERTMANS

Guerra y trementina



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

GUERRA Y TREMENTINA

STEFAN HERTMANS



ANAGRAMA

Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Oorlog en Terpentijn

Edición en formato digital: abril de 2018

© de la traducción, Gonzalo Fernández Gómez, 2018

© Stefan Hertmans, 2013

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3946-3

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

A mi padre

Es como si los días, cual ángeles de oro y azul, planearan inasequibles sobre
la espiral de la destrucción.

E. M. REMARQUE

I

El recuerdo más lejano que conservo de mi abuelo es una escena en la playa de Ostende. En aquel momento tiene sesenta y seis años. Va impecablemente vestido con un traje negro azulado. Para disponer de un sitio donde sentarse con cierta comodidad junto a su mujer, acaba de hacer un hoyo poco profundo con la pala azul de su nieto, aplastando la arena de los bordes y levantando por detrás una pequeña barrera contra el viento de agosto que viene del interior y sopla hacia la línea en retroceso del mar bajo un cielo con apenas algunos hilachos de niebla dispersos en lo más alto. Se han quitado los zapatos y los calcetines y disfrutan del frescor húmedo de las capas inferiores de arena moviendo ligeramente los dedos de los pies, un comportamiento que a los ojos de un niño de seis años resulta de una frivolidad chocante en aquellas dos personas siempre vestidas de negro, gris o azul marino. A pesar del calor, mi abuelo no se ha quitado ni siquiera el borsalino negro con el que se cubre la cabeza casi completamente calva. Debajo de la chaqueta lleva una camisa blanca impoluta que mantiene cerrada con su sempiterna pajarita negra, una pajarita más grande de lo normal y de la que, además, cuelgan dos anchas tiras de tela, de tal modo que, desde cierta distancia, parece que lleva atada al cuello la silueta de un ángel negro con las alas desplegadas. Mi propia madre le confeccionaba aquellas peculiares pajaritas siguiendo sus instrucciones. En los muchos años que vivió, no recuerdo haber visto nunca a mi abuelo sin una pajarita de esas con dos tiras como los faldones de un chaqué. Debía de tener decenas de ellas. Yo todavía conservo aquí una entre mis libros, como una reliquia de un pasado remoto ya definitivamente perdido.

Al cabo de media hora, sin embargo, se acaba quitando la chaqueta. A continuación se desabrocha los gemelos dorados, se los guarda en el bolsillo del pecho y se remanga la camisa, o mejor dicho, se sube las mangas con sumo cuidado hasta justo debajo del codo dándole dos vueltas de idéntica anchura al puño almidonado. Sentado con la chaqueta perfectamente doblada

sobre su brazo izquierdo, con el forro brillando a la luz del mediodía, parece que estuviera posando para un retrato impresionista con la mirada perdida en el lejano ajeteo de niños salpicándose y dando chillidos, hombres y mujeres disfrutando de su día libre, persiguiéndose, gritando y riendo como si hubieran vuelto a la infancia. La escena que se le ofrece a la vista podría describirse como un cuadro vivo de James Ensor, aunque él detesta el trabajo de ese blasfemo hijo de Ostende con nombre inglés. En el neerlandés arcaico de mi abuelo, Ensor es un *klakpotter*,^[1] un pintamonas, epíteto que, junto a *klepsjizen*^[2] (obreros catavinos) y *kroelkesvolk*^[3] (la chusma), es el mayor insulto que puede dedicarle él a alguien. Unos pintamonas, eso es lo que son los pintores de hoy en día. Ya no saben nada del fino arte de la pintura realista, ignoran las sutilezas de lo que antes era un oficio noble. Ahora pintan de cualquier manera, sin respetar las leyes de la anatomía, no mezclan nunca sus propias pinturas, usan la trementina como si fuera agua, no conocen los secretos de los pigmentos triturados a mano ni del aceite fino de linaza y ni siquiera saben cómo se aplica una veladura o cómo se espolvorea un secante. Así, a quién puede extrañarle que ya no haya grandes pintores.

El aire empieza a venir más fresco. Mi abuelo vuelve a sacar los gemelos del bolsillo, se baja las mangas de la camisa, se abrocha los puños a la perfección, se pone la chaqueta y, con mucho tiento, ayuda a su mujer a colocarse la mantilla negra de encaje sobre el pelo gris oscuro recogido en un moño que parece una piedra bruñida. «Vamos, Gabrielle», dice. Se ponen en pie y, con los zapatos en la mano, inician el ascenso hacia el paseo caminando con cierta dificultad, él con el pantalón todavía remangado quince o veinte centímetros, ella con las medias negras metidas en los zapatos: cuatro pantorrillas blanquecinas bajo dos figuras negras avanzando de forma lenta y acompasada en dirección a las escaleras de granito que conducen a lo alto del dique. Una vez arriba se sentarán en el primer banco libre que encuentren a sacudirse la arena y limpiarse exhaustivamente sus pies de alabastro, se pondrán los calcetines, se calzarán y se atarán los cordones, a los que ellos todavía se referían como *rijgkoorden*, otro ejemplo de neerlandés obsoleto.

Yo, mientras tanto, en vista de que mi laberinto de túneles se ha derrumbado bajo el peso de mis canicas de piedra —mis queridos *bolones*—

y que, además, estoy empezando a tiritar, he ido a buscar la protección de mi madre. «Ya está subiendo la marea», dice ella mientras me frota para darme calor. A nuestra espalda, por encima del dique, asoman en el cielo los primeros cúmulos. Las dunas parecen grandes cabezas con el pelo revuelto por el viento, gigantes de color arena que se preparan para hacer frente a la inminente noche.

Mi abuelo ya tiene en la mano su bastón de madera de olmo barnizada y espera un tanto impaciente a que llegemos al paseo. En cuanto volvemos a reunirnos con ellos, se pone otra vez en marcha. Es un hombre relativamente bajo —un metro sesenta y ocho, dice él mismo con frecuencia—, pero allá donde va, la gente se aparta para abrirle paso. Con la cabeza bien alta, los botines negros relucientes, el pantalón planchado con raya, su taciturna mujer colgada del brazo y el bastón en la otra mano, nos va marcando el camino con cierta impaciencia, mirando hacia atrás de vez en cuando para decirnos que vamos a perder el tren si seguimos andando a ese ritmo. Camina como un militar retirado, apoyando siempre primero la bola del pie en vez de golpear el suelo toscamente con el talón. Así camina desde hace más de medio siglo. En ese punto, mi abuelo se desvanece de alguna forma de mi memoria y yo, abrumado por la repentina luminosidad de esta escena remota, me siento tan cansado que podría quedarme dormido en el sitio.

*

Sin ninguna transición, la siguiente imagen que tengo de él es la de un hombre llorando en silencio. Está sentado frente a la mesita que utilizaba para pintar y escribir, con su blusón gris y su sombrero negro. La luz ambarina de la mañana entra a través de un ventanuco enmarcado por una parra. En la mano tiene una de las muchas reproducciones que solía recortar de libros de arte para hacer copias (las clavaba en una tablita que sujetaba luego a su paleta con dos pinzas de madera); la reproducción queda fuera de mi vista, pero no las lágrimas que derraman sus ojos ni el movimiento de sus labios mascullando algo inaudible. Me he detenido en el último de los tres peldaños que conducen a su habitación. Iba a contarle que he encontrado el esqueleto de una rata enterrado en el jardín, pero me retiro rápidamente, sin hacer ruido.

La moqueta de la escalera amortigua mis pasos. Al salir, vuelvo a cerrar su puerta. Más tarde, cuando baja a tomar café, subo otra vez sigilosamente y encuentro la reproducción encima de su mesa. Es un cuadro de una mujer desnuda con la espalda vuelta hacia el espectador, una joven esbelta con el pelo oscuro tumbada en una especie de diván o cama con una cortina roja al fondo. Un cupido con una cinta azul cruzada sobre el pecho sujeta ante ella un espejo en el que se refleja el rostro sereno y pensativo de la muchacha. Pero los elementos más prominentes son su espalda delgada y sus turgentes nalgas. Mi mirada se desplaza hacia sus delicados hombros, se detiene brevemente en los pelillos rizados de su cuello y regresa de nuevo a su *derrière*, vuelto de forma casi obscena hacia el espectador. Asustado, dejo la reproducción en su sitio y bajo a la cocina, donde mi abuelo está cantándole a mi madre una canción en francés que recuerda de la guerra.



*

Sus historias de la Primera Guerra Mundial fueron una constante pertinaz a lo largo de mi infancia. Siempre la guerra. Confusos actos heroicos en barrizales bajo una lluvia de bombas, estruendo de fusiles, gritos de sombras en la oscuridad, órdenes bramadas en francés..., todo ello narrado con gran sentido del dramatismo desde su mecedora. Y siempre había alambre de espino, *shrapnells* volando por todas partes, metralletas atronando

machaconamente, bengalas trazando amplios arcos en el cielo por la noche, morteros y obuses lanzando proyectiles, miles de bombas y granadas. Mis tías bebían su té a sorbitos asintiendo con boba admiración y yo lo único que sacaba en claro era que mi abuelo debía de haber sido un héroe en tiempos para mí tan remotos como la Edad Media aquella de la que me hablaban en el colegio. Aunque para mí él era un héroe de todas formas, porque me daba clases de esgrima, me afilaba la navaja y me enseñaba a dibujar nubes difuminando con una goma manchas creadas con un trozo de madera quemada sacado de la chimenea o a representar las miles de hojas de la copa de un árbol sin necesidad de pintarlas todas, ilusión en la que según él residía el verdadero secreto del arte.

Pero sus historias no hacía falta que me esforzara en recordarlas, porque siempre volvía a contarlas. En su repertorio había también estrafalarias anécdotas sobre el mundo del arte y los artistas. Yo ya sabía, por ejemplo, que si Beethoven había trabajado de forma tan obsesiva en su novena sinfonía durante la última etapa de su vida, era porque se había quedado sordo. Pero un día mi abuelo añadió a esa historia la turbadora información de que ni siquiera se tomaba la molestia de ir al excusado cuando estaba trabajando y «hacía de vientre junto al piano», de modo que, cito literalmente, «compuso ese himno sobre la hermandad de todos los hombres junto a un montón de estiércol». Después de oír aquello, yo me imaginaba al gran compositor sordo en un interior vienés de capiteles dorados, con su exuberante peluca, sus polainas y sus galochas, sentado junto a una pirámide de excrementos de varios metros de altura, y cada vez que sonaba el soberbio *adagio* de su *Pastoral* en uno de aquellos largos y aburridos domingos que mis padres y mis abuelos pasaban adormilados junto a la radio en el sofá con tapizado marrón de flores, veía una montaña de mierda junto a una espineta perfectamente lacada, mientras, entre clarinetes y violines, sonaba la llamada del cuco en los bosques de Viena. Mi abuelo escuchaba la pieza con los ojos cerrados, pues su profundo respeto al mito del genio romántico, en el cual creía religiosamente, no le permitía exponer su mirada a la vulgaridad cotidiana de su familia durante un momento tan sublime como aquel. Muchos años después caí en la cuenta de que él mismo había vivido durante aproximadamente un año y medio junto a un montón de estiércol humano en

las abominables trincheras, donde quien osaba asomarse un poco para ir a vaciar el vientre a otro sitio recibía al instante un disparo en la cabeza. Y, así, justo aquello que quería olvidar volvía a él en retazos de pequeñas historias y detalles absurdos que, ya trataran del cielo o del infierno, eran las piezas de las que yo disponía para componer el rompecabezas de su vida y tratar de entender de alguna manera el conflicto que definió su existencia: la lucha continua entre lo sublime, que era lo que más anhelaba, y sus recuerdos de muerte y destrucción, que no dejaban de atormentarlo.

*

Para estar en casa, mi abuelo se ponía siempre el mismo tipo de blusón encima de su camisa blanca y su pajarita, una especie de guardapolvos corto de color blanco o gris claro con la longitud aproximada de una de esas batas antiguas de tres cuartos. Por mucho que mi madre o la suya lavaran o metieran en agua hirviendo aquellos sencillos blusones de algodón —que él, sin embargo, sabía vestir con cierta elegancia—, no había forma de sacarles las abigarradas manchas que creaban una intrigante composición aleatoria de restos de pintura al óleo y huellas de dedos de todos los colores del arcoíris, un caprichoso grafiti como producto residual de su verdadera pasión.

Esa pasión —a la que pudo dedicarse por entero a partir de los cuarenta y cinco años, cuando empezó a recibir su pensión anticipada como inválido de guerra— consistía en pintar por placer. Su pequeña habitación, donde pasaba un día sí y otro también junto a la pequeña ventana, olía a aceite de linaza, trementina, lienzo y pintura al óleo, e incluso se percibía el olor de los grandes trozos de goma de borrar cortados a medida con un cuchillo, una mezcla única de esencias que definía su espacio personal, resultado de interminables horas trabajando en silencio, afanándose infructuosamente en seguir los pasos de los grandes maestros. Era un copista virtuoso. Conocía todos los secretos de los viejos materiales y preparados químicos usados y transmitidos por los maestros de la pintura desde el Renacimiento. Después de la guerra, a pesar de la insistencia con que se lo había desaconsejado su difunto padre, que había sido pintor de frescos en iglesias y capillas, se apuntó a unas clases nocturnas de dibujo y pintura en su ciudad natal. En

aquella época todavía tenía un duro trabajo físico por el día, pero él perseveró, y cuando ya había superado la edad habitual de casarse obtuvo su diploma de «aptitud en pintura artística y dibujo anatómico».

Desde su ventana se veía un meandro del Escalda rodeado de extensos prados con vacas perezosas. Por la mañana iban y venían lentas chalanas de fondo bajo y por la tarde abandonaban la ciudad barcos más altos y rápidos con las bodegas vacías. En infinidad de ocasiones pintó aquel panorama, cada vez con condiciones de luz distintas, con otros tonos, en otros momentos del día, otras estaciones, otros ambientes. Pintó con minucioso realismo todas y cada una de las hojas de la parra roja de su ventanuco (por lo visto había excepciones a la gran ley de la ilusión artística), y cuando copiaba un detalle de Tiziano o de Rubens era un maestro en el ejercicio de la paciencia y el bosquejo firme con carboncillo o grafito. Conocía los arcanos de la mezcla de colores y la disolución de pigmentos, y sabía exactamente cuánto tiempo debe reposar la primera capa antes de aplicar una segunda para crear un efecto de profundidad y transparencia, el segundo gran secreto de los muchos que tiene el arte.

Sentía especial predilección por las copas de los árboles, las nubes y los pliegues de los tejidos. En esos elementos informes podía dar rienda suelta a su creatividad, soñar despierto en un mundo de luces y sombras, nubes de óleo solidificado y claroscuros, un mundo en el que se encerraba para que nadie pudiera importunarlo, porque había algo en él —algo difícil de determinar— que estaba roto. Su amabilidad dejaba traslucir siempre cierta actitud esquiva, como si temiera que los demás se acercaran más de la cuenta por haberse mostrado demasiado cordial. Pero al mismo tiempo manifestaba una afabilidad ingenua de naturaleza noble y elevada, una candidez que constituía la esencia de su carácter alegre. Visto desde fuera, su matrimonio con Gabrielle era como un cielo sin nubes. Vivían sus días de forma sencilla, como dos viejos árboles cuyas copas se han entrelazado a lo largo de las décadas por necesidad, a causa de la escasa luz que comparten, sin más alteraciones que las causadas por la alegría aparentemente frívola de su única hija. Los días desaparecían entre los pliegues de las horas muertas. Y mi abuelo pintaba.

Aquella habitación que hacía las veces de estudio de pintura, situada en un entresuelo al que se accedía subiendo tres escalones desde un breve rellano, era también su dormitorio. Hoy en día nos resulta inconcebible lo natural que le parecía a la gente antigua disponer de poco espacio. Detrás de su mesita de trabajo, pegada a una esquina, estaba la cama. Su mujer dormía medio apoyada contra la pared, siempre bien separada de él, a pesar de lo estrecha que era la cama. Pliegues y nubes, copas de árboles y agua. Entre sus pinturas, todas ellas de marcado carácter tradicional, las mejores incluyen siempre varias manchas informes, extrañas masas abstractas que él consideraba muestras de fidelidad a la naturaleza, de su voluntad de reflejar de forma precisa el modelo que Dios revelaba ante sus ojos y que él debía ir plasmando poco a poco en su lienzo, con la paciencia monacal de su labor diaria de humilde copista. Pero aquel trabajo era también una especie de sacrificio voluntario, una forma de duelo por la pérdida demasiado prematura de su padre, Franciscus, el también humilde pintor de iglesias.

*

Durante más de treinta años tuve guardados sin abrir los cuadernos en los que mi abuelo dejó escritos sus recuerdos con su fabulosa caligrafía de antes de la guerra. Me los entregó en 1981, con noventa años de edad, pocos meses antes de su muerte. Había nacido en 1891. Casi se diría que su vida no había sido más que el baile de dos dígitos en una fecha. Pero en aquel espacio de tiempo el mundo vivió dos guerras, masacres humanas de dimensiones catastróficas, el siglo de mayor crueldad de la historia, el nacimiento y el declive del arte moderno, la expansión internacional de la industria del motor, la Guerra Fría, la aparición y el derrumbamiento de las grandes ideologías, el descubrimiento de la baquelita, la popularización del teléfono y el saxofón, la industrialización, el cine, el plástico, el jazz, la aviación civil, el viaje a la Luna, la extinción de innumerables especies animales, la primera gran catástrofe ecológica, el descubrimiento de la penicilina y los antibióticos, Mayo del 68, el primer informe del Club de Roma, la música pop, la comercialización de la píldora, la emancipación de la mujer, la aparición de la televisión, los primeros ordenadores... Ese fue el telón de fondo de su larga

vida como héroe de guerra olvidado. Una vida que, al confiarme aquellos cuadernos, me estaba pidiendo veladamente que contara. Una vida que abarca casi un siglo y que empezó en otro planeta. Un planeta de pequeños pueblos, caminos rurales, carrozas de caballos, lámparas de gas, jofainas, estampitas con oraciones y viejos aparadores, una época en que las mujeres eran ancianas a los cuarenta años y los curas, todavía con mucho poder, olían a puro y a ropa interior mohosa, un tiempo en que las jovencitas rebeldes pagaban sus atrevimientos con una temporada de encierro en un convento, un tiempo de seminarios superiores y decretos obispaes e imperiales que empezó su larga agonía cuando Gavrilo Princip, un serbio escuálido y desaliñado, hizo saltar por los aires el sugerente espejismo de la vieja Europa con un disparo ni siquiera bien dirigido, desencadenando una catástrofe que marcaría para siempre la historia y la vida de mi abuelo, un hombre corriente de escasa estatura y ojos azules.

*

Mi intención había sido siempre no empezar a leer sus memorias hasta que dispusiera de tiempo suficiente para consagrarme por entero a la tarea, pues suponía que la experiencia sería tan abrumadora que no podría reprimir el deseo de ponerme a escribir la historia de su vida inmediatamente. Es decir, tenía que esperar a que se presentara un momento en que estuviera libre, sin otra cosa en la cabeza, para poder dedicarle la atención que merecía. Pero los años fueron pasando y empezaron a acercarse los días en que, con motivo del inevitable centenario del ominoso año de 1914, habría una avalancha de libros que añadiría un nuevo dique a la ya inmensa y prácticamente inabarcable montaña de material histórico, libros tan numerosos como los sacos de arena en la llanura del Yser, libros fruto de una documentación concienzuda, novelas históricas y relatos de ficción, mientras yo, que tenía el privilegio de disponer de las memorias de mi abuelo, me comportaba como un cobarde y ni siquiera me atrevía a leer la primera página de sus cuadernos, pues sabía que al hacerlo liquidaría una parte de mi propia infancia. Pero también era consciente de que, si no me daba prisa, cuando publicara su historia los lectores se alejarían bostezando del enésimo libro

sobre la Gran Guerra de las narices. Y sin embargo no me decidía a abrir los cuadernos, aun a sabiendas de que se trataba de una crónica de valor documental extraordinario y que, por lo tanto, le correspondía ocupar un lugar en el archivo nacional de la Primera Guerra Mundial, o, dicho con otras palabras, que con mi escandalosa indolencia estaba ocultando un testimonio de primera mano que debía pertenecer al dominio público. Todo lo cual me provocaba un miedo al fracaso que me bloqueaba más aún. Y por si esto fuera poco, tras hacer un esfuerzo por recordar algunas de sus historias tal y como se las había oído contar, empecé a comprender por primera vez el verdadero significado de muchos detalles y se apoderó de mí un sentimiento de impotencia y culpa. Y, así, seguí desperdiciando años que no volverían, seguí dedicando mis afanes a otros mil asuntos distintos, dando grandes rodeos para evitar sus cuadernos, aquellos testigos silenciosos y pacientes que conservaban su meticulosa y elegante caligrafía de antes de la guerra como un humilde relicario.

*



Para complicar más las cosas, durante aquellos años de continua postergación y sentimiento de culpa reprimido salió a la luz algo que parecía hacer la cuestión aún más urgente. Un tío mío que había ido a ayudar a mi

padre a cambiar unas láminas de parqué carcomidas en el salón de la modesta casa con jardín que había construido mi abuelo en 1930, encontró una lápida cubierta de polvo en el rincón más oscuro de la cámara de ventilación subterránea. Inmediatamente llamó a mi padre. Avanzando a gatas —que es la única forma de moverse por esa cámara— se acercaron juntos hasta la piedra y la alumbraron con una linterna. Era la lápida de la madre de mi abuelo. «¡Aquí es donde la había escondido el condenado!», oí exclamar a mi padre. Arrastraron la piedra trabajosamente hasta la trampilla y la sacaron al exterior. El verdadero significado de aquello también se me escapaba en aquel momento. Hacía ya diez años que había muerto mi abuelo y no alcanzaba a entender por qué habría de esconder alguien una lápida al fondo de la cámara de ventilación subterránea de una casa, sin duda con el propósito de que no volviera a ver la luz del día. Unos años después vi que mi padre había fijado la lápida con robustas clavijas metálicas a un muro del jardín ahora cubierto de hiedra, detrás del viejo garaje en el que solía aparcar el coche. Por primera vez leí con atención lo que ponía:

RECEN POR EL ALMA DE
CELINA ANDRIES
★ 9-8-1868
† 20-9-1931
VIUDA DE
FRANCISCUS MARTIEN
ESPOSA DE
HENRI DE PAUW

*

Tengo los dos cuadernos encima de la mesa. El primero es pequeño y grueso. Las páginas tienen el borde rojo y la cubierta está forrada de lino de color gris claro, como si le hubieran puesto una chaqueta de tweed de antes de la guerra. El segundo es más grande, casi formato A4, con una cubierta de ese cartón anticuado que imita el mármol. Recuerda un poco al *faux marbre* con el que tanto le gustaba decorar las paredes. En el primer cuaderno narra

su infancia, la pobreza que conoció en el Gante de antes de 1900 y una parte de sus vivencias en la Primera Guerra Mundial.

Cuando empezó a escribir sus memorias tenía setenta y dos años —el primer fragmento está fechado el 20 de mayo de 1963—, tal vez para poder contarle a alguien las circunstancias que habían deformado su vida, porque su familia ya estaba harta de sus historias y se lo quitaban de encima con frases cortantes como «eso ya lo has contado mil veces», «estoy cansada, me voy a la cama» o «me están esperando». Su mujer, Gabrielle, había muerto cinco años antes, de modo que, de alguna manera, la escritura le sirvió para poner fin a su periodo de duelo. Su firme caligrafía no evoluciona apenas en el primer cuaderno. Con tinta casi siempre azul oscura, hilvana sus relatos con sensibilidad narrativa, con abundancia de recuerdos de aquellos días en una ciudad gris de provincias. Todavía veo ante mí su vieja pluma Waterman en la mesita que utilizaba como escritorio, un tocador decimonónico que él mismo había pintado con elementos decorativos imitando la madera tallada, confiando así en darle cierto aspecto de mueble antiguo. El tablero original de mármol debió de romperse en algún momento y alguien lo sustituyó con poca maña por una tabla de madera de dimensiones demasiado justas. Se pasó años escribiendo en esa mesita, a pesar de lo alta e incómoda que es para trabajar. Ahora la tengo aquí, detrás de mí, en la habitación que utilizo para escribir. El sencillo cajón, en el que todavía guardo los dos cuadernos, tiene manchas de óleo de distintos colores. El segundo cuaderno —que se decidió a escribir porque al parecer lamentaba haberse extendido tanto sobre su infancia y su humillante pobreza en el primero— empieza con una declaración de intenciones en la que afirma haber contado ya demasiada *petite histoire* y se propone comenzar de nuevo, pero ahora centrándose exclusivamente en sus recuerdos de la guerra. Además, cuando llegó al final del primer cuaderno, todavía estaba a mediados de 1916.

Más de la mitad de mi diario sobre la guerra de 1914-1918 —escribe— está compuesto por insulsas anécdotas de mi infancia y páginas sin ningún interés. A partir de ahora, con la ayuda de Dios, voy a escribir únicamente sobre la guerra, de forma honesta y respetando la verdad, sin ánimo de glorificar. Únicamente mis vivencias. Mi horror.

De modo que resumió algunas de las historias que ya había contado,

añadiendo algún que otro detalle, y continuó con el relato hasta 1919. Este segundo cuaderno incluye algunos de los traumáticos sucesos en la llanura del Yser, los detalles sobre sus heridas, sus periodos de recuperación en Inglaterra y el descubrimiento —para él tan importante— del fresco de Liverpool. Después de 1916, el año en que cayó herido por segunda vez, su estilo se vuelve más conciso, porque no podía seguir repitiendo indefinidamente los pormenores de la vida en las trincheras, no podía seguir hablando *ad infinitum* de las condiciones de insalubridad, las ratas que mataban con la mano y asaban en pequeños fuegos por la noche, los aullidos agónicos de compañeros mutilados, la lucha que se traían arrastrando por el barro enormes rollos de alambre de espino con las manos ensangrentadas, el ra-ta-ta de las ametralladoras, el crepitar de la metralla, las erupciones de tierra que lanzaban por los aires extremidades arrancadas de cuajo... Sin embargo, describe con mayor detenimiento su tercera estancia en Inglaterra, en concreto en la localidad de Windermere, en Lake District. En las últimas páginas, cuando el relato desemboca en el trágico acontecimiento que sacudió su vida después de la guerra a causa de la epidemia de gripe española de 1919, su caligrafía se desintegra y parece perder la disciplina, pero se mantiene llamativamente reservado sobre lo que cuenta. Ahora los renglones están torcidos, cruzan la página ascendiendo de izquierda a derecha. A veces la caligrafía recupera su antigua firmeza, a veces todo serpentea. Debía de tener ya ochenta y muchos años cuando garabateó con sumo esfuerzo aquellas últimas páginas. Por aquel entonces ya escribía con bolígrafos de distintos colores y su vista había empeorado considerablemente. Que yo sepa, durante las décadas que lo conocí nunca compró unas gafas nuevas. Puede ser que ya casi no viera nada en el papel ante el que se sentaba a torturarse. Diecisiete años de trabajo y un total de seiscientas páginas escritas a mano. Su memoria seguía siendo extraordinaria y recordaba tal cantidad de particularidades, que la única explicación que se me ocurre es que tuviera una especie de lucidez traumática. Los detalles que aporta en el segundo cuaderno, en comparación con los del primero, demuestran que cada vez vivía más hundido en las trincheras del recuerdo. A lo largo de toda su vida no consiguió desprenderse nunca de infinidad de terribles detalles: una hoja que se lleva el viento justo antes de mirar a la muerte a los ojos por enésima

vez, la imagen de sus compañeros muertos, el olor del barro, la brisa tibia de los primeros días de la primavera sobre los campos arrasados por las bombas, un caballo desgarrado colgando de una haya destrozada por un proyectil. En la última página hay una mancha de humedad con un agujero junto al cual pone «noche» por un lado y «pánico» por el otro.

*

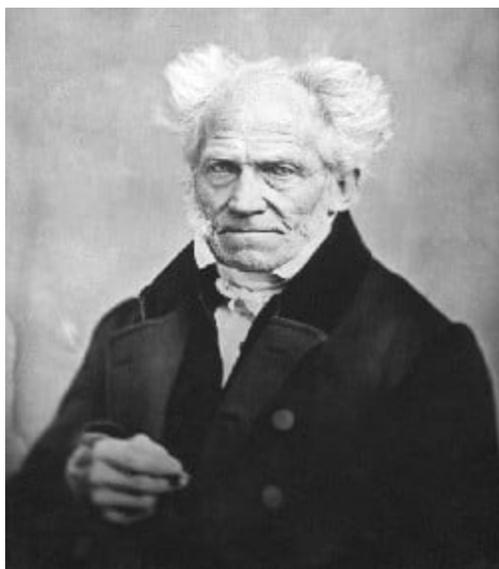
Me concedí un tiempo para asimilar la lectura y empecé a numerar las páginas y anotar las escenas en las que se solapaban los dos cuadernos. Tardé casi un año en pasar al ordenador sus memorias y en el proceso empecé a comprender la interrelación entre las historias relatadas y los hechos omitidos. Fue un trabajo duro. Por un lado, porque no estaba a la altura de mi abuelo —me resultaba imposible reproducir su combinación de elegancia arcaizante, torpeza narrativa y autenticidad sin pecar de amaneramiento—, y por otro, porque al trasladar al lenguaje contemporáneo su estilo prolijo y enrevesado tenía la sensación de traicionarlo, y hasta cuando corregía alguna de sus con frecuencia conmovedoras faltas ortográficas o gramaticales se apoderaba de mí un leve sentimiento de culpa. Aquella tarea me confrontó con la dolorosa realidad de todo trabajo literario: tenía que desintoxicarme de la verdadera historia, tomar distancia de ella, para volver a encontrarla a mi manera. Pero el tiempo apremiaba más que nunca. En algún lugar de mi cabeza había arraigado la idea de que tenía que terminar el trabajo antes del centenario de la Gran Guerra. Su guerra. Así empezó mi lucha con sus recuerdos.

Como un empleado de oficina, bregué con los cientos de páginas manuscritas y maldije la mediocridad de mi propio estilo, resultante del conflicto entre mi deseo de ser fiel a mi abuelo y la búsqueda de una forma de traducir su historia a mi experiencia personal. A continuación elaboré un índice de escenas y palabras clave, hice una lista de lugares que debería visitar y llevé a copiar los cuadernos por miedo a que se perdieran. Los originales los deposité en un banco, en una caja fuerte protegida contra incendios. Hablé con los pocos supervivientes que quedaban, que apenas me dieron algunos datos imprecisos. A mi padre —su yerno—, que era el único

que seguía viviendo en la casa de la ribera del río, le pedí que pusiera por escrito todo lo que pudiera recordar. Con la lucidez y la energía que conservaba a los noventa años, me proporcionó la argamasa necesaria para ir uniendo las piezas y me ayudó a cotejar el relato de los cuadernos con las historias apócrifas que mi abuelo había proclamado alegremente a los cuatro vientos durante décadas, todo lo cual me permitió empezar a ver la verdadera dimensión de cada cosa.

*

Cuando miro su viejo escritorio, que tengo aquí ahora detrás de mí, veo a un hombre bajito y ancho de una intensidad vital extraordinaria. Más de treinta años después de su muerte, veo el brillo de sus ojos azules y su cabeza coronada por una escasa mata de pelo blanco que recordaba un poco a esa famosa fotografía de Arthur Schopenhauer: grandes personalidades recias y correosas de las que se dice que ya no existen porque el mundo ha perdido la espartana sobriedad en la que germinaban y maduraban ese tipo de temperamentos. Oigo su voz, la expresividad de sus cambios de tono, la musicalidad de sus historias, pero ya no hay palabras o frases específicas. Lo que sí permanece son los olores que lo envolvían, el olor del pintor a la antigua usanza y otro olor indefinido, su aroma personal, su presencia física en el mundo, ya muy lejos del momento en que escribo esto. Pero ahora que se ha desvanecido en el tiempo como los personajes de viejos mitos y leyendas, se materializa de una manera completamente distinta y adquiere la forma de un relato personal e íntimo. Y mientras rastreo las huellas de su vida—casi siempre sin agarradero alguno, pues prácticamente todo ha desaparecido—, en más de una ocasión me pregunto qué es lo que nos une a nuestros abuelos de forma tan ambigua. Tal vez sea que con ellos no tenemos el conflicto generacional que nos enfrenta a nuestros padres. El abismo que nos separa de nuestros abuelos es el espacio en el que libramos la batalla por una singularidad en realidad ilusoria, y la distancia en el tiempo nos hace creer que en ellos se oculta una verdad más profunda que en aquello que aprendemos de nuestros padres. Una idea ingenua pero poderosa que nos empuja a querer saber.



*

Curiosamente, la lectura de sus memorias vino a desvelarme también el secreto histórico de algunos detalles de mi propia vida: un reloj de bolsillo de oro que se hizo añicos contra una baldosa; el mareo que me agarré cuando tenía quince años con un extraño cigarrillo ovalado sustraído furtivamente de una pitillera plateada; una bufanda raída de color marrón rojizo abandonada encima de uno de los viejos muebles arrumbados en el destartalado invernadero de uvas, cubierta de cagadas de mirlos que se metían allí y, presa del pánico, embestían contra los cristales hasta que encontraban otra vez la ventanilla entornada por la que habían entrado; una caja con viejos utensilios de afeitar plateados y un fuerte olor a jabón de otra época y alumbre; un folleto de Liverpool con los pliegues rasgados de tanto abrirlo y cerrarlo; la cajita de metal en la que guardaba sus condecoraciones e insignias, que no encontré hasta varios años después de su muerte; el casco de cobre de un proyectil de gran calibre que tenía puesto encima del barandal de la escalera —él lo llamaba «el obús»—, al que sacaba brillo todas las semanas y que yo, a lo largo de mi infancia, siempre tomé por una especie de burdo florero.

El tiempo me fue revelando progresivamente los secretos de mi abuelo, los misterios de aquella larga vida cuya mayor parte había sido el extenso epílogo de una infancia casi medieval, una juventud colmada de horrores y

una pasión encontrada y perdida después de la guerra. Una historia de estoica aceptación, dolorosa abstinencia, coraje infantil, lucha interior entre devoción religiosa y deseo, interminables rezos bisbiseados de rodillas a la luz trémula de las velas en parroquias oscuras, con el sombrero apoyado junto a él en el banco y la cabeza, con su corona de canas, inclinada ante las imágenes de los santos. Un hombre con una concepción apasionada de la vida cuyo mundo, visto desde fuera, no tenía nada de extraordinario.

*

Paseo sin rumbo por las calles de mi ciudad natal y, ahora que hace ya más de diez años que no vivo aquí, lo veo todo con ojos muy distintos. Es un día fresco de primavera, con nubes de las que tanto le gustaba pintar. Todavía se conserva la vieja fachada de la tienda en la que me compraron mi primera bicicleta —un modelo de color rojo—, pero las letras del rótulo se han desvaído con el tiempo. Las viviendas construidas hace más de un siglo para la clase acomodada de entonces ofrecen un aspecto desolador junto a una vía de asfalto que ya poco tiene que ver con la vida apacible para la que fueron diseñadas. Empieza a chispear. Las hileras de coches avanzan lentamente por la avenida Heirnis, al otro lado de la cual debía estar en algún sitio el sombrío callejón donde pasó sus primeros años, entre un apartadero de ferrocarril y un canal. Hoy en día, esta avenida forma parte de la autovía de circunvalación de la ciudad. Por aquel entonces era todavía una elegante vereda flanqueada por altos árboles a cuya sombra paseaban en verano las «señoritas de la alta burguesía», como él las llamaba con reverencia, que se asomaban vivarachas a las ventanas de sus calesas ligeras para ver a los mocosos cenicientos que iban allí a mirarlas embobados los domingos por la mañana. Esta es la avenida que cruzaba en zuecos muchas mañanas neblinosas de invierno cargado con un cubo, como el héroe de un cuento de Dickens, para mendigarles carbón a los operarios renegridos de hollín que cargaban los tenderes de las locomotoras detrás de la estación de Dampoort. Cuando volvía a casa, dejaba el cubo con la pesada carga junto a la estufa lovaniense y se iba corriendo al colegio, donde recibía una buena reprimenda por llegar tarde. Luego, por la tarde, su madre se llevaba la alegría del día cuando

volvía cansada de su trabajo de asistente en una casa burguesa y constataba que aquella noche no pasarían frío y comerían caliente. Sus hermanas se burlaban de él porque se le daban mal los idiomas y las matemáticas. Una vez plantó un grano de maíz en la cuneta de la vía del ferrocarril, entre saucos y arbustos, y todas las mañanas iba a regar su plantita con una escudilla abollada, hasta que un día se la encontró pisoteada, escena que cierra con un pensamiento sombrío: «Poco a poco, nuestra familia se iba quedando sola en el callejón.»

*

Paso por el lugar donde antiguamente estaba la lonja de ganado de Gante, ahora transformado en un barrio popular desprovisto de alma. El recuerdo que llevo conmigo de aquel mercado está asociado a una fuerte impresión olfativa. La vieja lonja era un pabellón abierto con una techumbre sostenida a intervalos regulares por pilares de hierro a los que siempre había atados toros que pateaban el suelo, pegando tirones de la cadena con los ojos inyectados en sangre y el hocico cubierto de espuma. Debajo de las mesas de despiece se formaban regueros de sangre diluida en agua que dibujaban estrías en el serrín aplastado por las pisadas. Las pilas informes de pulmones parecían algún tipo de materia rosada y viscosa con vida propia. Junto a las lenguas se exhibían corazones descuartizados, las cabezas se vendían al peso y los ojos amontonados en los platos de cobre de las romanas —balanzas a las que mi abuelo se refería como *hunsel*, deformando el término neerlandés correcto, *unster*— te miraban fijamente como si estuvieran sumidos en profundos pensamientos más allá de los límites de la muerte, una muerte allí omnipresente y para mí, que nunca he vivido una guerra, más tangible que en ningún otro lugar que haya visitado jamás. Supongo que en más de una ocasión, durante las carnicerías de las que fue testigo a orillas del Yser, mi abuelo no podría evitar que le vinieran a la memoria imágenes de aquella vieja lonja, y pensaría con repulsa en vísceras asomando al exterior de cuerpos abiertos en canal, vísceras expuestas a la vista como prueba inequívoca de que se ha traspasado una frontera: aquella tras la cual la vida debería estar a salvo de las garras ávidas de la muerte. Los carniceros de

aquella época, hombres jocundos e indolentes, no prestaban atención alguna a la mezcla de pánico y sumisa resignación que reflejaban los ojos de las ovejas mientras esperaban su turno de ser degolladas. En torno al año 1900, la vida transcurría sin sobresaltos en una ciudad de provincias de Flandes; cada cosa tenía su lugar y mi abuelo, un golfillo desharrapado de ojos azules, pasaba por delante de las largas mesas de la lonja sabiendo que le bastaba poner carita de niño pobre para que le acabaran echando algo: unas onzas de morcilla, un trozo de costilla mal deshuesada que aún podía servir para un caldo o algún resto de aguja, aleta o rabillo para hacer un consomé. Muchos años después, cuando miraba conmigo libros de arte y nos topábamos con el famoso buey desollado de Rembrandt, decía: «Ese cuadro está tan bien pintado que desprende el tufo de la lonja de ganado.»

*



Su madre, Céline Andries, tuvo el privilegio de estudiar. Así es como lo expresa él. Los padres de Céline se ganaban la vida con la venta al por mayor de cereales y patatas, igual que, en la siguiente generación, la familia política de mi abuelo. La joven Céline completó la escuela secundaria en el Piers de Raveschoot, un internado femenino de postín que en el siglo XIX solo era accesible para las clases más pudientes. Céline hablaba francés e inglés, recitaba de memoria poesías de Prudens Van Duyse y había leído *El león de*

Flandes de Hendrik Conscience, lo cual la llevó a abrazar la causa del movimiento flamenco.[4] Después de sus estudios trabajó de muchacha de servicio —como se decía entonces— en casa de una familia noble del barrio Potter de Velde, en Ekeren, que en aquella época todavía era un municipio independiente de Amberes. Allí conoció las costumbres de la alta burguesía y adquirió cierto aire de dama discreta y distinguida que ya no perdería nunca. Debió de ser una mujer con un carácter excepcionalmente fuerte. Mi abuelo sentía verdadera devoción por su madre. En sus memorias habla de ella con una mezcla de amor distante y afecto íntimo.

Su padre, Franciscus Martien, era pintor de iglesias, un joven de origen humilde con talento artístico. Céline tropezó con él un día, literalmente, cuando al entrar en la parroquia empujó sin querer su escalera y poco faltó para que tirara al suelo al humilde pintor, que en aquel momento estaba restaurando la cuarta estación del vía crucis. Hasta que leí los cuadernos de mi abuelo, el encuentro de sus padres siempre había sido para mí una historia rodeada de misterio, una leyenda a la que él restaba importancia con una risita, pero que sin embargo escribió en sus memorias con mucha ternura. Algo debió de caer a los pies de Céline cuando golpeó accidentalmente la escalera, no está claro si un pincel, una espátula o algún otro utensilio que llevara Franciscus colgado del cinturón. El impacto del objeto contra las baldosas de piedra labrada resonó en la iglesia vacía, la joven muchacha miró hacia arriba y vio la cara de pánico del pintor tratando de recuperar el equilibrio. La escalera se había separado del muro y, para no caerse, Franciscus tuvo que lanzar su cuerpo bruscamente hacia delante. En el rostro normalmente serio de Céline se dibujó una sonrisa. La joven reanudó su camino y se sentó a rezar delante de dos velas encendidas a la Santa Virgen, dos llamas que, según diría después, parecían sus dos almas luciendo allí juntas en silencio. Un encuentro entre un joven desaliñado de escasos recursos económicos y una señorita distinguida en una iglesia vacía. En aquella época era algo excepcional que los jóvenes se encontraran sin la presencia de terceros. Franciscus miró hacia abajo y vio la mantilla negra de encaje sobre los hombros de la muchacha. Tímido y retraído como era, bajó de la escalera y salió a esperarla fuera. Al cabo de un rato, Céline pasó de largo por delante de él y le lanzó una mirada distante que se derramó sobre su

alma como un cubo de agua fría. A él, que era pintor, no pudo pasarle desapercibida la combinación poco común de ojos gris claro y pelo negro. «Es un tipo de belleza determinado», decía mi abuelo siempre. Y él sabía de lo que hablaba.

Franciscus quedó trastornado. Pasó semanas enteras esperando en vano a que apareciera de nuevo aquella joven vestida de negro y el doloroso estado de permanente expectativa lo condujo a la desesperación. Febril y enfermo, se ausentó unos días de su trabajo, hasta que el vicario fue a hablar con sus padres para advertirles que el muchacho perdería el empleo si no volvía. Cuando Céline se dejó ver por fin de nuevo en la parroquia, un día entre semana en que la mayor parte de la gente no tiene tiempo para ir a la iglesia, Franciscus supo que había ido por él. Del relato de mi abuelo cabe inferir que la noticia de las incipientes relaciones debió de causar una gran conmoción en la familia de Céline, pues no aceptaban que su hija, a la que habían ofrecido una educación tan exquisita, se ennoviara con semejante muerto de hambre. Pero en lo más profundo de su alma, la orgullosa joven ya había sucumbido a los encantos del extravagante y romántico pintor de rostro enjuto y alargado a la manera de El Greco, con sus manos huesudas manchadas de pintura, sus dedos delgados e inseguros y su forma desgarbada de andar, más propia todavía de un niño que de un hombre. La familia de prósperos comerciantes había escrito sin darse cuenta el guión de una historia que se repite desde tiempos ancestrales: cuando el campesino se hace rico, ofrece a sus hijos una educación burguesa y algo de cultura, pero estos responden rebelándose contra sus obsesiones materiales y buscan cotas más elevadas para el espíritu. Céline acabó obteniendo permiso para casarse, pero solo tras varios meses de encarnizadas disputas en casa. Amenazó con escaparse, meterse en un convento, irse a Dios sabe dónde. Se encerró en su dormitorio y les hizo a todos la vida imposible mientras, en su fuero interno, pensaba: «No quiero a nadie más que a él. Solo quiero a mi pintor de iglesias de ojos azules y tarde o temprano lo conseguiré.» Ver a su adorada hija desaparecer tras la tapia de un convento era demasiado hasta para un campesino tan devoto, de modo que acabaron cediendo y Céline, la orgullosa jovencita de refinada educación, consiguió a su humilde pintor.

Y con él, todo lo demás: la pobreza, las preocupaciones económicas, la

frágil salud de Franciscus —sus accesos de tos nocturnos y sus ataques de asma—, las humedades de una vivienda precaria, el poco espacio del que disponían, el hambre y los incesantes llantos de cinco bebés seguidos. Céline mimaba a Franciscus como a un sexto hijo. «Ay, mi pintorcito», decía meneando la cabeza cuando quería reírse a su costa. Y él veneraba a su mujer con devoción religiosa: el brillo de su pelo, el moño en lo alto de su cabeza, su cuello, sus hombros rectos, el encantador bultito de sus muñecas, la perfección de sus uñas, el sutil y extraño resplandor que desprendía al hablar...

*

De modo que la orgullosa Céline se casó con el hombre del que se había enamorado, un pintor de iglesias asmático y pobre de solemnidad, y, como consecuencia de ello, se vio abocada a una existencia de lucha continua y muchas dificultades para cuadrar las cuentas domésticas. Siempre vestía de negro y, al igual que su marido y sus hijos, calzaba *holleblokken* —literalmente: «bloques huecos de madera», como llamaban a los zuecos corrientes en neerlandés antiguo—, porque las elegantes botas altas que todavía conservaba de cuando era soltera contrastaban demasiado con el estilo de vida de su familia y demás vecinos del callejón. Un buen día las guardó al fondo de su viejo armario y desde entonces sus pisadas producían el mismo martilleo que las de los demás, el ruido seco y rítmico de los zuecos al chocar contra el suelo. Para llevar algo de dinero a casa hacía todo tipo de trabajos. Durante mucho tiempo se dedicó a arreglar ropa para familias acomodadas, hasta que se rompió su vieja máquina de coser de pedales y no pudo comprar otra por falta de dinero. Redactaba cartas por encargo cuando alguno de los muchos analfabetos del barrio necesitaba escribir a un familiar, solicitarle algo a un abogado o dar respuesta a algún documento administrativo, cartas que en aquella época, como toda la correspondencia oficial, solo se admitían en francés. Cuando Franciscus estaba varias semanas ausente, hacía trabajos de caridad en el convento con la esperanza de ganarse la voluntad de las monjas para que le siguieran dando trabajo cuando volviera. Alimentaba a sus hijos lo mejor que podía. Después de mi abuelo,

que fue el segundo de la prole —y el primer varón—, vinieron enseguida dos hermanos y una hermana más. Trabajó durante una temporada de asistenta en casa de una familia francófona en el centro de la ciudad y el dinero que ganaba desaparecía como agua entre los dedos. Y por si los problemas fueran pocos, la casa se les quedó pequeña enseguida. Con la llegada de la primavera, la época en que su pintor disneico recobraba un poco la energía, se pusieron a buscar una nueva vivienda y encontraron algo que era lo bastante grande pero estaba en mal estado. Su presupuesto no daba para nada mejor. Franciscus consiguió un encargo en el monasterio de los Hermanos de la Caridad, que a pesar de su nombre no tuvieron con él caridad alguna y le pagaron un sueldo mísero por pintar su refectorio entero. Sin embargo, la familia siguió siendo tan religiosa como siempre. El párroco iba con frecuencia a su casa y escuchaba las historias sobre la brega continua y los pequeños incendios que siempre había que apagar, y unos días después enviaba a un par de seminaristas con algunas sobras de su propia mesa, en la que nunca faltaba de nada.

Franciscus hizo lo que pudo por mejorar el estado de aquella casa amplia pero vieja y húmeda. Desprendió la masilla cuarteada de los marcos de puertas y ventanas y volvió a sellar las ranuras, reforzó vigas carcomidas y cambió los peldaños podridos de la escalera del sótano. Su nuevo entorno, por la zona de la calle Oostakker, en el barrio de Sint-Amandsberg, les gustaba más. En verano veían algunos prados por encima de la tapia del jardín y tenían cerca un canal con abundante vegetación silvestre donde podía pastar una cabra para que los niños bebieran leche con suficiente frecuencia y tuvieran de vez en cuando queso fresco que hacían ellos mismos. Por las noches, tumbado en su estrecho camastro en el pequeño dormitorio que compartían todos los hermanos, mi abuelo oía la conversación de sus padres en la vieja cocina, la voz grave de su padre y las réplicas suaves de su madre, el apacible canto a dos voces de un moscardón y una tórtola que lo arrullaba hasta que se quedaba dormido. Era un matrimonio, escribe en sus memorias, «de amor profundo y sincero, y cuando mi madre acariciaba las mejillas hundidas de su marido para calmar un nuevo ataque de tos, a veces decía: “Mi apuesto golfillo”, y se le humedecían los ojos, aquellos ojos de color gris claro».

*

Urbain Martien —pronúnciese Urbán Martín— era un niño gordito que le robaba el corazón a todo el mundo. Le pusieron Urbain en honor a su abuelo materno. Tenía manos como palas, largos rizos y ojos azules de mirada ingenua. Caminaba como un pato agarrado a las faldas de su distinguida madre y la hacía reír con sus locas ocurrencias, sus continuas muestras de cariño y su irreprimible afán de hacer el bobo. Bailaba taconeando con sus zuecos, a veces merodeaba por el lavadero con su taza de latón en la mano y bebía a escondidas del agua con jabón en la que su madre dejaba en remojo sus propios calzoncillos sucios. Seis décadas más tarde, durante sus paseos dominicales en coche, todavía era capaz de sentir la misma fascinación que un niño ante la perfección técnica de un Boeing surcando el cielo y, en tales momentos, solía decir que el mundo era maravilloso. Su alegría de vivir había germinado y crecido en las tierras más oscuras, algo de lo que habla con profusión en sus memorias. Urbain Martien, nacido para todo y para nada (pues, según decía su madre riendo, tenía muchos talentos, pero todos indeterminados), era un superviviente de pura cepa, un hombre recio y correoso, pero al mismo tiempo sensible y sentimental. Siendo ya un hombre de setenta años, al sol matinal de un Domingo de Pascua, con los ojos humedecidos por la emoción y sin venir a cuento para nada, no le avergonzaba decir que el azul de los lirios barbados de su jardín era de una profundidad tan insondable que, en combinación con el amarillo intenso de los estambres, le aceleraba el corazón, o algo similar, y que era una pena que tuviéramos que morir sin conocer el misterio que hace posible semejante maravilla.

A los siete años, cuando le explicaron en la clase de catequesis que por muy despejado que esté el cielo no se puede ver a Dios, porque el ser supremo es invisible, y que ni siquiera en las noches claras nos alcanza la vista para vislumbrar el lugar donde cabría suponer que se encuentra, más allá de las estrellas, de modo que su existencia no se puede demostrar, pues esa es la condición necesaria para que podamos hablar de fe, el pequeño Urbain le dijo de pronto al cura: «Pero, padre, entonces valdría lo mismo

decir que hay millones de caballitos de mar observándonos desde el cielo. Total, nadie puede comprobarlo.» El cura se quedó mirándolo estupefacto, con la mandíbula descolgada como si se le hubiera roto una bisagra. Desde que conozco esa historia, cada vez que alguien saca a debate la existencia de Dios no puedo evitar que me vengan a la mente los caballitos de mar de mi abuelo, y veo infinidad de ellos flotando entre las estrellas en celestial silencio, atravesando la oscuridad del espacio infinito separados unos de otros por distancias que a veces hay que medir en años luz. Y sin embargo Urbain Martien era un hombre creyente. Es más, cuando volvió de la Gran Guerra, su fe adquirió trazas de santurronería. Dos veces por semana se levantaba a las cinco y media de la mañana para ir a misa de maitines y, helara o nevara, cruzaba la calle en plena oscuridad con los botines perfectamente pulidos camino de la iglesia, sin faltar a su cita ni siquiera los días en que no aparecía ni el cura. En verano buscaba el frescor y el silencio de la parroquia y se sentaba a murmurar sus oraciones en latín sin apenas mover los labios, deslizando las cuentas del rosario entre los dedos. Encendía velas a Nuestra Señora de los Dolores y se confesaba todas las semanas, él que parecía demasiado bueno hasta para el más leve de los pecados veniales.

*

El mundo en el que creció estaba saturado de olores que en su mayor parte han desaparecido. En aquellos años previos a 1900, el intenso tufo que desprendía la vieja fábrica de cuero se adhería con tenaz persistencia a la niebla poco densa de septiembre, los ténderes cargados de carbón en bruto iban y venían sin cesar durante los fríos meses de invierno y por las mañanas, cuando abría la ventana todavía medio dormido, el olor a boñigas de caballo que ascendía desde la calle le podía causar la impresión de estar en el campo, impresión reforzada por los vahos de heno, hierba y especias, todavía abundantes en la ciudad. En los colmados —pequeñas tiendas oscuras donde todavía vendían sal, azúcar, harina y habas a granel (*en vrac*, como se decía entonces por influencia del francés), y a las que acudían las señoras con sus propias bolsas y sus propios frascos— se respiraba un penetrante olor a madera vieja y yute húmedo. En los patios interiores olía a hojas de tabaco

puestas a secar y esquejes de col plantados en estiércol de caballo recogido de la calle. Y según cuenta él mismo, su abuela, una mujer nacida en el primer cuarto del siglo XIX, llevaba un delantal —él lo llamaba *voorschoot*, otra de sus palabras antiguas— que olía a tripas de conejo.

Cuando ya peinaba canas era capaz de encandilar durante horas a tías y sobrinos con sus historias de aquella vida durante la última década del siglo XIX, perdiéndose en detalles de una infancia bajo los vahos de azufre de las fábricas, el recuerdo de vendedores ambulantes anunciando sus mercancías a gritos o el ruido de la delgada puerta de madera del excusado público que había en el callejón trasero, en un rincón que olía a orines y ortigas junto a una tapia cubierta de hiedra. Aquella atmósfera gris que se vivía a diario durante la primera ola de industrialización determinó por completo su forma de pensar, aunque ya muy joven empezó a soñar con la paleta de colores de Tintoretto y Van Dyck, cuando descubrió los pocos libros de arte que tenía su padre.

*

Primavera de 2012. He ido a pasar unos días a Londres con mi hijo, no solo para enseñarle el modelo original de su adorado Nueva York, sino también por aquello del *male bonding*, el vínculo afectivo que un padre debe estrechar de vez en cuando con su hijo de quince años para resolver todos los conflictos propios de una educación. Como no quiero matarlo de aburrimiento con actividades culturales, el primer día lo dedicamos a pasear tranquilamente por Covent Garden, comemos en Carluccio's, bebemos unas pintas de *bitter* en un pub tradicional y dirimimos nuestras diferencias en tono distendido. Por la noche vagamos un rato por la ribera sur del Támesis —el South Bank— y disfrutamos a lo grande explorando la ciudad en metro, saltando de una línea a otra.

Al día siguiente, sin abusar demasiado para no provocar su rechazo, quiero enseñarle algún museo, porque sé muy bien que, a pesar del escepticismo que ha desarrollado por la alta cultura —alimentado en gran medida por su iPhone, ese aparato que no deja de reclamar su atención con señales visuales y acústicas—, es sensible a los encantos de la pintura.

Apenas tenía ocho años cuando, durante un viaje a Venecia, se acuclilló ante el retrato de un joven del siglo XVI y me dijo: «Ven, papá, siéntate aquí conmigo. Mira qué bonito es este cuadro.» De modo que entramos en la National Gallery y caminamos juntos por las amplias salas. No quiero imponerle nada, pero me encargo de que nuestros pasos nos conduzcan como por casualidad hasta la espectacular anamorfosis de *Los embajadores* de Holbein, en la sala cuatro. Le explico que con ayuda de un espejo cónico se puede ver una calavera perfecta y él se pregunta por qué representó el pintor esa figura deformada de tal manera. Tal vez, especulo yo, porque no se puede mirar a la muerte directamente a los ojos. Pero mi razonamiento no parece convencerlo del todo. A continuación le muestro *Los cuatro elementos*, las famosas escenas de mercado del pintor flamenco Joachim Beuckelaer, una obra que en otro tiempo fue el orgullo del Museo de Bellas Artes de Gante. Le explico que, a pesar de las imágenes religiosas que se ven en segundo plano, tan pequeñas que apenas tienen relevancia, en realidad se trata de alegorías eróticas apenas disimuladas. Le hablo de los consabidos símbolos de la época, las variaciones, las posiciones de los personajes y todo lo que ello sugiere. Él me escucha con atención y adopta un aire pensativo. ¿Tan mal está ya su padre con tanto intelectualismo que ve proxenetas en vendedores de mercado, prostitutas en pescaderas, falos en zanahorias y peces, y vaginas en vainas de guisantes a medio abrir y vasijas de mantequilla? Reanudamos el camino y, de pronto, aparece ante nosotros el cuadro que me tiene ocupado desde hace ya algún tiempo, de forma tan imprevista que recibo un golpe frontal en la conciencia.

Allí está, desnuda e intocable, la *Venus del espejo* de Velázquez. El lienzo es más grande de lo que creía, si es que me puedo fiar de mi recuerdo de la copia un poco más pequeña que hizo mi abuelo y que yo solo vi fugazmente en una ocasión, en algún rincón de su habitación del entresuelo. El pelo de la Venus tiene un tono más claro en el original. ¿Cómo es posible que mi abuelo, que era un copista tan meticuloso, le pintara el pelo casi negro? Mis pensamientos me catapultan al pasado, hasta aquel día de mi infancia en que subí apresuradamente los tres escalones de su habitación y me lo encontré llorando en silencio con una reproducción de este cuadro en la mano. Atrapado por el recuerdo, permanezco largo rato observando la magistral

pintura. Mi hijo me espera a cierta distancia sumergido en su iPhone, hasta que de pronto me dice: «¿Vienes o qué? Da un poco de vergüenza ajena, un hombre tan mayor mirando a una mujer desnuda con tanto interés.» Aclarar el verdadero motivo de mi comportamiento requeriría una explicación demasiado compleja, de modo que me limito a asentir y me alejo de aquel cuadro que me habría gustado analizar con más detalle, no sin antes echar una última mirada por encima del hombro. Tengo que ir a ver otra vez la copia a casa de mi padre. Según me ha contado él muchas veces, mi abuelo solo vio desnuda a su mujer en una ocasión. Por lo visto fue algo accidental. Mi abuela —que para asearse lo echaba de casa— se estaba bañando un sábado a última hora de la mañana y él volvió antes de lo previsto. Cuando lo vio aparecer delante de ella puso el grito en el cielo y le echó una durísima reprimenda. Más tarde fue a informar a su suegra de la desvergüenza de su marido (Céline probablemente adoptó una sabia actitud neutral), y él tuvo que presentar profusas disculpas. El desnudo de la Venus de Velázquez, tan natural, cálido y desenfadado, la serenidad que transmite ese espléndido cuerpo perezoso..., aquello eran cosas que solo existían en los cuadros, un consuelo que únicamente podía ofrecer el arte de la pintura. Y nunca he comprendido mejor el verdadero alcance de ese amargo consuelo que aquel día de primavera en la National Gallery. Desde que empecé a reflexionar detenidamente sobre los detalles que una copia puede añadir a un original, albergo la sospecha de que hay muchos más secretos ocultos de lo que yo creía en lo que hasta entonces no había considerado más que torpes copias de obras maestras. Vuelvo a ver sus ojos humedecidos por las lágrimas, hace ya tantos años. El cielo se abre sobre Trafalgar Square y el sol transforma en perlas el agua de las fuentes, prismas que despliegan un abanico en el que aparecen y vuelven a desaparecer tonos que van del rojo al albayalde, con un matiz de cobalto, aunque no estoy seguro, tendría que preguntárselo a mi abuelo, si eso fuera posible. Nelson se yergue inalcanzable como un ángel oscuro en lo alto de su columna aureolada por el sol. En las escaleras de SaintMartin-in-the-Fields hay una chica interpretando una partita de Bach. «¡Saint-Martin!», le digo a mi hijo. «Mi abuelo se apellidaba Martien, esa es una iglesia en honor a su patrón.» «¿Y ahora te das cuenta?», me contesta él con la mirada fija en los *breakdancers* que hacen cabriolas delante de la

National Gallery. De pronto me resulta dolorosa la idea de que mi antecesor y mi descendiente no se hayan conocido y no se vayan a conocer jamás. Miro a mi hijo y reprimo el impulso de echarle un brazo al hombro. «¿Adónde quieres que vayamos esta noche?», le pregunto.



*

Mientras volvemos a Bruselas en el Eurostar confortablemente sentados muy por debajo de la superficie del mar y le cuento a mi hijo cuánto duraba aquel viaje en mi infancia en el transbordador nocturno de Ostende a Dover —un barco que flotaba como un corcho sobre las olas y avanzaba lentamente con gran estruendo de motores—, me viene al recuerdo la historia de la dramática travesía de mi abuelo en 1915, en plena guerra. Había caído herido por segunda vez en el frente del Yser, esta vez con un balazo en el muslo, justo debajo de la ingle. Para rehabilitarse lo enviaron a Dinard, una localidad costera del norte de Francia. Desde la ciudad vecina de Saint-Malo se embarcó junto a varios compañeros también heridos para cruzar el Canal camino de Southampton, porque quería visitar a su hermanastro en Swansea. Pero en cuanto salieron a alta mar se desató una furiosa tormenta que se prolongó durante un día y medio. Llegó a Inglaterra exhausto y con los nervios destrozados. Más tarde se referiría a aquel viaje como una de las pruebas más duras que tuvo que superar durante la guerra. Yo también tengo todavía mis propios recuerdos del transbordador nocturno: borrachos delirando en cubierta, bancos duros como piedras en los que pasábamos una

parte de la noche balanceándonos con la cadencia de las olas, los acantilados de tiza alzándose en el horizonte al amanecer y el alivio que sentíamos al ver que la noche llegaba a su fin sin que hubiéramos tenido tormenta. Por aquel entonces, cruzar el Canal para ir a Inglaterra era todavía una travesía cargada de simbolismo. Para llegar a Londres había que viajar una noche entera por mar y medio día por tierra, lo cual le confería al destino un carácter más exótico. Recuerdo la luminosa habitación de Kensington Gardens en la que me alojé en una ocasión, donde me encerré a leer poemas del irlandés William Butler Yeats. Mi hijo escucha en silencio mis historias de un pasado que a él le debe de resultar muy remoto y de pronto me dice: «Yo antes creía que el túnel del Canal de la Mancha era de cristal y que podías ver caballitos de mar nadando a tu alrededor. Y ahora que estoy aquí, ni siquiera tengo la impresión de estar cruzando el mar.»

*

A pesar de las muchas veces que me contó mi abuelo cómo había nacido su amor por la pintura, solo cuando leí sus memorias comprendí hasta qué punto se había grabado con fuego en su alma aquella pasión durante su infancia. Con todo detalle describe la paciencia con que su padre —sentado en un taburete de madera con el pincel y el tiento en la mano derecha, la paleta apoyada a su lado en un escabel con los colores metódicamente distribuidos, mirando el dibujo con un ojo guiñado y la espalda arqueada— retoca las uñas del arcángel de la anunciación en la capilla de Nuestra Señora de los Dolores. A continuación aplica un poco de color a una hoja desvaída de una datilera torpemente dibujada en la sexta estación del vía crucis. Echándose un poco hacia atrás, evalúa el resultado y le pide a su hijo un pincel más fino para acentuar el contorno de algún otro elemento. Él mismo mezcla casi todos los colores. Los tubos de pintura eran demasiado caros para sus modestos ingresos. En una caja de madera de peral con la tapa abierta hay terrones de pigmento —desde cobalto en polvo, muy venenoso, hasta otros de olor dulce como el siena, la sepia y la sinopia—, frascos con aceite de linaza, trementina, alcohol metílico y secantes, cuchillos de hojas finísimas, espátulas, viejos pinceles de pelo de ardilla —muy poco comunes—, brochas

redondas, cepillos de pelo de cerdo, dos pinceles de finísimo pelo de marta para los que ha tenido que ahorrar durante mucho tiempo, trapos con todo tipo de texturas, de más bastos a más finos, lapiceros, carboncillo y betún, testigos de las incontables horas de silencio que pasa el joven Urbain sentado en un banco de la iglesia, observando los movimientos de las manos de su padre. A veces, el pintor se tiene que subir a lo alto de una escalera y jugarse el tipo para limpiar el hollín que las velas han ido depositando a los pies de la Virgen en una nube de difícil acceso en un altar lateral, acentuar con un trazo de color marrón rojizo la cicatriz que ha dejado un verdugo especialmente cruel en el muslo de San Roque, volver a dibujar los agujeros para los cordones del viejo zapato de San Crispín, renovar la túnica esmeralda de San Eloy, descamada con el tiempo, o devolverle el brillo a los tres lirios blancos que crecen a los pies de San Egidio en la arena del desierto con una sutil capa de albayalde, un veneno capaz de matar a una persona.

Urbain, hipnotizado por el delicado roce del pincel, el cepillo o la brocha sobre la pared, ve a su padre en lo alto de la escalera de tijera con su pantalón harapiento y sus chinelas viejas y le parece uno más de los figurantes orientales del fresco que está restaurando en ese momento. A veces, cuando el cielo siempre azul de la imaginería religiosa es extenso, las pinceladas son más amplias, más impetuosas. La luz del sol se filtra a través de las vidrieras en haces de colores que salpican de abigarrados puntos luminosos las baldosas de mármol oscuro de la iglesia. Las partículas de polvo bailan en las columnas de luz. Su padre le pide un pincel del cinco. Urbain busca en la caja de utensilios, sube con precaución hasta la mitad de la escalera y alarga el brazo. Su padre agarra el pincel inclinándose peligrosamente hacia delante. El niño baja de la escalera y se vuelve a sentar en el duro banco de la iglesia con las manos entre las rodillas. Franciscus se endereza trabajosamente, tose un par de veces y se rasca la barbilla con la manga de la chaqueta. A continuación moja el pincel en el pequeño cazo de hierro que lleva colgado del cinturón y aplica varios trazos de un tono amarillo claro en una nube parduzca de la que desciende el arcángel de la anunciación. Son jornadas de paz y tranquilidad que no parecen tener fin. Al mediodía, Urbain comparte con su padre el almuerzo que ha preparado su madre para ellos. Cuando el presupuesto doméstico lo permite, suculentas salchichas en grasa de cerdo,

los últimos días del mes queso de cabra ya duro y seco. Con la iglesia cerrada, accesible solo para ellos, se comen su bocadillo y beben agua de una única cantimplora abollada. Ese es el pequeño paraíso privado de Urbain. Los ruidos del exterior llegan a ellos muy amortiguados. Cuando la campana da las horas, se oyen los crujidos del travesaño de madera al girar sobre su eje y las aves que descansaban en el campanario revolotean momentáneamente inquietas.

Cuando termina el trabajo, los dos golfillos vuelven a casa cantando siempre alguna bobada por caminos cubiertos de carbonilla, golpeando el suelo rítmicamente con sus zuecos baratos de madera de sauce. El viento agita las hojas de los chopos blancos y los álamos temblones y el padre le dice al hijo que son miles de pequeños bailarines. Urbain mira hacia arriba y observa cómo las copas de los árboles, que para él habían sido siempre un todo indivisible, se transforman en infinidad de misteriosos hombrecillos que lo saludan alegremente desde lo alto, interpretando para él una danza imaginaria. El niño traga saliva y siente el calor de la mano de su padre en la suya.

*

Sesenta años más tarde hago con él una visita al cementerio. Con lágrimas en los ojos, el sombrero bajo el brazo y las cuentas de madera de palisandro de su rosario entre los dedos, reza con cierto amargor por el alma de su esposa, Gabrielle Ghys. La tumba tiene un nicho con una vidriera en la que aparece el Espíritu Santo en forma de paloma blanca. Delante de la vidriera, en el propio nicho, hay una pequeña estatua de la Virgen con los brazos abiertos para recibir a los desamparados y los pecadores que deseen acercarse a ella. Él mismo se la dibujó al escultor. Acaba de rastrillar la tierra que hay delante de la tumba, trazando armoniosas líneas oblicuas. Yo paso por encima sin darme cuenta y mi abuelo me regaña esforzándose por no alzar demasiado la voz. Ya está bien de ir corriendo de un lado para otro. Para mí, el cementerio es un lugar de recreo. Al calor del sol de junio, correteo entre los gladiolos y los lirios, las primeras rosas del verano y los grupos de violetas, salto sobre las luces que dibuja el sol en la gravilla al

filtrarse entre las hojas de acacias y fresnos todavía jóvenes, le doy una palmotada en la espalda al ángel que hay al principio del camino cada vez que paso por delante de él y me tumbo sobre una vieja lápida que se ha calentado al sol, hasta que mi abuelo viene a ordenarme indignado que me levante inmediatamente de ahí. Inopinadamente, con la ingenuidad propia de mi edad, le pregunto que dónde está la tumba de sus padres. Él me clava una mirada de estupefacción y empieza a decir algo, pero se contiene, se quita una pelusa de la manga de su chaqueta azul cobalto y finalmente dice: «Venga, vámonos a casa.» Todavía habría de pasar medio siglo hasta que mi padre me desvelara aquel misterio de manera involuntaria al encontrar la vieja lápida que había escondido mi abuelo en un lugar casi imposible de descubrir. Muchos años después visité la tumba familiar un día en que había una fina capa de nieve. Con los reflejos del sol, la escultura de la Virgen parecía transparente.



*

Querida Gabrielle:

Es un hermoso día de junio. Desde mi ventana veo pasar las gabarras por el río. Estoy sentado a la mesita que yo mismo pinté imitando la madera tallada, seguro que la recuerdas. Esta mañana he ido a visitarte a la tumba. Al principio chispeaba un poco, apenas unas gotitas minúsculas que caían de un cielo solo parcialmente nublado, pero después el sol ha vuelto a brillar con toda su

intensidad y el reflejo de sus rayos en la vidriera de la pequeña hornacina de tu tumba me ha recordado a los haces de colores que entraban en las iglesias de mi infancia. Los nietos han estado correteando por los caminos, más allá del ángel de bronce que hay al principio de tu hilera. Los he visto subir la colina en dirección al Campo Santo, donde están enterrados los artistas y los famosos. Ellos no entienden nada de todo esto. No hacen más que jugar, no paran de dar voces y no se están quietos ni un momento. Cuando salíamos he visto el cadáver rígido de una marta junto a una vieja lápida hundida, y ha sido como si toda la tristeza que me acompaña desde que te fuiste se hubiera materializado en ese animalillo muerto manchado de barro. Con la piel de marta se hacen unos pinceles excelentes, no he podido evitar pensar en ello. Nunca he dejado de ser el militar disciplinado que fui, Gabrielle, y he sabido contener mis emociones ante nuestra hija Maria y nuestros nietos.

En casa he abierto los cajones donde conservo intactas tus cosas: tu devocionario, tu ropa blanca, tus gorros de noche. Allí seguirá todo, como en un humilde relicario. Nuestro matrimonio no fue fácil, y tú sabes cómo he luchado con los demonios que me atormentan en lo más profundo de mi ser. El Señor nos ha dado muchas cosas, Gabrielle, tal vez menos de las que hubiéramos querido, pero más que suficientes. No tenemos derecho a quejarnos.

*

Todos los sábados por la mañana de once a doce, al olor de la sopa que empezaban a preparar hacia esa hora en la cocina, mi abuelo me daba clases de esgrima en el vestíbulo de la entrada principal, delante de la escalera con el obús de la Primera Guerra Mundial perfectamente pulido encima del barandal. El ritual se repitió invariablemente desde que cumplí ocho años hasta que llegué a los doce más o menos. Con el torno que tenía en el invernadero había fabricado con mucha paciencia y dedicación dos floretes de madera provistos de delgadas empuñaduras hechas con sendos trozos de metal a los que trató de dar una forma más o menos elegante con un pequeño

martillo, una técnica artesanal que él, no sin cierto orgullo, llamaba «forja en frío». Como no teníamos máscaras, remató la punta de los floretes con trozos de corcho cortados de tapones de vino. Con su blusón gris, se ponía delante de mí con los pies perfectamente juntos y me ordenaba que hiciera lo mismo. «*Mise en garde!*», exclamaba. «¡Los pies rectos! ¡La espalda recta! ¡La mirada al frente! El florete en alto. *Un, deux!*» Más rectos no podíamos ponernos. Practicábamos tiesos como palos, observando en todo momento las normas de la academia militar en la que hizo el servicio entre 1908 y 1912, años todavía idílicos y despreocupados. Un paso adelante, un paso atrás, ataque... y volver a empezar. «*Tiercé... Pronation! Sixte, supination! ¡Venga! Dessous! Reculez! Repos!... Mise en garde!*» Yo daba saltos como un títere en una película de época, esforzándome por mantener los pies bien rectos, controlando la flexión de las rodillas, pero siempre listo para lanzarme hacia delante o saltar hacia atrás, esquivando sus diestros ataques mientras, dependiendo de mi posición, trataba de mantener el florete en *sixte, quarte, octave* o *septime* —las respectivas denominaciones de izquierda, derecha, arriba y abajo en la jerga del esgrima—, cuidándome mucho de no recibir un golpe en la muñeca, porque el florete hay que manejarlo con la muñeca, no con el antebrazo.

Así nos pasábamos una hora entera. A veces me engañaba para que yo atacara y, en vez de desviar mi florete, me esquivaba con agilidad, de tal forma que yo me empotraba contra el barandal de la escalera como una vaquilla desorientada y tiraba el obús, que él agarraba al vuelo antes de que me cayera en la cabeza. «Todavía tienes mucho que aprender», me decía entonces. Más tarde encontré uno de los floretes roto en el invernadero, en la enorme jardinera donde están las parras ya casi centenarias que, después de tantos años, apenas dan uvas. Bajo esas mismas parras se entretenía él muchas mañanas de verano arrancando las uvas más apetecibles. Al escupir al suelo la piel y las pepitas emitía un ruidito similar a un estornudo que tal vez forme parte de los recuerdos más arraigados de mi infancia, porque lo asocio a una sensación de paz irreal, más allá de lo posible en este mundo. En los márgenes de esa imagen hay, por lo demás, destellos de un sol veraniego, tierra caliente y un ligero aroma a fenol y aceite de engrasar.

*

1900. Escenas de su infancia.

Con sus medias viejas demasiado holgadas y sus zuecos excesivamente grandes, su camisa gris, sus rizos revueltos de niña y sus ojos azules de mirada ingenua, el pequeño Urbain espera muy formalito frente a la puerta lateral del convento a que salga una monja para entregarle dos cazuelas, una llena hasta el borde de sopa y otra con tajadas de carne. Con el pecho henchido y cierta sensación de triunfo, inicia el camino de regreso a casa. Cae la tarde. En Dampoort ya han encendido las luces de los escaparates. A la altura del puerto cruza la vía del ferrocarril y pasa por delante de la estación en el momento en que un tren se pone en marcha con grandes resoplidos. Atraviesa las calles estrechas entre la avenida de Land van Waas y la carretera de Dendermonde —Biekorf, Zeem y Was— y continúa en dirección al Groot Begijnhof, la nueva comunidad de beatas de Gante, pasando por una placita con imponentes álamos que talarían unos años más tarde. Cerca de allí hay una pequeña tienda de chucherías. Urbain decide hacer un descanso y deja las cazuelas en el suelo para mirar detenidamente las golosinas expuestas en la vitrina mal iluminada de la tienda.

Fuentes de cristal llenas de bayas de sauco almibaradas, *ulivelos*,^[5] caramelos de Katrina, bolitas de anís, espirales de regaliz, gominolas dulces y ácidas, *rompemandíbulas*^[6] y otras delicias. De pronto, un hombre que pasa por allí se detiene y se queda mirando a aquel mocoso con la cara llena de churretes. Al ver las cazuelas, le echa un par de monedas en la sopa. «Toma, chavalín», le dice. «Si quieres caramelos, saca de ahí el dinero.» Urbain mira al hombre estupefacto y, tras dudar un instante, se remanga la camisa y mete el brazo en la sopa, todavía templada, y mueve la mano dentro hasta tocar las monedas con los dedos. En cuanto las saca, se las mete en la boca para limpiarlas, se baja la manga con el brazo aún cubierto de sopa grasienta y, limpiándose los dedos con la lengua, entra en la tienda a comprar chucherías. Relamiéndose de gusto reanuda el camino, pero justo antes de llegar a casa pisa mal en el borde de una acera y la sopa se derrama en el suelo. Nada podrá convencer a su madre de que no ha cambiado la sopa por unos cuantos caramelos. Céline envía a su hijo sin cenar a su habitación y Urbain se pasa el

resto de la noche respirando el aire viciado del dormitorio, pensando en lo que ha ocurrido y mirando por la ventana. En los tejados bajos de la acera de enfrente, con la última luz del día, ve a un palomo cortejando a una paloma.

*

Dos veces por semana pasaban por casa los estudiantes recién licenciados que visitaban los barrios populares en nombre del Trabajo de San Vicente, una fundación de ayuda a los pobres. A veces iban simplemente a charlar un rato. Se interesaban por el progreso de los niños en el colegio y preguntaban si la familia tenía dificultades. Casi siempre traían algo de comer. Un día se presentaron de improviso, como de costumbre. En aquella época, Céline trabajaba de asistenta cerca de allí, en casa de una señora italiana que la llamaba «Donna Cilla». Urbain estaba solo con sus hermanos. Aquellas tardes sin sus padres eran largas y aburridas. Estaban jugando a ver quién era capaz de pegarle el mordisco más grande a su bocadillo. Mi abuelo, con el brío que lo caracterizaba, iba ganando. Acababa de meterse cuatro bocados seguidos en el gaznate y tenía las mejillas hinchadas como un castor. En ese momento aparecieron en la cocina dos jóvenes altos y delgados de San Vicente, con sus capas gris marengo colgando de los hombros como las alas en reposo de unos seres mitológicos. Sus hermanos, que también tenían la boca llena, salieron corriendo y se metieron debajo de la escalera, donde apenas llegaba la luz, y él se quedó solo, conteniendo una arcada, ante aquel tribunal bicéfalo que preguntaba con cortesía, pero con firmeza, por el paradero de su madre. Los dos licenciados agacharon la cabeza hacia él con una sonrisa burlona. Entre los labios del más alto quedó al descubierto una hilera irregular de dientes amarillentos. Entretanto, la inmensa bola de pan se había transformado en una masa viscosa pegada a su paladar. No podía masticar, porque tenía la boca demasiado llena, y también era imposible tragar. Escupir, por supuesto, ni siquiera se le pasaba por la cabeza. Todo empezó a darle vueltas. Debajo de la escalera se oían las risitas y los resuellos de sus hermanos. Urbain se sintió indispuerto. Tenía la impresión de que los ojos le iban a reventar. Los licenciados lo miraban con las cejas arqueadas.

«¿Y bien?», insistieron. «¿Te ha comido la lengua el gato?»

Se estaba asfixiando. Las lágrimas asomaban a sus ojos.

«Este niño es un poco raro», oyó que decía el más alto de los dos.

Mi abuelo sintió en el hombro una mano grande y huesuda, una mano que le pareció un ente con vida propia, una criatura cada vez más grande que flotaba en el aire de forma independiente y se disponía a agarrarlo del cuello. Aturdido, sacudió la cabeza y, reprimiendo las lágrimas, salió corriendo al patio interior, donde vomitó la masa de pan y el poco de sopa que había comido antes. Cuando volvió a entrar en la cocina, todavía con hipo, los jóvenes de San Vicente ya se habían ido. Encima de la mesa había un bono con un sello azul: *Vale por un pan*.

Urbain agarró el bono, se lo metió en el bolsillo de la camisa y salió escopetado. La panadería estaba a unos quince minutos andando. Con las prisas, se le olvidó ponerse un abrigo y sintió que empezaba a tiritar. Sus zuecos de madera repicaban ruidosamente contra el suelo. Cuando llegó a la panadería, parecía que estaban a punto de cerrar. Entró corriendo y puso el bono triunfalmente encima del mostrador. «¡Un pan para mi madre, por favor!»

La panadera estudió el bono detenidamente, escrutó a aquel niño harapiento que venía con la cara roja de correr y le devolvió el papel: «Lo siento, pero solo me queda pan para mis clientes habituales.»

Urbain salió a la calle y oyó cómo la panadera echaba el cerrojo a sus espaldas. Desde la zona de Dampoort llegó a sus oídos el silbido de una locomotora. El sonido parecía propagarse con dificultad a través de la atmósfera plomiza de aquel día lluvioso. Miró hacia arriba y vio una bandada de gansos cruzando el cielo gris de la ciudad en majestuosa formación de V. Sus graznidos milenarios lo calmaron un poco. Las aves parecían formar una flecha que señalaba en dirección al puerto, donde aún se veía por encima de los tejados y los árboles una tenue franja de luz cerrándose lentamente bajo las frías sombras del crepúsculo.

*

Ahora que leo sus memorias y empiezo a formarme poco a poco una imagen más clara de su infancia, emergen entre mis propios recuerdos gran

cantidad de episodios que de pronto, alumbrados por una nueva luz, cobran sentido, adquieren significado, olor y color. Revivo una escena, por ejemplo, en la que mi abuelo, ya muy mayor, se prepara para meterse en la cama. Se ha quitado el blusón, la camisa y la camiseta interior. Por primera y única vez en mi vida veo desnuda su blanquísima espalda. Desde los hombros hasta la riñonada tiene la piel sembrada de cicatrices y pequeños cráteres morados. Al advertir mi presencia, se vuelve hacia mí y me dice en tono severo: «Venga, jovencito, largo de aquí.» Yo, obediente, salgo de su dormitorio y cierro la puerta. Al día siguiente le pregunto si todas aquellas cicatrices son de la guerra.

«No», me contesta lacónicamente. «De la fundición. Entré de aprendiz a los trece años.»

*

Por lo que leo, en el colegio no iba demasiado bien porque faltaba con frecuencia a clase. Uno de los motivos de sus ausencias era que muchas mañanas tenía que ir a comprar las medicinas de su padre a la farmacia popular. El pequeño Urbain llegaba a la vieja botica con una receta garabateada en latín por el médico y se sentaba en un incómodo banco donde ya solía haber diez o doce personas esperando a que el farmacéutico asomara su imponente calva por el ventanuco de su cubículo y dijera: «El primero, por favor», lo cual provocaba un tumulto y la clásica discusión sobre quién había llegado primero. Algunos se levantaban y trataban de abrirse hueco a empujones. El farmacéutico, en vista del caos, cerraba el ventanuco violentamente con un improperio. Cuando se calmaban los ánimos, abría de nuevo y les pedía a los presentes que se comportaran como gente civilizada. Entonces empezaba el lento desfile de clientes, que una vez atendidos no se privaban de murmurar algo al salir. El turno del niño no llegaba casi nunca hasta que no quedaba allí nadie, y cuando volvía a casa con los polvos tóxicos de estramonio y el nitrato —los cuestionables remedios que ofrecían entonces a los asmáticos—, hacía ya rato que había pasado el mediodía. Su padre esperaba pegado a la estufa, respirando con dificultad, y mi abuelo le dejaba al alcance de la mano el paquetito, que el enfermo no tocaba hasta el

siguiente acceso de tos.

*

De nuevo describe aquellas tardes en la iglesia, después del colegio, con su padre subido a una pequeña escalera de madera, retocando el pie izquierdo de San Pedro.

Pásame el lapislázuli, hijo, que voy a darle color a ese pliegue de la túnica de San Pedro, y alcánzame luego un poco de cobalto para la sombra, ahí, a tu derecha, en la paleta. Después, su padre restaura el blanco descamado del lirio que le ofrece el arcángel Gabriel a la Virgen en el fresco de detrás del altar. Otra anunciación. Una nube luminiscente arroja su luz sobre la joven dama de perfil flamenco —barbilla pequeña, frente alta y pálida, nariz fina y ojos azules serenos—, creando un denso vaho de plata alrededor de su beatífico rostro. El arcángel tiene un semblante masculino y oscuro. Lleva una banda de tela dorada en la cintura, una cinta iridiscente que asciende serpenteando por detrás de su espalda hasta perderse en el santo vaho, en la que originalmente había un texto del que ya solo se intuyen algunas letras de estilo gótico, signos arcaicos que ocultan el misterio divino. A veces hay que hacer un poco de estuco en una tabla con un borde vertical, removiendo la mezcla rápidamente con una espátula de hoja ya muy fina por el uso hasta obtener una masa sin grumos. Una vez conseguida la textura adecuada, su padre extiende la pasta rápidamente sobre la pared, de manera uniforme y, si es posible, de una sola vez. Unos minutos después, alisa la superficie con una esponja envuelta en un trapo y, antes de que se seque el estuco, realiza el retoque con un pincel o un paño, con la yema del índice o el pulgar, todo de manera consecutiva, sin perder un instante, concentrado y en silencio absoluto. La atmósfera devota de aquellas horas tiene algo de sagrado para Urbain. Cuando hace frío, su aliento se materializa en forma de vaho en los haces de luz, pequeñas nubes que ascienden hacia la bóveda como el incienso durante la misa del domingo. Su fervor religioso se ve alimentado por el hechizo de los colores de la vieja paleta de su padre y el privilegio de saberse allí solo con él desde el momento en que cierran la puerta de la iglesia con la pesada llave de hierro; por las melodías que tararea su padre subido a la

escalera, como si formara parte de la escena que está pintando y los dos estuvieran ya un poco en el cielo, un cielo de yeso y pintura, de viejos olores, de frío y vaho, de luz que cae tamizada sobre sus cabezas, sus hombros y sus brazos, elevándolos por encima de la vulgaridad mundana, convirtiéndolos en personajes de un episodio bíblico. Una alegoría personal de la pasión por el arte de la pintura, un conjuro entre un padre y un hijo.

*

Si aquellas tardes en la iglesia constituyeron el paraíso de su infancia, el infierno no tardaría en llegar. Tras varios intentos fallidos de conseguir algún puesto de aprendiz, Urbain empieza a trabajar en el taller de su tío Evarist, de oficio «herrero, torneador de metales y mecánico». Al principio lo ponen a engrasar tornos y taladros y a cargar con la materia prima: barras cilíndricas y rectangulares de metal, grandes piezas de hierro colado, perfiles para hacer escuadras, aparatosas planchas difíciles de manejar... Al cabo de un mes empieza a ir de vez en cuando con el jefe o algún compañero a realizar encargos en otros sitios. Un año y medio después cobra cincuenta céntimos al día.

Entonces será testigo de un horrible accidente. El hijo del herrero, con los sentidos embotados por una tremenda borrachera, tropieza y cae de cara en un horno de fundición al rojo vivo. Mi abuelo ve cómo el herrero —que estaba de espaldas al horno manejando un martillo y en un primer momento no se da cuenta de lo que ha ocurrido— saca a su hijo del fuego escupiendo blasfemias. Pero es demasiado tarde. Lo que queda a la vista es un rostro completamente desfigurado, una masa negra e informe de rasgos vagamente humanos en la que borbotea una mucosidad purulenta mezclada con sangre y babas. Los globos oculares son dos esferas blancas, como los ojos de un pescado frito. La boca es un agujero negro en el que brillan los dientes superiores, que han quedado al descubierto. Un mozo entra con un cubo de agua y se lo echa por encima de la cabeza. Con un sofocante siseo, el agua se filtra en la piel abrasada y el pobre desgraciado exhala su último suspiro retorciéndose entre violentas convulsiones. En su pantalón de trabajo, a la altura de la entrepierna, aparece de repente una mancha oscura. El padre, sin

decir nada, se arrodilla junto a su hijo y levanta su cabeza irreconocible tomando el cuerpo por los hombros. Durante varios minutos permanece inmóvil, mascullando obstinadamente blasfemias apenas audibles, sin retirar la vista de aquellas esferas blancas, como si quisiera taladrar en ellas su mirada. Los obreros y aprendices contemplan la escena en silencio.

«¡Largo de aquí todo el mundo antes de que me cargue a alguien!», brama de pronto el herrero sin alzar la vista.

Uno detrás de otro van saliendo todos al exterior, donde la luz oblicua de un sol ya muy bajo se refleja en el agua que ha dejado la lluvia en los establos y cobertizos.

Ese fue el primer muerto que vio mi abuelo. En aquel tiempo no había asistencia psicológica para este tipo de experiencias traumáticas; volvió a casa y no articuló palabra en toda la tarde.

Los días que siguieron al accidente, mi abuelo va cada mañana a la herrería, pero la puerta permanece cerrada. No se atreve a preguntar cuándo entierran al hijo del herrero. Unos días después oye la historia de boca de un obrero con quien se encuentra delante de la herrería al amanecer.

«*Cagüen* la puta, lo han *metío* en un agujero detrás de su era como si fuera un animal. El cura se acercó a ver si podía hacer algo por ellos y el herrero casi le retuerce el cuello.»

La herrería permanece más de un mes cerrada. Los pedidos tienen que esperar. Cuando por fin se reanuda la actividad, solo se presentan dos obreros y un aprendiz: Urbain. Nadie trabaja con ganas, todo está manga por hombro, cada vez se cancelan más pedidos, cada vez es más frecuente que no acuda casi nadie a la herrería y los tornos ni siquiera se pongan en marcha. El último mozo que queda con jornada completa presenta por fin su baja. Urbain se va pocos días después. El herrero ni siquiera levanta la mirada de su estación de trabajo cuando el muchacho, encogido por la vergüenza, viene a despedirse con una excusa farfullada entre dientes y se aleja de allí andando un poco raro, como si se lo hubiera hecho en el pantalón.

*

A partir de entonces todo va muy rápido. Tras varias semanas de

búsqueda, Urbain da con sus huesos en una fundición de hierro, un trabajo muy duro para un niño de apenas trece años. Durante los primeros días anda perdido en el ruido ensordecedor de la fábrica, entre hombres cargados con enormes bloques de hierro, expuesto al terrible calor de los hornos, oyendo por todas partes gritos, palabras gruesas y chistes zafios, respirando vapores tóxicos que se agarran a los pulmones. La mirada de algunos obreros ha adquirido un brillo pálido de trabajar en esa olla a presión. A otros les ha caído hierro fundido en un pie y se han quedado zopos. Parecen demonios benignos errando por el inframundo, estoicos y correosos, esquivos y enconados. A los más jóvenes, como Urbain, todavía no los dejan cruzar los estrechos puentes de la fábrica cargando con las pesadas cestas de chatarra para fundir. Su cometido consiste en permanecer junto a la boca del horno y, haciendo uso de toda su fuerza, mantener en equilibrio la enorme urna basculante cuando el hierro fundido fluye hacia su interior desde los canales de arcilla. Mientras tanto, los obreros esperan con sus cucharones de madera en alto a que mi abuelo incline sobre ellos con mucha precaución el crisol, de forma que cada uno reciba la porción de hierro que necesita para volcar a continuación en los moldes. El calor le corta el aliento, sus ojos parecen derretirse en el interior de sus cuencas. Cuando el flujo de hierro desciende, bloquean el conducto de salida con un tapón cónico de arcilla pegado a la punta de una pértiga. El fuego salpica, sisea y borbotea a ambos lados de la boca del horno. A veces, el tapón se sale de su sitio y es como si un demonio furioso lanzara un potente escupitajo de fuego y chispas, una erupción volcánica en miniatura que crea una corriente de acero líquido, un río incandescente de caprichosos meandros en la tierra pisoteada que cubre el suelo de la fábrica. Para que el fuego no se extienda a otras partes del edificio, hay que echar encima inmediatamente grandes palas de tierra húmeda. Pero un día, el tapón se sale del agujero ya mellado del horno justo en el momento en que no hay suficiente tierra en la palangana que siempre tienen preparada para esos casos. Los obreros le piden a Urbain a voces que enderece la urna y la mantenga recta mientras van a buscar tierra al patio interior. A pesar de su monumental esfuerzo, el metal fundido no tarda en desbordar el crisol. Sus compañeros, muy alarmados, le gritan que el horno no puede volcar. Una masa de calor inmenso se traga a Urbain, lo ciega, lo

abrasa vivo, le nubla los sentidos y de pronto, tras oír algo así como el ulular del viento en el interior de su cabeza, se hace en torno a él un silencio ensordecedor. El metal líquido se derrama por los bordes de la urna. Mi abuelo no se ve las manos. El hierro fundido busca una vía alrededor de sus zuecos, la madera del rudimentario calzado cruje bajo la presión del metal incandescente y Urbain piensa que él también se va a quedar zopo. No puede moverse del sitio. Está atrapado. A sus espaldas hay una actividad frenética, pero él ya no percibe nada. El calor lo acoge en su seno como una madre, lo arrulla, lo anestesia. Los gritos y bramidos se diluyen en la distancia, hasta que aparecen manchas oscuras en una luz celestial, intensísima, que lo llama. Grandes paladas de tierra en torno a él y en la boca del horno. Alguien acierta por fin a meter de nuevo el tapón de barro en el canal de salida del crisol y, entre el siseo y el borboteo del metal, Urbain recobra parcialmente la conciencia. Sensación de mareo. Grandes manos que lo agarran y voces de apremio: «¡Vamos, niño! ¡Corre!» Pero él no se mueve. La cabeza le da vueltas. Su pañuelo, que asoma del bolsillo de su pantalón, ha prendido fuego y arde como delicada flor azul en su cintura. En su mente se forma la imagen de un santo con la mirada levantada hacia el cielo, un santo que ha visto pintar a su padre en el silencio de una vieja iglesia, y quiere quedarse allí para siempre. Entonces alguien se acerca a él por el camino de tierra húmeda que han creado entre el horno y la puerta y trata de levantarlo agarrándolo por debajo de los brazos, pero sus zuecos se han quedado pegados al hierro ya frío y, para arrancarlos, tienen que traer una palanqueta. Él lo vive todo como en un sueño, y cuando por fin consiguen romper los zuecos y sacarlo de la fábrica, vomita lo poco que ha comido ese día. Sus compañeros lo sientan en el patio interior, donde se repone lentamente bajo una llovizna tibia, mirando las nubes grises que cubren la ciudad.

«Ese día cambió algo en mí para siempre», escribe en sus memorias.

Su madre debió de notar algo aquella misma noche. Su forma de andar es otra, hay una tensión diferente en su cuello y en sus hombros, que poco a poco han ido aumentando su masa muscular. Urbain es bajito, todo fibra. Desde que trabaja en la fundición se ha vuelto taciturno. En su espalda aparecen los primeros cráteres y cicatrices a causa de las chispas que lanzan las altas lenguas de fuego. Esa noche, su madre percibe en su mirada una

sombra de hermetismo. Durante la cena tiene la mirada perdida y no oye las voces de sus hermanos. Dice que no tiene hambre y sale al patio a mirar la calle por encima del murete. Ve pasar unas monjas cuchicheando. El aleteo de sus capas les confiere el aspecto de aves insólitas procedentes de otro mundo. La puerta trasera de la casa chirría y su padre, que durante las últimas semanas ha adelgazado considerablemente, se acerca a él. La frágil figura del pintor de frescos contrasta con el cuerpo joven y fuerte de su hijo, a quien echa un brazo al hombro sin decir nada.

*

Leo en el periódico que un joven político local tiene grandes planes de renovación para Gante. Quiere soterrar ese tentáculo de la autopista que se mete en la ciudad casi hasta el centro antiguo, cuya construcción, en los años sesenta, supuso la mutilación del Zuidpark, tan emblemático en otros tiempos. La idea es rehabilitar en toda su gloria ese parque decimonónico de concepción clásica, al que la autopista robó el alma, para convertirlo en un majestuoso heraldo de la nueva era ecológica, una especie de Central Park. Esa extensión de la autopista que parte en dos la ciudad fue controvertida desde el primer momento. Para los críticos era la prueba de que la *ciudad ufana*[7] había entregado su dignidad a cambio de intereses económicos. A lo largo de las elegantes avenidas de Frère Orban y Gustaaf Callier aparecieron edificios de apartamentos para las clases pudientes, pero sus ventanas y balcones siguen dando a un tramo de autopista. Antiguamente, en un modesto rincón un poco perdido del parque, había un busto del gran poeta flamenco Karel van de Woestijne. Un poco más hacia el centro, en lo que queda del viejo Zuidpark, hay todavía una estatua ecuestre del rey Alberto I, y en el lugar donde había una vistosa estación de ferrocarril hay ahora un edificio moderno con una fuente ornamental delante. Todavía recuerdo el color de las begonias en primavera, cuando ese edificio aún no estaba allí. Se han perdido muchos referentes históricos en torno a este parque urbano, entre los que destacaban el viejo zoológico del siglo XIX y la señorial Estación Sur. El zoológico, con sus lagos, sus flores y su cafetería de estilo bizantino, desapareció cuando mi abuelo tenía catorce años. En los prados de

Muinkmeersen construyeron viviendas para obreros con pequeños patios interiores comunitarios. El Muinkpark, un modesto pero agradable parque con un puente arqueado y rocas artificiales situado en el centro de lo que fue un barrio residencial que en la última década se ha transformado en un hervidero de gente con la llegada de un gran complejo de cines, constituye el último vestigio de aquel zoológico decimonónico. Me imagino a mi abuelo paseando por allí con su amigo del barrio: el fuerte olor de las jaulas de los depredadores, los elefantes cansados por las continuas monerías que los obligan a hacer los domadores, los visitantes disfrutando del espectáculo sin los problemas de conciencia que sufrimos en nuestro tiempo, fascinados por el exotismo de todo lo que se les ofrece a la vista...

La Estación Sur, situada al otro extremo del parque, era el orgullo de la ciudad. Parecía un gran palacio ante una amplia plaza con una fuente rodeada de flores y una estatua de bronce de un gladiador. Mi abuelo iba allí con su vecino a pasar muchos domingos por la mañana —el sábado todavía se trabajaba—. Se deslizaban por los bordillos de basalto y se subían a un rellano del edificio a ver cómo entraban y salían los trenes. La diversión consistía en quedar envueltos por las nubes de hollín y ceniza que despedían a bocanadas intermitentes las anchas chimeneas de las locomotoras con el movimiento espasmódico del tren. Por dentro, la estación era un verdadero festín para la vista. El centro del monumental vestíbulo, construido sobre un armazón de acero rematado en la cúpula con amplias vidrieras al estilo de la época, estaba ocupado por una imponente jardinera con palmeras, azaleas y todo tipo de arbustos ornamentales iluminados por la luz que entraba a través del techo. La plaza frontal también era amplia y luminosa, un espacio urbano con carácter. En 1930 derruyeron la estación. Ahora, al salir del aparcamiento subterráneo se ve a un lado una moderna biblioteca municipal, y al otro, donde estaba el elegante hotel Park —frente a la antigua estación—, un centro comercial. Las nuevas generaciones ni siquiera tienen conciencia de haber perdido algo. Experimentar lo nuevo como algo natural es uno de los efectos secundarios del olvido.



Trato de imaginar cómo era la plaza a principios del siglo XX. Delante de la estación hay una hilera de carruajes. Los caballos esperan pacientemente con un saco de avena colgado del cuello y los cocheros, con el bigote de rigor, charlan en la caballeriza bebiendo cerveza en jarras de barro. El penetrante olor de las boñigas se extiende por todos los rincones de la plaza. Bajo el espléndido frontispicio de la fachada principal, los viajeros entran y salen de la estación. Tal vez haya un organillo. En el casco del gladiador descansa una paloma. Nadie sospecha ni en lo más remoto lo que va a ocurrir apenas diez años más tarde.

*

Continuando desde allí hacia la parte alta de la ciudad se llega a la plaza de San Pedro, donde en aquellos días se exhibía muchos domingos por la mañana un ingenio de la técnica que era la sensación del momento. A cambio de unas monedas, los más osados podían subirse a una barquilla de mimbre colgada de un globo aerostático, el cual ascendía por unos cables, se balanceaba durante unos instantes a una altura suficiente para ver los tejados medievales de la ciudad y volvía a posarse en el centro de la plaza. A la gente mayor aquello le parecía una extravagancia moderna —las bravuconadas se acaban pagando caras, decían—, pero para los jóvenes y los militares de la época, con sus bigotes de puntas ensortijadas, se trataba de una emocionante novedad de atractivo irresistible. Mi abuelo cuenta orgulloso en sus memorias

que, un día en que una ráfaga de viento sacudió peligrosamente el globo, tuvo la oportunidad de estrecharle la mano al por entonces ya famoso aviador belga Daniel Kinet, uno de los responsables de aquella atracción. Este personaje desempeñaría luego un papel importante en determinados momentos de su vida.

Si el Zuidpark se hallaba enmarcado en la tradición de parques y jardines clásicos de trazados geométricos, en el caso del Citadelpark (literalmente, «el parque de la ciudadela») la inspiración provino de la filosofía romántica, según la cual el paisaje debía conservar un aspecto lo más natural posible, como ya ocurría en el viejo zoológico. Gante era consciente de su configuración histórica definida por la tensión entre ordenación urbanística por un lado y paisajismo romántico por otro, y daba expresión a ambos criterios en sus zonas recreativas.

La ciudadela clasicista que dio nombre al parque también ha desaparecido hace tiempo —con excepción del viejo arco de aspecto romano por donde se entraba, que en realidad formaba parte de un cuartel del que aún quedan algunos vestigios y que ya se encontraba en estado de abandono antes de la guerra—, pero las grutas encementadas de tradición romántica situadas detrás de la cascada siguen allí, y me imagino a mi abuelo paseando de joven por el parque con sus zuecos, su pelo fosco de punta y las manos en los bolsillos, o jugando con su amigo a hacer saltar piedras planas en la superficie del lago, asustando a los patos.

Cuando ya era un hombre de casi setenta años, más de un domingo por la mañana crucé agarrado de su mano aquel arco de entrada con una cita en latín —*Nemo me impune lacessit*, «Nadie me amenaza impunemente»— camino del museo municipal, adonde me llevaba para enseñarme los cuadros que admiraba. Entre lo que había allí expuesto, sentía especial predilección por un lienzo grande y luminoso de Emile Claus fechado en 1891, una escena invernal titulada *Los pájaros de hielo*^[8] en la que predominan el blanco y el amarillo pálido. Tres niños juegan con sus sencillos trineos de madera en un lago helado cubierto por una fina capa de nieve. Calzan zuecos y van bien abrigados con ropa de color gris. En la orilla hay un muñeco de nieve. A lo lejos se ve una hilera de sauces que parece flotar en el horizonte y una

modesta granja medio oculta entre los árboles. La imagen rezuma un silencio gélido. Es una fiesta de luz y visibilidad que inspira un sentimiento de profunda alegría. Eso fue lo que supo transmitirme mi abuelo. Más tarde caí en la cuenta de que, con ese cuadro, me mostraba una escena del año de su nacimiento. Él había nacido el 9 de febrero de 1891, es decir, durante el riguroso invierno en que Claus pintó esa escena. El Real Instituto Meteorológico de Bélgica, en Ukkel, me facilita los datos de esa fecha concreta. Al parecer fue un día frío y neblinoso con heladas leves. Imagino los bancos de niebla en la intersección del Lys y el Escalda, su madre recién parida en la cama, el olor de la estufa, que no acaba de tirar a causa de la baja presión atmosférica, la comadrona depositando al bebé en una primitiva cuna situada junto a la estufa, envuelto en paños de lana, mientras Emile Claus, no muy lejos de allí, da vida con sus pinceles a una escena blanquísima de gran expresividad, un lago helado en el que juegan tres muchachos con los que tal vez se cruzara mi abuelo unos años más tarde siendo niño, cuando ellos ya se habían hecho hombres.



*

Delante de mí, encima del escritorio, tengo una piedra gris de peso considerable con una llamativa forma rectangular. Mide unos diecisiete centímetros de largo por ocho de ancho, y tiene algo menos de cuatro centímetros de grosor. Las esquinas están redondeadas de forma increíblemente simétrica y tanto la cara superior como la inferior son

completamente planas. Miles de años rodando al azar en la playa, arrastrada por las olas, han convertido esta piedra en un objeto de proporciones perfectas, como si la hubiera tallado un ser humano. Resulta difícil imaginar un ejemplo más tangible de las maravillas que es capaz de producir la naturaleza de forma absolutamente casual. En la cara superior, mi abuelo pintó una escena de aire folclórico: un hombre y una mujer con atuendos tradicionales de tonos oscuros caminando por la playa, con unas colinas al fondo y un pueril barquito navegando por el mar. En la esquina superior derecha, con un pincel fino y en mayúsculas negras un tanto temblorosas, escribió: Rapallo.

Me la regaló cuando yo tenía unos doce años, en una época en que me dedicaba a coleccionar piedras. La historia que pudiera haber detrás de aquella escena no me interesaba especialmente. Para mí lo importante era que mi abuelo había pintado algo en una piedra, un dibujo acompañado de una palabra para mí envuelta de misterio, pues aunque supongo que él me diría que era una ciudad en el norte de Italia, yo no registré el dato.

Quince años después de su muerte, cuando yo andaba tratando de leer los indescifrables cantos de Ezra Pound, paré con mi mujer en Rapallo camino de Florencia. Dimos un paseo por la pequeña playa de piedras, cerca de la vieja torre, y para mi sorpresa —pues qué ciegos somos muchas veces para las cosas de nuestro propio pasado— había allí todo tipo de piedras con el mismo formato que la de mi abuelo. Cómo es posible que no se me hubiera ocurrido antes: la había cogido en aquella playa.

Hay momentos en la vida de una persona en que se producen en su interior todo tipo de procesos por los que, de pronto, cambia la perspectiva de las cosas. Recuerdo mi brazo apoyado en el hombro de mi joven y atractiva esposa, la sensación de ingravidez y libertad; el sol, la brisa, el olor de las algas y el agua salada; la repentina impresión de encontrarme físicamente en el cuerpo de mi abuelo, en el mismo lugar en que estuvo junto a su mujer, la fiel y tímida Gabrielle, a quien imagino tocada con su mantilla negra. Ocurrió hacia mediados de los años cincuenta. Iban camino de Roma en uno de esos viajes de peregrinación organizados por una u otra asociación católica y Rapallo no era más que una escala en el camino, un lugar donde probablemente pararon solo para comer y dar un breve paseo. Los veo

bajando juntos a la playa, vestidos como siempre de negro. Mi abuelo coge la piedra y Gabrielle le dice: «Pero Urbain, ¿no te das cuenta de que eso te va a pesar mucho en la valija?» Y él, cabezón como era, sube al autobús con su piedra de kilo y medio y carga con ella hasta volver a casa, donde poco después pinta en su superficie esa escena tan turística como recuerdo de un viaje del que apenas se han conservado fotos. Lo más curioso es que no sintiera la necesidad de plasmar una vivencia propia y prefiriera pintar un cliché folclórico y cursilón que para él, por lo visto, daba expresión al sentimiento de felicidad de aquel momento. Aunque siempre cabe la posibilidad de que sea una escena que vio con sus propios ojos. Quién sabe. A lo mejor era un día de fiesta y había en la ciudad gente vestida con trajes tradicionales. Imposible comprobarlo.



Esa visita a Roma fue el único viaje al extranjero que hizo en toda su vida, al margen de sus dos periodos de rehabilitación en Inglaterra durante la Primera Guerra Mundial y una breve estancia en Oslo de la que por desgracia no sé casi nada, excepto lo que nos solía contar sobre el dialecto que hablaba allí la gente, que según él sonaba más o menos como el neerlandés coloquial de Gante pero sin que uno entendiera nada, lo cual es rigurosamente cierto, como tuve ocasión de comprobar una vez durante una entrevista con el escritor noruego Jostein Gaarder. La piedra pintada de Rapallo es, por lo tanto, el único objeto que tengo relacionado con los viajes de mi abuelo. Y las piedras, como es sabido, no hablan. Dado que sus memorias solo llegan hasta 1919, dos tercios de su vida están envueltos en ese proverbial silencio.

*

Rapallo es una pequeña localidad costera de provincias. El filósofo alemán Friedrich Nietzsche anduvo por allí cuando concibió la idea de escribir una epopeya sobre Zaratustra en vez de sobre Empédocles (sobre quien debía de haber leído en la obra del poeta Friedrich Hölderlin). Ezra Pound, marcado al igual que mi abuelo por los desastres de la Primera Guerra Mundial, se instaló en Rapallo en 1924, durante un periodo en que su amante, la violinista americana Olga Rudge, estaba embarazada. Cuando dio a luz, dejó al bebé al cuidado de una campesina germanoparlante, que se encargó de criarlo. Pound iba de un lado a otro sin encontrar la paz interior en ningún sitio, pero siempre volvía a Rapallo, donde escribió sus cantos mientras despotricaba en la radio italiana contra las prácticas usureras de los judíos y manifestaba su apoyo a Mussolini. Por mediación de Olga llegó incluso a conocer personalmente al dictador fascista, a quien trató de vender sus ideas sobre la perversa economía basada en la usura de los judíos. El Duce, al parecer, se salió por peteneras y, hojeando el ejemplar de *Los cantos* que le había regalado el poeta, dijo: «È divertente», anécdota que Pound reflejó más tarde con cierta ironía en otro de sus cantos. Yeats escribió sobre astrología en Rapallo. Kokoschka pintó una vista casi impresionista de la bahía y James Joyce visitó la ciudad en una ocasión. Elmore Leonard situó en Rapallo la acción de su novela de suspense *Pronto*.

El 2 de mayo de 1945, cuatro días después del linchamiento público de Mussolini, con el cuerpo del dictador todavía expuesto al público junto al de su amante en una estación de servicio de Milán, colgado por los pies como un buey en el matadero, un grupo de partisanos sacó de su casa de la idílica Rapallo al poeta americano de ideas fascistoides. Antes de que se lo llevaran, le dio tiempo a meter en su bolsa un volumen de Confucio y un diccionario de chino. Pocos días después, en una entrevista, afirmó que Hitler había sido una Juana de Arco y el Duce un líder «*who lost his head*», *c'est le cas de le dire*. Considerado un genio que había degenerado en la locura, lo encerraron en una jaula de animales en las proximidades de Pisa. Años después, de vuelta en Rapallo, ya viejo y expurgado de sus antiguas ideas, le dijo a Allen Ginsberg: «*I was not a lunatic, I was a moron.*» Yo no era un loco, sino un

imbécil.

Es imposible determinar en cuáles de los innumerables y crípticos versos que escribió sobre el mar desempeña un papel la modesta Rapallo. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que durante mi visita a esa ciudad estuve en el lugar donde la vida de este poeta cabezón de ojos azules —rasgos que compartía con mi abuelo— se superpuso un breve instante con la del devoto peregrino belga, con su sombrero borsalino y su piedra de kilo y medio metida en una bolsa. Por lo demás, no tienen nada en común, y doy por sentado que mi abuelo ni siquiera llegó a oír el nombre de Pound a lo largo de toda su vida. Pero sin embargo, hay algo que los une, algo difícil de determinar, un vínculo apenas perceptible pero suficiente para inspirar una fugaz asociación de ideas, como me ocurrió con el retrato de Schopenhauer, un común denominador cuyo sentido profundo siempre escapará a mi entendimiento, porque forma parte de un mundo distinto, con otros usos y costumbres. ¿Qué podemos saber nosotros de aquellos hombres que vivieron las grandes catástrofes europeas? Vuelvo a mirar la piedra. Paso la yema del dedo por los delicados trazos de pincel y, de pronto, tomo conciencia de que solo perdura en el tiempo aquello de lo que puede dar fe algún objeto, por muy mudo que sea. Sí, las piedras sí hablan. Siguiendo el trazo del pincel, reproduzco el movimiento de sus dedos sobre esta piedra fría y silenciosa, igual que acaricié su frente cuando murió y, asustado de lo frío que estaba, me pregunté: ¿por qué no abre los ojos y me habla?

*

También hay objetos que han desaparecido y que, precisamente por ello, acuden con mayor asiduidad a mi memoria. Entre ellos, el reloj de bolsillo de oro que me regaló mi abuelo cuando cumplí doce años constituye posiblemente el recuerdo más doloroso y recurrente. En el momento en que lo vi bajar la escalera y entrar en la sala con una sonrisa radiante, supe que traía algo especial para mí. Me pidió que abriera la mano y me puso en la palma con mucho cuidado la pequeña joya. Yo le di las gracias, alcé la mirada hacia él, y cuando iba a darle un abrazo, el reloj se me escapó de la mano y se hizo añicos en el suelo. La escena se ha reproducido infinidad de

veces en mi memoria: la expresión de su cara, su consternación, su forma de cerrar los ojos y sacudir la cabeza mascullando alguna barbaridad, la rabia contenida con que recogió los fragmentos, se los guardó en el bolsillo de su blusón y salió al jardín para no volver a aparecer en varias horas. Durante mis noches de insomnio, cuando esta visión me atormentaba —lo cual ocurría con frecuencia—, me entraban ganas de darme un golpe en la cabeza. Y a veces lo hacía.

Ahora que he leído la historia de aquel reloj en su primer cuaderno, en el que narra su infancia y su adolescencia, por fin comprendo el verdadero alcance de este incidente y sé que jamás podré saldar la deuda que contraí con él en aquel momento.

El reloj había pertenecido al abuelo de su padre. Cada vez que la pobreza les ponía la soga al cuello, sus padres le entregaban algún objeto de valor para que lo llevara a la casa de empeños, la cual —menudo sarcasmo— se llamaba Monte de Piedad, una entidad de raigambre católica más opulenta de lo que cabría esperar dados sus modestos objetivos. El Monte de Piedad de Gante sigue existiendo como referente urbano, aunque hoy en día el edificio tiene otra función. El amplio palacio de estilo barroco se empezó a construir en 1620 por orden de los muy devotos reyes Alberto e Isabel de Austria, y se inauguró en 1622, en la época de extrema pobreza que trajeron consigo las guerras religiosas. El edificio, en cuya fachada todavía se puede leer la inscripción «Mons Pietatis», está espléndidamente restaurado. Se encuentra en la calle Abraham, muy cerca del castillo de Gravensteen y del muelle del canal Lieve, entre las coquetas calles de Prinsenhof y Gewad. En 1930, el ayuntamiento empezó a utilizarlo como archivo municipal. Fue uno de los primeros edificios de la ciudad en poder presumir de fachada barroca. Su estilo recuerda vagamente a un *palazzo* italiano. El pequeño Urbain tenía que dar un paseo considerable para llegar al centro histórico de la ciudad desde los barrios populares. Supongo que la monumentalidad del edificio le imponía mucho respeto. Un día, su padre le entregó muy a su pesar el reloj de bolsillo en cuestión y le repitió una y mil veces que, por el amor de Dios, no lo dejara caer. Con el tesoro de su padre bien apretado en la mano, pasó por debajo de la inscripción de Mons Pietatis y puso el reloj en el mostrador. Una monja desabrida le entregó a cambio un poco de dinero y un resguardo que él

llevó inmediatamente a casa. Durante aquellos años tan difíciles en que su padre caía enfermo cada vez con mayor frecuencia, Urbain llevó al Monte de Piedad también algunos de los bienes más valiosos de su madre, entre otras cosas sus pocos libros franceses, un collar de perlas, su camafeo incrustado en plata con la consabida imagen de la joven de la coleta, la horquilla bañada en oro que había heredado de su madre, los cubiertos de plata y un mantel de encaje al estilo de Brujas, tejido a mediados del siglo XIX por la bisabuela de Urbain. Al cabo de algunos años, cuando Franciscus consiguió ahorrar algo de dinero, envió a su hijo de nuevo a la casa de empeños con la misma cantidad que habían recibido por el reloj de su abuelo —el Monte de Piedad prestaba dinero a los pobres sin cobrar intereses, como también se puede leer en la fachada— diciendo que eso al menos no se lo habían conseguido arrebatar aquellos canallas, a lo cual su mujer, pensando seguramente en el collar de perlas de su madre, que aún seguía empeñado, le dijo: «Pero Franciscus, hombre, un buen cristiano no debe hablar así.»

El reloj volvió a manos de su padre y, poco después de su muerte prematura, Céline, todavía en pleno duelo, se lo entregó a Urbain como símbolo de que ahora era el hombre de la casa. Mi abuelo se lo metió en el bolsillo y lo llevó con él a modo de talismán durante su formación en la academia militar y durante los cuatro años de la guerra. Aquel valioso mecanismo de relojería sobrevivió el infierno de Schiplaken y el horror de SintMargriete-Houtem, estuvo presente en la legendaria retirada hasta Jabbeke y Ostende y lo acompañó durante los largos y terribles años en el frente del Yser, desde Mannekensvere hasta Stuivekenskerke. Lo llevaba en el bolsillo durante la tormenta en el Canal de la Mancha, camino de Southampton, de la que pensó que no saldría con vida. Faltaron pocos centímetros para que una bala lo hiciera saltar en pedazos cuando lo hirieron en la ingle, mientras trataba de levantar una barrera de alambre de espino en el barro, a orillas del Yser. Y finalmente murió sin gloria ninguna cuando fui tan torpe de dejarlo caer el día de mi decimosegundo cumpleaños, el día que, ahora que he leído sus cuadernos, quedará grabado para siempre en mi memoria como el momento en que contraí con él una deuda imposible de saldar. Ahora que compruebo datos y fechas, descubro que cuando empezó a escribir sus memorias hacía solo dos meses de aquel incidente del reloj, de

modo que, en el momento de sumergirse en su pasado, acababa de perder su recuerdo más valioso por culpa mía.

Un día gris, me subo al coche y voy a Gante con el único objetivo de pasar un par de veces por delante del Monte de Piedad y cruzar a la acera de enfrente para observar bien la fachada magníficamente restaurada. Y mientras estoy delante del edificio, un pensamiento me martillea la cabeza: la idea de que el reloj estuvo allí durante un tiempo —mi propio abuelo lo llevó— y que yo lo rompí, un objeto hereditario que en su infancia ya era casi una antigüedad. ¿Qué habrá sido de los fragmentos del reloj? ¿Estarán todavía en algún sitio? Un hombre pasa por delante de mí arrastrado por un dóberman que tira de la correa jadeando. Se oye el zureo de unas palomas. Ahora ya es demasiado tarde para el arrepentimiento en el que estoy hundido como en un fangal.



*

En primavera, mi abuelo me llevaba muchos domingos por la mañana a la plaza Kouter a pasear por el mercado de las flores, que en aquella época tenía unas dimensiones más modestas que hoy en día. A pesar de lo amplia que es la plaza, cuando la fanfarria empezaba a tocar en el quiosco de música mi abuelo se ponía siempre en primera fila, la mayoría de las veces del lado de la fachada estilo vienés de la antigua Bolsa, con su impecable traje azul oscuro y el bastón bien plantado delante de él. Se sabía el repertorio de memoria,

desde la primera hasta la última nota; muchas veces incluso tarareaba las melodías o asentía rítmicamente con la cabeza cuando la banda acometía una nueva marcha o una pieza de *L'Arlésienne* de Bizet y, a causa del tono inseguro de algunos instrumentos, uno tenía la impresión de que los oboístas, clarinetistas y fiscornistas, acompañados por el hombre del bombardón, que marcaba los graves con la cara roja como un tomate, estaban cruzando un peligroso puente colgante situado a gran altura sobre la rápida corriente de notas de la exigente partitura. Cuando terminaba la música y mi abuelo se alejaba de allí conmigo más que satisfecho, muchas veces me decía: «Yo canté ahí una vez en el coro de Peter Benoit.»

¡Benoit! ¡El gran bardo y compositor flamenco, autor de un oratorio dedicado al Escalda! Un músico que ganó el prestigioso Prix de Rome —el mayor honor para un compositor—, dirigió en París en el Théâtre des Bouffes-Parisiens de Jacques Offenbach y fundó el Teatro Lírico Neerlandés. Peter Benoit, a quien él llamaba siempre el Brahms flamenco, falleció en 1901, de modo que mi abuelo no podía haber cumplido todavía los diez años cuando cantó bajo su dirección. Investigando un poco, descubro enseguida la causa concreta por la que sus destinos se cruzaron fugazmente: en el año 1900, con motivo de la boda del príncipe Alberto y la princesa Isabel, condesa de Baviera, y en el marco de las festividades por la solemne visita de los novios a la «ciudad ufana», se creó un gran coro mixto en el que también participaron, tras el correspondiente proceso de selección, diversos coros infantiles. Debió de ser un acontecimiento muy sonado. Nunca se había visto en la plaza Kouter una orquesta tan impresionante como la que reunieron allí para la ocasión. Era conocida la pasión por la música de la joven princesa y había que estar a la altura de su sensibilidad artística. Más tarde, siendo reina, instituyó uno de los certámenes de música más prestigiosos de Europa, el Concurso Internacional de Música Reina Isabel de Bélgica, acerca del cual, hace algunos años, oí a un famoso director de orquesta flamenco preguntarle al rey: «Majestad, ¿no cree que debería usted poner fin de una vez a ese circo antediluviano?», a lo cual Alberto II, tocayo y nieto del cónyuge de la fundadora del certamen —muerto en trágico accidente—, dirigió un guiño sarcástico a los demás comensales y le dijo al atrevido director de orquesta en tono benévolo: «Tú eres el gracioso de turno, ¿verdad?»



La actuación de Peter Benoit en la plaza Kouter en 1900 dejó una impresión indeleble en la memoria de mi abuelo. Para imponer su autoridad ante el coro infantil de Gante, al gran compositor flamenco le bastó con mirar muy serio a los niños y alzar una de sus legendarias cejas. En el conocido retrato de Jan Van Beers, magnífico estudio de la personalidad del músico, se aprecian sus profundas ojeras de cansancio y la expresividad de sus cejas. Tampoco se puede negar, en efecto, cierto parecido físico con los conocidos retratos de Brahms ya canoso y con barba. Aunque la cara de Benoit, por así decirlo, es mucho más *brahmsiana* que la del propio Brahms. Más tarde he escuchado con frecuencia el concierto de piano de Benoit, el cual recuerda sin duda al trabajo de Brahms, y cuando oigo esa música, me resulta imposible no ver a mi abuelo sentado junto a la radio un domingo cualquiera, con los ojos cerrados y un dedo en alto, silbando suavemente la extensa melodía, lo cual ya de por sí no es nada fácil, dado el tempo pausado de la composición, aunque de vez en cuando se le escapaba una nota aguda en el momento en que la música descendía hacia un grave, como suele ocurrir cuando nos dejamos llevar por la emoción.

*

De la plaza Kouter íbamos a la Veneziana, la vieja heladería próxima al

castillo medieval de Gravensteen, un agradable establecimiento a la antigua usanza, con restaurante incluido, donde me invitaba invariablemente a un helado de melón. La Veneziana era toda una institución en Gante. Allí acudían los poetas a beber café y a chismorrear, a alardear de sus relaciones amorosas secretas en las nostálgicas casas señoriales a orillas del Coupure, a leer el periódico o a quejarse del tiempo. Allí vi muchas veces apoltronado, cuando ya casi era un anciano, al compositor gantés Louis de Meester —que aunque pertenecía más bien a la escuela moderna de Schönberg tenía una mirada tan imponente como Peter Benoit—, acompañado de su esposa, una mujer mucho más joven que él de quien decían que había trabajado de empleada en aquella misma heladería. La Veneziana, un referente en la ciudad para muchas generaciones de ganteses, cerró sus puertas lamentablemente en 2006 y yo siempre he pensado que el principio del fin llegó el día en que el patrón, Nikki Zangrando, decidió emprender una remodelación del interior consistente en arrancar el enmaderado marrón que cubría las paredes y sustituir el encantador mobiliario de los años treinta por trastos modernos desprovistos de alma. Aquel hombre —que en sentido estricto no era veneciano, aunque procedía de la región del Véneto, en concreto de la zona de Cortina d’Ampezzo— no supo valorar en su justa medida el poder de la tradición que él mismo había creado en su ciudad flamenca de acogida, y al dejarse llevar por el desenfreno renovador de aquellos días le dio la puntilla a aquel establecimiento cuyo recuerdo, para mí, estará siempre vinculado al sabor del melón, una fruta que en aquellos años solo se encontraba en las casas de las clases pudientes. Tanto era así que un día tuve que confesarle a mi abuelo que yo ni siquiera sabía cómo era un melón, al oír lo cual me agarró de la mano y me llevó al mercado de fruta y verdura, donde compró sin demora dos cantalupos que cuando los vio Gabrielle dijo: «Pero Urbain, ¿te has vuelto loco o qué? ¿Quién se va a comer eso ahora?»

*

El amor por la música de mi abuelo era algo que casi siempre se manifestaba en forma de emociones melancólicas. Los vientos etéreos de la

suite lírica de Bizet sobre la joven arlesiana, la sensibilidad romántica de *Rosamunda* de Schubert, el famoso y controvertido coro de esclavos del *Nabucco* verdiano..., el efecto en él era siempre el mismo: sus ojos azules se humedecían. Wagner, por el contrario, le inspiraba rechazo e incluso ira, alineándose así sin saberlo con la opinión del gran filósofo del martillo, Friedrich Nietzsche, que según dejó escrito al final de su vida prefería la liviandad sureña y el canto al amor y a la vida de Bizet antes que las penumbras teutonas y la mística inducida por el consumo de opio de Wagner. Con Offenbach se ponía de buen humor y cuando oía una marcha militar se animaba muchísimo. Se sabía de memoria la *Pastoral* de Beethoven, sobre todo el movimiento de la llamada del cuco en los bosques de Viena —ya he contado antes los detalles escatológicos que yo, con mi fantasía infantil, imaginaba en relación con esa obra a causa de las historias que me contaba mi abuelo—. Pero lo que más apreciaba, por encima de todo, era la obertura de *L’Arlésienne* de Bizet, en la que se suceden tan rápido el contagioso tempo de la marcha de los reyes, la melancólica melodía de la sección de vientos y el dramático, incluso trágico giro final, que en una sola pieza quedan reflejados de forma casi perfecta todos los rasgos de su personalidad. A veces, inspirado por esa música, exclamaba con aire soñador: «¡La luz del sur! ¡No sabéis lo que es eso!», sin añadir luego ningún tipo de aclaración. A lo mejor pensaba en la playa de Rapallo. Quién sabe. Por lo demás, el hecho de que la jovencita arlesiana que provoca la muerte de su pretendiente tuviera llamativos puntos en común con Carmen, la temida *femme fatale* de la ópera homónima de Bizet —la mujer que llama al amor un pájaro rebelde y pone a su amante en un difícil brete: quiéreme y tendrás que andarte con cuidado, no me quieras y tendrás que andarte con mucho más cuidado todavía—, era algo que mi abuelo, de conformidad con el recato y la abnegación con que se vivía en los hogares flamencos en aquellos tiempos, pasaba por alto sin decir nada. ¿Qué otra cosa podía hacer? Ya bastante profundas eran las heridas que había dejado en su vida la pasión amorosa, que rozó con la punta de los dedos pero nunca llegó a conocer, algo que yo percibía de forma intuitiva en el tenebroso giro melódico de aquella inolvidable obertura, la cual tiene por sí sola la fuerza de una ópera entera.

*

Los lugares no son solo espacio, también son tiempo. Desde que llevo sus recuerdos conmigo veo la ciudad con otros ojos. Mis pensamientos siguen dando vueltas en torno a la plaza Kouter, que yo también conozco desde mi infancia como un lugar festivo, un lugar que para mí está asociado a recuerdos de domingos por la mañana, el olor de flores recién cortadas que compraban mis padres y el sonido de la fanfarria en el viejo quiosco de música perfectamente restaurado. Ahora, sin embargo, lo que busco en el lenguaje oculto de las fachadas es el lugar donde estaba la puerta con la placa de «Monsieur Carpentier, representante en productos textiles», a la que llamaba mi abuelo durante los dos meses que trabajó como aprendiz para el sastre bruselense Tombuy. Según su descripción, era una casa «adyacente a la famosa sociedad literaria Club des Nobles, en la plaza Kouter». La referencia que da no es difícil de encontrar. El Club des Nobles, un círculo literario y filosófico muy exclusivo, tenía su sede desde 1802 en un edificio rococó conocido como Hotel Falligan, el cual sigue presidiendo orgulloso la gran plaza, ahora restaurado en un tono que no difiere mucho del amarillo del Palacio de Schönbrunn. A uno y otro lado de la fachada están, respectivamente, Apolo y Diana, una pareja bien conocida. A la derecha está Apolo, representante del arte, y a la izquierda, Diana, diosa de la caza. Arte y caza, dos actividades con las que los nobles han coqueteado desde tiempos inmemoriales, más que nada por el prestigio y la distinción que conceden. Según leo en internet, en 1884 volvieron a tallar las estatuas durante unos trabajos de restauración, con el curioso resultado de que el nuevo Apolo recibió el arco de Diana y esta, a su vez, tuvo que aprender a tocar el arpa. Este cambio de profesión forzado resulta cuando menos extraño y da fe, sin duda, de la amplitud de miras de los aristócratas cultivados de la época. El círculo literario Falligan sigue teniendo su sede en este señorial edificio, uno de los últimos vestigios de la casi desaparecida burguesía francófona de Gante, un mundillo nostálgico y casi hermético al que la escritora Suzanne Lilar, entre otros, dedicó parte de sus memorias. Lilar fue también la autora de *La confession anonyme*, novela que André Delvaux llevó al cine con gran acierto en 1983 con el título de *Benvenuta*, una película oscura y apasionada

con la inolvidable y sensual Fanny Ardant en el papel protagonista y la maravillosa música del brillante compositor Frédéric Devreese. La acción principal tiene lugar en uno de los edificios más llamativos del Coupure, una casa grande y misteriosa con jardín cerrado que, si hubiera tenido dinero, me habría gustado comprar.



Más difícil resulta determinar dónde estaba la casa del «representante en productos textiles», ¿a la izquierda o a la derecha del Club des Nobles? A la izquierda hay una tienda con chillonas letras de color verde fosforescente que me invitan a entrar con la promesa de volver a salir de allí en pocos minutos con una conexión a internet instantánea. La planta baja del edificio, víctima de un mal gusto que parece innato en comerciantes de todo el mundo, está echada a perder con unas placas baratas de una especie de mármol negro. Pero los cuatro pisos superiores, cada uno con su propio y elegante mirador cubierto, revelan que se trata de una casa burguesa —casi habría que decir un palacio— del siglo XIX. A la derecha hay un edificio inmenso donde actualmente se encuentran las oficinas de un banco. Considerando su fachada de más de diez ventanales de ancho, no parece probable que fuera concebido como vivienda particular, ni siquiera en la época anterior a la guerra, cuando la obscena exhibición de riquezas personales ante la plebe se consideraba todavía una muestra de refinamiento. Me inclino a pensar, por tanto, que era

el edificio de la izquierda, y trato de imaginar lo vistosa y elegante que debía de ser la planta baja, ahora tan chillona, unos años después de 1900. Aguzo la vista y veo al mocoso de trece años que iba corriendo de un lado a otro en zuecos, con las medias negras caídas, entregando pesadas pilas de ropa por diez céntimos al día. Lo veo llamar a la puerta de Monsieur Carpentier. Alguien del servicio le abre, supongamos que una mujer, y él entrega el paquete. La empleada del comerciante le da las gracias en un francés con acento de Gante y cierra la puerta. Tal vez le dieran también uno o dos céntimos de propina con cada entrega, no lo sé. El niño vuelve corriendo a casa del sastre —cuya dirección no he podido encontrar— y nada más llegar la exigente señora lo manda por carbón y le encarga partir unos palos para encender la estufa. Después vuelve corriendo al taller de costura, donde se lleva una severa reprimenda por haber tardado tanto y por venir encima con las manos sucias. El sastre, malhumorado, lo envía a recoger a su hijo al colegio, lo cual, con el paso del tiempo, se convierte en una obligación diaria. El aprendiz carga con la cartera del señorito, poniendo siempre mucho cuidado de caminar dos pasos por detrás de él, porque si no el burguesito lo atiza con el bastón, que a sus doce años maneja ya con distinción proustiana.

Aunque no incluyó la anécdota en sus memorias, le oí relatar muchas veces lo que ocurrió el día en que su madre, al cabo de dos meses, fue a buscarlo al taller de costura. Se presentó allí de improviso para consternación del tímido aprendiz, que ya bastantes capones se llevaba, pensaba él, como para recibir además un rapapolvo de su madre. Pero no, la señora de Martien ignora por completo al sastre, se dirige a la mesa en la que está sentado su hijo con las piernas cruzadas tratando de coser botones en un retal y le dice: «Vámonos a casa, hijo. Se acabó el venir a este sitio.» El sastre, que mira a aquella orgullosa mujer de clase obrera por encima de su binóculo como quien acaba de descubrir una cucaracha en el suelo, dice en tono arrogante: «*Madame, voulez-vous avoir la politesse...*» Pero ella no lo deja terminar: «*Monsieur Tombuy, avec politesse, métase sus diez céntimos diarios donde le quepan*», y arrastrando de la mano a su hijo, que no da crédito, sale del taller con grandes pasos y cierra de un portazo.

En todas estas historias resonaba siempre con fuerza el eco de la admiración que sentía por su madre. Y nunca dejaba de mencionar su amor

propio y su dominio de cualquier situación, su imponente moño, cómo se echaba la gente a un lado para abrirle paso y cómo taladraba con sus ojos de color gris claro a todos los charlatanes que trataban de embaucarla, hasta que los infelices se alejaban avergonzados. Aquel día, Urbain vuelve a casa con su madre henchido de felicidad y con una inmensa sensación de haber recuperado la libertad. Él, sin embargo, tenía un carácter más sumiso y nunca llegó a abandonar del todo su actitud humilde frente a las clases sociales más altas. En todo lo que hacía había un sustrato de autohumillación e inseguridad que muchas veces chocaba dolorosamente con el sentimiento de orgullo que había heredado de ella. Hasta muy avanzada edad, cada vez que venía el médico de visita sacaba brillo al tirador de la campanilla, al pomo de la puerta y al viejo obús de la escalera, de forma que todo el cobre que había dentro y fuera de la casa brillara como un espejo para recibir la bienaventurada visita del eminente doctor, ante quien siempre se cuadraba, hasta para el examen más insignificante, como si estuviera otra vez ante el ceñudo médico castrense que lo sometió a la revisión de acceso a la academia militar en 1908.

*

Nunca llegó a superar el trauma que sufrió una noche, cuando tenía unos diez años, en que lo despertaron unos golpes en la frágil puerta de la casa, seguidos de un grito de su madre y voces de hombres muy alterados. Salió de la cama, bajó la escalera de puntillas y se asomó a la cocina. Su padre estaba sentado, o mejor dicho, colgado de una silla bajo la pálida luz de la lámpara, «con la cabeza cubierta de sangre y llena de heridas», como decía siempre que contaba esta historia, por lo que yo siempre asocié aquella escena con la famosa coral de Bach sobre el martirio de Cristo. Uno de los hombres que lo acompañaban trataba de frenar con un trapo húmedo la fuerte hemorragia de la brecha que tenía en una ceja. Otro le sacó un diente roto de la boca ensangrentada mientras le decía palabras de ánimo. Céline le sujetaba la cabeza, que de otra forma se venía abajo por su propio peso. Uno de los compañeros de Franciscus agarró a Urbain, que había entrado en la cocina gritando «¡papá, papá!», y le ordenó que volviera a la cama. El niño se

resistió y su madre, sin soltar la cabeza de su marido —que por momentos perdía la conciencia—, dijo que podía quedarse. Total, ya lo había visto todo. Pero nadie dio respuesta a sus angustiadas preguntas. Todos los presentes estaban demasiado ocupados atendiendo al herido, a quien enseguida trasladaron a su silla de mimbre. Tan pronto como lo acomodaron le dieron agua. Tenía el pelo pegajoso de sangre, sangre que le corría por la cara, bajaba hasta el cuello y manchaba su chaleco de terciopelo pardo; tenía la nariz hinchada y los labios partidos, también empapados de sangre.

Sangre, por todas partes había sangre. ¡Su padre, su dulce amigo, su héroe de las tardes en la iglesia! Como en una pesadilla brumosa, mi abuelo escuchó retales del atropellado relato de los amigos de su padre, pero hasta que su madre no dijo que ya se las arreglaba sola y los hombres se marcharon a casa con la promesa de volver al día siguiente para interesarse por Franciscus, hasta que, transcurrido un rato, su padre no tuvo la cabeza bien vendada y recuperó gradualmente el sentido, no se calmó lo bastante para comprender lo que había ocurrido.

Franciscus había ido aquel día con un grupo de viejos amigos a visitar el famoso mercado de alfarería de Schellebelle y al volver —iban a todas partes a pie, de modo que cuando llegaron a la ciudad ya estaba cayendo la tarde— se quedó a tomar una cerveza con ellos en su barrio, por la zona de la avenida Heirnis. Este hecho, ya de por sí, era algo excepcional en alguien como él, pero en fin, era un día de fiesta, el verano estaba empezando y por una cerveza no se iba a morir. En la taberna debieron de ponerse a cantar y un peón de albañilería se plantó de repente delante de su mesa para exigirles que cerraran sus sucios hocicos, bravuconada que subrayó tirando al suelo de un manotazo una de sus jarras. Craso error, porque aquella era justo la cerveza de Louis van den Broecke, un hombre como un armario que se levantó inmediatamente, agarró al albañil por el cuello y le preguntó que cuál era su problema. El albañil contestó: «Tú no eres quién para darme órdenes, papista de mierda», y trató de lanzar un golpe, pero antes de que pudiera levantar el brazo recibió tal puñetazo que fue a dar con sus huesos contra la barra. El albañil se marchó tambaleándose y maldiciendo entre labios, Louis pidió otra jarra, y asunto resuelto. Cuando salieron a la calle, media hora más tarde, ya había anochecido del todo. En el canal Rietgracht les salieron al paso cinco

hombres comandados por el albañil ultrajado, que intentó atacar por detrás a Louis. El amigo de Franciscus agarró al agresor y lo lanzó al canal como si fuera un maniquí. Cuando consiguió salir del agua volvió a la carga blandiendo una navaja y Louis se lo quitó de encima de un puñetazo. Mientras tanto, dos de los esbirros del albañil le estaban dando una paliza a Franciscus. Lo tenían aprisionado contra el suelo y le propinaban golpes donde podían. Louis se abalanzó sobre ellos, los ahuyentó de allí como si fueran moscas, recogió del suelo la gorra del albañil y se la puso a modo de trofeo. Entre Louis y los otros dos amigos —que habían salido corriendo y volvían ahora con precaución—, levantaron a Franciscus, que estaba medio inconsciente, y lo llevaron a rastras a casa. Cuando llegaron, Louis vio que dentro de la gorra había un nombre: el albañil resultó ser un socialista prominente. El juez del distrito lo condenó a un año de prisión condicional, lo cual no contribuyó a mejorar las tensas relaciones entre católicos y socialistas.

Para la gente como mis bisabuelos, socialismo era sinónimo de intimidación, violencia y disturbios. Desde hacía algunos años se respiraba un ambiente de agitación social en la ciudad. Algunas noches, «los rojos» — como se refería mi abuelo a los socialistas con repulsión y espanto— organizaban marchas por los barrios populares y pasaban por la calle cantando sus himnos y lanzando consignas. La policía montada cargaba contra ellos y de vez en cuando había pelea. En una ocasión tiraron a un gendarme de su caballo y le dieron una paliza. Corriendo con sus zuecos delante de la masa, mi abuelo llegó jadeando a casa y cerró la puerta. «*Vivíamos en medio del alzamiento de la plebe*», escribe iracundo en su cuaderno. Volvieron a llamar a armas a soldados licenciados para impedir la gran huelga de La Louvière y Charleroi y reprimir «*con el sable desenvainado*» las correspondientes revueltas populares. Se hablaba de la catástrofe minera de la localidad valona de Hornu y de las condiciones inhumanas en que obligaban a trabajar a los mineros, de los pescadores ahogados en Ostende, de los niños exhaustos que perdían dedos en las fábricas textiles al intentar agarrar cabos de lino bajo las enormes máquinas de cardar, de las mutilaciones que sufrían los trabajadores del metal, de los tullidos a lo que los patronos enviaban al paro sin ninguna asistencia y de la

infinidad de desgracias a las que estaban expuestos los obreros en aquel tiempo. Pero los católicos de clase trabajadora no concebían la protesta callejera, la simple idea les horrorizaba, y preferían recluirse en sus modestas y discretas vidas.

En el propio Gante se produjeron en aquella época sangrientos enfrentamientos entre los socialistas y la policía. Los ánimos se caldearon de tal forma que hubo que lamentar muertos en ambos bandos. Durante las largas tardes de verano oían *«las arengas de oradores rojos en callejones sin salida donde se reunía la chusma a ventilar su odio contra todo aquel que estuviera un dedo por encima de ellos en la escala social»*.

A veces hay algún exaltado que propone a gritos ir a por el dinero allí donde se encuentra. ¿Por qué no ir todos juntos a exigir su parte a los ricos? Y mejor hoy que mañana. A sus diez años, a Urbain se le encoge el corazón cuando oye ese tipo de cosas. Le daba miedo que los nobles se enfadaran y dejaran sin trabajo a sus padres, una idea en cuya esencia se encuentra el dogma católico que abrazaba su familia en aquellos días: los rojos son gente envidiosa y vulgar que ya no conoce su lugar en el mundo, que se emborracha y arma jaleo en vez de hacer su trabajo humildemente. Las primeras manifestaciones no parecen tener otro objeto que amedrentar más aún a los pequeños trabajadores. Encabezaban todas las marchas *«dos filas de diez o doce matones que ocupaban la calle entera y se llevaban por delante todo lo que encontraban a su paso. Todas las familias de buena voluntad se apresuraban a cerrar la puerta»*.

Pero la Iglesia también hace lo suyo para sabotear con la mayor celeridad posible cualquier aproximación entre las partes. El enfrentamiento le viene de perlas a la maquinaria propagandística de ambos bandos y los incendiarios sermones que lanzan los curas desde el púlpito no desmerecen en nada a las prédicas callejeras. Los domingos, el pastor Vandermaelen habla de impíos herejes que una vez más, queridos feligreses, quieren asesinar y lanzar a los leones a la grey cristiana, igual que en tiempos de los romanos. Mi abuelo, a pesar de ser hijo de la clase trabajadora y haber crecido en un barrio popular, algo de lo que estuvo orgulloso a su manera a lo largo de toda su vida, solo tenía palabras de repulsa para la «camarilla de los rojos», enemigos peligrosos a quienes acusaba de ser unos incivilizados que no respetan los

preceptos de Dios ni de los hombres y que, encima, no tienen ningún sentido de la justicia. Le horrorizan sus blasfemias y su lenguaje grosero, se le abren las carnes de pensar que no utilizan más de trescientas palabras a lo largo de toda su vida, que emponzoñan el ambiente en los centros de trabajo con sus pleitos y sus insultos, y que lo primero que hacen en cuanto reciben el sueldo es irse al bar a emborracharse, en vez de volver a casa y entregárselo fielmente a su mujer, como hacía siempre su padre. «*Gritaban: “¡Abajo los tiranos!”*, pero ellos mismos se comportaban como animales y se regodeaban sin piedad del mal ajeno.»

De las filas de los socialistas, anota amargamente en sus memorias, saldrían luego concejales, diputados y ministros que apenas sabían escribir, de forma que, para desempeñar su función, los nuevos representantes del pueblo tenían que pedir ayuda a las personas que habían denostado antes. El cisma de la clase trabajadora orquestado por la Iglesia se agravaba más con este tipo de situaciones y la polarización era cada vez mayor, pero lo único que quedó grabado en la retina de mi abuelo fue la imagen de su padre metido en la cama, con la cabeza hinchada y envuelta en vendas. Su corazón infantil se endureció y ya nunca abandonó su actitud hostil contra aquellos que más tarde llamaría enemigos de la justicia y el orden.

En los años cincuenta, el trauma de mi abuelo llegó a transformarse en paranoia durante un largo periodo de tiempo. Andaba diciendo a todas horas que los socialistas escondían micrófonos en su casa, y cuando empezó a contarle a todo aquel que quisiera escucharlo que le habían ofrecido un puesto de ministro en nombre del Partido Popular Cristiano pero que los rojos lo espiaban en su propio hogar, su médico comprendió que había llegado el momento de tomar medidas. Tuvieron que ingresarlo en el hospital psiquiátrico de Sleidinge, donde lo sometieron a cinco sesiones de electrochoques. Volvió a casa completamente roto y se pasó varias semanas sin hablar con nadie, llorando solo en el invernadero, debajo de las parras. Pero al cabo de un tiempo empieza a sufrir recaídas esporádicas, da golpes en la mesa, echa pestes de «la chusma» de los barrios bajos —*nota bene*, el lugar del que él mismo procedía— y califica de «catavinos» a sus compañeros de proletariado, de modo que, para conservar la paz, en casa empiezan a esconderle los periódicos y evitan todo lo posible las noticias de

la radio.

Los altercados en torno a la cuestión monárquica de 1951 y, más tarde, las noticias políticas diarias en televisión durante los años sesenta abren una y otra vez viejas heridas. Las diferencias entre socialistas y católicos parecen coincidir ahora, además, con las tensiones entre valones y flamencos, lo cual le trae de nuevo a la memoria las humillaciones sufridas en la academia militar por parte de la élite francófona. Llegan a sus oídos noticias de comunistas rusos que entran en iglesias y destruyen viejos iconos, les arrancan los ojos a los santos y asesinan sacerdotes. Para él es como si quisieran matar otra vez a su padre y se convence a sí mismo de que, si pudieran, destruirían incluso sus frescos. Un sacrilegio, ni más ni menos. Esa es la chispa que aviva por segunda vez el fuego de su paranoia. Empieza a delirar de nuevo y se lo llevan otra vez al hospital. Más electrochoques.



Sobre los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial no hay ningún testimonio directo suyo, porque guardó riguroso silencio sobre todo aquello que se puede considerar relevante. Lo que hay son retales sueltos de historias apócrifas, todo tipo de anécdotas y recuerdos de mis padres y otros familiares. El daño que sufrió a causa de todo esto resonó todavía cuando, al verme cautivado por el ideario de izquierdas durante mis años universitarios, me reprochó estar tirando por la borda todo lo que habían hecho por mí mis padres. Por segunda vez, uno de sus recuerdos más valiosos se hacía añicos por mi culpa.

Tal vez no fuera casualidad, pensé más tarde, que mi abuelo hubiera nacido el año de la famosa encíclica papal *Rerum novarum*, un escrito de León XIII sobre la nueva orientación social del catolicismo con el que la Iglesia, tras muchos siglos de apoyo a nobles y aristócratas, trataba de cortarle el paso a los socialistas copiando las exigencias de sus emergentes sindicatos, pero todo condimentado con las estrictas normas morales y de obediencia a la autoridad que tanto distanciaban a mi abuelo de los miembros laicos de su estrato social.

*

En la pequeña cocina, al fondo de la casa, hay un armarito blanco con los utensilios de afeitar de su padre. Urbain se dispone a rasurarse por primera vez la pelusa que le cubre las mejillas. El viejo espejo moteado de manchas negras le devuelve la imagen de un muchacho robusto, un poco gordito, con una densa mata de pelo de punta, penetrantes ojos azules y alguna que otra espinilla asomando la cabeza entre la pelusa rubia. Tiene la navaja en la mano. Acaba de afilar la cuchilla cuidadosamente como le ha explicado su padre, tensando con la mano una correa de cuero atada al picaporte de la puerta. Todavía tiene quince años, pero ya no crecerá mucho más. Durante el resto de su vida afirmarían invariablemente que su crecimiento se interrumpió a los catorce años por levantar cargas tan pesadas en la fundición de hierro. Ahora moja la brocha en agua tibia y se enjabona la mejilla derecha. A continuación se pasa la cuchilla torpemente por la piel, agarrando bien la navaja entre sus dedos gordos con las uñas negras, y experimenta una nueva sensación, como si un animal desconocido despertara algo en su interior, algo que todavía dormita y abre los ojos dificultosamente, saliendo contra su voluntad de su letargo infantil, un sueño aún perezoso y cálido que recorre su cuerpo trémulo como una primera ráfaga de brisa veraniega en mayo —allí, en aquella cocina tan fría—, un ardor hiriente, cortante, que se extiende por su cara, desde su boca hasta su oreja, y le hace tomar conciencia de la fragilidad de su carne. Más abajo, en su pantalón, siente un calor y una tensión crecientes. Se enjuaga la cara y se alivia la piel enrojecida con la piedra de alumbre que tiene su padre para ese fin en una rústica repisa de

madera. Luego se enjabona la otra mejilla y se estira la piel con la mano izquierda, como le ha visto hacer a su padre. En ese momento, con media cara cubierta de espuma, ve a su madre en el espejo, detrás de él, observándolo en silencio con un brillo especial en sus ojos pálidos. Céline se da cuenta de que su hijo la ha visto. Sus miradas se encuentran. Urbain mira fijamente a su madre con la navaja en alto y observa que la expresión de sus ojos se relaja sutilmente, produciendo una especie de sonrisa sin mover ni un músculo, únicamente con un leve cambio en su mirada, como un rayo de luz que se filtra a través de un cielo encapotado, como algo que pasa de largo y desaparece antes de que uno haya podido verlo bien. Su madre ya se ha retirado. Al salir, ha cerrado suavemente la puerta.

*

Tras seis meses de padecimiento, la vecina de al lado, una mujer todavía joven, fallece a causa de dolores y molestias imprecisas en la espalda y el vientre. Sus cuatro hijos están desatendidos. El padre, Henri, es un hombre de carácter hosco que trabaja de carpintero y vuelve siempre tarde a casa con alcohol en las venas. Emilie, así se llama la mujer, tiene treinta y cinco años cuando, muy demacrada y pálida, golpea el delgado tabique que separa las cocinas para pedir ayuda. El dolor es tan insoportable que quiere morir. Céline toma de su regazo a su bebé recién nacido, una niña prematura llamada Helena, y se encarga de amamantarla, pues todavía sigue dándole el pecho a su hija Melanie, la hermana pequeña de Urbain. En aquel tiempo no era ninguna excepción que la lactancia se alargara durante varios años. Así había que alimentar una boca menos. Durante las semanas siguientes, la vecina empeora muy rápido. Vomita prácticamente al instante todo lo que Céline le lleva para comer y aúlla de dolor cada vez que alguien intenta hacerle una cura en la protuberancia que tiene en el vientre. Por lo que puedo deducir del relato de mi abuelo, probablemente se tratara de algún tipo de tumor intestinal. Al final muere con un enorme bulto negro en la tripa.

El marido, Henri, sin saber muy bien qué hacer, mete a los demás hijos también en casa de Céline. Para ella, que ya bastante tenía con cinco hijos propios, las cuatro criaturas del vecino debieron de suponer una carga

adicional muy dura. Al cabo de unas semanas está exhausta. Franciscus, incapaz de ver cómo sufre su mujer, entra en casa de Henri —en los barrios obreros las puertas siempre estaban abiertas— y se lo encuentra borracho, cabeceando en su butaca. Sin andarse con rodeos, le exige que lleve a sus hijos a uno de los muchos hospicios que hay en la ciudad. Henri hace lo que le piden, pero de mala gana y demorándose más de lo necesario. Al cabo de un tiempo, él también se muda, llevándose con él a su hijo mayor. La hija mayor, Leonie, va dos veces por semana a casa de Céline a coser, para aportar así algo de dinero a su familia. Durante las vacaciones, Henri dejaba a sus cuatro hijos con los padres de Urbain, de modo que estos, que ya de por sí sufrían muchas estrecheces, tenían que alimentar a nueve niños. Así fue como mi abuelo pasó a tener cuatro hermanastros. Nunca contó gran cosa de ellos, excepto que el mayor, Joris, tuvo el privilegio de acudir unos años más tarde a la escuela secundaria con la ayuda financiera de una asociación cristiana, algo que despertó en él cierta envidia mal disimulada. Joris se convirtió en un adolescente quisquilloso y quejica que siempre le ponía pegas a todo, un muchacho patoso y remilgado eternamente enamorado de chicas con las que ni siquiera se atrevía a hablar. A pesar de ello, de vez en cuando iban juntos a la Estación Sur y recordaban los idílicos días de su infancia, aquellos domingos por la mañana en que paseaban despreocupados por las calles tranquilas de la ciudad. Se vieron por última vez en algún lugar de Londres, durante los confusos días de marzo de 1915. Mi abuelo volvía de su primer periodo de rehabilitación como herido de guerra. Joris, el hermanastro con estudios a quien él admiraba, había huido de la guerra tras la muerte de su enfermiza esposa y acabaría sus días de la forma más tonta en las proximidades de Londres.

«Joris era mi amigo, el estudiante erudito», escribe Urbain ya mayor en sus memorias, con su hermosa pero insegura caligrafía, *«y todavía lo idolatraba como antes, tanto si estaba enfermo como si estaba sano. Él era mi esperanza de una vida mejor.»*

*

Franciscus pasó muchos meses trabajando en la pequeña capilla del

internado para niñas de las Hermanas de San Vicente. Subido a andamios fabricados por él mismo, enjalbegó muros, aplicó meticulosamente finas capas de pintura dorada a los ornamentos de los pilares, restauró viejas imágenes bíblicas e incluso añadió algunas de su propia mano. Obtuvo permiso para consultar libros con grabados y dibujos de escenas bíblicas en la biblioteca del internado. Hizo bocetos de manos en todas las posturas posibles y dibujó infinidad de cabezas: cabezas inclinadas en actitud de escucha o contemplación, rostros con la mirada fija en un niño, una serpiente muerta o un hereje en la hoguera, rostros herméticos y pensativos. En el proceso, aprende que los grandes pintores son reconocibles por la expresión que son capaces de darle a los ojos y se esfuerza por lograr el mismo efecto. ¿Qué trazos definen una mirada inteligente? Pasa mucho tiempo trabajando con un trozo de carboncillo sujeto con una pinza metálica, en el otro extremo de la cual hay una goma minúscula con la que crea efectos de difuminado borrando gradualmente una superficie. Mira, le dice a su hijo, se puede pintar borrando. Esa es la técnica que me enseñaría mi abuelo años más tarde, cuando íbamos juntos a pintar a algún jardín o a algún parque.

Ha comprado todos los materiales que necesita. Le ha encargado unos pigmentos muy caros al chico de los recados del internado y los ha ido pesando, probando, tamizando, mezclando, diluyendo y refinando hasta dar con la mezcla exacta. Ha realizado trazos de prueba en tablitas cortadas a medida, ha hecho comparaciones, ha evaluado matices y ha vuelto a empezar tantas veces como ha hecho falta. Fuera ha nevado, ha helado y ha vuelto a deshelar, ha llovido, ha soplado el viento y han llegado otra vez los días de temperaturas más benévolas, y durante todo ese tiempo Franciscus no se ha bajado de sus andamios, ha pasado jornadas enteras tumbado boca arriba pintando en el techo un entramado de nubes y túnicas agitadas por el viento, serpentinas y rostros blanquecinos, una epifanía divina que le sugiere música celestial, la armonía de las esferas, música que solo existe en su imaginación, música en sus manos agarrotadas por el frío, música de líneas, trazos, pinceladas, superficies de color, pliegues, haces de luz y cabellos, música de animales de fábula que forman parte de la escena, un perrito de hocico marrón claro alzando la mirada hacia un santo, un ciervo de delicada cornamenta que pasa por delante de una morera huyendo de alguien o algo y

ni siquiera parece tocar el suelo, como si se estuviera transustanciando en el unicornio mágico de sus profundas y candorosas supersticiones. Música del tiempo, música de los colores y los matices, música sin otro sonido que el rumor lejano de la ciudad, que llega amortiguado hasta la capilla, donde está él solo con sus pensamientos y sus sueños. Desde hace varias semanas vuelve a casa con dolor de espalda de pintar inclinado hacia atrás, algunos días con grumos de pintura seca en la barba. A veces le cae pintura en la boca y tiene que escupir para quitarse el sabor amargo, lo cual le acaba dando la idea de diluir la pintura con saliva, un truco con el que consigue un efecto magnífico en algunos sitios, especialmente en el manto celeste de la Virgen, que, aunque lo dijera él mismo, estaba tan bien pintado que a uno le daban ganas de quitárselo de los hombros para ponérselo a su mujer.

Después de muchos meses, Franciscus termina por fin la tarea y, con humildad no exenta de orgullo, le muestra el resultado a la arisca abadesa, que ha hecho venir para la ocasión al abad de un monasterio cercano. Juntos evalúan el trabajo. Parecen satisfechos, pero se esfuerzan por no dar demasiadas muestras de entusiasmo. No hay que envanecer a la gente sencilla con halagos, porque después ya no trabajan con la misma dedicación. Las «bondadosas hermanitas de San Vicente», sin embargo, no son tan reservadas. Con la mirada alzada hacia el cielo y la cabeza echada hacia atrás como la extática Santa Teresa de Bernini, hacen pasar un mal rato al tímido pintor abrumándolo con elogios, zureos y ojitos de admiración. El éxito del humilde pintor, capaz de semejantes maravillas, no tarda en llegar a oídos de los responsables de otras instituciones cristianas de la ciudad. El padre superior del hogar de sordomudos se pone en contacto con él para encargarle un nuevo trabajo.

—Tengo buenas noticias para usted, Franciscus.

—Usted dirá, reverendo.

—Va a tener usted el privilegio de ir un año a Liverpool para un gran proyecto en un convento.

—¿Dónde está eso, reverendo?

—En Inglaterra. Ya verá usted qué bien va a estar allí.

—Pero, reverendo, no puedo dejar solos a mi mujer y a mis hijos.

—Le pagarán bien, Frans. Podrá enviar a su familia todos los meses más de lo que gana aquí en medio año. Tiene ocho días para pensarlo. Háblelo con su mujer. Irá acompañado de un tallista y un intérprete. Ya son las doce. Ande, váyase a casa antes por un día.

—Sí, reverendo. Gracias, reverendo.

Al verlo entrar en la cocina a las doce y media, a Céline le da un vuelco el corazón.

—¿Qué ocurre? ¿Qué haces en casa a estas horas? ¿Les ha pasado algo a los niños?

Franciscus la toma en sus brazos, la tranquiliza y le cuenta las novedades.

—Estás loco, Frans, allí no hay más que niebla y humo negro de las fábricas. Ese no es sitio para un asmático como tú.

—No te preocupes. El reverendo me ha dicho que el terreno del convento es muy grande. Hay un parque donde puedo ir a pasear y la jornada de trabajo es corta, no más de ocho horas. Allí voy a reponer fuerzas, ya verás.

Céline está pálida. Le tiembla el labio inferior. Sin saber qué decir, endereza la espalda, se va al otro extremo de la cocina y echa carbón en la estufa. Una nube de pequeñas chispas asciende hacia su cara y la obliga a entrecerrar los ojos. Con la luz roja de la estufa parece una diablilla, piensa Frans de pronto, una diablilla atractiva y hermosa. No sabe cómo va a reaccionar.

—Está bien, Frans. Como quieras.

Esa noche no vuelven a hablar del tema.

Durante las siguientes semanas, Céline se pasa el día entero trabajando con la máquina de coser. Le hace tres pantalones de trabajo, tres chaquetas grises de lino barato, un traje para los días de semana y un traje para los domingos. Un sábado van juntos a comprar una maleta de viaje a una tienda próxima a la plaza de Sint-Jacob.

—¿Me serás fiel, Frans?

—No digas bobadas. Ven aquí —contesta él tomándola en sus brazos y acariciándole la espalda en medio de la calle, a la vista de transeúntes escandalizados sin duda por su falta de pudor.

La semana siguiente pasan varios días seguidos haciendo visitas a todos los parientes, y allí donde van tienen que contestar las preguntas más absurdas y escuchar las ocurrencias más ridículas. Franciscus intercambia miradas de resignación con Céline. Es como si durante las últimas semanas se hubiera establecido entre ellos un tipo de entendimiento completamente nuevo, mucho más grande y al mismo tiempo más vulnerable. Con solo mirarse, se les acelera el corazón a los dos. Por la noche se acuestan muy juntos sin decir nada. Franciscus le hace una caricia en la cara a Céline y nota que tiene húmeda una mejilla. Le llama la atención que su mujer mantenga la espalda recta incluso en la cama. Un día se va a romper como una tabla de madera seca, piensa. Vuelve a acariciarla.

—Déjalo, Frans —dice ella—. Lo último que necesito es otro bebé mientras estás en Inglaterra.

Permanecen así, tumbados boca arriba con la mirada perdida en la oscuridad, reprimiendo el deseo, escuchando la respiración regular del otro, conteniéndose hasta el amanecer. Por el día, Céline se pasa las horas sentada con las manos en el regazo, sin oír las conversaciones que tienen lugar a su alrededor. Ya se ve sola en la cama de matrimonio y siente un escalofrío al imaginar la hora terrible, despiadada y fría del crepúsculo. Finalmente, se vuelve sobre un costado y cierra los ojos.

El penúltimo día aparece con un regalo para él: una navaja de afeitar, un trozo de jabón, una correa de cuero, una piedra de alumbre y una bolsita de tela para guardarlo todo.

—Pero, Céline... Cómo se te ocurre, mujer.

—No lo pierdas, Frans —replica ella—. Ya sabes que soy muy supersticiosa.

*

La despedida se le hace muy dura a Urbain. En sus memorias recuerda como si fuera ayer el día en que acompañaron a la estación a «*aquel hombre frágil de pecho delicado*», sentado en silencio delante de su mujer en un carruaje que iba dando sacudidas por el camino y en cuyo interior solo se filtraba, a través de una rendija, un hilo de luz que iluminaba las caras de sus

padres con el tenue brillo íntimo de un cuadro de Georges de la Tour. Es un día de lluvia en Zeebrugge. Él no llora, y su madre tampoco, pero tiene la sensación de estar perdiendo algo para siempre. En lo alto de un talud, bajo un tejadillo que apenas ofrece protección contra la lluvia, envueltos por las nubes de humo y ceniza de la locomotora, se despiden de él. Franciscus sube su pesada maleta al tren con la espalda encorvada. Durante el largo camino de vuelta a casa, dando bandazos por los interminables caminos de adoquines, su madre le pone una mano en el brazo y le dice: «Ahora eres tú el hombre de la casa, grandullón mío de mi corazón.»

«*En nuestra familia se abrió un vacío inmenso*», escribiría luego en su cuaderno. El monótono y continuo tictac del reloj de cuco que había recibido su padre de un primo lejano, cuyos pesos de cobre se encarga ahora Urbain de subir todas las noches, llena sus días y marca las lentas horas que transcurren en ausencia de Franciscus, puntea con su ritmo las mañanas ingratas en que su madre espera ansiosa una carta pero el cartero no se detiene ante su puerta. Cuando, por el contrario, hay correspondencia, Céline se levanta como impulsada por un resorte, agarra la carta del suelo y se sienta en la sala ella sola, a la escasa luz de una única lámpara de aceite, mientras los niños se van al colegio. El corazón le palpita en el cuello. Con un mechón suelto en la frente, empieza a leer la desmañada caligrafía angulosa de su marido: *Estoy aquí completamente solo y todavía tengo una larga noche por delante. Disculpa mi torpeza, pero es que me cuesta mucho trabajo encontrar las palabras. Primero escribo la carta a lápiz y luego la paso a limpio, pero la segunda vez se me ocurre siempre una forma mejor de contarte las cosas. Antes de empezar me aseo, me visto como si fuera a recibir una visita importante y me pongo esa chaqueta tan elegante que me hiciste. La capilla que estoy pintando está aquí muy cerca. Es un espacio frío con las paredes desnudas, pero espero transformarlo en un lugar capaz de inspirar sentimientos elevados. Cuando hace mal tiempo me voy allí a rezar un padrenuestro por ti. Todas las noches me acuesto a las nueve y media y pienso en ti. Desde el lado oeste de la casa se ve a lo lejos el mar, siempre gris. Que Dios te guarde y te bendiga, Céline, y también a nuestros hijos.*

La relación con su madre se vuelve cada vez más estrecha. Una noche de verano se desata una tormenta que permanecerá en su memoria como momento más representativo de aquel periodo. Los pequeños ya están en la cama. Urbain está sentado con su madre en el modesto patio, contándole cosas que ha oído sobre los cabarés de mala muerte —él los llamaba *tingel-tangels*— a los que van sus compañeros de la fundición después del trabajo. Su madre le pregunta en tono burlón si él mira ya también a las chicas y, de pronto, sin que ninguno de los dos lo haya visto venir, un rayo corta el aire cálido del crepúsculo, seguido pocos segundos después por un trueno ensordecedor, justo en el momento en que él le jura a su madre que no, porque él solo tiene ojos para ella, de modo que su sentimentaloides confesión se pierde en el repentino estruendo. El viento sacude los álamos blancos de la vereda que pasa por detrás de la casa y las palomas torcaces que descansaban en sus ramas bajan al suelo en picado. Empieza a llover torrencialmente. Urbain y su madre entran corriendo en casa mientras una tremenda cortina de agua golpea el tejado, el patio y la calle, envolviendo su pequeño mundo particular en una luz irreal. Los niños se despiertan asustados y Céline sube para ir a calmarlos, pero, al pasar por el rellano, una ventana se abre violentamente, el marco le golpea la cara y la tira al suelo. El agua entra a chorros en el hueco de la escalera. Céline se rehace al momento y se pone en pie. A la luz de los rayos, Urbain ve que tiene sangre en la frente. Entre los dos empujan la ventana, pero la cerradura está rota. El hijo le pide a la madre que aguante ella sola un momento las arremetidas del viento y el agua, baja corriendo a buscar entre la leña un trozo de madera que pueda servirle de cuña para bloquear la ventana, sube otra vez saltando los peldaños de tres en tres y mete la madera en la ranura. El viento aúlla. Tejas medio sueltas repican furiosamente en el tejado, como si la precaria vivienda fuera un enorme sonajero. Se han calado hasta los huesos. Céline toma a su hijo entre sus brazos.

Ya con setenta años, Urbain escribe: *Mientras mi querida madre me apretaba de aquella forma contra su pecho, un sentimiento muy profundo me desbordó por dentro y aceleró las pulsaciones de mi corazón. Echaba mucho de menos a mi padre. Le limpié la sangre de la frente a mi madre y rompí a*

llorar. No hay nada más terrible para un joven adolescente que ver a su madre vulnerable como una niña y comprobar que no era tan fuerte como él creía. Ella sonrió y, revolviéndome cariñosamente el pelo empapado por la lluvia, dijo: «No es más que un arañazo, bobo. Eres igual de sensible que tu padre.» Ahora, al escribir esto, se me vuelven a saltar las lágrimas al recordar el fugaz momento en que mi madre, iluminada por los reflejos azules de aquella noche, permaneció un instante inmóvil ante mí como si fuera un viejo y hermoso retrato.

Y yo, al leer esto, recuerdo de pronto que una vez me dijo: «He intentado pintar a mi madre de memoria varias veces, pero nunca lo he conseguido, nunca he sabido captar bien su expresión. La última vez hice astillas el bastidor y quemé el lienzo en la estufa.» Sin embargo, pintó por lo menos cinco veces *La Virgen de la silla* de Rafael, y la mirada del rollizo niño que busca protección en los brazos de su madre se volvía más neblinosa en cada nueva versión.

*

Poco antes de aquello, un compañero suyo de la fundición le preguntó si quería ir con él a visitar la fábrica de gelatina. Por lo visto tenía un primo que trabajaba allí.

El tal primo le había dicho a su compañero: «Tienes que ir a ver eso. No lo vas a olvidar en la vida.»

De modo que allá fueron una tarde libre. Era octubre, el mes de la luz dorada. En la vieja vereda, las hojas de los castaños estaban tan inmóviles en el aire todavía tibio de otoño que era como si el mundo contuviera el aliento para que la efímera belleza de aquel día pudiera filtrarse con todos sus detalles a través de la vista, el olfato y demás sentidos de todos aquellos que estaban vivos para disfrutar de ella. Mi abuelo, que se dejaba llevar por su alegría juvenil tan pronto como podía pasar una tarde libre con un amigo, iba dando brincos por el camino, cantando una canción sobre gallinitas y gallitos, o algo que rimaba con mocitas y mocitos, y bailando entre las podagrarias y los perifollos de las cunetas. Con una última carrera para ver quién llegaba primero al viejo portalón oxidado de la fábrica, se plantaron delante de la

caseta del vigilante, que los miró de arriba abajo desde detrás de una ventanilla sucia y les preguntó qué querían.

—Venimos a visitar a Alfons —dijo el amigo—. Es mi *kozze*.

Así era como decían «primo» en la zona de Gante.

—¿Traéis buen calzado?

Mi abuelo, sin comprender a cuento de qué venía esa pregunta, se quitó uno de los zuecos y se lo enseñó a través de la ventanilla. El vigilante farfulló algo incomprensible y señaló con la barbilla en dirección al sombrío edificio. En ese momento se abrió el portalón y salió un carro enorme martilleando los adoquines con sus ruedas herradas. Tuvieron que echarse a un lado de un salto, porque el caballo brabantino que tiraba del carro iba directo hacia ellos empujando hacia delante su colosal cabeza de bestia apaleada, con espuma en el hocico y un brillo amarillento y endemoniado en sus ojos enmarcados por anteojeras. Los dos jóvenes entraron en el terreno de la fábrica y un hombre con una especie de abrigo de cuero sin mangas cerró de nuevo el portalón con agudos chirridos de pesadas bisagras, mirándolos inexpresivamente e indicándoles con un gesto que se quitaran de donde estaban.

Cuando por fin se dieron la vuelta y vieron la pila de despojos en el centro de aquel patio inmundo, se quedaron atónitos. El carro que acababa de salir había dejado allí una montaña de cabezas de caballos, vacas, ovejas y cerdos cubiertas de una sustancia viscosa y brillante que se extendía por el suelo lentamente. El enjambre de moscardones que zumbaba a su alrededor era tan denso que parecía una neblina de destellos azules. Había todo tipo de ojos: ojos grandes y exánimes, ojos como carbúnculos que parecían mirar fijamente al vacío, ojos ensangrentados, ojos hundidos, miradas muertas, pupilas ciegas llenas de larvas. Pero no todo eran ojos. También había hocicos, jetas y morros de los que salían unas babas marrones; lenguas hinchadas, fosas nasales encharcadas de sangre, cuernos rotos y otros órganos de formas irreconocibles. El denso hedor que desprendía aquella pirámide de inmundicias les cortó el aliento. Un hombre con una especie de impermeable gris cubierto de mugre y unos guantes gruesos que llegaban hasta los codos se acercó a la pila y empezó a coger cabezas al azar, agarrándolas por los cuernos, las orejas o el hocico; para asir bien una de ellas tuvo que hundir la mano en el cuello, otra la levantó metiendo los dedos en las cuencas vacías de

los ojos. Cuando hubo reunido diez o doce en una carretilla de madera alargada, volvió a entrar en el edificio de ladrillo por un portón abierto, dejando por el camino un reguero de sangre y mucosidades. Los dos amigos se quedaron mirando cómo resbalaban lentamente las cabezas en aquella impresionante pila de despojos. Era como si en vez de oxígeno —esa sustancia limpia que habían respirado siempre sin ni siquiera pensar en ello—, fluyera ahora por sus venas un fluido untuoso y asfixiante que se quedaría pegado para siempre a sus pulmones, sus ojos y su corazón.

Sin decir ni una palabra, caminando con inseguridad sobre los adoquines resbaladizos del patio, se dirigieron hacia la nave principal de la fábrica, de la que salía una confusa mezcla de voces, ruidos de hojas metálicas deslizándose sobre alguna superficie, continuos golpes secos de cuerpos sólidos al caer en algún tipo de recipiente y, desde la oscuridad del fondo, desde detrás de todos los demás sonidos, una especie de temblor acompañado de un zumbido. Cuando su vista se acostumbró a la penumbra, vieron a decenas de hombres colocados en fila en largas mesas, clasificando las cabezas por tipo de animal. Cabezas de caballo con cabezas de caballo, ovejas con ovejas, cerdos con cerdos y así sucesivamente. Las cabezas golpeaban las mesas, rodaban de un lado a otro exudando aún más viscosidades. Al final de cada mesa, unos tipos con brazos como robles cortaban las cabezas en tres trozos con un cuchillo de carnicero. Sus impermeables tenían tanta porquería encima que en vez de hombres parecían esculturas de algún material maleable. Las cabezas, así troceadas, iban a parar a grandes barreños dispuestos en fogones alimentados con palas de carbón por varios hombres situados por debajo del nivel del suelo, hombres con el brillo dorado de las llamas reflejado en sus caras.

En ese momento, mi abuelo y su amigo se dieron cuenta de que algo se movía en torno a sus pies, algo que iba y venía flotando sobre las babas: miles y miles de larvas blancas que caían de las cabezas y se arrastraban por el suelo unas encima de otras. Se miraron los zuecos, que no ofrecían ninguna protección, y vieron que todos los trabajadores llevaban botas altas. Empezaron a golpear el suelo con los pies para sacudirse aquellos bichos, pero el remedio era peor que la enfermedad, de modo que trataron de alejarse de allí caminando como si tuvieran dos patas de palo. Ya no se atrevían a

andar con normalidad. Un hombre que clasificaba cabezas con una mano mientras se comía un bocadillo con la otra como si tal cosa, se fijó en ellos y les indicó con un gesto que se largaran de allí. Otro hombre pasó a su lado con una carretilla y volcó la carga a sus pies. Una cabeza de toro negra rodó por el suelo y fue a chocar contra la pata de una mesa. Las larvas se lanzaron hacia ella inmediatamente, como un ejército imparable llegado de otra dimensión con orden de cubrirlo y devorarlo todo hasta que no quedara nada. Aquello era un mundo de sombras a plena luz del día, un lugar donde extraían algo que no tiene descripción posible de una sustancia misteriosa y oscura, un légame peguntoso que segregan los organismos muertos, un desecho nauseabundo que se transforma en otro desecho más nauseabundo todavía.

Cuando ya se disponían a salir, el primo del amigo se acercó a ellos y le dio una palmada en el hombro a Urbain.

«¡Merece la pena ver esto, ¿eh?»

Con náuseas por el repulsivo olor de la mano que acababa de tocar su camisa, Urbain asintió con la cabeza como un corderito que ya no bala y está dispuesto a aceptar cualquier cosa con tal de que lo dejen salir de allí. Pero el primo insistió en que fueran con él al fondo de la nave, donde el ruido de una máquina de grandes ruedas que giraban impulsadas por enormes correas de cuero ahogó de pronto los golpes secos de las cabezas al caer en los barreños y los rítmicos chasquidos de los cuchillos de carnicero. Allí era donde vertían la papilla hervida de los barreños. Lo que se veía era un magma borbotante formando un remolino en torno a un agujero que se lo tragaba todo con el ruido de una boca gigante sorbiendo un líquido. Por el otro lado de la máquina, a través de un repugnante tubo oxidado, salía una sustancia que, según les explicó el primo a gritos, constituía la base de la gelatina. Con esa sustancia llenaban barriles de cincuenta litros que cerraban con grandes tapas de rosca unos hombres con gruesos guantes de cuero.

El primo, que al parecer era el supervisor de aquella nave, señaló hacia un patio interior con briznas de hierba entre los adoquines, donde estaban tendidas las pieles de los animales listas para curtir en otra nave de la fábrica. Por delante de ellos pasó un ruidoso carro cargado de barriles. Ese delicioso puré que habéis visto lo procesan y lo filtran ahora en otra fábrica para

quitarle los olores, les explicó el primo. Y desde allí lo envían a todos los rincones del país y se lo echan a todo tipo de productos. ¿Con qué os creéis que hacen las cremitas esas tan caras que se dan las señoras finas en la nariz y en las mejillas?, dijo con una sonrisa burlona. ¿De dónde creéis que sale vuestra *gome arabique*? ¿Con qué pensabais que hacen esas gominolas que os coméis como si fuera un maná celestial? ¿Y qué os creéis que lleva la mermelada que os da vuestra madre? Esa masa pringosa que producimos aquí es lo que untáis en el pan. Os ponéis *moraos* de esa guarrería que sale de las cabezas de las bestias, chavalines, os atiborráis de esa inmundicia que echan los animales muertos y ni siquiera lo sabéis, porque las inmundicias se pueden filtrar y depurar hasta quitarles el olor; pero eso que habéis visto es lo que os metéis en la boca y saboreáis con tanto gusto, esas son las secreciones que se untan las señoritas en sus delicados pechos —al hablar nos disparaba perdigonazos de saliva—; está en todas partes, pero nadie lo sabe. Y mejor que sigan sin saberlo, porque si esto se supiera, se pararía el mundo. Se echó a reír, dejando al descubierto sus dientes amarillos, y le entró un breve ataque de hipo, mientras observaba con aire compasivo el pasmo que su relato había causado en los críos. En su mirada había un brillo diabólico que a mi abuelo le recordó a la bobalicona y vacua expresión de la cabra que tenían en el patio de su casa.

Más tarde, tumbado en su cama en circunstancias de confort y seguridad inimaginables en aquel momento, sería esa vacua y estúpida risa lo que le vendría a la mente al pensar en aquella viscosidad asquerosa que había visto ese día, aquel sebo mucilaginoso que por lo visto comía todo el mundo sin saberlo.

Volvieron a casa en silencio, como si hubieran perdido toda capacidad sensorial y ya no vieran las podagrarias y los perifollos, incapaces de percibir la exuberante vegetación y la abundante vida de las primeras semanas de otoño, ajenos a todas las plantas cuyas hojas se mecían en los márgenes del camino como una muchedumbre de ángeles perdidos que salía a su paso para recordarles que en el mundo también había cosas hermosas. Ya no oían el monótono zureo de las tórtolas en las copas de los álamos blancos, suavemente cimbreadas por la brisa, no advertían la presencia de las últimas atalantas ni de las raposas, no llegaba hasta sus oídos el canto de una curruca

en un peral. A lo lejos aparecieron por fin las primeras casas de la ciudad, frágiles bajo la caricia dorada de la luz oblicua del crepúsculo, como si alguien hubiera encendido una gran lámpara en el mundo para alumbrar un secreto que, sin embargo, nadie quería conocer. Al llegar al punto en que sus caminos se separaban, se despidieron con un leve gesto de la cabeza y un «hasta mañana» farfullado entre dientes.

*

Durante los días siguientes no consigue sacarse de la cabeza la imagen de los despojos animales en el inmundo patio de la fábrica. En su recuerdo, el suave sol del mediodía brilla sobre aquella espantosa pila de cabezas que al mismo tiempo lo atrae y lo repele, y lo que él ve son colores, tonalidades, las más sutiles transiciones de luces a sombras, grises y bermellones, sepias y azules oscuros, rojos tan intensos que parecen variantes del negro, el delicado amarillo pálido, casi blanco, de un minúsculo trozo de piel todavía limpio junto a un hocico. Urbain recuerda entonces uno de los viejos libros que había visto hojear a su padre, más en concreto un cuadro que quedó impreso en su memoria desde niño, un buey abierto en canal pintado por el gran Rembrandt. Porque ese cuadro, en el que el artista transforma en un espectáculo de gran belleza y fuerza visual algo que en esencia no se puede considerar agradable a la vista, encierra en sí la contradicción que le roe las entrañas. Poco a poco, mientras trabaja en la fundición con la mirada puesta en la boca del horno y las chispas bailan a su alrededor como luciérnagas enfurecidas, va tomando conciencia de que el horror experimentado ante la visión apocalíptica de aquella pila de cabezas en proceso de descomposición y todos aquellos ojos sin vida ha despertado algo que tira con fuerza de él, algo que le resulta doloroso y, al mismo tiempo, abre un nuevo espacio en su interior. Por primera vez en su vida, Urbain siente un deseo que es superior a él: el deseo de dibujar y pintar. Y al tomar conciencia de ello, mientras levanta otra vez el pesado cucharón lleno de hierro fundido, siente que le flaquean las rodillas. Aquel repentino anhelo lo sorprende con una fuerza arrolladora en la que también hay cierto sentimiento de culpa. Porque se da cuenta de que quiere hacer lo mismo que su padre, lo cual agudiza el amargo

y punzante dolor que siente por su ausencia. De pronto le entran ganas de tirar el cucharón al suelo, con hierro fundido y todo; siente un fuerte deseo de salir corriendo y no parar hasta llegar a algún lugar tranquilo y luminoso como las iglesias y las capillas donde pasó con su padre tantos días de su infancia, viéndolo retocar la mano de un ángel, con la luz del sol entrando por las cristaleras en haces de colores y un silencio tan profundo que el roce del pincel sobre la pared bastaba para llenar el espacio entero. El deseo brota en él como un llanto, como una sacudida eléctrica que se origina en lo más profundo de su ser, allí donde el subconsciente ha tenido su tiempo para que la idea madure antes de salir a la superficie en medio del ruido infernal de la fundición, en medio de los martillazos y los gritos, el fragor y los golpes, el traqueteo y los chasquidos. En aquella fábrica oscura apenas iluminada por la tenue luz del fuego, donde hombres reducidos a sombras de sí mismos se desriñonan para llevar un sueldo a casa, Urbain sueña con un silencio ultraterreno.

Y llora. Gime de rabia mientras sujeta con las manos doloridas el maldito mango del endemoniado cucharón, siempre lleno de lava hirviendo, y trata de concentrarse, de mantener la compostura y cumplir con su obligación, una obligación en la que ha perdido por completo el interés tras aquel breve pero intensísimo fogonazo interior. Quiere hacer lo mismo que su padre. «Quiero dibujar y pintar, quiero aprender a pintar», repite una voz machaconamente en su interior, mientras lucha con aquella fuerza oculta de efecto catártico que sacude su existencia. Y durante el resto del día, durante las doce largas horas de la jornada de trabajo, mientras clasifica el hierro, se come el bocadillo o camina por los casi impracticables pasillos entre los trabajadores de la fundición, que van y vienen como asnos sumisos y obedientes ovejas, no sale ni una sola palabra de su boca.

«¿Estás enfermo, Urbain?»

Él se limita a negar con la cabeza.

Sus compañeros lo dejan en paz.

Al salir de la fábrica, otra vez más tarde de lo normal —un cliente especialmente exigente quería recibir ese mismo día en su almacén los perfiles que había encargado—, parece tambalearse sobre las piernas. Sus zuecos están surcados por grietas a causa del calor, y una astilla se le clava en

la planta del pie derecho al andar. Al llegar a casa no dice ni una palabra. Se va directo a su dormitorio y se mete en la cama. Antes de quedarse dormido, piensa en su padre y no hace ningún esfuerzo por reprimir las lágrimas.

*

A pesar de que su padre se lo ha desaconsejado en repetidas ocasiones, en 1906 se apunta a las clases de dibujo de la escuela nocturna San Lucas. Tras la dura jornada de trabajo en la fundición, Urbain aprende a trazar palotes con *le frère professeur de dessin*, miles y miles de palotes, siempre palotes, tantos palotes que se acaba hartando y empieza a desanimarse. Aquello no era lo que él soñaba. Con cierto sentimiento de culpa recuerda lo que le decía su padre: «Haz lo que quieras con tu vida, pero por el amor de Dios, no seas pintor. Mira cómo he acabado yo. Esto no es la Florencia del siglo XVI, no lo olvides.» Pero el recuerdo de las horas de paz en las iglesias viendo trabajar a su padre, a quien cada vez echa más de menos, sigue teniendo más peso en la balanza. Y, así, durante los siguientes meses se sienta dos tardes por semana a la mesa de dibujo, con la cara roja y un lápiz de grafito afilado con navaja entre sus torpes dedos. Primeros ejercicios: palotes horizontales, palotes diagonales —primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda—, palotes verticales, palotes cruzados, palotes separados por distancias variables. Y cuando empieza a dominar un poco la técnica, lo mismo, pero con carboncillo.

Recommencez, Urbain!

Palotes, palotes, palotes. Por todas partes ve palotes. Palotes en las ventanas, palotes en las nubes, palotes en los ojos de sus amigos, palotes en sus sueños.

En una ocasión se queda dormido encima de la mesa y sueña con un mar de hierro fundido. Las olas rompen con lenguas de espuma incandescente en una playa de negro infinito. Después de la clase apenas registra lo que ocurre a su alrededor. Los demás chicos salen hablando de ir a tomar algo a algún sitio, pero él se va a casa con los palotes atravesados en la garganta, odia los palotes, no puede ver más palotes. Su rendimiento en la fundición desciende notablemente. Ya ha arruinado dos moldes en pocas semanas y el

contra maestra le lee la cartilla muy seriamente. Al cabo de un tiempo empieza a faltar con regularidad a las clases de dibujo y, cuando se reincorpora, también se lleva una reprimenda del *frère professeur*. Urbain trata de dominar su desencanto y da vueltas inquieto en la cama, mientras, en la planta de abajo, la máquina de coser de su madre hace horas extra para pagar sus clases de dibujo. ¿Merece la pena tanto esfuerzo por miles de renglones de estúpidos palotes? ¿Cómo va a restaurar algún día la mano de un ángel si no hace más que trazar palotes en un trozo de papel barato? Cuando finalmente anuncia en la fundición que puede quedarse otra vez más tiempo por las tardes, aguanta con resignación la sonrisa sardónica del contra maestra. De la clase de dibujo, al menos, ha conservado un amigo, un chico que perdió la mano derecha en un accidente con una tejedora pero dibuja con la izquierda como el mejor. Él sí era capaz de hacer cosas interesantes con los palotes: composiciones complejas, cambios de ritmo, variaciones en longitud, grosor e intensidad, escalas de palotes, desde muy difuminados hasta muy oscuros, palotes con personalidad, palotes cortos y largos, ejércitos de palotes que hablaban un idioma mudo pero desde luego muy visual, capas de palotes superpuestos, como si viera en el papel todo tipo de espacios, dimensiones y perspectivas. Sus palotes eran hordas, tropas, pelotones desfilando sin perder el paso; o edificios que solo existían en la imaginación de aquel joven manco, postes alineados junto a la carretera, filas interminables de ventanas en un cuartel visto de perfil, una ciudad futurista, construcciones oníricas en tres dimensiones con infinidad de estratos, un mundo en perspectiva en el que uno podía perderse. Los palotes de Urbain, sin embargo, no eran más que eso: simples palotes. Al final del semestre subieron a su amigo al siguiente nivel, donde ya empezaban a dibujar bloques, cubos, rectángulos, rombos y, por fin, volúmenes. Y una vez más, hizo maravillas con aquellos estúpidos ejercicios, almacenes llenos de cajas misteriosas que daban ganas de abrir para descubrir el secreto de sus dibujos, bloques y más bloques, habitaciones y salas en miniatura, nichos, poliedros cóncavos y convexos. ¿Cómo lo hacía? Era como si con cada ejercicio se viera arrastrado por una visión y ejecutara una especie de variaciones musicales para carboncillo e imaginación, con el torso ligeramente inclinado sobre el papel, como si fuera a lanzarse en cualquier momento hacia delante y

sumergirse en las enigmáticas profundidades del mundo que surgía de su lápiz. El muñón, esa extremidad inútil oculta bajo una manga cerrada con un imperdible, se movía ligeramente por sí mismo al otro lado de su cuerpo, describiendo pequeños círculos como impulsado por una fuerza incógnita que, por alguna suerte de misterio, parecía otorgar significado y carácter a los virtuosos palotes que trazaba con la mano izquierda. Mi abuelo era consciente de lo pobres que resultaban sus ejercicios al lado de los de su amigo, y la admiración que sentía por él tal vez fuera lo que propició su desánimo. Pero al mismo tiempo se le quedó grabada su pasión, el hecho de que aquel muchacho habría imaginado todas aquellas estructuras igualmente sin las clases del *cher frère*, porque ni siquiera era eso lo que pedía el ejercicio, los trazos salían de su mano de forma espontánea y constituían un mundo sin causa ni razón de ser, una realidad que no requería justificación.

Los viernes por la tarde, Urbain pasaba a veces por el escaparate de La Pluma Dorada, la vieja tienda de material artístico de la plaza Vrijdagmarkt que ha sobrevivido hasta nuestros días y sigue abierta al público en el mismo sitio. Pinceles de marta, compases, lápices, maletines de pintura, brochas, lienzos, cuadernos de dibujo..., de todo había en aquel escaparate escasamente iluminado. Y mi abuelo, con las manos en los bolsillos y un gran sentimiento de culpa, miraba embelesado aquellos fabulosos útiles de pintura que juntos constituían la perfecta alegoría del sueño roto.

Un día aparece a su lado su amigo manco.

«Urbain, ¿por qué no vas ya nunca a la clase de dibujo?»

Él se encoge de hombros y sigue mirando el escaparate en silencio.

Su amigo insiste.

«Tienes que venir. Empieza de nuevo.»

Urbain niega obstinado con la cabeza.

Pero en cuanto se va el virtuoso de los palotes, respira hondo, se arma de valor, entra en la tienda y, con su escaso dinero de bolsillo —el sueldo lo entregaba prácticamente íntegro en casa—, compra un *bloc de dessin* y varios lápices nuevos.

Una semana después entra en la elegante librería en la esquina de las calles Volders y Veld, donde siempre tienen expuestos lujosos volúmenes de

arte en el escaparate. Se pone a hojear algunos libros, mirando tímidamente a su alrededor de vez en cuando, y trata de registrar en su cabeza las imágenes, absorbe todo lo que ve, estudia las manos y los ojos de los hechizantes cuadros de Van Dyck; observa distintos tipos de pelo, túnicas, tejidos con pliegues, hombros musculosos; de Tiepolo se fija en dos serpientes apareándose, de Jordaens en la mirada sumisa de una niña, de Piero della Francesca en el extraño gesto de un personaje en actitud vigilante; analiza los amplios arcos palladianos de una villa al fondo de un fresco, se detiene en los radiantes pavos y gallinas de Guinea en los jardines alegóricos de De Hondecoeter. El baile de formas y colores que tiene lugar ante sus ojos lo deja con el alma aturdida.

El propietario de la librería, Adolphe Hoste, conocido y respetado en toda la ciudad, se acerca de pronto a él y lo mira de arriba abajo. Lo que ve es un adolescente con la ropa sucia envuelto en un penetrante olor a hierro y grasa lubricante, que además le está rayando el parqué con sus zuecos de madera. «¿Cuánto tiempo más piensa pasar aquí manoseando mis mejores libros?», le espeta. «Si no tiene intención de comprar nada, haga el favor de marcharse, *monsieur*.»

Humillado, Urbain sale a la calle maldiciendo al librero entre dientes y, de pronto, se siente lo bastante fuerte como para pintar de memoria todos aquellos bocetos, grabados, lienzos y frescos. Se van a enterar de lo que soy capaz. En cuanto llega a casa, saca del cajón el cuaderno de dibujo, se sienta a la mesa de la cocina y, mientras sus hermanos juegan al pillapilla a su alrededor, buscando a veces la protección de sus piernas debajo de la mesa, intenta dibujar un personaje bíblico, un dios del trueno, un patriarca o alguien con poder para romper el maleficio. Pero el resultado es un desastre, un adefesio esperpéntico, una especie de monstruo pagano con un visaje ridículo, algo que más bien parece la cabeza desfigurada de un toro muerto. Decepcionado, arranca el costoso papel de dibujo profanado por sus torpes trazos y lo tira hecho un gurrullo a la estufa lovaniense.

Durante el resto del invierno, siempre que le queda un poco de energía al final del día se sienta a dibujar después de la cena. Primero intenta dibujar su mano izquierda reposando en la mesa junto al papel. El resultado parece la amenazante garra de un ave imaginaria, la pata de un grifo o algo así. Urbain

se recrea deformándola más todavía hasta darle un aspecto verdaderamente terrorífico, y cuando se la enseña a sus hermanos —¡mirad, un monstruo!—, sus chillidos lo animan a seguir. A continuación dibuja la cazuela, y lo que sale de su lápiz de carboncillo es una masa informe de líneas inseguras. Lo intenta con dos cebollas, pero más que cebollas parecen trozos de carbón. «Pues nada, entonces pinto una pila de carbón», se dice. Pero no es fácil dibujar sin modelo. Además, tiene que andarse con cuidado, no sea que ahora alguno de los trozos de carbón vaya a parecer una cebolla. Poco a poco, las manzanas empiezan a parecer manzanas. También, por qué no, pinta un lápiz apoyado en la mesa con una sombra alargada. «Anda, mira, para eso me ha servido lo de hacer tantos palotes.» Gradualmente, paso a paso, va superando las humillaciones sufridas y empieza a disfrutar del dibujo. Hasta encuentra placer en sus fracasos, porque le abren nuevas vías. Y así, entre continuos cambios de forma, metamorfosis caprichosas, anamorfosis y variaciones de figuras análogas, se le va abriendo un nuevo mundo durante los largos meses de invierno, un lugar al que volver tras las agotadoras jornadas de trabajo, un momento del día en el que empieza a pensar desde la pausa de mediodía, mientras se come el bocadillo con un café ya frío y trata de aislarse mentalmente de las risas y las fanfarronerías de sus compañeros sobre lo que han tocado o dejado de tocar debajo de unas faldas, agujeros secretos en puertas de aseos, asistentes que sufren repentinos calentones en la trascocina, tabernas con lobitas de culos gloriosos y otras lindezas de ese tipo.

Un día se sienta delante de un espejo y trata de hacer un autorretrato. Lo que aparece en el papel tras una hora entera bosquejando, borrando, engrosando los trazos y tratando de dar con la forma de los contornos, es tan espantoso que le entra la risa. Su madre se acerca a mirar por encima del hombro, pero él tapa el papel.

—Anda, bobo, déjame verlo.

—No, mamá. No insistas.

Urbain piensa en su amigo manco y sus mundos imaginarios de bloques y palotes.

Cuando sube al dormitorio, guarda el cuaderno lleno de dibujos malogrados al fondo de su viejo armario, debajo de su ropa interior y sus calcetines, y al día siguiente vuelve a empezar de nuevo. Y así todo el

invierno, una noche tras otra. Cuando llega la primavera y los demás salen a pasear, a nadar, a montar en barca con las chicas en el Leie y a disfrutar del aire tibio y las nubes de algodón que hechizan la ciudad, él sigue encerrado en casa dibujando. Hace progresos y, mientras trabaja completamente solo, a veces experimenta una fuerza en su interior, una energía intensa y profunda que le hace sentirse alguien, alguien capaz de algo que los demás no saben hacer, como si después de muchos meses de sufrimiento hubiera alcanzado la cima de una montaña. «No, hombre», dice otra voz dentro de él, «no seas ingenuo. No has alcanzado ninguna cima. Apenas has empezado el camino. Esto no es más que un pequeño llano en la ladera, un lugar donde parar a descansar, un repecho desde donde puedes mirar hacia abajo y ver la distancia que has recorrido ya.» Esa idea lo llena de un orgullo sereno. Pero cuando mira hacia arriba, es decir, cuando piensa en las reproducciones de la librería de donde lo echaron de forma tan humillante, sabe que todavía le espera un largo y escarpado camino. Pero eso ya no lo asusta. Se muere de ganas de ver otra vez a su padre y enseñarle algunos de sus bocetos. Porque sabe que su madre ya le ha desvelado hace tiempo en sus cartas lo que se trae entre manos en su ausencia. «Quiero ver a mi padre. Quiero volver a ver a mi padre.» Con esa letanía, se queda profundamente dormido y esa noche no sueña nada.

*

Nuestras visitas a Herckenrath, la librería que vino a ocupar el lugar dejado por Adolphe Hoste, tenían algo de ritual solemne. Nunca sacaba mi abuelo tanto brillo a sus botines negros como cuando íbamos a Herckenrath. En ningún sitio cruzaba la puerta con tanta ceremonia y se presentaba con actitud tan digna como en aquella tienda, mientras el señor Herckenrath, que podía presumir de haber contado entre sus amigos al famoso poeta flamenco Karel van de Woestijne, alineaba meticulosamente al fondo del local unos libros que había dejado mal colocados algún cliente. Bajo la mirada complaciente de la señora de la casa, mi abuelo hojeaba en silencio varios libros sin poder ocultar su profundo respeto por la autoridad de la letra impresa, pasaba los ojos por los lomos de los volúmenes expuestos en las

estanterías y resollaba discretamente cuando veía algo que le llamaba la atención. Nunca salía de allí sin comprar nada. La esposa francófona del librero, a quien siempre parecían pesarle los párpados de tan refinada que era, observaba con una mezcla de simpatía y compasión el borsalino de mi abuelo, su bastón, su traje negro azulado y aquella pajarita tan llamativa que le daba cierto aire artístico. Con dedos elegantemente ensortijados, acariciaba distraída la cubierta de una novela de Suzanne Lilar apilada junto a la caja mientras esperaba a que mi abuelo desenrollara sus billetes y le entregara la cantidad correspondiente. A continuación envolvía el libro con el prestigioso papel de su distinguida y aristocrática tienda, y se lo entregaba con una parca sonrisa y un «*au revoir, monsieur*» apenas audible, con lo que manifestaba su voluntad de tratarlo como a un cliente de primera, a pesar del neerlandés anticuado y exageradamente correcto de mi abuelo. Él tomaba entonces el libro de reproducciones de la escuela de Fontainebleau, o lo que hubiera comprado ese día, saludaba inclinando levemente la cabeza, me agarraba de la mano y decía: «Venga, vamos a tomar un *crème à la glace* a la Veneziana.»

Años más tarde, yo mismo visitaría la librería Herckenrath por mi cuenta en innumerables ocasiones. Allí compré, por ejemplo, varios títulos de La Pléiade impresos en costoso papel biblia, diversos volúmenes con lujosas reproducciones de pintura y una monografía sobre Tintoretto. Tenían muy pocos libros en neerlandés y los que había siempre en un rincón del escaparate parecía que estaban allí arrumbados más que expuestos al público. Cuando salió a la venta mi primera novela vi en aquel rincón un ejemplar perdido entre una guía de viaje y un libro sobre astronáutica y sentí una gran melancolía al pensar en el golfillo desharrapado que entró allí con sus zuecos a curiosear entre los libros hasta que lo echaron a la calle, y que luego volvería tantas veces como pequeño *seigneur*. Mi primer libro salió a la venta seis meses después de su muerte. Mi abuelo no llegó a saber nunca, ni siquiera a sospechar, que yo publicaría algo. En la acera de enfrente, en la confitería de aspecto vienés del pastelero judío Bloch, las señoras de buena familia se sentaban a tomar un cruasán con mantequilla y una taza de café servido en jarrita de plata, mientras empezaban a leer el libro que acababan de comprar en Herckenrath con el envoltorio de la librería perfectamente

doblado encima de la mesa bajo una mano adornada con elegantes anillos. Eran tan finas que en vez de diecinueve francos decían «*dieci-neuf francs*».

*

El día que volvió su padre de Liverpool hacía una temperatura muy agradable y no había nada de viento.

Fueron todos juntos a recibirlo a la Estación Sur. Varias décadas más tarde, mi abuelo todavía lo recordaba todo con gran precisión, y describe la escena en sus memorias como si se proyectara ante sus ojos una vieja película. El tren entra en la estación resoplando ruidosamente y se detiene con grandes chirridos en medio de una nube de humo y vapor. Urbain y su familia esperan en el andén entre una muchedumbre impaciente, y cuando todavía no han tenido apenas tiempo de empezar a buscar entre los viajeros, ven a su padre y a Bracke —su bigotudo compañero de trabajo— venir hacia ellos con la mano en alto. Céline sale corriendo hacia su marido y se lanza a sus brazos con tal ímpetu que la pequeña Melanie, que la había seguido agarrada a su falda, se cae al suelo. Franciscus nota que su hija pequeña apenas lo reconoce y saca del bolsillo unos caramelos. En la calesa que los lleva a casa, Céline y Franciscus se miran sin poder creer todavía que están otra vez juntos. El cochero arrea a las bestias con el látigo. Hablar resulta imposible a causa del traqueteo de las ruedas herradas y los golpes contra los adoquines de las herraduras de los caballos. Al llegar a su calle ven a un grupo de vecinos delante de su casa. Algunos aplauden, pero cuando Franciscus baja de la calesa con ayuda de su mujer, sonriente a pesar del cansancio reflejado en la palidez de su cara, se hace el silencio. Al pasar recibe fugaces apretones de manos y palmadas en la espalda. Céline da las gracias a los vecinos con una leve inclinación de la cabeza, le entrega unas monedas al cochero, que ha metido la maleta en el zaguán, y cierra la puerta de la humilde vivienda. Unos tíos de Urbain han decorado la sala con guirnaldas hechas por ellos mismos y en la cocina hay una cazuela de sopa hirviendo a fuego lento. Franciscus mira a su alrededor en silencio, como si le sorprendiera encontrarlo todo tal y como lo recordaba: el césped ralo del patio interior, la jaula de la cabra, el canario y el pinzón dando saltitos en la

humilde pajarera. Apenas parece oír las preguntas de su familia. Por fin, se vuelve hacia ellos y coge a la pequeña Melanie en brazos. La niña, todavía extrañada por la presencia de su padre, le acaricia tímidamente la barba de dos días con su minúscula manita. La mayor, Clarisse, tiene celos y está de morros. Jules y Emile se ríen tontamente. Urbain traga saliva y guarda silencio. Céline mira a Franciscus sin saber cómo comportarse. Cuando sus miradas se cruzan, vuelven a fundirse en un abrazo. Los niños sienten un poco de vergüenza al ver a su madre haciéndole una caricia en la cabeza a su padre y dándole un beso en el cuello. A continuación, Franciscus sale al pasillo, desabrocha la correa de la maleta y saca unos regalos. Un balón de cuero para los chicos, un juego de lanzamiento de aros para las chicas y, para los más pequeños, un extraño caballo de madera con agujeros. Es el caballo de Troya, les dice. Lo ha hecho Bracke con sus propias manos. Entonces le quita la cola y les explica cómo tienen que jugar a intentar meterla en el agujero correcto con los ojos cerrados. Los niños miran a su padre maravillados. Por último, saca una cajita y se la entrega a Céline. Con su escaso dinero le ha comprado un camafeo y un collar. Céline se mira en el espejo sosteniendo el camafeo a la altura del pecho.

—Estás loco —le dice—. Ven aquí.

Cuando Franciscus se sienta en la silla de mimbre donde siempre se sentaba, las niñas se pelean por subirse a su regazo. Él les hace cosquillas pasándoles por la cara su barbilla sin afeitar y ellas se ríen y patalean entre sus brazos.

Clarisse sale al patio, suelta a la cabra y entra en casa con ella.

Franciscus le da una palmada en el lomo al animal y le frota la cabeza con los nudillos.

—Ha envejecido nuestra Bet —murmura. De nuevo vuelve a quedarse ensimismado, con la mirada perdida en el patio.

—Mira también a tu hijo mayor —le dice Céline—. Es el que más te ha echado de menos. Me ha ayudado fielmente desde que te fuiste, incluso ha descuidado sus amistades para que funcionara la casa. Y ha aprendido algo que te vas a quedar de piedra. Anda, Urbain, enséñale a tu padre tus dibujos.

En un primer momento, mi abuelo se pone blanco y dice que no con la cabeza. Pero al ver que su padre insiste con la mirada, exhala un suspiro y se

va a por sus láminas. Franciscus observa los dibujos uno a uno —los autorretratos, los estudios de manos, los bocetos probando distintas posturas, una pierna doblada, un torso esquemático, una tela agitada por el viento, árboles de formas caprichosas, un ángel con una trompeta—, algunos torpes, pero otros acertados e incluso expresivos.

Entonces ocurre algo que mi abuelo no podía haber previsto. Su padre rompe a llorar, deja las láminas encima de la mesa y lo abraza tan fuerte que durante un instante se queda sin aliento. Cuando por fin lo suelta, lo mira fijamente y parece que va a decir algo, pero empieza de nuevo a llorar y solo acierta a pronunciar medias frases ininteligibles.

—Siéntate, Frans —intenta calmarlo Céline.

Franciscus agarra la mano de su hijo y se queda mirándolo en silencio.

—Lo siento —dice por fin—. No sabéis lo que es volver a estar aquí. Todo es igual que siempre, y sin embargo todo ha cambiado.

Su mirada se vuelve a perder al otro lado de la ventana. Parece sumergirse en sus propios pensamientos.

De pronto sufre un acceso de tos ronca, como si una lija le raspara la garganta. Céline le trae una escudilla de sopa y advierte lo frías que tiene las manos.

—Estás helado, Frans.

—Sí, ya lo sé. Tengo el frío metido en el cuerpo desde hace meses.

En la calle se oye al hombre de la zanfoña.

—¿Sigue viniendo ese por aquí? —pregunta Franciscus.

Las palomas aletean en el tejado de la trascocina. El palomo va y viene entre ellas, zureando nervioso. Céline le ofrece un licor a su marido.

—Tómate esto, te calentará por dentro.

Franciscus se bebe la copa de un trago, se atraganta y empieza a toser otra vez. Céline le da unos golpes en la espalda.

—¿Quieres otra?

Él asiente y bebe un trago de la segunda copa. Al respirar emite unos ruidos ásperos acompañados de agudos silbidos.

De pronto, se levanta impetuosamente, como si hubiera recordado algo, y dice que va a deshacer la maleta, pero Céline se lo impide. Tiene que descansar bien para ir a pedirle trabajo al *frère économe* al día siguiente. Él se

resiste al principio, pero ve que su mujer envía a los niños a jugar a la calle.

—No volváis hasta dentro de una hora, que vuestro padre está cansado.

Entonces Céline se desata el delantal y le dice a su marido con un brillo especial en los ojos:

—Venga, para arriba.

Franciscus se deja arrastrar mansamente de la mano y sube la escalera tras ella.

Mi abuelo escribe: *Así fue como entró mi querido padre de nuevo en nuestra vida. Mi madre, que estaba radiante, se lo llevó al piso de arriba, y cuando lo vi subiendo la escalera detrás de ella con la espalda encorvada, me llamó la atención la cantidad de pelo que había perdido. Estaba viejo para ser un hombre de treinta y siete años. Se le habían afilado los rasgos de la cara y tenía sombras oscuras debajo de los ojos. En medio de la alegría de volver a verlo, se instaló en mi interior un miedo que ya nunca me abandonaría.*

*

Urbain sale a pasear sin rumbo. Es el otoño de 1907. En pocos meses cumplirá diecisiete años. Reina el silencio en las calles del centro. Los ganteses viven sus anónimas y apacibles vidas llenas de pequeñas preocupaciones mundanas. En Estados Unidos la prensa habla de pánico financiero a causa de la crisis bancaria provocada por un intento de manipulación del valor de las acciones de United Copper. Pierpont Morgan y Rockefeller inyectan líquido en los bancos afectados, evitando en el último momento el hundimiento de la bolsa. En Egipto, lord Carnarvon obtiene permiso para empezar con las excavaciones de Tebas. El káiser alemán, Guillermo II, llega a Holanda en un buque de guerra y le promete a la reina Guillermina que, en caso de conflicto armado internacional, respetará la neutralidad holandesa. Pero ¿quién dice que vaya a haber una guerra? En el callejón, el trovador italiano canta «Vissi d'arte, vissi d'amore». Vivía por el arte, vivía por el amor, nunca le hice mal a nadie. Urbain echa dos monedas de níquel en el bote que cuelga del carro atado a una correa de cuero.

Por la noche, según su relato, fue a santiguar a su padre a la cama con la palabra mágica: *ostegárdendiga*. A eso había quedado reducido en el lenguaje familiar «Que Dios te guarde y te bendiga». Aquella invocación, incomprensible para el resto del mundo, se sellaba haciéndole una cruz en la frente a la persona bendecida, una fórmula disparatada y gastada, un código secreto que calma el corazón en las noches de tormenta y que siguió siendo un referente familiar a lo largo de toda mi infancia. *Ostegárdendiga* era el equivalente lingüístico de un canto rodado, lo que queda de una roca de vértices afilados tras muchos milenios a merced de las olas del mar, un amuleto que alguien deja en la mesilla de un enfermo cuando este, perdido en el laberinto de recuerdos que lo atormenta cada noche, por fin se queda dormido.

A través del delgado tabique de su dormitorio llegan hasta los oídos de Urbain los rítmicos chirridos de la cama de sus padres, una especie de lejana música de las esferas que lo arrulla y le vacía de pensamientos la cabeza. Al día siguiente, cuando se despierta, no recuerda haber soñado nada.

*

En el extremo oeste de la ciudad, en otro monasterio de los Hermanos de la Caridad, Franciscus consiguió un trabajo que podría llegar a durar dos años. La tarea consistía en lijar y volver a pintar la madera de un almacén donde, además, había que poner lunas nuevas en varias ventanas rotas. Franciscus, que sufría con regularidad severos ataques de asma, andaba preocupado a causa de este encargo. Muchos días tenía que pasar horas enteras expuesto a frías corrientes, subido a una precaria escalera para sacar los fragmentos de cristal que quedaban en los bordes de la ventana, quitar la masilla vieja con un cuchillo romo, cortar a medida las nuevas lunas y montarlas en el marco. De vez en cuando perdía momentáneamente el equilibrio al estirar el brazo para coger una nueva herramienta y, en un movimiento reflejo, buscaba apoyo en algún sitio, lo cual le causó diversos cortes en la mano al agarrarse del marco de la ventana todavía lleno de trozos del cristal roto. Y encima, cada dos por tres tenía que interrumpir el trabajo porque los padres venían a encargarle todo tipo de pequeñas tareas, de modo

que aquella engorrosa faena en el frío y desangelado almacén del monasterio se alargaba más de la cuenta.

Franciscus vivía contando los días, pues cuando terminara el trabajo en el almacén le esperaba el enorme fresco del siglo XVIII que adornaba el refectorio del monasterio, el cual no solo tenía que restaurar —estaba muy dañado por la humedad—, sino también ampliar con nuevas imágenes y ornamentos. Un proyecto de ensueño en el que empezó a trabajar poco a poco entre las tareas más ingratas, de modo que al menos encontró un ritmo que le permitía cambiar de actividad de vez en cuando y recuperar el aliento durante dos o tres días. Por las noches, sentado junto a la estufa de la cocina, hacía bocetos de nuevas imágenes inspiradas en unos grabados que había encontrado en la biblioteca del monasterio. El fresco representa a Cristo, todavía joven, en un jardín con árboles y arbustos decorados con guirnaldas y un edificio de aire oriental al fondo. En un primer plano hay una mesa alargada con campesinos pobres a los que un grupo de criadas y sirvientes traen cestas rebosantes de fruta y verduras. El propio Cristo ocupa el lugar más prominente de la escena, desde donde saluda con la mano a los campesinos y a sus hijos. Debajo de la escena, en una cinta roja como la sangre de un buey con un ribete dorado, Franciscus vuelve a pintar el texto de Lucas 14, versículos 21 y 23, el pasaje en el que un hombre rico, cuyos amigos no han acudido a su convite, le dice a su criado: «Sal sin demora a las calles y las plazas de la ciudad y trae a los pobres, los lisiados, los ciegos y los paralíticos. Recorre caminos y veredas y encárgate de que vengan todos hasta llenar mi casa.»

*

En internet busco todos los monasterios, hospicios y centros de los Hermanos de la Caridad. Encuentro direcciones en Gentbrugge, Oostakker y Gante. Hay uno que se llama San Francisco, pero está en Mortsel. Ni rastro de un monasterio que pudiera estar o haber estado en la zona oeste de la ciudad. ¿Podría ser que se hubiera equivocado mi abuelo? Llamo a distintos monasterios y otros centros de la institución religiosa. En ningún sitio recuerdan haber visto un fresco de esas características en el refectorio. Unos

me dicen que pintaron las paredes antes de la Segunda Guerra Mundial, otros que ha habido diversas reformas y que sí, que podría ser que hubiera existido algo así el siglo pasado, pero usted comprenderá que no podemos ponernos a raspar la pintura de la pared para satisfacer su curiosidad, y no, en los libros y en los archivos no se conserva información sobre ese tipo de cosas. Todos lamentan mucho no poder ayudarme, pero ahora tienen que colgar. Gracias por su comprensión y adiós muy buenas.

*

Un fresco es una pintura que se hace sobre un muro recién enjalbegado. Los colores se aplican sobre la superficie todavía húmeda y se secan junto con el yeso. El secreto, por tanto, consiste en calcular cómo quedarán los colores cuando se hayan secado, porque, con la humedad, todos los tonos son más oscuros, los azules y los rojos más intensos, los verdes y amarillos más mates. Así, por ejemplo, si en la escena que está restaurando Franciscus la humedad se ha comido una pierna de una de las criadas que van hacia la mesa cargadas con fruta y verdura, primero hay que reparar la pared con yeso muy diluido para eliminar la mancha oscura de humedad o, al menos, difuminarla lo máximo posible sin que aparezca una diferencia de relieve en el muro. También es importante que no haya rayas en la superficie reparada, lo cual no es nada fácil, porque a veces solo se ven los defectos con cierto tipo de luz oblicua. Si se detecta alguna falta de uniformidad, hay que lijar con papel de grano ultrafino. Una vez preparada la superficie, llega el momento de pintar la pierna dañada, pero no con el color que se ve en el fresco original. Primero hay que elaborar mezclas de distintos tonos y hacer pruebas en tablillas enyesadas y cuidadosamente numeradas. Luego hay que esperar a que se sequen las pruebas, lo cual puede tardar más de una semana si el tiempo es húmedo. Hasta que no se secan las tablillas, el pintor no sabe si alguno de los colores se parece lo bastante al original. Si ninguno resulta satisfactorio, hay que hacer nuevas pruebas, de modo que, al poco tiempo, había en el refectorio decenas de tablillas de prueba puestas a secar con distintos colores. Con esta técnica, mi bisabuelo restauró meticulosamente, entre otras cosas, una pierna, los pliegues grises azulados de una túnica blanca, una manzana

amarilla en una de las fuentes y un trozo de césped a la sombra. Cada vez había que estudiar detenidamente las tablillas de prueba y compararlas con el lugar donde hubiera que aplicar el color en cuestión. Cuando caía la tarde y el sol poniente bañaba el muro oeste con una traicionera luz roja, tenía que tapar con periódicos las ventanas superiores. Y aun así, por la mañana, cuando la luz tenía una tonalidad más azul, algunos colores resultaban no ser tan acertados como había creído la tarde anterior y se notaba una diferencia de matiz. En esos casos no quedaba más remedio que corregir el color de la forma más sutil posible con pintura muy diluida o, si el tono obtenido era demasiado oscuro, aplicar una finísima capa de blanco también muy diluido que luego, para que el resultado no fuera demasiado lechoso, había que eliminar en gran medida con una delicada esponja unos días antes de que el yeso se secara definitivamente. Una pasada de más con el pincel o la esponja y había que empezar de nuevo.

Así pasó semanas enteras, restaurando unas cuantas figuras en un solo muro, sin ningún grabado ni ninguna referencia en la que apoyarse. Pero los hermanos se mostraban encantados. De vez en cuando le llevaban una escudilla de sopa caliente y elogiaban exhaustivamente sus progresos, y el bueno de Franciscus se sentía apabullado y no sabía qué actitud debía adoptar.

*

Seis décadas después, mi abuelo escribe en sus memorias: *Ahora ya soy viejo y creo que puedo hablar algo de pintura, porque me he pasado toda la vida pintando. Tengo el documento delante de mí, un dibujo en color del fresco en el que aparecen detalladas sus intervenciones. Y la adoración que siento por mi padre, que tan pronto se nos fue, crece cuando veo, con el corazón paralizado por la emoción, con cuánto amor retocó la mano de un viejo campesino, porque para él todas las personas, por muy sencillas que fueran, merecían la misma atención. Y ahora que yo también me acerco lentamente al final de mi camino, lo echo de menos más que en toda mi vida.*

Y yo me pregunto, desde hace ya mucho tiempo, si omití a propósito el hecho de que su padre lo utilizó a él en una ocasión como modelo para

restaurar un hombro y el cuello de un joven Cristo. Más tarde se lo pregunté a mi tía abuela, la impetuosa Melanie, que llegó a los ciento tres años de edad y todavía conservaba vagos recuerdos de aquella época. Fui a visitarla a su amplio apartamento de la avenida Frère Orban, junto al Zuidpark, donde pasaba sus días dignamente sentada en su poltrona, con plena conciencia, como último testigo de un tiempo perdido para siempre. Pero no, ella tampoco sabía dónde estaba ese monasterio, todavía era muy pequeña cuando murió su padre y desde luego nunca le oyó decir nada de un boceto en color del fresco, aunque su hermano sí le había hablado de él. Mientras mi tía Melanie hablaba, sosteniendo elegantemente su taza de té con una mano reseca en la que lucía un anillo engastado con un fino brillante, yo me imaginaba a mi abuelo, el joven aprendiz de la fundición, posando como Cristo en aquel frío refectorio con los hombros envueltos en una sábana vieja durante los despreocupados años previos a la Gran Guerra, mientras su padre trabaja en su boceto, y es como si esa escena imaginada —un pintor que pinta a otro pintor— se convirtiera en un recuerdo genuino, en algo que he vivido de verdad y puedo evocar ahora que yo también me acerco lentamente a la última etapa de mi camino y los muertos cobran cada vez más vida en un fresco indeleble, una alegoría de la que ningún alma viva tiene memoria pero que está grabada con fuego en mi espíritu.

«*Dans le ciel il y a une danse*», dice mi vigorosa tía Melanie, la más pequeña de la familia, la última de la prole. Y se ríe como una niña de cien años.

*

A partir de entonces mi querido padre empeora rápido. Por las noches no soy capaz de conciliar el sueño. A mi lado, en la cama, oigo la respiración pausada de mi hermano Emile. En el rincón más alejado de nosotros, en una alcoba contigua separada por un biombo, duermen mis hermanas, Clarisse y Melanie. La cama del pequeño Jules está junto a la puerta. No consigo dormir a causa del cansancio y los nervios. Por la cabeza me rondan imágenes de la fundición. La farola de la calle arroja una luz tenue y oblicua sobre el cabecero de mi cama. En la penumbra, los listones de la ventana

proyectan una cruz negra sobre la pared. El olor de la pequeña lámpara de aceite llena el dormitorio. De vez en cuando oigo el ruido de unos zuecos en el callejón, y por la forma de toser trato de averiguar si se trata de un hombre o una mujer, un joven o un viejo. Por la parte de los pies el colchón está roto y las briznas de paja del relleno se me clavan y se me meten entre los dedos. En la calle, un poco más abajo, está la fundición. Por la noche el portalón está cerrado a cal y canto. A su lado, enfrente de los callejones, está el café De Muysbond, donde van las mujeres de vida alegre. Se oye la música a lo lejos, alguien pasa cantando por la calle: «Crac-crac, crujen las aspas del molino..., mira cómo giran sin parar.» Al cabo de un rato oigo a mi padre subir la escalera respirando con dificultad. Mi madre no tardará en subir también. Antes de acostarse, entrará en nuestro dormitorio, tapará bien a los pequeños y les hará una cruz en la frente. Por último, se acercará a la repisa de la chimenea y apagará la lámpara de aceite. Luego oiré los aullidos del perro pastor que hay encerrado en el patio trasero de la fundición, el silbido lejano de una locomotora y el chirrido de sus ruedas al trazar la amplia curva que conduce hasta el puerto. Pero lo que más oigo son los jadeos y resuellos de mi padre al respirar, porque la puerta del dormitorio de mis padres está siempre entornada para que entre un poco de aire, el aire que tanta falta le hace. Entonces me pongo a rezar, muchas veces durante una hora entera, y le ruego a Dios que proteja a mi padre, que salve su alma y, si puede ser, que lo cure. Paso los dedos por las cuentas de mi rosario y rezo en voz baja, a veces con lágrimas en los ojos. Señor, salve a mi padre, se lo ruego, por favor. Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre... Entonces entro en una especie de trance, y cuando vuelvo a la realidad, oigo a mi madre soplando la ceniza de los rescoldos que quedan en el fogón y avivando de nuevo el fuego con el fuelle para calentarle un vaso de leche a mi padre. Luego oigo sus pasos otra vez en la escalera y su voz en el dormitorio: «Toma, bebe un poco, esto te hará bien a la garganta. Y descansa, ya verás como enseguida estarás mejor.» Por la mañana, al pasar por delante del dormitorio de mis padres, echo un vistazo fugaz. Mi padre duerme tranquilo tumbado de lado, pero está destapado. Entro de puntillas, le echo las viejas mantas cuidadosamente por encima y bajo a la cocina sin hacer ruido. Mi madre me mira de forma tan

cariñosa y reconfortante, que cae de mis hombros el peso de mis preocupaciones. Le doy los buenos días con un abrazo. A continuación me lavo la cara en la bomba de agua, bebo una taza de achicoria, me pongo la chaqueta de trabajo, me echo a los hombros la mochila con los bocadillos que me ha preparado mi madre, me calzo los zuecos en el zaguán y salgo a la luz del amanecer. Ya estamos a finales de enero. Las fiestas quedaron atrás, pero pronto llegará el carnaval. Durante una semana entera, las calles se llenarán por las tardes de hombres y mujeres exultantes, muchos de ellos enmascarados, y el confeti cubrirá las aceras como una última y abigarrada tromba de nieve. El café De Muysmond se pondrá a rebosar de gente y, mientras el público baila y bebe, dos gendarmes a caballo con la espada colgada del cinto vigilarán la calle para que nadie se desmadre demasiado.

Después del carnaval, durante unos días, la ciudad queda sumida en una calma inusual. Todo el mundo se queda en casa para reponerse de los excesos.

Llegan los primeros días de primavera. Nubes blancas surcan lentamente el cielo azul por encima de las fábricas grises, anunciando temperaturas más agradables. En las calles y callejas se respira un aire nuevo de esperanza. Los vecinos del barrio vuelven del mercado con frascos de jabón marrón y limpian el polvo acumulado en las habitaciones tras muchos meses seguidos con la estufa encendida. Por todas partes se ven ventanas abiertas de par en par. Los botes de pintura y los cubos de cal ya están preparados. En los patios interiores enjalbegan los muros para proteger las casas contra las plagas y en muchos sitios, para que no entre humedad, cubren de brea una franja en la parte inferior. Los olores son familiares, la gente está más animada que de costumbre y los gorriones revolotean alrededor de los setos, que ya vuelven a brotar. Los vecinos salen a la calle con cubos y palas a buscar boñigas de caballo para abonar la tierra negra y empobrecida de los patios. Pero en medio de este mundo sencillo de esperanzas renovadas, la preocupación por el estado de mi padre sigue creciendo en mi interior como una mala hierba, una pesada carga que me paraliza. Si los árboles y los arbustos tuvieran oídos para escucharme, me desahogaría con ellos. Hace ya setenta y dos horas que no deja de toser. Por el día se pasa las horas tiritando junto a la estufa, por la noche se mete en la cama con tres

almohadas debajo de su maltrecha espalda y más que respirar, jadea. En sus encías ha aparecido una línea morada, síntoma de saturnismo desarrollado por tantos años trabajando con albayalde, lo cual es posible que agrave aún más su asma. El médico viene a verlo todos los días, familiares y vecinos preguntan a mi madre por el enfermo. Las señoras del callejón chismorrearán delante de nuestra puerta y mi madre, con la misma determinación que ha mostrado siempre, cierra de un portazo. La casa se ha llenado de un olor pesado y mareante, el olor de la enfermedad. Durante la última semana, en la pared junto a la cama de mi padre han aparecido sobre la cal decenas de manchas de sangre a causa de los violentos accesos de tos. En su mesilla hay una escudilla de consomé y una taza de té, pero no ha probado ni lo uno ni lo otro. También hay biscotes que se han quedado blandos y fruta intacta. Sus jadeos son cada vez más pesados y con cada exhalación parece querer decirnos que es consciente de su estado: yaj..., yaj..., yaj... Así todo el santo día, hasta que todos nos subimos por las paredes. Vienen a visitarlo el prior y el frère économe del monasterio. «Qué mala pata, Frans. Justo ahora que iba usted tan bien. Esperamos verlo pronto de nuevo entre nosotros. Sus tablillas ya están secas.» Está sentado en su silla de mimbre, donde suele pasar el rato del mediodía gimiendo de dolor. Mi madre está detrás de él con las manos en el respaldo y la mirada perdida en las copas de los árboles que se mecen en la atmósfera gris y apagada del patio. Un chubasco de abril sacude las ramas, que no terminan de brotar y parecen brazos desnudos alzados al cielo. La pobre mujer tiene ojeras, pero de su boca no sale ni una queja. El prior y el frère économe admiran su entereza. «Haremos todo lo que podamos, doña Céline, y vamos a rezar mucho por su marido, porque le tenemos mucho aprecio.» Mi madre se encoge de hombros.

Al día siguiente paso toda la noche velando al enfermo con mi madre. Para mayor tragedia, ha desarrollado una pulmonía a causa de su extrema fatiga. A principios del siglo XX no había todavía antibióticos, ni penicilina, ni nada que pudiera aliviar su sufrimiento. En 1908, lo que había en la mesilla de un enfermo de pulmonía en fase terminal era estramonio, alcanfor, éter y pastillas de alquitrán. Mi madre le da otra vez leche con azúcar para que recobre un poco de fuerza y le obliga a beber al menos un poco, lo cual hace él con extrema dificultad, vomitando inmediatamente la

mitad. El azúcar le irrita la garganta y la leche le produce más flemas todavía, mucosidades en las que se asfixia. Pero qué sabíamos nosotros en aquel tiempo. Su respiración se convierte en una lucha extenuante, su torso entero se encoge, se retuerce y se estira en su desesperado intento de inhalar la más mínima porción de aire. A causa de la falta de oxígeno, su corazón late a más de ciento veinte pulsaciones por minuto, veinticuatro horas al día. Tiene la boca seca y los labios cortados, marcados por profundos surcos. Cada vez que intenta respirar y no lo consigue —lo cual puede llegar a durar medio minuto— parece que se le van a salir los ojos de las órbitas. Pierde peso a marchas forzadas. Tiene las mejillas hundidas y la nariz tan afilada como una momia. De pronto se incorpora un poco en la cama: «Urbain..., tráeme... un palo..., un palo liso... para metérmelo en la garganta.» Mi madre pega un grito: «¡Frans, por Dios, no nos vuelvas locos!»

Nunca la había visto así. De pura impotencia se tira de los pelos, arruga su delantal, le pega patadas a la cama y al suelo con sus piernas envueltas en medias negras. Por la mañana, cuando todavía no ha terminado de amanecer, se presenta el sacerdote en la puerta con el santo aceite y es como si algo se rompiera bruscamente en el interior de mi madre. Lo hace pasar y lo conduce al dormitorio. Mientras el sacerdote dice sus oraciones y mi padre moribundo apenas se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor, ella se arrodilla junto a la cama y reza. El humo de las lámparas de aceite, negras de hollín, crea una atmósfera asfixiante en el dormitorio sin ventilar. Delante de la puerta están las vecinas «cotilleando y chismorreando», como dice mi madre con irritación contenida. Una hora después llega el médico en su pequeño carruaje y ordena que ingresen al enfermo inmediatamente. Hasta la tarde no llega el personal del hospital, tres monjas y dos empleados que suben a mi padre a una camilla de madera. Mi madre lo tapa con dos abrigos, el de él y el de ella. «Así, para que no cojas más frío», le dice. Él alza el labio superior en un gesto rígido que debe pasar por una sonrisa. Nos mira a todos y, jadeando, le dice a su mujer: «Adiós, corazón. Vuelvo... pronto...» El resto de la frase se pierde en un ataque de tos con el que vuelve a expulsar flemas.

Los camilleros suben al enfermo con dificultad al carruaje. Mi madre y yo nos sentamos a su lado. Mi padre me toma de la mano y farfulla unas

palabras que no consigo oír a causa del ruido de las ruedas y las herraduras de los caballos, pero asiento con la cabeza y él me aprieta la mano.

Una vez que lo dejamos ingresado, tras rellenar los papeles y entregar su ropa, mi madre y yo iniciamos el camino de vuelta sin decir nada. Al pasar por la capilla de Nuestra Señora de los Dolores me arrastra con ella al interior, enciende unas velas y, arrodillada ante la Virgen, se sumerge en una oración que no parece tener fin. Luego se inclina hasta tocar el suelo con la cabeza y permanece en esa postura. Yo, que estoy sentado a su lado, le pongo una mano en la espalda. A través de las cristaleras veo que está empezando a anochecer. Se oye a unos niños jugando en la plaza que hay delante de la capilla. Delante de la Virgen, las llamas de las velas están tan inmóviles que parecen congeladas. A los pies de la imagen hay un texto torpemente pintado que dice: «Vous qui tremblez, venez à Dieu car Il guérit.» Cuando mi madre por fin se levanta, ya ha oscurecido del todo. «Venga, vámonos», me dice. Cuando llegamos a casa, los pequeños se han acostado sin cenar. Antes de ir a mi dormitorio, me quedo todavía un rato junto a la cama de mi madre. Ninguno de los dos dice nada. Al día siguiente, antes de que den las nueve, ya estamos en el hospital. Las monjas van y vienen por un pasillo largo de techo alto. Parecen turbadas. Una de ellas deja encima de la mesa de un médico la ropa que llevamos el día anterior. «Chère dame», dice el doctor, «no debe asustarse, el Señor ha querido que sea así. Su marido tenía una tisis galopante, como decimos en términos médicos, y ha entregado el alma a Dios esta noche a las tres de la madrugada. Sea fuerte y cuide bien a sus hijos, eso es lo que desea el Señor.» Dicho eso, le entrega el rosario y la cartera de mi padre. Su ropa interior está atada en un paquetito. Mi madre se pone primero roja como el fuego e inmediatamente después palidece. «Merci docteur», murmura maquinalmente. A continuación, coge el paquete y se aleja con paso inseguro.

Al salir a la calle intento sujetarla, pero se viene abajo entre mis brazos como un muñeco sin vida. La ayudo a sentarse en un banco, frente a un pequeño jardín con hileras de crocus y narcisos amarillos y azules en plena eclosión, y de pronto, como si en ese momento estallara algo en su interior, rompe a llorar con tal violencia que pienso que se va a ahogar. Con un

zueco, pisotea las flores. «¡No, no, no quiero!», grita. Intento calmarla, pero solo consigo enervarla más. Las sacudidas y las convulsiones que sufre su cuerpo son tan bruscas que parece que tenga un demonio dentro. La agarro de los hombros y más de un cuarto de hora después se tranquiliza por fin de puro agotamiento. Sus ojos gris claro se vuelven hacia mí, pero no me ve, tiene la mirada extraviada. «Viuda a los treinta y ocho años», dice. «No puedo... ¡No quiero!» Su exclamación se transforma en un llanto desgarrador acompañado de quejas y gemidos. Se le ha soltado el moño que con tanto esmero se había hecho por la mañana. Yo, por mi parte, me siento muy extraño. Me resulta imposible llorar. Tengo algo atravesado en el pecho, un objeto duro y desconocido que antes no estaba ahí y que se agarra a mi interior con tal fuerza que me provoca un dolor indescriptible. De pronto veo venir a mi tía Rosa, que se había quedado en casa a cargo de mis hermanos. En cuanto nos ve comprende lo que ha pasado. Inmediatamente, ayuda a mi madre a levantarse y se la lleva con ella. Mi madre se tambalea como un pelele a su lado, caminando penosamente bajo los árboles del Coupure. A cada poco se detiene y empieza a llorar otra vez. En un momento determinado le fallan las piernas y se cae al suelo. Un transeúnte se apresura a ayudarla, pero ella le pega un arañazo en la mano y le grita que se vaya. Yo empiezo a barbotar disparates: que los médicos han debido equivocarse, que a lo mejor no está muerto, que voy a ir corriendo a preguntar y que... Mi madre me empuja bruscamente. «¡Cállate, Urbain, por el amor de Dios! ¡Cierra el pico por una vez en tu vida!»

Callar. Eso es lo que haremos durante muchas semanas. En casa no nos atrevemos a hablar por miedo a desatar otro ataque de locura de mi madre, que desde aquel día vive aislada por completo del mundo. Por las mañanas asea a los pequeños y les prepara la leche en silencio; y sin decir una palabra les sirve su papilla de avena con leche mazada por las noches. Rosa se encarga de fregar los platos; ella se mete en la cama antes que los niños y duerme hasta la mañana siguiente. Antes de dormir ya no entra a santiguar a nadie, parece una autómatas, un espíritu, un fantasma que se asemeja a nuestra madre, pero con quien no se puede hablar. Un día se sienta a la mesa y empieza a gemir como un animal. «¡Mi Frans, mi pobre Frans!» Con violentas convulsiones, se encoge sobre sí misma y vomita junto a la silla.

Mis hermanos y yo la miramos asustados, Melanie se echa a llorar. La ayudo a subir a su dormitorio. El viento de primavera golpea las ventanas con un ruido sordo y nuestra vieja casa cruje de forma extraña, como si el armazón de vigas y soportes no terminara de encontrar la postura para pasar esa noche insoportablemente larga. Un mirlo canta en el tejado a la luz del crepúsculo y es como si absorbiera el aire que nos rodea, el aire del mundo entero, el aire que mi padre ya no conseguía inhalar.

Al cabo de tres días, tras el humilde entierro, vuelvo a la fundición. Nadie me pregunta nada, pero mis compañeros me tratan con especial consideración, me quitan de las manos las cargas más pesadas. Por la noche, cuando vuelvo a casa, encuentro a mi madre dormida en la silla de mimbre donde se sentaba siempre mi padre. Tiene el pelo suelto, largos mechones negros como una cortina arrugada sobre su rostro pálido. Parece una de las tres parcas. Mis hermanos no están. La cabra se ha metido en la cocina y ha dejado el suelo lleno de pan mordisqueado y verduras pisoteadas. Le ato una cuerda al cuello y me la llevo al café De Muyshond para ver si el dueño quiere comprarla. Sin hacer preguntas, el patrón abre la caja y me entrega treinta francos por la vieja Bet, una cantidad muy superior a su valor, gracias a la cual conseguimos arreglarnos durante las primeras semanas. Cuando vuelvo a casa y le entrego el dinero a mi madre, se queda mirándolo como si no supiera lo que es.

«Merci, Urbain.»

Sin decir ni una palabra más, sube las escaleras, entra en su dormitorio y cierra la puerta. Media hora después vuelve a bajar. Yo estoy sentado en una silla, mirando por la ventana con las manos entre las rodillas. «Toma», me dice, y me entrega el reloj de oro de mi padre, el reloj de bolsillo que fui a desempeñar al Monte de Piedad. «Cuídalo bien, Urbain, es lo único que nos queda de la familia.» A continuación se encierra otra vez en su dormitorio y no se deja ver más hasta el día siguiente.

Cuando terminé de copiar las páginas anteriores me tumbé en la cama desvelado y, en la tranquilidad de la noche, empezaron a proyectarse ante mis

ojos escenas de la época de mi abuelo y mis tíos, de aquel mundo desaparecido. Veo a los hijos de Céline y Franciscus, en mi infancia todos ya muy mayores, llegando a casa una mañana de Año Nuevo que había amanecido con nieve: mi tía Clarisse, con su pelo ondulado completamente blanco recogido en un moño, temblando con un bastón negro en la mano junto a su marido Fons, un hombre de rostro anguloso con el pelo gris rojizo de punta, fumador de pipa y bromista empedernido, un tipo alborotador que cada dos por tres se presentaba sin previo aviso en nuestra cocina con las perneras del pantalón sujetas con esas pinzas que se ponían antiguamente para no mancharse con la cadena de la bicicleta, arrastrando consigo el olor dulzón del tabaco de pipa; el disneico Jules, el hermano pequeño de mi abuelo, casado con la tía Leontine, una mujer de orondos pechos que se pasaba el día entero bebiendo chupitos de ginebra en unos vasitos minúsculos de cristal y que, ante cualquier cosa que oía, se llevaba una mano rechoncha a su imponente pecho siempre cubierto de telas de encaje y suspiraba: «Ay Señor, ay Dios mío»; el tío Emile, el segundo varón después de mi abuelo, a quien solo recuerdo sentado en un sofá raído tratando de encender una cerilla para prender un puro a medio fumar, fracasando en el intento una y otra vez a causa del Parkinson, hasta que mi abuelo, más mayor que él pero mucho más vigoroso, se levantaba y le sostenía delante una cerilla encendida, mientras Emile, que también era disneico, empezaba a darle chupadas al puro echando pequeñas nubes de humo, atrayendo la llama hacia el interior al absorber y avivándola levemente al soplar; y, por último, la más pequeña de todos, mi elegante tía Anie, con una ene, como se empeñó Melanie en que la llamaran siendo ya una mujer de edad avanzada, acompañada por su marido, el tío Odilon —que era peluquero y, según decían, tenía las manos largas—, siempre exageradamente perfumado, con el pelo ondulado y negro hasta pasados los setenta. En casa los recibía mi abuelo, el mayor de los varones y el hombre en torno al cual giraba todo, junto a Gabrielle, su taciturna pero siempre sonriente esposa, que, como era tradicional, ejercían de anfitriones de la reunión familiar de Año Nuevo. Uno detrás de otro iban llegando y, antes de entrar, se limpiaban los zapatones frotando las suelas aparatosamente contra la alfombrilla, dando patadas al suelo y advirtiéndole a mi madre que le iban a dejar la casa hecha una pocilga, ella que siempre lo tenía todo tan

perfecto. Traían con ellos el olor de la nieve y el aire frío, el olor a naftalina de sus abrigos oscuros de invierno —unos de *loden*, otros de visón o de astracán—, olores de espliego y jabón de Marsella. En las imágenes que se proyectan en mi memoria son todos más grandes de lo que eran en realidad, porque los adultos que conocimos en la infancia siguen creciendo en el subconsciente de manera proporcional a nuestro propio crecimiento y nos miran siempre desde arriba como viejos dioses de una era remota, ya extinguida. No paraban de hacer bromas y de soltar chascarrillos. Se sentaban resoplando, buscando apoyo en respaldos y reposabrazos —«Ya no somos unos niños, ¿eh, Urbain?»—, y cuando por fin se habían acomodado, abrían el baúl de los recuerdos, del cual salía un repertorio de viejas anécdotas que tan pronto desencadenaban grandes ataques de risa como abrían melancólicos silencios tan solo interrumpidos por profundos suspiros y frases pronunciadas a medias —«Así es la vida...»—, hasta que Fons le decía a mi madre en un tono exageradamente teatral que cada año era más agarrada con el elixir y, entre que volvían a llenar los vasos y se pasaban otra vez la bandeja de magdalenas y soletillas, animaba de nuevo el cotarro con algún comentario picante que mi tía Clarisse censuraba meneando la cabeza —«Tú siempre tan fino, Fons»—, mientras los demás se reían disimuladamente, mi abuelo miraba hacia la ventana con gesto de desaprobación y yo no entendía nada. Cuánto me gustaría escuchar ahora con detalle sus historias, porque en aquel momento yo era ciego a pesar de mis ojos y sordo a pesar de mis oídos, yo, el niño inocente cuya presencia pasaba inadvertida y que unos años más tarde, sin embargo, resultaría culpable al romper el reloj de su bisabuelo, el adorado padre de aquellos cinco hermanos. La sala, bajo la luz cenital que entraba a través del *lanterneau* —como llamaban a la claraboya con cristales de colores—, no tardaba en llenarse del humo de los puros y de la pipa de Fons, y tampoco tardaba en terminarse la botella de Elixir d'Anvers. A petición de Leontine aparecía en la mesa una botella de ginebra, que, como se apresuraba a decir Jules con una sonrisa socarrona, era mejor que el elixir para el tracto digestivo. «Eso le cura un cólico a un caballo.» Mi madre iba y venía con los «dulces y salados» —como decía ella— y la conversación giraba en torno a los hijos y los nietos, lo mucho que costaba creer que hubiera muerto fulanito o menganito, la candente cuestión de quién tenía ya en casa uno de esos

aparatos modernos —«la caja tonta», decía el tío Jules en tono despectivo y lo innecesario o fascinante o caro que les parecía aquel invento, o los problemas que había en la ciudad con la radiodifusión por cable. Melanie, con su coquetería habitual, decía entonces que ella solo compraba lo más caro, porque lo barato acababa saliendo caro a la larga, a lo que Jules replicaba: «Melanie siempre tan finolis como nuestra difunta madre», comentario que, a su vez, hacía revolverse a mi abuelo: «No digas tonterías. Mamá no era finolis, ni mucho menos.»

Clarisse, a pesar de sus achaques y su tartamudeo, llegó a los ciento seis años con la mente clara y el mismo espíritu tranquilo que había tenido siempre; Melanie cumplió ciento tres, melancólica y elegante hasta el último día; mi abuelo, enérgico y sentimental, alcanzó los noventa; Jules y Emile, por último, murieron siendo septuagenarios. Eran todos hombres y mujeres correosos, supervivientes de pura cepa endurecidos por la pobreza de su infancia y las miserias de dos guerras, cristianos hasta lo más profundo de su alma, pero no por ello menos pragmáticos para las cuestiones prácticas de la vida, que afrontaban con un realismo no exento de ironía. Su forma de situar las cosas en la línea del tiempo era tan simple como efectiva. Para cada suceso solo había dos categorías posibles: «eso fue antes de la Gran Guerra» o «eso fue ya años después de la Gran Guerra». De la Segunda Guerra Mundial nunca decían gran cosa, porque qué podían decir más allá de que habían pasado hambre, que habían comido pan hecho a base de desperdicios y mondas de patata, que en el Escalda había anguilas gordas como brazos, que los alemanes siempre habían sido respetuosos cuando tuvieron que pasar algún control imprevisto —de eso no tenían queja—, y, ah sí, que habían destruido la mina de sal —como llamaban ellos al depósito de sal que había allí cerca—, pero todo aquello no eran más que *faits divers*.

Sentados en sus sillas y sillones resoplan, ríen, tosen, carraspean, dan otro trago a su copa y murmuran: «Qué vida esta, ¿eh?» Todavía veo sus manos reposando encima de sus respectivos regazos, unas huesudas y con los bordes de las uñas negras, otras blancas y delicadas. Pero yo no puedo pintarlas como hacía mi abuelo. En mi memoria, sus figuras aparecen envueltas en una extraña luz ultraterrena, la luz eterna de las cosas que no pueden volver. Todos han desaparecido, a todos se los ha tragado ya la tierra. Tan solo queda

alguna lápida torcida. Sus casas han sufrido grandes reformas o las han derruido, sus direcciones han desaparecido, las calles donde vivían han cambiado tanto que no las reconocerían. El reloj se detuvo para ellos, los engranajes están rotos, y yo hago lo que puedo por juntar las piezas, sabiendo que ya no se puede arreglar, que ya nunca volverá a marcar las horas como hizo durante un siglo entero.

*

Céline tardó medio año en enderezar la espalda y volver a retomar su vida. Debió de ser hacia el final del verano, un día de principios de agosto. Los meses de estío habían pasado sin que se diera cuenta, con una vaga impresión del transcurso del tiempo y de los cambios de luz a lo largo del día, noches cálidas, sueños intranquilos de los que se despertaba sudando, sintiendo correr por sus venas el veneno del dolor y el luto. Había adelgazado, lo cual, de alguna manera, le daba un aspecto de mayor dignidad. En su moño aparecieron algunas canas, algo que también le daba distinción, una especie de aura que simbolizaba su catarsis y determinación. Cuando pasaba por delante del perchero del vestíbulo acariciaba con el reverso de los dedos el abrigo de su difunto esposo, que todavía seguía allí colgado. Un día, en el prado de detrás de la casa, vio a un cuervo atacando a una urraca una y otra vez en pleno vuelo. Graznaban de forma escandalosa. A veces se enredaban y parecían dar vueltas juntas en el aire, luego se separaban y volvían a embestirse con el pico por delante y con absoluto desprecio por la muerte. Estuvo mirando los círculos que trazaban en el cielo y pensó que era un espectáculo hermoso, de una crudeza arrebatadora. En su interior experimentó un nuevo estado de lucidez, como si un chorro frío de agua pura corriera por su cuerpo turbado y adormecido. Miró a su alrededor, exhaló un profundo suspiro y tuvo la impresión de despertar tras varios meses de letargo. La casa estaba hecha un desastre, todo estaba sucio y desordenado, las ventanas tenían polvo. Esto la desconcertó, porque durante todo aquel tiempo había vivido con la impresión de seguir atendiendo sus tareas con la misma diligencia de siempre. ¿Dónde estaban los niños? ¿Habían salido otra vez a jugar a la calle? ¿Dónde se metían? Tuvo que admitir que no lo sabía.

Después del colegio se quedaban jugando por ahí y muchos días cenaban en casa de algún vecino, de modo que, a la hora de acostarse, tenía que ir de puerta en puerta para que todos volvieran a casa. Ahora, sin embargo, ese estado de cosas le resultaba humillante, insoportable. Habían estado viviendo de los magros ingresos del hijo mayor y hacía tiempo que habían agotado los últimos ahorros. Urbain también cenaba fuera de casa. Ella ni siquiera sabía dónde.

Volvió a mirar sorprendida a su alrededor. Se acercó a la ventana y alzó la vista de nuevo hacia el cielo plomizo de agosto. El cuervo y la urraca habían desaparecido. Por encima de los tejados pasaban nubes bajas que anunciaban lluvia y, de pronto, sintió un intenso deseo de que se desatara una tormenta de verano. Salió al patio en el momento en que empezaban a caer las primeras gotas. Levantó la cabeza y empezó a llorar en silencio. Eso le hizo bien, le abrió los pulmones, creó espacio dentro de sí misma, como si se fundiera con el aire que había a su alrededor. Tragó saliva, dejó que la lluvia corriera por su cara y bajara hasta el cuello formando pequeñas corrientes de efecto lenitivo, como un bálsamo sobre una quemadura, la horrible quemadura causada en su alma por un fuego insidioso que había que apagar. El goteo se transformó en un aguacero torrencial. Céline levantó las manos con las palmas hacia arriba. Un trueno rodó por la bóveda celeste en algún lugar lejos de allí. Sus ropas negras de tejidos gruesos se calaron por completo. Un escalofrío de placer recorrió su cuerpo, una sensación que no había tenido desde hacía mucho tiempo. Cuando pasó el chubasco, entró en casa y se dio cuenta de que su ropa apestaba. Subió al dormitorio, se lo quitó todo y se puso ropa limpia y seca.

Ese fue el momento en que enderezó la espalda.

Se puso a limpiar la casa. La pajarera estaba vacía. ¿Dónde estaban el canario y el pinzón? No se había enterado de que su hija mayor, Clarisse, se los había encontrado muertos un día y los había tirado a la basura sin decir nada. Y tampoco se había enterado de que hacía ya un mes que el abrigo de su marido no estaba en el perchero del vestíbulo, sino en el armario de arriba. No lo vio hasta aquel momento. Tenía la impresión de que lo había acariciado aquella mañana con el dorso de la mano, igual que siempre. ¿Cómo era posible? No recordaba nada, se sentía completamente vacía, pero

también más ligera, con mayor lucidez.

Al día siguiente se presentó a las nueve de la mañana en la puerta de los Hermanos de la Caridad de Oostakker. La hicieron pasar y preguntó al prior si tenían trabajo para ella. Sí, tenían trabajo. Había que confeccionar ropa para el hospicio de enfermos mentales fundado por el doctor Joseph Guislain, que estaba vinculado a la orden. Ese mismo día se fue a pie hasta el hospicio, situado en la otra punta de la ciudad, junto al canal Nieuwe Vaart, y le asignaron las primeras tareas de costura. A veces le encargaban prendas extrañas, camisas de mangas muy largas unidas por los puños. En la amplia trascocina instaló dos máquinas de coser, una propia, que iba pagando a plazos, y otra que le prestaron en el hospicio. Tan pronto como los pequeños se iban al colegio —Emile había empezado a trabajar de aprendiz en la misma fundición de Urbain—, venía Leonie, la hija mayor de la vecina tristemente fallecida, que le echaba una mano a cambio de unas monedas, y empezaba el traqueteo y el zumbido de las máquinas. Leonie se pasaba todo el santo día contando bobadas y cotilleos. Céline apenas daba réplica, pero era evidente que le servía de distracción, sus pensamientos tomaban otros derroteros y cada vez sacaban más trabajo entre las dos. Los pagos eran puntuales y las tarifas razonables, de modo que pronto empezó a haber otra vez cierto margen en las cuentas de la casa.

Un día, tras realizar una nueva entrega de cincuenta prendas, Céline, acompañada por la cotorra de Leonie, va a comprarse unos zapatos nuevos a la calle Langemunt. Sus primeros zapatos elegantes desde su juventud. Tarda una hora en decidirse, a pesar de que solo hay cuatro modelos de su talla. En el fondo le parece una frivolidad innecesaria, pero la tonta sensación de felicidad que proporciona una compra así la reconforta por dentro. Al final opta por unos botines negros con cordones.

«Me siento como una señora», dice riéndose, y por primera vez en mucho tiempo sus ojos pálidos se iluminan con un brillo de picardía.

*

Al cabo de un tiempo empiezan a presentarse en casa con regularidad

caballeros empeñados en hablar con ella de la vida, ¿me concede usted unos minutos, *madame* Céline? Entre sus pretendientes hay desde caballeros de buena posición hasta modestos oficinistas y simples obreros. Por lo visto, la ciudad cuenta con un amplio censo de viudos, y todos parecen estar al corriente de la muerte de su marido. «Usted todavía conserva todo su encanto y está aquí demasiado sola, esto no es vida para una mujer que goza de tan buena salud, por eso he tenido el atrevimiento...»

«No se moleste», contesta ella devolviéndole al caballero de turno el abrigo que este acaba de colgar en el respaldo de una silla. También los hay que se presentan en la puerta con la gorra en la mano y le piden directamente matrimonio con la cara roja y voz temblorosa. A veces le resulta divertido, otras veces conmovedor, y algunos hasta la hacen reír, pero lo más frecuente es que la saquen de quicio y les dé con la puerta en las narices. Unos se van cabizbajos, otros le dicen que se tome unos días para pensarlo. De vez en cuando hay alguno que se siente despechado y se desquita diciéndole alguna vileza. Un día aparece incluso el médico, *monsieur le docteur*, pero en cuanto hace una insinuación, mirándola además con una estúpida sonrisita, sobre lo malo que es para la salud de una mujer no recibir de vez en cuando a un hombre, Céline da por finalizada la visita. «Señor *docteur*», le dice, «¿ha olvidado usted su juramento hipocrático o voy a tener que ir a hablar seriamente con su señora?» Al buen hombre le falta tiempo para salir de allí corriendo.

Al cementerio, según su propio deseo, va siempre sola, y muchas veces tarda varias horas en volver.

—Mamá, ¿qué haces allí tanto tiempo? Cuando volviste era ya de noche.

—Hablo con tu padre, Urbain. Me alivia el corazón.

—¿Y le has contado lo de los pretendientes que vienen a verte?

—Sí —dice ella sin poder evitar una sonrisa—, se lo cuento todo.

A la semana siguiente se lleva un bote de pintura negra para pintar la cruz de hierro que hay en la modesta tumba. La tarea la tiene ocupada un buen rato, y mientras pinta no puede dejar de pensar que su querido Frans está a un metro escaso de ella. Qué aspecto tendrá ahora... La simple idea hace que le dé vueltas la cabeza. Le entran ganas de escarbar en la tierra con las uñas. El

sueño eterno, piensa, el sueño eterno, maldita sea, y sin embargo está tan cerca de mí... Aprieta tanto las mandíbulas que no se rompe los dientes de milagro. Por fin inspira hondo. La oscura tentación de desenterrar la caja la ha dejado agotada. Con los ojos cerrados, espera a que se le pase la sensación de mareo y continúa pintando con toda calma. «Mi pobre pintor», murmura... «Si me vieras aquí pintando tu cruz...»

Cuando termina levanta la vista y, al ver los retratos descoloridos en las lápidas, se siente observada por infinidad de ojos de infinidad de muertos. «Nunca habría imaginado que la muerte hubiera acabado ya con tantos.»^[9] Le viene a la cabeza ese verso, aunque no recuerda dónde lo ha leído. Siente un escalofrío. Está empezando a anochecer y ya no se ve a nadie por ningún sitio. ¿Es posible que lleve allí tanto tiempo? Tendrá que darse prisa si quiere llegar a la salida antes de que el vigilante cierre la verja. Todavía está en cuclillas, y justo en el momento en que va a ponerse en pie se levanta a sus espaldas una ráfaga de viento acompañada de un intenso rumor, un ruido confuso, crujidos, silbidos y golpes que vienen de lejos y se acercan hacia ella entre las tumbas. Ay, Dios mío, es el diablo, piensa Céline. Frans, ayúdame, el diablo viene a por mí, qué he hecho yo para merecer esto. Vuelve a sentir un escalofrío. Con temblores por todo el cuerpo, se pone por fin en pie y, en ese momento, un papelote grande y sucio arrastrado por el viento se adhiere a su espalda. Ella pega un grito, el papel se desliza por su brazo izquierdo como una enorme mano, una repugnante mano que la soba de forma indecente y continúa su vuelo entre las lápidas hasta quedar enganchado en un arbusto como un animal informe sacudido por espasmos. Céline siente el corazón latiendo en las sienes. Asustada, aturdida y angustiada, echa a correr hacia la salida tan rápido como le permiten las piernas. El vigilante murmura: «Buenas noches, señora», y la verja chirría al cerrarse a su espalda.

Desde aquel día, siempre que va al cementerio lleva con ella a su hijo mayor.

«Tienes que protegerme contra los malos espíritus», le dice riendo. «Imagínate que vienen a por mí, ¿qué sería de vosotros?» Céline vuelve a reírse, pero Urbain ve el miedo reflejado en la mirada pálida e insondable de su madre.

«Mi madre era como una mariposa extraña y atractiva que se sentía perseguida y acechada», escribe mi abuelo en sus memorias, muchos años después.

Durante muchos meses, Céline mantiene la puerta de casa cerrada con candado, incluso durante el día.

*

Durante aquel periodo, o no mucho después, el padre de Leonie empezó a ir a recoger personalmente a su hija. Un día le dice a la niña que se vaya sola a casa y en medio de la cocina, torpón y rudo como era, le pide matrimonio a Céline frotándose las manos. Ella se echa a reír y contesta que eso es imposible. Él insiste argumentando que se gana bien el pan, que a ella también le vendría bien una ayuda y que siendo él viudo y ella viuda... Céline lo interrumpe y le dice que lo olvide. Henri, sin embargo, sigue yendo todas las tardes a recoger a la niña. Al cabo de un tiempo, Céline le prohíbe que vuelva. Pasan unas semanas sin noticias de él, hasta que empiezan a llegar cartas a través de Leonie. La hija de Henri le entrega a Céline con una risita tímida torpes notitas aduladoras escritas en un hilarante estilo formal lleno de faltas de ortografía. Qué se habrá creído. Céline tira las cartas al cubo del carbón y observa que Leonie la mira mordiéndose el labio inferior. Varios meses y muchas cartas después, cartas en las que cada vez abundan más los comentarios sarcásticos y los reproches, Henri se presenta de nuevo en casa con la gorra en la mano y el rubor en la cara y le hace a Céline una propuesta que en realidad es un ultimátum: le da un mes para pensarlo, y si no acepta, su hija no volverá a trabajar allí. Ella quiere saber qué opina Leonie. Al principio la niña no se atreve a manifestarse en un sentido o en otro, pero al final dice con un hilito de voz que tal vez sería bonito que Céline fuera su madre y sus ojos se llenan de lágrimas.

La orgullosa viuda endereza la espalda de la forma habitual en ella, guarda silencio durante tres semanas y acaba consintiendo. Si ha de ser así, que así sea.

Mi abuelo está horrorizado, indignado, desconcertado y estupefacto. En sus memorias se despacha a gusto con el asno que entró en la familia, un

hombre zafio que rompía vasos, dejaba caer el tenedor al suelo y no tenía la más mínima sensibilidad para la música, por no hablar de la pintura y el arte en general, un ignorante que no decía ni una triste palabra en la mesa, devoraba la comida como un animal y después, sentado en la silla de mimbre de su querido y difunto padre «*dejaba escapar sus gases sin ningún pudor*», una profanación de proporciones monstruosas. Su madre, por su parte, se convierte para él en un enigma, una esfinge, un libro cerrado. Le resulta imposible imaginar que haya algo entre aquellos dos, pero conserva la duda hasta que un domingo por la mañana, más de un año después, escucha involuntariamente una conversación. Acaban de volver de misa. Su madre lleva el vestido de los domingos y se ha insertado una flor blanca en su siempre resplandeciente moño. Tiene cuarenta y pocos y se encuentra radiante de energía y vitalidad. Urbain oye a Henri hablando en susurros: «Ven aquí, anda, déjate llevar por una vez, Céline, no lo soporto más.» Ella contesta: «Acepté su matrimonio por el bien de los niños, tal y como usted me pidió, Henri. Y yo puse a cambio una condición muy clara: que no me pusiera una mano encima. Si no le gusta, váyase otra vez a vivir solo en su agujero y meta a los niños de nuevo en el hospicio.» «Un día te lo haré pagar», contesta Henri. Al oír eso, mi abuelo irrumpe en la sala con los ojos inyectados en sangre, pero su madre tiene una sonrisa burlona en la cara y le hace un guiño. Henri se da media vuelta y sale de casa como un perro apaleado. El resto del día lo pasa metido en la taberna.

*

Así fue como Henri de Pauw se convirtió en el segundo esposo de mi orgullosa bisabuela, un hombre vulgar por el que no sentía ningún afecto y con quien se casó obligada por las circunstancias. Y así fue como su nombre acabó en aquella lápida que mi abuelo, según todos los indicios, retiró del cementerio en los años cincuenta. Céline murió en 1931 y lo más probable es que la concesión de la tumba venciera a los veinticinco años. En vez de renovar el contrato, Urbain fue a retirar la lápida y la escondió en el lugar más inaccesible de su casa. Si mis cálculos son exactos, esto debió de ocurrir, por tanto, en 1956, cuando yo tenía cinco años. Según me cuenta mi padre,

mi abuelo se fue hasta el cementerio de Gentbrugge con una vieja carretilla de madera de aquellas con mangos muy largos, un armatoste que pesaba como un muerto y en el que yo, más tarde, llevaba a mi hermana pequeña de un lado para otro durante nuestros juegos infantiles. El cementerio estaba más o menos enfrente del lugar donde vivía mi abuelo entonces, pero al otro lado del Escalda, de modo que primero tuvo que recorrer el largo trecho hasta el puente —casi un kilómetro—, subir y bajar el puente con aquel trasto tan poco manejable, recorrer otra vez la misma distancia en sentido contrario hasta el cementerio, situado detrás de la iglesia de Gentbrugge, y, una vez allí, cargar la lápida, ir de nuevo hasta el puente, cruzar el río y volver otra vez a casa, en total unos cuatro kilómetros empujando una tosca carretilla con una rueda de madera que no giraba bien, la segunda mitad del camino con una pesada carga. Con cada bache, además, se podía partir la lápida, porque una losa de mármol en posición horizontal se rompe con la misma facilidad que una galleta. Entre unas cosas y otras, aquel trabajo debió de tenerlo ocupado la mitad del día.

Cuando me imagino a mi abuelo empujando afanosamente por las orillas del Escalda aquella carretilla cargada con la lápida de su madre, a su entender profanada de forma ilegítima por el nombre de un padrastro que él nunca llegó a aceptar, pienso en la historia que siempre me contaba cuando sonaba en casa *Peer Gynt*, la famosa *suite* de Edvard Grieg, lo cual ocurría con mucha frecuencia. Era una de sus piezas favoritas y no podía evitar ponerse a tararear la melodía cuando la oía. «Mira», me decía, «Peer Gynt lleva a su madre muerta al cielo en una carretilla: pom-pompom, pom-pom, pom-pom..., pom-pom-pom, pom-pom-pom... Marcando el ritmo con sus pasos, atravesando nubes y montañas, Peer Gynt lleva a su pobre madre hasta el cielo.» Y mientras tanto, dirigía la música gesticulando exageradamente con los brazos, como un director de orquesta aficionado. Años más tarde, movido en gran medida por la nostalgia, compré una copia en vinilo de aquella *suite* con un dibujo muy naíf de unas montañas y unas nubes en la portada. En la carátula leí, para mi sorpresa, que el cuarto movimiento —la melodía que mi abuelo pomponeabase titulaba «En la gruta del rey de la montaña». Busqué la escena en la que, según él, Gynt llevaba a su madre al cielo, y descubrí que no era eso lo que ocurría. En la obra homónima de Henrik Ibsen, el

protagonista le cuenta a su madre moribunda la historia de la fiesta del rey de la montaña, y en los últimos delirios de Åse —como se llama la pobre mujer— le hace creer que la lleva en un trineo, a través de fiordos y bosques de pinos, al castillo de Soria Moria en vez de al cielo de los cristianos, a pesar de que San Pedro la espera en la puerta, y en el último momento Åse ve aparecer a Dios vagamente ante ella. Me quedé perplejo, paralizado en medio de la habitación con la carátula del disco en las manos. ¿Por qué había inventado mi abuelo su propia versión de aquella historia? Solo cuando mi padre me desveló cómo había llevado Urbain la lápida de su madre a casa empecé a comprender que tras aquella mezcla tal vez involuntaria del relato de Peer Gynt y su propia expedición al cementerio —bajo el peso de la culpa por su intención de esconder la lápida— se ocultaba un drama cuyo verdadero alcance yo solo podía sospechar: el amor celoso que sentía por su orgullosa y muchas veces inaccesible madre. La mano que Céline sintió aquel día en que un papel arrastrado por el viento se pegó a su espalda, según ella de un diablo que había ido a buscarla, se había transformado en la imaginación de mi abuelo en la sucia manaza de Henri, con la que había intentado en vano tocar a su madre. ¿O no sería otra cosa lo que había querido decir Céline aquel día, algo cuyo sentido profundo él no podía comprender en aquel momento? ¿Por qué se mostró su madre tan afectada, por qué hablaba de la mano del diablo? ¿Se sentía culpable por algo, ya había entrado Henri en su vida, tan poco tiempo después de la muerte de su padre? No, eso era imposible, inimaginable.

Con cada incógnita que plantea esta espiral de preguntas se abre un nuevo abismo. Un agradable día de octubre voy a pasear al cementerio de Gentbrugge, y mientras busco nombres de familiares desaparecidos y me pregunto dónde pudo haber estado la tumba de mi bisabuela, encuentro de pronto, tras mucho rato buscando, la lápida de un tal Napoleon de Pauw, un famoso abogado e ingeniero de puentes gantés, y a pesar de la carga de nostalgia que llevo encima, no puedo evitar que me entre la risa. En la otra orilla del río, entre las copas de los árboles mecidas por el viento, veo la casa donde pasa sus días tranquilamente el único testigo que queda de esta historia: mi padre. En torno a la vieja casa, bajo la atenta mirada de altas grúas, están excavando en la tierra húmeda agujeros sobre los que van a

edificar las viviendas de un nuevo barrio. Si no estuviera allí la casa de mi padre, la romántica casita de mi infancia —tan huérfana entre las grúas como la casa de Åse—, a duras penas reconocería el entorno. Gansos silvestres, algunos cisnes perezosos en el barro de la orilla, gallinetas inquietas en el fango saturado de petróleo. Naturaleza agredida, recuerdos. Pom-pom-pom, pom-pom-pom. Salgo del viejo cementerio tarareando esa música. Y a la luz del crepúsculo, mientras me dejo llevar por la triste melodía de *La muerte de Åse*, el incomparable *adagio* de Edvard Grieg para una madre muerta, veo emerger en mi imaginación las gigantescas sombras de mis antepasados, reflejadas en las paredes de una cueva, ampliadas y deformadas por la luz de un fuego cuya existencia desconozco.

*

Años después recordé el día en que mi abuelo me sacó al jardín para enseñarme la constelación de la Osa Mayor. «Mira», me dijo con el entusiasmo que se apoderaba de él en ese tipo de momentos, «¿ves esa carretilla? Esa es la Osa Mayor.» Al principio me quedé embobado mirando la punta de su dedo manchado de óleo azul oscuro, pero luego, en el cielo tibio de aquella noche de primeros de septiembre, vi el gran paralelogramo deslizándose en silencio por la bóveda celeste. Según argumentaba mi abuelo, aquella constelación no era una cazuela, como decía mucha gente, sino más bien una carretilla de las antiguas, de aquellas con un cajón de carga con las paredes oblicuas, como una especie de cuna arcaica. «Y también se ven perfectamente los largos mangos de madera», continuó. «Es la carretilla en la que Peer Gynt llevó a su madre al cielo.»

Más tarde caí en la cuenta de que los mangos de las carretillas antiguas no sobresalen por encima del cajón de carga, como en la Osa Mayor, sino que son dos varas largas y rectas situadas debajo del mismo para levantar el peso según la lógica de la ley de la palanca. Así que seamos serios: si la Osa Mayor se parece a algo es a un carrito de supermercado. Aunque, palanca o no, este tipo de sutilezas ya no podían hacer mella en la vivacidad de mi recuerdo. Y, en cualquier caso, la asociación con una osa siempre me ha parecido menos admisible todavía que lo de la cazuela, de modo que me

quedo con la carretilla. Así es como acaba siendo un mal poeta, pensé luego, quien a causa de un recuerdo de significado insondable tiene en la cabeza un batiburrillo de cazuelas, osas, carritos de supermercado, madres muertas, trineos, historias de Peer Gynt y carretillas de madera. Un recuerdo asociado a una imagen que sigo viendo todas las noches de cielo despejado: el dedo de mi abuelo señalando las estrellas mudas en el cielo.

*

En el rincón izquierdo del patio, junto a la vieja ventana, está la bajante para agua de lluvia. Es una tubería de cinc con la boca de salida a unos dos metros del suelo. Debajo hay un bidón que suele estar lleno hasta la mitad porque todos los viernes mi madre saca agua para hacer la colada, una tarea que le lleva todo el día. Cuando lo que hay no es más que llovizna, el agua cae en el bidón en forma de pequeños chorros intermitentes, más bien una sucesión de goterones, unos más gordos que otros. Toink, toink, toc, tac, cliiiic...

Si me dejo llevar por la imaginación, oigo notas de piano procedentes de ese bidón mágico en el que, cuando la luna todavía creciente se desliza entre las nubes, el agua tiene un brillo tan oscuro que parece más profundo que el más profundo de los pozos. Es verano, veo canicas cayendo por una luminosa escalera de mármol en un monasterio de techos altos, mi padre me sonrío... Cuentas de cristal y abalorios perlados de una lámpara de araña entrechocando mecidos por una brisa de verano, cling, cling, cling, como lágrimas solidificadas en un baile de máscaras... Pero no..., es el agua del bidón, música en mis oídos, notas musicales bailando en un pentagrama, tonk, toink, tac-tac, glup, tic...

Cualquier cosa con tal de no oír más los gritos y las discusiones en la cocina.

*

Debajo del tapete de su escritorio encuentro un viejo carné militar:

Urbain Joseph Emile Martien.

Soldado del Segundo Regimiento de Línea.

Edad: diecisiete años y nueve meses.

Primera compañía — Primer batallón.

Número de inscripción: 55238.

Alumno de la Academia Militar de Cortrique-Kortrijk.

Expedido en Gante, miércoles once de noviembre de 1908.

*

En sus memorias no llega a quedar claro si entra en la academia militar de Cortrique para librarse de las tensiones domésticas. Lo que sí escribe es que el trabajo de la fundición se le hacía cada vez más duro. Además, hay un nuevo aprendiz que ha hecho buenas migas con la hija del dueño, por lo que Urbain parece haber perdido toda posibilidad de abrirse camino en la fábrica en igualdad de oportunidades. Durante este periodo de incertidumbre sufre el primer ataque de disnea, «una herencia de mi padre que se perpetúa en mí». Unas semanas antes, el párroco se había interesado por su posible vocación. ¿No tenía la impresión de que el Señor lo llamaba? «Porque», añadió el párroco lacónicamente, «para un joven como tú, sin diploma ni dinero, solo hay dos formas de liberarse de la esclavitud: la iglesia o el ejército.» Aquello, desde luego, no le parecía el planteamiento de alguien con verdadera vocación espiritual, sino más bien una forma de pensar basada exclusivamente en el interés personal, algo que a él, a su edad, ni siquiera se le había ocurrido pensar todavía con tanta premeditación. Pero en fin, el caso es que había que elegir entre soldado y cura. A propuesta del padre Van Acker S. J., pastor de almas, pasa una semana de retiro espiritual con unos jesuitas y tiene una especie de visión en el jardín del monasterio en la que se le aparece su padre bajo una morera negra en flor. Duerme mal en su celda, en su cabeza oye durante horas una voz que repite machaconamente «cura o soldado, cura o soldado» y tras varios días de rezos, sermones y cánticos vuelve a casa y toma por fin una decisión. Irá a la academia militar, donde en total pasará cuatro años. Cuatro años con buena ropa, buen calzado y buena alimentación. Cuatro años durante los que no tiene que cargar peso y trabajar como un esclavo, sino someterse a entrenamientos dirigidos por sargentos

con muy mal genio. Y durante todo ese tiempo ejecuta de manera impecable las absurdas tareas que le asignan, destaca por su puntualidad, precisión, solvencia y disciplina. Por primera vez en su vida tiene trato con chicos de clase alta, jóvenes que con su desenvoltura y su elegancia, su acento francés, su independencia financiera y su amabilidad altanera, le hacen sentir de nuevo la enorme inseguridad que experimentó en la librería de Adolphe Hoste. Sus superiores ven en él rápidamente el talento de un auténtico militar, un soldado mejor que los demás, más estricto, más decidido, más modesto y al mismo tiempo más asertivo. Y precisamente por eso le exigen más. Le aplican castigos por una mínima salpicadura de barro en el pantalón o en una bota, pequeñas faltas que a los demás les pasan por alto. Pero él no se amarga. En el calabozo, una barraca debajo de un viejo tilo en el patio interior, pasa el tiempo cantando canciones que recuerda de su infancia, y al día siguiente, con su entusiasmo intacto, se cuadra delante de un comandante aficionado a la botella que por las mañanas tiene los ojos rojos.

—*Très bien, Marshián. Allez, retournez au service.*

—*Merci, mon commandant.* Se pronuncia Martín, no Marshián, *à vos ordres, mon commandant.*

—¡Cállese, Marshián! ¡Cojones!

*

«Y con esto», escribe Urbain Martien muchas décadas después, cómodamente sentado en su pequeño dormitorio del entresuelo, delante de su ventanuco enmarcado por una parra con vistas a las gabarras que se deslizan lentamente por las aguas del Escalda al este de la ciudad, «llegó el final de la primera parte de mi vida.»

Es el año 1968. Ya ha empezado la primavera. Acaba de tomar café con su hija. Sus nietos se han ido al colegio armando el alboroto habitual al salir y la casa ha quedado tranquila. En la radio hablan de disturbios en París, pero él apenas lo oye. Es un día sin viento con nubes claras en el cielo. En el jardín de los vecinos, lleno de malas hierbas por falta de atención, un carbonero entona su monótona melodía. Urbain mordisquea una galletita de jengibre. Lleva ya unos días sumido en un estado de vaga melancolía. Echa de menos a

Gabrielle, su esposa ya fallecida. Cuánto le gustaría que estuviera allí con él para contárselo todo otra vez.

Lo de la guerra, Gabrielle.

No seas pesado, Urbain. Ya me lo has contado mil veces.

Forzado al silencio, agarra sus pinceles y remueve los colores de su paleta —azul ultramarino, siena tostada, alizarina y amarillo de Nápoles— para eliminar la fina película que se ha formado en la superficie durante la noche. Se coloca delante de su lienzo y matiza el color de algunas hojas de un olmo junto a un castillo en ruinas a medio pintar.

Sí, Gabrielle, ya lo sé. Ha pasado mucho tiempo.

Ese día no se mueve de su habitación. Vuelve a verse el día del reconocimiento médico, bajando por la calle Kattenberg camino del cuartel de Gante acompañado por otro muchacho que afronta el mismo destino. ¿Cómo se llamaba? ¿Albert, Adalbert, Robert? Algo con Bert, sí, pero eso es todo lo que recuerda.

*

Al poco tiempo maneja el florete como un maestro y dispara con precisión sobre un blanco situado a trescientos metros de distancia (un oficial humillado hace revisar el fusil de aquel recluta con una puntería sospechosamente buena). Con mucho esfuerzo y sufrimiento aprende algo de francés de los oficiales —que no pierden ocasión de vejarlo— y de los arrogantes burgueses valones; pero al mismo tiempo abomina la rudeza de los campesinos flamencos, que se pasan toda la noche en la taberna dando palmotadas en el culo a las muchachas y luego vomitan en la cama. Se hace amigo de un joven valón de origen humilde a quien seis años más tarde, en el frente, verá perecer de forma terrible en el barro. Y siempre obedece, hasta cuando el comandante, borracho como una cuba, brama «*Silence!*», a pesar de que nadie ha pestañado. Pero esa palabra francesa, *Silence*, adquiere una forma distinta en su cuaderno, la escribe de forma incorrecta: *Cilense*. Con esa ortografía, llama poderosamente la atención en medio de la página. Me pregunto cómo pudo cometer ese error y, de pronto, se me ocurre una idea absurda: es una combinación de *silence* y el nombre que todavía lo persigue:

Céline, el nombre de su madre. *Silence, Céline... Cilense.*

Me quedo mirando esa extraña palabra como si arrojara una nueva luz sobre las oscuras profundidades del alma de mi abuelo. La soledad, la nostalgia reprimida, el grito de llamada a su madre, todo concentrado en una hermosa palabra inexistente, *Cilense*. Lo veo sentado a su escritorio, mordisqueando su galletita de jengibre, escribiendo en silencio. Sí, madre, guardaré silencio y seré fuerte, yo que hice frente contigo a una tormenta de verano y fui el hombre de la casa, aquel día que la lluvia nos caló enteros y yo era tu único apoyo, tu favorito, tu héroe de Bomberskonten,[10] como te gustaba llamarme. Porque ahora, me guste o no, tendré que ser un hombre lejos de todo aquello que conozco.

Silence. Cilense.

«Se hizo un silencio», escribe el humilde cronista, «en el que no me habría atrevido ni a toser. Las condecoraciones del comandante entrechocaron en su pechera con un ruido de latón.»

*

Tras cuatro años de humillaciones, obediencia inexcusable a las extravagantes órdenes bramadas por el comandante Bellière con el aliento apestando a alcohol, ejercicios interminables en el barro e infinidad de noches de insomnio y terribles agujetas en el frío dormitorio de los reclutas, Urbain se licencia, entrega su fusil y su uniforme en el depósito de Dendermonde y vuelve a casa. Al cabo de unos meses recibe un llamamiento para servir en un puesto aduanero al norte de Zelzate. Su madre quema la carta en la estufa lovaniense. «No cuentes conmigo si crees que estás obligado a arriesgar tu vida enfrentándote por las noches a ladrones de ganado armados y a poner en juego tu salud durmiendo en un saco entre las acequias de un pólder, expuesto a la lluvia y al frío. No te has licenciado para echar por la borda tu libertad así de buenas a primeras.» Urbain asiente sin decir una palabra.

Unas semanas después pide trabajo en la Compañía Nacional de Ferrocarriles, donde lo admiten como obrero del metal en los talleres de Gentbrugge. Empieza así un año de rutina y tranquilidad, sin ningún sobresalto. Durante este periodo mejora el trato con su padrastro. A veces

pasean juntos por la orilla del Escalda y aprenden a entenderse con pocas palabras. Dentro de poco va a cumplir veintidós años y su madre cree que ya va siendo hora de que busque a una muchacha bien criada para casarse. Con frecuencia sale a pasear por la ciudad, que se encuentra patas arriba a causa de la inminente exposición universal, *La Grande Expo Internationale 1913*, con la que las autoridades municipales esperan poner a Gante a la altura de otras grandes ciudades del mundo. Sin embargo, hay diferencias importantes de criterio sobre la organización y las adjudicaciones. Para evitar la intromisión de Alemania, que está considerando invertir en el evento, la burguesía francófona toma rápidamente las riendas, lo cual anima a su vez a los partidarios del emergente movimiento flamenco a jugar la carta alemana, pues se sienten hermanados con el pueblo germano y creen poder contar con la ayuda del país vecino para hacer valer sus derechos frente a la supremacía francófona de la ciudad. De esta forma, en vísperas de la exposición universal de Gante —una más en la cacofonía de eventos de este tipo celebrados durante la primera década del siglo XX— ya había un serio conflicto de intereses entre alemanes y franceses, el enésimo indicio de lo que se avecinaba. Resulta imposible determinar quién supo ver en las disputas municipales de Gante algo más que un símbolo de la guerra francoalemana de cuarenta años antes y otros desencuentros del pasado. Al final son los franceses, apoyados por la burguesía francófona de la ciudad, quienes se llevan el gato al agua. Los alemanes se retiran de la organización y el evento se convierte en una cuestión íntegramente francófona, con una gestión ineficaz y una organización caótica. Nadie tiene necesidad de otra exposición universal, excepto, tal vez, el ambicioso gobierno municipal. Los flamencos refunfunan, pues ahora tienen al enemigo en casa, entre la propia población de la ciudad. La alta burguesía, con su arrogancia francófona, constituye para ellos un elemento ajeno al pueblo flamenco en el corazón de la sociedad. Aparecen los primeros signos de ruptura en un proyecto que, precisamente, debía servir para dar una imagen de unidad. Por toda la ciudad emergen pabellones efímeros de yeso para mostrar a los ciudadanos, en toda su diversidad, las maravillas del mundo moderno y las glorias del pasado. Son los últimos tiempos de la retórica colonial y el correspondiente exotismo de carácter marcadamente *kitsch*. La organización trae a la ciudad a un grupo de

senegaleses para que actúen como figurantes en una réplica de un poblado africano cuya puerta de entrada parece más bien el acceso a una fortaleza germana. La estancia de los senegaleses da pie a todo tipo de chismorreos sobre «ciertas señoritas gantesas» que van al parque Citadel a seducir con miraditas pícaras a los «fornidos negros» allí exhibidos. Un escándalo. Finalizada la exposición universal, algunos de los senegaleses manifiestan su deseo de quedarse en Gante, pero los responsables de la ciudad se apresuran a meterlos en un barco con rumbo a África. También hay una delegación de igorotes, una tribu de Filipinas. El gran escritor gantés Cyriel Buysse los describe con mucha sensibilidad humana como un cruce entre primates y mongoles. Los igorotes, pobres de solemnidad, también tienen su propio pabellón, una construcción que en realidad recuerda a la arquitectura medieval flamenca. Después de la exposición universal, que empezó en abril y terminó en noviembre, se ve a algunos igorotes mendigando por las calles; uno de ellos, un muchacho todavía joven, muere a causa de las inclemencias de un invierno al que no está acostumbrado y, según dicen las crónicas de los periódicos, de nostalgia de la jungla. Su nombre es Timicheg. En 2011, casi un siglo después de su muerte y tras un poco de tira y afloja en consejos, comisiones y foros de internet, la ciudad de Gante decide bautizar un túnel próximo a la estación de tren de San Pedro con el nombre de esta desafortunada víctima del *kitschcolonial* de la exposición universal. A la ceremonia de inauguración asiste incluso una delegación filipina, la cual expresa su humilde gratitud ante el alcalde y el director de la compañía de ferrocarriles.

*

Durante los meses de verano de 1913, Urbain pasea entre la gente con las manos metidas en los bolsillos de su pantalón de los domingos, mirando furtivamente a elegantes jovencitas de alta alcurnia con las que no se atreve a hablar. Es un chico profundamente creyente de carácter reservado. De vez en cuando se sienta en un banco con una libreta y dibuja lo que ve. Entre las cosas que dejó al morir encontré unos bocetos de un pequeño cuadro que yo tenía bien grabado en la memoria: el retrato de un hombre negro de piel

curtida y gesto introvertido, con los ojos abatidos como un Cristo mundano de mirada oscura. ¿Dibujó mi abuelo a una de las víctimas del *kitsch* exótico de la exposición universal, alguien a quien conoció en la ciudad? Que yo recuerde, aquel cuadro estuvo siempre colgado en su pequeño dormitorio del entresuelo, justo encima de la puerta, en el lugar donde se solía poner una cruz. La última vez que visité a mi padre fui a mirar y el cuadro ya no estaba allí. Ahora, efectivamente, había una pequeña cruz en su lugar. ¿Qué había sido de aquel melancólico retrato? Mi padre tampoco lo sabía, pero en mi recuerdo siempre estará allí colgado. Nunca llegué a saber cuál era su verdadero sentido simbólico y nunca le pregunté a mi abuelo al respecto, porque hasta el momento de escribir esto no había caído en la cuenta de que tenía que haber algo más detrás de ese cuadro, tal vez un encuentro fugaz o una conversación con uno de aquellos hombres a los que exhibieron sin ningún pudor para satisfacer la curiosidad del público. Él tampoco contó nunca nada de ese retrato. Había muchas cosas de las que no hablaba pero en las que sin duda pensaría con frecuencia durante las tranquilas tardes de los domingos, mientras los demás miembros de la familia dormitaban ajenos al mundo arrullados por el programa de ópera de la radio.

*

La Nochevieja de 1913 la pasa en familia contando batallitas del ejército que sus hermanos escuchan fascinados. Su hermanastro Joris, convertido entretanto en un gris oficinista resignado a su suerte, se ha casado en primavera con una muchacha que no logra quedarse embarazada y que mi abuelo describe como «piadosa y alegre».

Urbain se apunta de nuevo al curso nocturno de dibujo, esta vez con más éxito. Al cabo de tres meses le dan acceso a los talleres de modelos al natural, donde jóvenes envueltos en amplias sábanas posan como estatuas griegas junto a aparatosos y polvorientos troncos de estuco. Del *frère professeur* aprende que para pintar extremidades hay que visualizar los músculos bajo la piel, que Leonardo da Vinci estableció unas medidas universales para el cuerpo humano y que, en un cuadro, los ángeles tienen que resultar creíbles, es decir, que hay que pensar en cómo están unidas las alas a la espalda,

porque tiene que haber músculos y tendones implicados en semejante prodigio. Un ángel no vuela así como así, añade el profesor enigmáticamente, la anatomía es más que el cuerpo.

*

Un primo pequeño de Céline fallece inesperadamente. Es julio de 1914. Era electricista. Al parecer había tocado accidentalmente un cable de alta tensión mientras trabajaba en su cabina. Murió en el acto. Desde Gante no hay transporte público a Evergem, que es donde se celebra el entierro. Céline le pide a su hijo mayor que acuda en representación de la familia, de modo que Urbain recorre a pie, él solo, los más de diez kilómetros de camino. Para cruzar el canal Gante-Terneuzen tiene que tomar un transbordador. Hay pocos asistentes en la modesta ceremonia. Nada más terminar el funeral, una vez que le ha dado el pésame a la familia, inicia el camino de vuelta. Hace un día espléndido. Tras cruzar de nuevo el canal, atraviesa el arenal de Port Arthur y pasa por delante del monumento al capitán Daniel Kinet, erigido en el punto exacto donde se estrelló su biplano. Ya han pasado cuatro años de aquello, pero todavía lo recuerda vívidamente. Tal y como le había pedido el propio Kinet tras montar en el globo aerostático de la plaza de San Pedro, Urbain acudió al puerto para asistir a una exhibición de aviación anunciada con mucha antelación como símbolo de los nuevos tiempos, de la audacia de la ciudad y de la esperanza de un futuro grandioso en el nuevo siglo. Aquella mañana, de camino a Port Arthur, hizo una breve parada en la gruta dedicada a Nuestra Señora de Oostakker-Lourdes, centro de peregrinación mariana de la ciudad, y justo cuando acababa de juntar las manos para iniciar la oración frente a la imagen de la Virgen, cruzó el cielo el aeroplano de Kinet a menos de cien metros de altura. Era su vuelo de prueba para la exhibición que constituía la gran atracción de la feria de Gante de aquel día. El vuelo auténtico, previsto para las nueve y media, tenía como destino final Ostende, adonde llegaría el aeroplano siguiendo el trazado del canal Gante-Brujas-Ostende. La idea era que Kinet, como broche festivo a la exhibición, aterrizara en la playa ante la tribuna donde lo esperaba la familia real. A las nueve y media en punto de aquel 10 de julio de 1910, Urbain estaba ya entre

la muchedumbre cuando el Farman de Kinet se elevó hacia el cielo aclamado con un gran aplauso y entusiastas gritos de ánimo. Pero de pronto, el aeroplano empezó a dar bandazos en el aire, se venció bruscamente hacia un lado y escasos segundos después se estrelló violentamente contra la copa de un árbol. El árbol crujió, salieron ramas volando, una bandada de gorriones huyó precipitadamente en todas direcciones. En el silencio irreal de aquel primer instante, varias personas salieron corriendo hacia el lugar del accidente. El aeroplano quedó destrozado. Sacaron a Kinet gravemente herido de la cabina y, tras los primeros cuidados de emergencia, lo trasladaron al hospital de la avenida Kasteel. Llegó a recuperar la conciencia e incluso pudo hablar. Al día siguiente lo sometieron a una intervención quirúrgica de riñón y peritoneo, pero el 15 de julio murió a consecuencia de una parada cardíaca, presumiblemente por complicaciones posoperatorias. Mi abuelo fue al hospital con un racimo de uvas en una cestita, pero no le dejaron ver al famoso paciente, de modo que escribió una torpe nota deseándole una pronta recuperación y unos días después se enteró por el periódico de que había muerto. La noticia lo afectó mucho. Kinet se había convertido en un modelo por su valor y algo que mi abuelo llamaba «saber dominarse».

Ahora, cuatro años después y también en pleno mes de julio, se detiene ante el enorme monolito con inscripción conmemorativa inaugurado poco después del accidente en la gran explanada del puerto y hace el saludo militar. En torno al monumento revolotean varias mariposas, en uno de los delgados álamos situados a la derecha canta un mirlo. Un poco más adelante están empezando a remover la tierra para construir la segunda dársena del puerto. Desde el sendero solitario por el que continúa Urbain su camino, entre pequeños grupos de árboles y arbustos, se ve a lo lejos una hilera de naves industriales equipadas con aparatosas máquinas modernas. «*Enterprises de Béton Armé*», dice el rótulo de una de las naves. «El cemento armado era un producto nuevo», escribe en sus memorias, «del que todavía no habíamos oído hablar nunca.» Pero no tardaría en hacerlo, porque debido precisamente a que el cemento de los fuertes de Lieja no estaba armado con hierro, los alemanes no tuvieron dificultad alguna para derribarlos con sus granadas y morteros. No se ve un alma por el camino. Todavía está a algo

menos de un kilómetro de la gruta de Oostakker-Lourdes. Según sus cálculos, no mucho más que un disparo con un fusil de largo alcance —en aquel tiempo unos setecientos metros—. El sol está ya un poco más bajo en el cielo, pero el calor persiste y la luz sigue reverberando en el sendero y en aquel paisaje desierto que se extiende a su alrededor. A la izquierda del camino hay una suave elevación del terreno, una especie de dique o talud. Le llama la atención que haya briznas de hierba fresca en la arena. Allí debajo tiene que haber agua.

De repente ve un montoncito de ropa azul y blanca en el suelo. Los colores de Nuestra Señora, piensa. Movido por la curiosidad, da unos pasos en esa dirección, sube al talud y ve que al otro lado hay una charca arenosa. Antes de que le dé tiempo a pensar nada más, sufre lo que en sus memorias llama «el mayor shock de mi juventud». Una joven de unos dieciocho años, súbitamente alarmada, se pone de pie en medio de la charca. El agua apenas le llega hasta las rodillas. Urbain se queda atónito. Es la primera vez que ve a una muchacha desnuda. Ella, por su parte, lo mira expectante, casi como si se disculpara. Ante los ojos de mi abuelo se revela algo que difícilmente puede creer, un cuerpo que abre un mundo completamente nuevo en su interior, un mundo que él, a causa de su celo religioso y la autorrepresión que ello implica, había mantenido rigurosamente cerrado. La joven permanece inmóvil bajo sol de la tarde, como si esperara acontecimientos, pero no parece tener miedo. Él, por su parte, no sabe cómo actuar. «Tengo que reconocer», escribe en sus memorias, «que mi desconcierto era mayúsculo; me asaltaron todo tipo de pensamientos. ¿Me había visto venir? ¿Por qué no se quedó dentro del agua? ¿Por qué había dejado su ropa en el talud, tan lejos de la orilla, donde podía verla todo el mundo? ¿Podría ser que tuviera intenciones impuras? ¿No corría peligro de que intentara aprovecharse de ella algún trabajador del puerto que pasara por allí camino de casa?» En torno a la charca no hay árboles ni arbustos. El agua, con su poca profundidad, es lo único que ofrece protección esa calurosa tarde de verano en aquel lugar dejado de la mano de Dios. Urbain empieza a sudar. Ella sigue mirando, ahora casi con una sonrisa en la cara. Murmurando una disculpa, con el cuello de la camisa apretándole la garganta, mi abuelo hace un gesto para indicar que no pasa nada y se da la vuelta, pero no se decide a irse y mira otra

vez a la muchacha. Durante todo ese tiempo, ella no se ha movido, tan solo se ha cubierto el pecho con el brazo izquierdo. Urbain observa la mata dorada entre sus piernas, la sombra en el hoyito de su ombligo, la suave curva en la base de sus pechos, todavía visible debajo de su brazo, los mechones de pelo derramados sobre sus hombros, detalles de la anatomía femenina que él solo ha visto en pinturas de hace muchos siglos, y únicamente en reproducciones de calidad dudosa impresas en viejos libros. ¡Cómo es posible que pueda haber ante sus ojos una mujer como aquellas de los cuadros, pero de carne y hueso, desnuda y perfectamente nítida! En ese instante comprende lo inmensa que es todavía su ingenuidad. Quiere preguntarle a aquella chica si no tiene miedo de que alguien le haga algo, pero no encuentra las palabras y, tras un minuto interminable, indica con un gesto que se va, sube corriendo la pendiente y, con la cabeza dándole vueltas, se aleja a paso ligero por el camino al otro lado del talud. Al cabo de unos cincuenta metros mira hacia atrás. La muchacha ha salido del agua y lo mira asomando la cabeza por encima del talud «como una ardilla curiosa detrás de un árbol». Urbain acelera el paso con el corazón palpitándole en la garganta. El calor de la tarde, los arbustos, la explanada solitaria, todo se le antoja de pronto irreal.

Muy alterado, llega al centro de peregrinaje, pasa por delante de las placas de porcelana con los agradecimientos de los peregrinos y llega hasta la gruta. Ante la imagen de la Virgen, siente un pinchazo en el pecho, saca el rosario del bolsillo y se pone a rezar, rogando por recuperar la tranquilidad de espíritu. Soy un militar, piensa, soy un militar, he visto a una joven virgen, no a ti, madre de Dios, sino a una mujer como las que pintan Giorgione y Tiziano, he visto a una chica desnuda, una chica de verdad, se me ha aparecido sin que yo pudiera hacer nada, su ropa era azul y blanca, oh, Virgen Madre, ¿por qué me haces esto? Las preguntas martillean su cabeza con tal insistencia que varias horas después, en su dormitorio, llega a preguntarse si de verdad ha visto a una joven desnuda. ¿No habrá sido una alucinación a causa del calor, la soledad, el rito fúnebre de la mañana, la mirada disimulada de una de sus primas lejanas, una niña de cabellos dorados vestida de negro que rezaba devotamente en una silla de mimbre al otro lado del pasillo de la iglesia? ¿No habrá sido un tormento al que ha querido someterlo algún diablo perverso? Intenta dibujar a la chica de memoria, pero

lo único que consigue con ello es agravar su estado de confusión, de modo que rompe el papel y se pone a rezar. Solo después de cinco rosarios empieza a extinguirse el fuego que arde en su bajo vientre. Tengo que ser casto, tengo que ser casto, tengo que ser casto, no sé por qué, pero tengo que serlo, tengo que serlo.

Un mes antes, en Sarajevo, el joven serbio Gavrilo Princip había asesinado al archiduque Francisco Fernando de Austria, iniciando así el proceso que acabaría con el mundo tal y como lo conocía mi abuelo. Pero él no tenía la cabeza para leer periódicos. Prefería mirar las maternales vírgenes sutilmente ruborizadas de Rafael y Botticelli, apretando los puños con tanta fuerza que se hacía dolorosas marcas en la palma de las manos.

*

Enero de 2012. He pasado unas horas en el cementerio de Alseberg Vorst, al sur de Bruselas, porque en el curso de mis pesquisas leí que allí es donde se encuentra, en estado de lamentable abandono, la tumba de Daniel Kinet, el héroe de la aviación trágicamente muerto en el mismo lugar donde mi abuelo, por primera y posiblemente última vez en su vida, vio a una joven desnuda, pocos meses antes de que estallara la Gran Guerra. Ícaro y Afrodita, pensé. Demasiado bonito para ser verdad. De modo que me subí al coche y fui a visitar el cementerio, que casualmente estaba cerca del sitio donde me pasaba todo el día escribiendo. ¿Cómo fue a parar a un cementerio medio abandonado al sur de Bruselas un valón como Kinet, nacido en Jumet y con un fuerte vínculo con Gante? No hay nadie a quien pueda preguntárselo.

Es un día claro de invierno. El viento ulula entre las ramas desnudas y charoladas de las hayas alineadas tras la tapia del cementerio. En los caminos hay ramas rotas y charcos de barro, vestigios del fuerte temporal del día anterior. Un árbol se ha venido abajo sobre varias tumbas antiguas; algunas losas se han roto y en las tumbas abiertas se han formado charcos. La luz parece lavada, purificada. Por todas partes se ven viejas lápidas medio hundidas, apoyadas unas contra otras, con inscripciones ilegibles cubiertas de manchas blancas de musgo solidificado. Delante de una capilla funeraria, en el suelo embarrado, el viento ha reunido un ramillete de flores de plástico;

tres cruces astilladas forman una pequeña pila de madera que solo los nombres rotos por la mitad permiten distinguir de escombros de alguna obra. En los caminos, ligeramente elevados por el centro, hay grietas abiertas por la violencia de la tormenta. Algunos senderos de gravilla están cortados con cintas de plástico rojo y blanco. El diseño del cementerio es ciertamente peculiar. El terreno más antiguo, con tumbas monumentales, está acotado por un muro. Las tumbas de los soldados están al fondo, formando semicírculos. También hay varias explanadas de césped sin una finalidad evidente a primera vista, algunas de ellas con una única lápida sin inscripción en un extremo. En otra sección bordeada por cipreses hay una pila de herramientas oxidadas y crisantemos mustios. No hay aquí nada que sugiera duelo, todo transmite serenidad e incluso indiferencia ante la inexorable transitoriedad de la vida. Pasando ante tumbas con nombres como Corleone, Schiavoni, Devlamynck, Mrazek Marasco, Doudou, Jeunehomme, Tobiansky-d'Altoff, Perceval y Culot, doy tres vueltas enteras al camposanto sin encontrar la lápida de Kinet. A lo mejor está entre las decenas de lápidas más pequeñas que han quedado ya enterradas bajo la hiedra y cuya presencia solo se intuye por una ligera elevación en el manto de hojas. La modesta oficina está cerrada y no hay nadie a quien pueda preguntar. Una anciana con quien intento comunicarme está tan sorda que ni siquiera me oye cuando grito a dos centímetros de su oreja peluda. Varios meses después, tras la enésima visita al cementerio, encuentro por fin la lápida, con unas alas de ángel talladas en la piedra.



*

Ese mismo día voy al puerto de Gante para buscar el monumento a Daniel Kinet y, eventualmente, la charca de la epifanía prebélica de mi abuelo durante los últimos días del viejo mundo. Tiene que quedar todavía algo de aquella época idílica, algo que se pueda palpar con los dedos. Al llegar a la autovía de circunvalación de la ciudad me sumo al caos de tráfico y en Industrieweg, entre el humo de los camiones, tomo la salida en dirección a los grandes silos de grano. Entretanto, el cielo se ha encapotado y el tiempo es desapacible. Mi GPS no conoce la calle Daniel Kinet y me lleva a un terreno abandonado en una zona desolada del puerto, entre polígonos industriales de actividad imprecisa, almacenes, alambradas y una impresionante montaña de chatarra junto a la calle Farman, así llamada en honor al fabricante de aeronaves francés Henri Farman, que fue quien diseñó el biplano de Kinet. Tras un rato buscando encuentro por fin el monumento erigido en el sitio exacto donde tuvo lugar el accidente. Después de sucesivas reformas en el entorno del puerto, ha quedado triste y solitario en una cuneta de la calle Singel, donde hay aparcados en hilera decenas de camiones rojos y amarillos. Justo detrás del monumento se alza imponente una torre de electricidad, al lado de la cual el monolito de granito, a pesar de sus varios metros de altura, queda reducido a proporciones ridículas. Una joven de pelo castaño rojizo y ondulado, vestida con una cazadora de cuero y unos vaqueros, hace fotos aguantando estoicamente el viento húmedo y frío. Además de nosotros dos no hay allí ni un alma. La mujer se sube otra vez a su coche y se aleja del puerto. No hemos intercambiado palabra, aunque nos hemos mirado fugazmente con cierta curiosidad. ¿A qué clase de persona se le ocurre venir a un lugar tan desolado como este un día entre semana? ¿Quién camina todavía más de cien metros por estos terrenos inhóspitos donde las cosas ya no están hechas a la medida del ser humano? Miro a mi alrededor y no veo más que espacios sin nombre, abandonados, el mismo panorama que ha dejado la gran industria en todos los lugares del mundo. Daños colaterales de la ordenación espacial. La charca arcádica en la que mi abuelo tuvo su bucólica aparición tiene que estar por aquí en algún sitio, enterrada bajo el cemento armado de los silos. Probablemente no fuera más que un pequeño desnivel en el paisaje de entonces. Debe de hacer ya décadas

que los buldóceres removieron con absoluta indiferencia aquella tierra durante alguna de las obras de ampliación del puerto.

Metiéndome en otro atasco —ya ha empezado la hora puntavoy desde el puerto hasta el centro de peregrinación de Oostakker Lourdes. Una vez allí tropiezo por todas partes con recuerdos de mi infancia: el Hotel de Lourdes, con su aire exótico y anticuado, la oscura basílica, con sus esbeltas columnas orientales flanqueando la nave central, las citas e inscripciones en honor a María que se pueden leer por todas partes, los letreros con nombres de visitantes devotos, las numerosas placas votivas dedicadas a aquella muchacha palestina que hace dos mil años quedó encinta sin mácula y engendró a un Dios humano. Compró un folleto con las oraciones a Nuestra Señora de los Dolores, la favorita de mi abuelo. No hay ni un alma. Fuera ha empezado ya el crepúsculo de las tardes de invierno y sigue soplando un viento gélido. Voy caminando hasta la gruta, que está mucho más cerca de la basílica de lo que recordaba. Pero tal y como está grabado en mi memoria desde hace años, reconozco el tintineo de las innumerables placas de porcelana colgadas de la valla con palabras de agradecimiento a la Virgen, el ruido que hacen al chocar suavemente unas contra otras mecidas por el viento en hileras interminables a lo largo del camino de gravilla, una música etérea de un tiempo remoto que me asalta con toda la fuerza de las cosas olvidadas. Delante de la gruta con la efigie de la Virgen Madre hay una imagen de Bernadette Soubirous, también vestida de azul y blanco, que representa a la pequeña mística arrodillada con las manos juntas en actitud de adoración y la cabeza ligeramente alzada hacia la aparición en la gruta artificial. La Virgen está enmarcada por una orla de bombillas que sin duda no estaría ahí todavía en 1914. Aquí fue donde se paró a rezar Urbain aquella tarde de verano, sudando de calor y angustia. Trato de recorrer mentalmente el camino que hizo para llegar hasta aquí desde la charca donde vio a la muchacha desnuda con su ropa azul y blanca en la orilla. Pero es imposible. La autovía de circunvalación, los edificios, los polígonos industriales, las alambradas, las calles, la vía del tren, todo se cruza por medio, como si aquel camino que recorrió mi abuelo fuera el estribillo de una vieja canción interrumpido por la fuerza bruta y la indiferencia con que la técnica moderna aniquila los recuerdos allá por donde pasa.



A lo largo del camino que va de la basílica a la gruta principal hay otras siete grutas más pequeñas con escenas piadosas. Tengo los dedos entumecidos de mantener cerrado el cuello de mi abrigo con la mano para no coger frío. En la solitaria tienda de souvenirs religiosos, iluminada con una luz amarillenta, compro una placa votiva por quince euros. Elijo un texto neutro: «En muestra de agradecimiento». Ya no son de porcelana, sino de loza barata, tal vez fabricadas en algún país del Tercer Mundo por niños profundamente creyentes trabajando en condiciones inhumanas. La dependienta, una mujer rubia de unos cincuenta años, me pregunta si quiero un gancho para colgarla de la valla. Le contesto que no hace falta, pero ella mete un gancho en la bolsa de todas formas. Con la placa en el bolsillo del abrigo, me dirijo hacia la salida del terreno. Un gallo inglés me sigue muy furioso todo el rato para advertirme que ni se me pase por la cabeza acercarme a los tres pollitos que vienen detrás de él dando saltitos. Todavía me demoro un instante para echar otro vistazo a mi alrededor. Nunca había sido tan consciente de la fugacidad de la vida. No sé nada de la muchacha que obsequió a mi abuelo con un recuerdo de tintes místicos, no sé cómo se llamaba y tampoco sé de dónde era, ni siquiera tengo una imagen, más allá de la descripción que hace él en sus memorias, casi espantado de sí mismo, del momento en que sale del agua. Una joven reducida a la mera aparición de un

cuerpo, tan anónimo que podría ser la imagen que lanzaron al espacio para que otros habitantes del universo se hagan una idea de cómo somos los seres humanos y sepan lo que pueden esperar cuando aterricen en este planeta. Esa es la última imagen del viejo mundo, un mundo idílico que pocos días después llegaría definitivamente a su fin. Una voz monótona y plañidera lee las noticias en la radio del coche, pero el silencio es tan abrumador que se lo traga todo. Nunca he conducido con una sensación tan grande de paz, ajeno a todas las cosas de los hombres, como si volviera de un lugar muy lejano, un lugar apenas concebible, reconciliado con el hecho de que todo ha desaparecido definitivamente. En la basílica estuve hojeando un libro de oraciones y decidí guardármelo en el bolsillo:

Yo hice brotar agua de una roca
para calmar tu sed.

Tú me ofreces hiel y vinagre
para beber.

Santo Dios inmortal,
cuida de nosotros.

II

1914-1918

1

¿Por qué llevo toda la noche oyendo un órgano en mi cabeza?

Por encima de nosotros no dejan de pasar gansos silvestres. Los primeros aparecieron justo antes del amanecer, durante esos instantes de frío intenso que preceden al comienzo del día, derramando sus graznidos por los campos con las alas aureoladas por los primeros rayos de sol. Estoy tiritando con tal fuerza que siento crujir mis huesos. En el horizonte, el cielo despliega un delicado abanico de tonos grises y rosas con un sutil matiz naranja, y a poca distancia del suelo flota el blanco lechoso de la niebla que empieza a levantarse en el prado.

5 de agosto de 1914. Hace cuatro días, a eso de las cuatro de la madrugada, alguien llamó a golpes a nuestra puerta. Era un funcionario del ayuntamiento acompañado de un agente de policía. Oí la voz amortiguada de mi madre, su tono de alarma. Bajé las escaleras y la encontré en el vestíbulo, con la puerta abierta y el pelo revuelto. Se había echado la bata por encima apresuradamente. Me daban diez minutos para presentarme en la puerta «perfectamente uniformado». Esas fueron las palabras del oficial. Alguien iba a escoltar a todos los chicos del barrio hasta una plaza cercana, donde estaba fijado el punto de encuentro. Yo no dije nada. Mi madre no dijo nada. Me estrechó largamente entre sus brazos y sentí su aliento nocturno, respiré el olor de su piel. Cuando me soltó había en sus ojos una expresión lánguida, insondable.

Me vestí a toda prisa, sin lavarme, y me pasé un peine por la cabeza. Soy Urbain Joseph Emile Martien, cabo del ejército belga. Tengo veintitrés años. He completado mis cuatro años de formación en la academia militar y sé cuál es mi cometido, sé obedecer órdenes sin rechistar, estoy entrenado para aguantar horas sin moverme bajo la lluvia y el frío.

Cada vez pasan más gansos graznando por el campo a la luz pálida del amanecer. No cesa el sonido del órgano en mi cabeza. A lo lejos, más allá de una granja de poca altura, veo avefrías planeando sobre los prados. Parecen papeles arrastrados por el viento, pero no hay viento, no se mueve ni una hoja. La tierra desprende el frío acumulado durante la noche. A alguien le castañean los dientes y percibo un vago olor a estiércol mezclado con el aire acre y húmedo de una plantación de remolacha cubierta de rocío. Los oficiales nos han asegurado que antes del invierno estaremos en casa. Mi guarnición tiene que ayudar a defender la frontera. Eso es todo lo que sabemos.

Aquel día de la llamada a filas salimos de mi calle marchando en formación una decena de chicos del barrio. Imperaba en el grupo un ambiente de sorpresa que se manifestaba en forma de risitas tontas y la excitación se fue apoderando de nosotros. Bajo la alta techumbre de la Estación Sur se habían reunido ya infinidad de reclutas llegados desde distintos puntos de la ciudad. Reinaba una gran confusión. Los jóvenes soldados conversaban a gritos, hablando todos a la vez, como si justo en ese momento empezaran a tomar conciencia de lo que estaba por suceder. Mientras esperaba instrucciones junto a los chicos de mi calle vi de pronto a mi tía Rosa, que venía hacia nosotros con paso renqueante. Me traía un paquete con calcetines y pañuelos y una pequeña cantimplora con café ya tibio. Tenía los ojos rojos. De ir por ahí corriendo con este frío mañanero, dijo. Larguísimos trenes tomando posiciones en las vías, silbidos de locomotoras, olor a carbón y hollín, reclutas yendo y viniendo en busca de su unidad... Durante aquellos últimos instantes previos a nuestra partida, todo transcurrió tan rápido que apenas lo viví de forma consciente. Vi a un muchacho llorando junto a su padre. Vi un macuto abierto tirado en el suelo al final del andén; de su interior se habían salido unos bocadillos que inmediatamente quedaron reducidos a puré bajo las pisadas presurosas de los soldados. Vi una gallina. Vi una gallina blanca a lo lejos, cruzando la vía como si tal cosa, seguida por un gallo marrón rojizo. Los vagones se llenaron de zurrones y paquetes. Íbamos como arenques en un tonel. El tren se puso en marcha lentamente, resoplando como un animal. Por el camino hizo infinidad de paradas. El calor

se hizo rápidamente insoportable, pero no podíamos abrir las ventanas, porque entonces se metía dentro el humo y el hollín de la locomotora.

A mediodía llegamos a Dendermonde. En medio de un caos de militares gritando para hacerse oír por encima de los demás, nos dividieron al azar en grupos de doce. Todo el mundo empujaba y daba tirones para no separarse de sus conocidos.

Para alojarnos a todos, los mandos requisaron establos, buhardillas y graneros repartidos por la ciudad. Yo fui a parar a la buhardilla de un carnicero con algunos chicos del barrio. El sol se filtraba entre las tejas. Agosto fue un mes cálido y agradable aquel año. Se oían continuamente cornetas, órdenes proferidas a gritos, cláxones de camiones tratando de abrirse paso en medio de un caos que poco a poco iba adquiriendo cierto orden. Sin decir nada, nos echamos a descansar en los fardos de paja que nos trajeron.

El resto del día lo pasamos esperando. Por la noche repartieron raciones de comida por las distintas direcciones, para nosotros tan solo un poco de pan y algo de leche, insuficiente para doce chicos jóvenes. La hija del carnicero, poco más que una niña, vino a traernos cuatro salchichas asadas y algo de tripa cocida por cortesía de su padre. Nos lo comimos todo en silencio y antes de que oscureciera nos quedamos dormidos.

Durante tres jornadas enteras no ocurrió nada. Al cuarto día, a eso de las doce, convocaron a todo el regimiento. *Grand rassemblement*. Dispuestos en largas hileras había macutos nuevos para todos, cada uno con un fusil, munición y un paquete de biscotes. Los oficiales lo supervisaban todo y daban órdenes a gritos.

«*En avant par quatre! Portez... l'arme!*»

A las siete de la mañana del día siguiente nos pusimos en marcha, todos de buen ánimo al ver que por fin había algo de acción. Ninguno de nosotros podía imaginar que, un mes más tarde, los alemanes dejarían reducida a cenizas la apacible ciudad que acabábamos de abandonar. Cuando ya llevábamos varias horas de marcha llegaron a nuestro grupo los rumores que circulaban por el regimiento: íbamos en dirección a Lieja, donde el enemigo —por primera vez se utilizaba abiertamente ese término— había reunido todas sus tropas en torno a los fuertes de Bonnelles, Flémalle, Hollogne, Lantin,

Chaufontaine y otras plazas fortificadas próximas a la ciudad. Algunos decían que los alemanes querían romper la línea defensiva que formaban todos esos fuertes, lo cual era motivo de gran hilaridad, porque eso era imposible; otros afirmaban que ya la habían roto. Si esto último fuera cierto, si el enemigo había traspasado ese cordón de seguridad, la primera embestida tendríamos que intentar frenarla nosotros. A partir de ahí, quien osaba hacer más preguntas obtenía por toda respuesta un ladrido de los oficiales.

Estuvimos marchando todo el día, hasta que reventaron las ampollas de nuestros talones y el líquido linfático impregnó nuestros calcetines de hilo basto. Sois unos barbilampiños, se burló un teniente. Estáis afeminados por pasar tanto tiempo en casa colgados de la falda de vuestra madre. Pasamos por Londerzeel y Steenokkerzeel, donde paramos media hora a descansar y llenar las cantimploras en un arroyo. Luego continuamos hasta Oud-Heverlee y atravesamos Lovaina por el centro de la ciudad. La calle de la estación estaba desierta y nuestras pisadas resonaban con un eco tan fuerte contra las fachadas que nos sentimos poderosos. Cuando ya había avanzado la tarde hicimos otro descanso. Estábamos empapados en sudor, teníamos la cara roja y ya no quedaba ni un cuello abrochado. Algunos, con ostensibles gestos de dolor, se quitaban las botas para quince minutos escasos, de tal modo que se les hinchaban los pies y luego les resultaba más doloroso todavía volver a calzarse.

Al caer la tarde, tras una extenuante marcha de ochenta kilómetros, llegamos a Hakendover, una aldea próxima a Tienen. El aire era tan puro y estaba tan inerte que los árboles parecían encerrados en un molde de cristal. Unas golondrinas trazaban círculos en el cielo. Los mosquitos interpretaban su danza sobre el agua de los canales. Yo ya no era capaz ni de pensar. Nos acuartelaron en una granja muy grande. Las vacas andaban sueltas por el patio interior, entre los establos. Le pedimos leche a la granjera, pero nos la negó. La leche era para el día siguiente. Uno detrás de otro fuimos subiendo al pajar que nos habían asignado por una escalera de mano de estabilidad precaria. Teníamos un hambre atroz. Los oficiales mantenían una confusa discusión en francés en el patio. El avituallamiento se había interrumpido en algún sitio, nadie sabía dónde. Un soldado valón tuvo el valor de asomar la cabeza por un ventanuco y gritar: «*Armée bête!*»

Lo recluyeron de inmediato. Al cabo de un rato llegaron hasta nosotros sus gritos lastimeros desde uno de los establos.

Una hora después, nuestro comandante lo intentó educadamente.

—*Mon capitaine, vous n'avez rien pour mes garçons? Ils crèvent de faim.*

—*Taisez-vous, Facherol* —contestó el oficial escupiendo en la arena.

Por la noche volvimos a colocar la precaria escalera y salimos a escondidas. Saqueamos los huertos al amparo de la oscuridad, nos hartamos de fruta y volvimos rendidos al pajar. Por debajo de nosotros se oía correr a las ratas de un lado para otro, los lirones hurgaban entre los trastos del pajar y un mosquito me martirizaba con su monótono zumbido muy cerca del oído.

*

Ya llevamos aquí varios días, detrás de un campo de trigo que nos tapa la vista. A horas fijas hacemos ejercicios de campo que, más que nada, parecen pensados para tenernos ocupados y cansarnos. También nos hacen cortar árboles para bloquear las carreteras de acceso y obstaculizar así un potencial ataque por sorpresa, algo que en realidad no consideramos posible. En la calma fresca de las mañanas, los campesinos siegan sus campos de trigo; el ruido de las hoces se va acercando lentamente a nosotros y luego se vuelve a alejar, el crujido de cientos de tallos cercenados por la hoja bien afilada en medio de un silencio solo interrumpido por el mugido de una vaca en un prado o el ladrido de un perro en la distancia. En el aire cálido planean de nuevo las gaviotas y creo haber visto una alondra iniciando el vuelo desde su atalaya. El azul immaculado del extenso cielo me recuerda a los frescos de mi difunto padre. Ningún indicio hace sospechar lo que nos repiten una y otra vez: que estamos en guerra. Lo único que hay aquí es la calma de un espléndido mes de agosto, el mes de la cosecha, de las peras gualdas y las avispas, de moscas cada vez más perezosas y mañanas cada vez más frescas, de etéreas partículas brillantes flotando plácidamente entre las hojas de los árboles.

Mientras sesteo y pienso en mis cosas sentado al sol, un *porte parole* — como llaman a los mensajeros— se ha acercado al comandante y, tras

susurrarle algo al oído, el comandante me ha señalado.

—¡Marshián!

Alarmado, me pongo en pie de un salto y me cuadro.

—*Oui, mon commandant*, se pronuncia Martín, no Marshián.

—¡Cállese, imbécil!

Más cuchicheos y miradas en mi dirección. Finalmente, escrutándome en actitud un tanto desafiante, dándose golpecitos en la bota con el látigo, dice con una sonrisa despectiva:

—*Madame votre maman est venue vous dire bonjour, Marshián.*

Salgo del patio y veo a mi madre, esbelta y orgullosa como siempre, el pelo recogido en un moño negro y reluciente, con su mejor vestido negro y sus zapatos ya viejos. Colgada del brazo lleva una cesta tapada con un paño.

Nos conducen a un lugar apartado de los demás soldados, detrás de un seto.

—Siéntate, Urbain —me dice—. Solo tenemos quince minutos.

Me echa las manos a los hombros y me observa largamente con una sonrisa.

—He atravesado a pie todas las guarniciones y nadie me ha detenido. He preguntado si podía hablar con el teniente y... aquí me tienes.

Otra amplia sonrisa.

—¿Has hecho a pie más de cien...?

—Calla, jovencito. He pasado la noche en Grimbergen.

—Pero, mamá... ¡Hoy es tu cumpleaños!

Ella asiente con una sonrisa y saca de la cesta leche y galletas.

Ante su radiante mirada, lo devoro todo.

Tiro la botella de leche vacía al canal y nos quedamos en silencio.

Al cabo de un cuarto de hora vuelve el comandante, le susurra algo a mi madre y dice que se ha acabado el tiempo. A mí me ordena con un bramido que me reúna de nuevo con mi grupo. Mi madre mira al comandante con una sonrisa falsa.

—*Désolé, madame.*

Ella se levanta y me hace una cruz en la frente.

—*Ostegárdendiga*, Urbain.

Me entrega la cesta y, pasando por delante del comandante como si no

existiera, desaparece tras la hilera de árboles. Vuelvo a entrar en la granja. En la cesta encuentro bacadillos, varios juegos de ropa interior, algunas camisetas limpias perfectamente planchadas y una figurita minúscula de Bernadette Soubirous que me guardo en el bolsillo, donde permanecerá hasta el día en que la destroce una bala antes de taladrarme la pierna.

El resto de la jornada se me hace cuesta arriba. Es miércoles 9 de agosto, el cumpleaños de mi madre. Brilla el sol. Al volver a los establos, al fondo de la era, encuentro a todo el mundo mirando hacia arriba con ojos de espanto. Al este de nuestra posición, un zepelín gigantesco e irreal como una ensoñación se desliza lentamente por el cielo azul del mediodía y no tarda en tapar por completo el sol, proyectando su majestuosa sombra sobre nosotros. Mi corazón se salta un latido: esa ciclópea ballena onírica que flota en silencio sobre nuestras cabezas impone más respeto y resulta más amenazadora que cualquier combate que hubiera podido imaginar. Los oficiales nos convocan a gritos. Agarramos a toda prisa los fusiles y los macutos. A lo lejos se oyen tronidos, explosiones, impactos de proyectiles. Un rugido difuso sacude la atmósfera, pasa por encima de nosotros como un rodillo, se agarra a nuestros intestinos y hace temblar las paredes de la granja. En la distancia vemos alejarse en silencio la aparición sobrenatural que tanto asombro ha causado en nuestras filas. Columnas de humo negro se elevan hacia el cielo por el este. Se oyen enormes detonaciones, los pájaros se lanzan en picado hacia la tierra, como si los hubiera alcanzado un disparo, las vacas se revuelven nerviosas en los establos, patean el suelo, sacuden sus cadenas. Por primera vez, el miedo y el desconcierto paralizan nuestros corazones.

Una hora después llega un mensajero. Exhausto, sin aliento, se derrumba enfrente de los establos. Viene a comunicarnos que han caído los fuertes de Lieja y habla de incendios intencionados y asesinatos de civiles inocentes. Al parecer, a estas horas circulan ya por todas partes historias de ejecuciones aleatorias. Recogemos a toda prisa los bártulos y marchamos treinta kilómetros más hacia el este.

En realidad, el general Von Emmich había iniciado el ataque a los fuertes de Lieja cuatro días antes, tratando de asediarlos desde el norte y desde el sur. Para ello, entre otras cosas, había abierto un corredor entre los fuertes de Boncelles y Ourthe. Nosotros no habíamos notado nada porque estábamos al

oeste de la ciudad. La tercera división, al parecer, sufrió un ataque en el fuerte de Évegnée. Mientras tanto, con la regularidad de un reloj, cada poco tiempo retumba en el aire un bramido desconocido que sacude el suelo bajo nuestros pies y nos hace sentirnos tan indefensos como las hojas de un árbol a merced del viento. Dan ganas de aflojar el vientre en el pantalón. Mucho tiempo después comprendí que habíamos sido de los primeros en oír los monstruosos eructos del famoso mortero gigante conocido como la Gran Berta. Esa pieza de artillería, combinada con los ataques aéreos —un fenómeno completamente nuevo que reducía los fuertes a patéticas heridas abiertas en el mapa—, acabó en pocos días con la línea de resistencia belga en Lieja, que hasta entonces se había considerado inquebrantable. El 15 de agosto, los alemanes inutilizaron el fuerte de Loncin con un impacto certero de su artillería en el polvorín. El cemento de los fuertes belgas todavía no estaba armado con hierro y esa fue la sentencia de aquellos vetustos mastodontes, vestigios de otra época. No pude evitar que me viniera a la cabeza el rótulo que vi en una nave industrial de Port Arthur el día todavía reciente —pero en aquel momento ya tan lejano— en que vi a la muchacha de la charca. *Béton armé.*

*

Nos ordenan formar filas con la bayoneta montada en el fusil. Los oficiales braman órdenes en francés y cuando, ya prácticamente afónicos, terminan de gritar, nuestros comandantes nos traducen las órdenes a los flamencos. Tenemos que marchar otra vez a pie hacia el oeste. Por el camino oímos que casi todos los fuertes han caído y que en las circunstancias actuales es imposible ofrecer resistencia. Los alemanes utilizan morteros pesados de 42 cm —dimensiones para nosotros completamente desconocidas—, gracias a los cuales han conseguido abrir brechas en todos los fuertes de Lieja, construcciones anticuadas que en el mejor de los casos podrían haber resistido un calibre de 21 cm.

—¡El enemigo se nos echa encima! —ruge nuestro comandante—. ¡Demostrad vuestro valor!

El corazón me late en la garganta. Tengo el estómago al revés y me siento

desfallecer.

—Somos unos cagones —dice Rudy el Bizco, de la calle Lossy—. Unos putos cagones. Deberíamos ir hacia el este y ayudar a la tercera división, joder.

Nadie responde. Nuestra retirada hacia el oeste, por caminos rurales solitarios, no puede ser más triste. Agosto sigue siendo seco, plomizo. A la altura de Waremmé nos adelanta una mujer haciendo grandes aspavientos y nos grita algo que no alcanzamos a entender. Detrás de nosotros vemos columnas de humo negro cada vez más pequeñas.

Por la tarde llegamos a Tienen. Los oficiales requisan diversos edificios y nos echamos a descansar en el pasillo vacío de un colegio. Las baldosas están frías. Saco del macuto los bocadillos de mi madre y los comparto con los reclutas que han puesto a mi cargo. Nadie dice ni una palabra. Al poco rato se oyen los primeros ronquidos de soldados exhaustos.

Durante los siguientes días noto un cambio en la actitud de mis superiores hacia mí. Los oficiales me miran con más atención, los comandantes me hablan con un poco más de respeto, de vez en cuando comparten conmigo sus planes, incluso me preguntan con qué hombres me gustaría formar un grupo de francotiradores. Y no solo porque haya completado los cuatro años de la academia militar, ni tampoco por la forma en que mantengo a raya a mis hombres, sino, sobre todo, por la impresión que causó en ellos la dignidad y la seguridad en sí misma de mi madre. Estoy seguro.

*

15 de agosto. Nos encontramos justo al norte de Tienen, en Sint-Margriete-Houtem. Antes de caer la tarde me han puesto al mando de ocho hombres que he podido seleccionar yo mismo para establecer el servicio de guardia en el ala izquierda del regimiento, formando un frente hacia el este. En un punto del camino de Vissenaken a Tienen hemos montado una tienda contra el muro de una casa a modo de puesto de control. Todos los transeúntes tienen que pasar por allí. Revisamos de forma somera los documentos de identidad y nos fijamos sobre todo en el aspecto y la actitud de las personas. Nos han insistido mucho en que todo el mundo puede ser

sospechoso de espionaje. Los alemanes ofrecen recompensas a quien se pase a su bando y se están empezando a dar casos de alta traición. Algunos desertores han pagado ya con la pena de muerte.

Es el día de la Asunción de la Virgen y un cura castrense celebra una misa al aire libre. Algunos refugiados lloran de rodillas, otros miran con ojos ausentes el tabernáculo improvisado en medio del campo. El cura intenta decir palabras de consuelo, conjuros que se lleva la brisa de agosto. Ese día vemos llegar también a los primeros heridos. Debajo de un árbol hay un muchacho vomitando sangre.

Aquí el terreno es irregular. Desde lo alto de nuestra colina vemos las piezas de artillería dispuestas en hileras en una explanada situada a nuestros pies. Los soldados van y vienen.

Los días siguientes son de confusión y espera. Desde Halen nos llegan alarmantes mensajes de represalias contra civiles acusados arbitrariamente de participar en la resistencia; se los cargan de un tiro en la nuca en calles, graneros, sótanos y hasta en sus propias casas. Montan un hospital de campaña para atender a los primeros heridos. Un médico empieza a practicar amputaciones con material quirúrgico demasiado primitivo. A falta de anestesia, emborrachan previamente a los muchachos hasta que pierden el sentido. Los pacíficos días de agosto se han llenado en poco tiempo de gritos, quejidos y lamentos. De la zona de Halen nos llega el estruendo de los morteros. Por la noche, mientras el campo se cubre de rocío, flota en el aire un olor a carne quemada. El 17 de agosto, con dos días de retraso, llega hasta nosotros la noticia de que han destruido el fuerte de Loncin. Apenas dormimos. Pasamos la noche en una especie de trance febril. Muchos soldados reciben la orden de marchar hacia Tienen. Ninguno regresa.

*

El 18 de agosto, pasado el mediodía, tembló de pronto la tierra. Rudy el Bizco, de la calle Lossy, pegó una oreja al suelo y se levantó de inmediato: «¡Se acercan! ¡Se acercan!»

Agarramos los fusiles. A lo lejos llovían bombas incendiarias sobre la ciudad de Tienen. De repente nos vimos arrasados, literalmente, por una

muchedumbre de civiles llorando y pidiendo auxilio a gritos. Desbocados por el pánico, echaron abajo nuestro puesto de control. Una enfermera vestida de negro corría detrás de ellos gritando: «*Couchez-vous! Couchez-vous!*»

Intentaba decirles que se echaran al suelo, pero casi nadie sabía francés, de modo que siguieron corriendo sin mirar atrás, hacia una muerte segura.

El avance de las tropas alemanas tenía algo de ataque relámpago. En menos de una hora vimos alzarse ante nosotros un muro de metal, humo y fuego de artillería. Su superioridad numérica era abrumadora y se aproximaban con un rumor sordo que parecía anunciar el juicio final. De nuestros puestos más avanzados volvían compañeros aterrorizados; se lanzaban muertos de miedo a nuestros brazos, gritando que nos teníamos que ir de allí inmediatamente. Un teniente detuvo a varios de ellos y se los llevó arrestados. Todos sabíamos que recibirían un duro castigo por desertión.

En la explanada que se extendía a nuestros pies vimos cómo, con un solo impacto, volaban por los aires en mil pedazos tres de nuestros cañones. La violencia de la explosión fue tal que los fragmentos de metal llegaron hasta nuestra posición. Uno de los chicos de mi grupo se echó a rodar por el suelo, gritando y llorando como un enajenado. Un trozo de hierro llovido del cielo le había arrancado de cuajo el antebrazo izquierdo. El comandante adjunto entró corriendo en mi puesto con la orden de agrupar a mis hombres y presentarnos sin demora ante el comandante del 22.º Regimiento de Línea, a tres o cuatro kilómetros de nosotros.

«¡Eso es un suicidio!», exclamó uno de los chicos.

Lo sacaron de la fila y lo tiraron al suelo. Los demás nos pusimos en marcha. Avanzamos pegados a setos y acequias, escondiéndonos cuando podíamos detrás de los árboles y echándonos con frecuencia al suelo para evitar las granadas que caían cada vez más cerca de nosotros. Al cabo de un kilómetro y medio, camino de Grimde, se desató de verdad el infierno. Soldados con la cabeza envuelta en vendas ensangrentadas pedían ayuda tirados en las cunetas; un chico con una pierna cercenada gritaba desesperado que se estaba desangrando. Pero nadie tenía tiempo para ellos.

Los ataques parecían venir ahora por ambos flancos, estrechando el cerco sobre nosotros. Seguimos avanzando. Un soldado de infantería vino corriendo hacia nosotros, gritándonos que estábamos locos.

«¿Quieres morir o qué? ¡Mira detrás de ti!», me dijo.

De mis ocho hombres ya solo me seguían tres. Continuamos la marcha lo más agachados posible. A lo lejos se veía ya la granja donde estaba el puesto de los oficiales y eché a correr hacia ella. Detrás de un muro medio derruido encontramos a varios heridos gimiendo en las carretillas con las que por lo visto los habían llevado hasta allí. También había mujeres asustadas con niños más asustados todavía, refugiados de Oplinter y Grimde.

«Venga, Urbain, que ya casi hemos llegado», dijo Rudy detrás de mí.

A doscientos o trescientos metros de la granja quisimos escondernos detrás de unos álamos y justo en ese momento sentimos que se nos venía algo encima, un terrible zumbido, una especie de violenta ráfaga de viento que arrancó cuatro árboles de cuajo. Los troncos cayeron unos sobre otros encima del camino. Uno de mis últimos tres hombres murió aplastado. Detrás de un montículo de tierra levantado por las bombas había un oficial del 22.º regimiento con un pequeño pelotón. Se acercó a mí a gatas y le dije que tenía órdenes de unirme a él con mis ocho francotiradores, pero que solo quedábamos tres, y añadí que aquello era una misión de locos. Él me miró y contestó que, además, era inútil. Allí ya no había nada que salvar.

Alrededor de nosotros llovían los obuses y las bombas incendiarias. Parecía que nos iban a reventar los tímpanos. Por todas partes ardían casas y árboles, y el humo venía hacia nosotros, asfixiándonos, oscureciéndolo todo a plena luz del día.

Permanecimos detrás de aquel precario parapeto hasta bien entrada la tarde. En poco tiempo el entorno se había transformado en una especie de páramo inhóspito, un terreno baldío del que en escasas horas había desaparecido todo vestigio de civilización. Cuando iniciamos el camino de vuelta, arrastrándonos más que caminando, el cielo sobre Tienen, Grimde y Sint-MargrieteHoutem brillaba con un resplandor rojo del que ascendían espesas columnas de humo. No éramos más que una banda de lisiados, de insectos humanos que volvían a su agujero gimiendo, esputando, vomitando y llorando por un camino sembrado de cráteres todavía humeantes, una hilera de cuerpos rotos, medio muertos, progresivamente difuminados por la oscuridad creciente.

Yo iba pensando en mi responsabilidad de informar al comandante que

nos había enviado a aquella aventura tan incierta, el comandante adjunto Dugniolle, un hombre severo que nos había hablado sin bajar de su caballo tordo, mirándonos desde arriba y en francés, por supuesto, y que cuando terminó de dar sus órdenes me ladró:

—*Marshián, traduis!*

—*À vos ordres, mon commandant.* Se pronuncia Martín, *mon commandant.*

—*Cállate, merde!* ¡Yo digo Marshián!

Hasta altas horas de la madrugada no conseguimos traspasar las últimas líneas. El enemigo había avanzado con un movimiento envolvente y fue un milagro que consiguiéramos escapar de su tenaza. Hablando en susurros, le transmití mis impresiones a un oficial. Teníamos mucho que aprender de aquel enemigo. Disponían de medios técnicos y armamentísticos que no solo estaban fuera de nuestro alcance, sino que ni siquiera sabíamos que existían: cantidades enormes de bombas incendiarias combinadas con el permanente avance de tropas terrestres disparando de forma ininterrumpida, ametralladoras con una capacidad desconocida para nosotros, morteros pesados, una estrategia envolvente con movimientos rapidísimos y profundas trincheras que les permitían retener grandes cantidades de prisioneros, todo ello sumado al terror psicológico y la desmoralización que causaban sus tropas deliberadamente creando confusión por todas partes, ejecutando aleatoriamente civiles y prisioneros y atacando al mismo tiempo por todos los flancos. El oficial asintió y me dijo que me reuniera con él cuando saliera el sol. Dejamos atrás Vissenaken y antes de llegar a Boutersem, incapaces de dar un paso más, nos echamos a dormir unas horas en la tierra todavía caliente, detrás de unos almiarés donde ya dormían algunos soldados.

Pasadas las seis de la mañana, cuando quisimos ir a dar parte al comandante Dugniolle, nos dijeron que había muerto junto a su ordenanza, el soldado Denoëlle.

Yo fui tan estúpido de preguntar si habíamos sufrido muchas bajas.

—*T'as encore des bêtises à dire, Marshián?*

—*Je m'excuse, mon commandant.*

Desconcertados y abrumados por las circunstancias, los oficiales trataron de definir una nueva estrategia. Desde el primer contacto con el enemigo,

nuestras tropas se habían visto seriamente diezmadas, y la única alternativa que nos quedaba era lanzar pequeños ataques por sorpresa contra los flancos del ejército alemán, con la esperanza de desmoralizar a sus hombres y causar la impresión de que todavía disponíamos de un ejército entero. Eso fue lo que hicimos durante varios días con relativo éxito, pero, si bien es cierto que conseguimos asestar algún que otro golpe sensible a las líneas alemanas, con ello contribuíamos también a que aguzaran el ingenio, extremaran las medidas de precaución y se volvieran más crueles, lo cual se traducía en frecuentes ejecuciones de civiles como mero acto de represalia. Aprendimos a desconfiar de todo el mundo. Los alemanes enviaban espías vestidos con los uniformes de nuestros compañeros muertos. Con los flamencos hablaban mal francés y con los valones mal neerlandés, confiando así en engañarnos para conseguir información. En una ocasión un soldado derribó de un disparo a un espía alemán vestido con el uniforme del ejército belga y hubo unos momentos de pánico en nuestras filas. Nuestros oficiales nos repetían varias veces al día, y de muy malas maneras, que la derrota de Sint-Margriete-Houtem había sido culpa de nuestra ingenuidad. Si alguien intentaba responder que habíamos hecho todo lo humanamente posible, le pegaban un berrido y le decían que cerrara el pico.

A veces teníamos que marchar quince kilómetros o más a paso ligero solo para provocar una escaramuza con un enemigo dispuesto a todo, lo cual pagábamos con numerosas bajas y un grado cada vez mayor de insatisfacción en nuestras filas.

Una semana después estábamos extenuados, desnutridos y desmoralizados. El enemigo nos obligaba a retroceder sistemáticamente, de Aarschot a Werchter, de Haacht a Boortmeerbeek.

En esa última población descansamos unos días y por fin nos avituallaron en condiciones. Algunos sufrían formas extremas de diarrea y ataques de vesícula: habían bebido agua de acequias contaminadas por cadáveres en descomposición.

Mi macuto estaba tieso del barro y la suciedad. En una granja abandonada lavamos un poco nuestras cosas y aparecieron mis útiles de dibujo, el carboncillo y el lapicero. Casi los había olvidado. Las pocas hojas de papel que había traído de casa estaban manchadas de barro. Con un nudo de

amargura en la garganta, me senté debajo de un árbol y me puse a dibujar los campos devastados, las pilas de escombros, los cráteres abiertos por las bombas, los cadáveres, los tocones de árboles mutilados, el caballo muerto que vi colgado de un olmo tronchado, en posición vertical, con la cabeza ensangrentada, medio arrancada, recortada sobre el cielo frío de la mañana en un escorzo terrible y las patas estiradas como insólitas ramas entre los restos del árbol, con unos tablones astillados —restos de un carro— colgando de una cuerda por debajo de sus tripas desgarradas, hediondas y cubiertas de moscas. Pensé en el apacible y relajante sonido de las manos de mi padre deslizándose sobre el papel, haciendo bocetos en la serenidad de una lejana tarde de domingo, y las lágrimas que inundaron mis ojos me quemaron tanto que hice una bola con el papel y lo lancé al infierno profiriendo una blasfemia.

«*Eh bien, ça va, Marshián?*»

Ese mismo día, el rey dio orden de retirar las tropas belgas desplegadas en los fuertes de Amberes, pero nosotros permanecimos de momento en nuestro puesto de Boortmeerbeek. Los refugiados, desesperados, nos contaban que los alemanes seguían tomando represalias contra la población civil. En Aarschot hubo nuevas ejecuciones arbitrarias. Al parecer, llegaban a un pueblo elegido al azar, reunían en una plaza a todos los habitantes y ponían en fila a los hombres, simples ciudadanos temblando de miedo; a continuación decían que, según sus cálculos, el grado de resistencia de aquella población era de un tercio y ejecutaban con un tiro en la nuca a uno de cada tres hombres. Luego obligaban a las mujeres y los niños a enterrar los cuerpos. A las mujeres que perdían el dominio de sí mismas las mataban a golpes con la culata del fusil, con sus hijos todavía colgados de las faldas. En Valonia, según decían, la crueldad alcanzaba proporciones aún mayores. Como prueba de ello, un hombre traía una gorra con un olor inmundado en la que todavía quedaban restos del cerebro de su hermano. Las pérdidas entre las tropas belgas eran tan numerosas que tardamos en darnos cuenta de las verdaderas dimensiones de la catástrofe. Los dos regimientos de mayor tamaño habían sufrido tal cantidad de bajas que al fusionar lo que quedaba de ellos el total no resultaba mucho mayor de lo que había sido originalmente uno solo. Con ello confirmamos nuestra sospecha de que, en nuestra zona, el

ejército había quedado reducido a la mitad en apenas una semana.

Y todavía nos esperaba la pesadilla de Schiplaken, que tuvo lugar unos días después, durante la última semana de aquel terrible mes de agosto.

2

Hoy en día apenas resulta imaginable la desolación del paisaje por el que marché con mis ocho nuevos compañeros del tercer batallón del regimiento de segunda línea. Los dos gendarmes que nos escoltaban escurrieron el bulto en las proximidades de Boortmeerbeek. Primero vino uno a decirme con una mueca falsa que se había torcido el tobillo. Un kilómetro y medio después, el otro admitió sencillamente que tenía miedo, porque un hombre a caballo era un blanco más fácil que un soldado a pie. Yo no malgasté saliva. Con un gesto les di a entender que podían hacer lo que les diera la gana y seguimos la marcha con mayor precaución. Continuamente tenía que recordarles a mis hombres que no caminaran en línea recta, que zigzaguearan como hacen las liebres en campo abierto. Alguien avistó exploradores alemanes por la zona de vanguardia. Mi cerebro trabajaba a marchas forzadas. Tenía que tomar decisiones rápidas de las que dependía nuestra vida. Cruzamos la carretera de Lovaina y giramos hacia el sur en dirección a Kampenhout. Por el camino había todo tipo de objetos de los que cabía deducir que nuestras tropas habían pasado por allí, pero en la dirección equivocada. Entre los soldados reinaba la confusión y el pánico. En los bosques de Schiplaken, donde la vegetación se veía tan hermosa aquel día de verano que me habría gustado sentarme a dibujar, encontramos la chaqueta azul de un ulano tirada en la arena junto a la orilla de un lago. Al principio pensé que era un soldado apuntándonos con su arma. Instintivamente me llevé el fusil al hombro, pero resultó ser una manga de la chaqueta, que estaba estirada. Recordé el montoncito de ropa azul y blanca junto la charca de Port Arthur, apenas un mes antes, y me pareció que había pasado una eternidad desde entonces, como si aquel recuerdo formara parte de un mundo que habíamos perdido para siempre en cuestión de días.

Nos adentramos en el bosque buscando la protección de los árboles. Empezó a caer la tarde y en la penumbra del crepúsculo nos resultaba más

difícil avanzar. No íbamos a llegar a Kampenhout. Por todas partes había una especie de canicas de plomo, restos de cartuchos y granadas. En aquel bosque ya se había librado alguna batalla. De vez en cuando caía un obús a menos de cien metros de nosotros. El suelo temblaba, veíamos tierra volando por el aire y árboles que se venían abajo con violentos crujidos. A veces se oían también gritos lejanos. Seguimos avanzando sigilosamente en la oscuridad creciente. Los disparos sonaban con mayor fuerza, parecían acercarse. Nos detuvimos en el lugar acordado. Allí encontramos aparcado el carromato de nuestro regimiento. Dios sabe cómo había llegado hasta allí. Ordené a mis hombres que colocaran sus rifles todos juntos y puse a dos centinelas a vigilar el lado este. Informé a mis superiores. Algunos oficiales llegaron a pie con su caballo agarrado de las riendas. Repartieron pan y queso. Poco después llegó otro comando y, para mi enorme sorpresa, entre los soldados reconocí a mi primo René, el segundo hijo de mi tío Evarist, a cuyo primogénito vi morir en el horno de la herrería. Estaba pálido y exhausto. Tiempo para hablar no teníamos. Los oficiales se repartieron los fardos de paja que había en el carromato, los soldados de infantería tuvimos que dormir en el suelo. Nos prohibieron terminantemente encender cualquier tipo de luz; debajo del carromato había un único farolillo que arrojaba una luz pálida sobre el estandarte de nuestro regimiento, tirado de cualquier manera entre las bayonetas. Yo no podía dormirme. Las cabezas de los soldados tenían un color cobrizo a la tenue luz del farolillo, un tono cálido que utilizaba Goya en muchos de sus cuadros; la parte de su cara que quedaba a la sombra era tan oscura que parecían negros. Saqué la libreta del macuto sin hacer ruido y me puse a hacer unos bocetos rápidos. Eso me calmó un poco. Con uno de esos bocetos pinté luego, después de la guerra, un Cristo al óleo.

Inmediatamente después debí quedarme dormido, porque de repente me desperté asustado a causa de una fuerte explosión. Algún tipo de proyectil había abierto un cráter al lado del carromato. Las bayonetas quedaron esparcidas por todas partes, algunos instrumentos musicales que había en el carromato salieron despedidos por el impacto y se hicieron pedazos y el palo de nuestro estandarte perdió el león dorado. Tras asegurarnos de que no había heridos, volvimos a tumbarnos. El musgo era mullido y estaba fresco. En torno a medianoche, como no dejaban de oírse ruidos entre la maleza, uno de

los oficiales decidió que algunos soldados montaran guardia subidos a las copas de los árboles. Ya poco pudimos dormir. A eso de las dos empezamos a levantar el improvisado campamento tratando de hacer el menor ruido posible. Los distintos cuerpos de regimiento se fueron agrupando. Grandes oleadas de soldados se iban sumando en silencio a la marcha a medida que avanzábamos por el bosque con un suave rumor de pisadas. A lo lejos, en la linde del bosque, vimos una granja ardiendo. Las llamas lanzaban al cielo grandes abanicos de chispas.

Formamos dos frentes, uno en dirección a Lovaina y otro en dirección a Bruselas. Poco después, un explorador constató que nos habíamos acercado a menos de trescientos metros de una posición alemana. Empezamos a cavar hoyos frenéticamente para ponernos a cubierto. De vez en cuando, una bala cortaba el aire fresco del amanecer. Las palas chocaban contra las raíces de los árboles, lo cual dificultaba mucho el trabajo, y además hacíamos mucho ruido. El nerviosismo fue en aumento, pero todos seguíamos cavando con determinación. Con la tierra que íbamos sacando levantamos barricadas. Delante de la granja veíamos siluetas de soldados alemanes yendo y viniendo como demonios iluminados por el fuego. Theo Carlier, un chico a quien conocía de la fundición, alzó el fusil para disparar, pero un oficial se lanzó inmediatamente hacia él rojo de furia y le bajó el brazo de un golpe. ¿No comprendía aquel imbécil que esos alemanes estaban allí de cebo, con la esperanza de que reveláramos nuestra posición al empezar a disparar? En la luz todavía pálida del amanecer vimos pasar varias ambulancias alemanas por la carretera. Por lo demás, el silencio era ahora sepulcral. Empezó a llover. El tufo de la ceniza y los rescoldos todavía humeantes venía hacia nosotros. Nuestros hoyos no eran lo bastante profundos, de manera que teníamos que aguantar con las piernas dobladas en posturas incómodas sobre la tierra húmeda y fría. De momento no podíamos hacer otra cosa más que esperar órdenes.

Al cabo de una hora me cansé de estar ahí sin hacer nada. Me arrastré hasta el teniente y le pregunté si podía salir a explorar brevemente el terreno para calibrar la situación. A cien metros de nosotros había una haya enorme derribada por un obús. El oficial asintió y me susurró:

—Pero ten cuidado. Si cometes un solo error estamos vendidos.

Theo Carlier vino conmigo. Fuimos hasta el tronco del árbol arrastrándonos sobre los codos, con el fusil listo para disparar en cualquier momento. Al llegar, descubrimos para nuestro espanto que en un parapeto de los alemanes había dos ranuras por las que asomaban sendas ametralladoras. Contamos hasta tres y disparamos simultáneamente tres balas en cada ranura. Todo quedó en silencio durante unos instantes eternos, pero en cuanto asomé un poco la cabeza por encima del tronco se desató el infierno. Disparaban deliberadamente a unos metros de nosotros para tentarnos a salir de detrás del árbol. Estábamos atrapados. Las balas volaban a nuestro alrededor o taladraban el tronco, haciendo saltar astillas. No nos quedaba otra que echar a correr y tratar de esquivar las balas buscando la protección de los árboles. Nos dejamos caer en el hoyo más cercano, donde el agua había subido mucho a causa de la lluvia. La mayoría de los soldados estaban ya hundidos hasta las rodillas en el barro. Los alemanes siguieron disparando de acuerdo con la misma estrategia: primero unas pocas balas para tratar de provocar una reacción, y en cuanto veían una cabeza moviéndose en algún sitio, ráfagas de ametralladora.

Así pasamos un día entero. Los oficiales nos pedían continuamente calma, nos decían que no intentáramos nada por nuestra cuenta. No teníamos ningún tipo de comida y nos empezó a doler el estómago de hambre. Con tal de hidratarnos un poco, acabamos bebiendo el agua sucia de los charcos. Cuando volvió a oscurecer, unos soldados repartieron municiones por los hoyos y otros nos trajeron paquetes de biscotes húmedos. Habíamos caído como ratas en una emboscada. Nos tenían rodeados. El bosque, donde pensábamos encontrar protección, resultó ser una trampa.

En cuanto amaneció empezaron de nuevo los disparos de ambos bandos. A lo lejos se oía artillería más pesada. A mediodía había ya un grupo de compañeros muertos junto al hoyo del que habían intentado salir. Uno de ellos quiso sacar su bayoneta del carromato y su cuerpo quedó tendido a la vista de todo el mundo con los ojos abiertos. Tenía la parte de atrás del cráneo reventada por una bala que le había entrado por la boca. La sangre formaba un reguero en el musgo mojado.

Volvió a oscurecer sin que cambiara la situación. Los oficiales estaban pálidos como cadáveres y se consultaban muy nerviosos, susurrando en

francés. Yo me arrastré hasta ellos y volví a preguntar si me dejaban salir otra vez a mirar, pero no les pareció razonable. Sospechaban que había alemanes emboscados por todas partes, el cerco era todavía más estrecho. La noche transcurrió con disparos de fusiles que se oían a lo lejos, rugidos de morteros, explosiones que retumbaban en el bosque, palomas que alzaban el vuelo y encontraban un camino a ciegas entre las ramas, el tenue resplandor de un fuego en la distancia y el ra-tata de las metralletas. Ya de madrugada se hizo por fin el silencio. En algún lugar del bosque ululó un búho y una luna creciente se abrió paso entre las nubes arrojando una luz traidora sobre los soldados dormidos.

El tercer día amaneció con una niebla que tardó varias horas en disiparse. Los alemanes parecían haberse retirado. A lo lejos, a pesar de la poca visibilidad, vimos cómo asaltaban Elewijt y prendían fuego a la iglesia y las casas. Nos reunieron a todos en la profundidad del bosque a toque de corneta. Por todas partes emergían soldados con dificultad para erguirse, como *golems* sacudiéndose el barro, tropezando sobre los cadáveres de sus compañeros. Tiritando, con los sentidos entumecidos, la espalda agarrotada y los uniformes sucios, formamos varias filas desordenadas con el peso del cuerpo medio apoyado en el fusil. Por lo visto se había roto el cerco enemigo, aunque nadie sabía cómo ni por qué. Los alemanes debían de tener prioridades más urgentes que nuestro Segundo Regimiento de Línea. Abandonamos el bosque con muchas precauciones, en filas de cinco y por batallones. En el pueblo encontramos la iglesia calcinada —una iglesia que había inaugurado siete años antes el cardenal Mercier—, casas en ruinas que seguían desprendiendo humo todavía, hombres y animales muertos por el fuego de los morteros. Eso fue todo lo que vimos de la terrible batalla de Schiplaken, que más tarde ocuparía un lugar en todos los libros de historia.

*

Con el ánimo por los suelos y los uniformes despidiendo un vaho pestilente, reanudamos la marcha. Por el camino nos salían al paso mujeres para ofrecernos pan, una jarra de leche, a veces incluso un trozo de jamón. Nos decían nombres, preguntaban por la suerte de sus hijos. Entre pueblo y

pueblo, la naturaleza era de una belleza abrumadora. La brisa estival peinaba los campos de trigo bajo un cielo azul con nubes blancas; en los prados, el ganado pastaba a la sombra de pequeños grupos de árboles; golondrinas y alondras hacían acrobacias en el cielo y en algún que otro arroyo de agua clara se veían pequeños peces que emitían destellos al nadar; agradables ráfagas de aire tibio mecían las ramas de una hilera de sauces. Todo recordaba a los paisajes de los pintores holandeses del siglo XVII, todo rezumaba la misma paz de sus cuadros. Me vinieron a la cabeza los frondosos árboles del pintor inglés Constable, sus follajes salpicados de pequeñas luces y sombras, sus escenas de vida rural tranquila y apacible. Acampamos provisionalmente en Sint-Katelijne-Waver, cerca de Mechelen —que los francófonos llamaban Malinas—. Llegó el avituallamiento y nos repusieron las municiones. Aquellos días los pasé dibujando y haciendo todo tipo de bocetos. Como ya no me quedaban lápices, afilaba con una navaja trozos de carbón de las hogueras extinguidas, y lo cierto es que se me daba mejor que con el grafito. Con el carbón las líneas tenían más cuerpo y se podían introducir muchos matices en las sombras. Algunos soldados me pedían que les hiciera un retrato para enviárselo a su chica. Pero como no tenía nada para fijar el carbón, el dibujo no tardaba en difuminarse y muchos lo acababan tirando. En más de una ocasión encontré uno de mis retratos arrugado en una cuneta.

Nos enteramos de que los alemanes se habían propuesto tomar Bruselas y, tras una semana de acampada en las inmediaciones de Mechelen, continuamos hacia el sur, en dirección a Vilvoorde. Para entonces ya habíamos oído infinidad de historias sobre las verdaderas proporciones de la catástrofe de Schiplaken, y la rabia que sentíamos aguijoneó nuestro espíritu de combate. Bajo una lluvia cada vez más próxima de granadas y obuses nos acercamos a la ribera del Senne, poco antes de Eppegem. Los alemanes se habían atrincherado en profundas zanjas al otro lado del río y protegían el puente con sus ametralladoras. Mientras montábamos las nuestras derribaron a Maréchal, nuestro capitán, de un disparo en el estómago. Un soldado intentó ayudarlo y quedó temporalmente cegado por el impacto en la cara de un trozo de chatarra. Dejamos al capitán por muerto junto al soldado herido y nos tiramos al suelo mascullando blasfemias. Tratamos de acercarnos más a

la orilla arrastrándonos por la hierba. Había que recuperar el puente lo antes posible y, si hacía falta, destruirlo para cortarle el paso al enemigo. Las balas de los alemanes pasaban a un metro del suelo, con intervalos de tiempo cada vez distintos para impedirnos el avance. Las balas despedían chispas al rebotar contra la barandilla metálica del puente, a nuestro alrededor saltaban por los aires trozos de tierra. Entre nosotros y la orilla había un ancho prado sembrado de cadáveres de caballos con la tripa abierta y las vísceras derramadas por el suelo. Los cuervos que picoteaban de la carroña levantaban el vuelo asustados cada vez que las salvas de los alemanes iban hacia ellos. En aquel punto, el trazado del Senne tenía pronunciados meandros y confiábamos en que las curvas del dique —en el que, por lo demás, no había vegetación alguna— nos permitieran acercarnos sin que nos vieran. Pero los alemanes lo veían todo y nos obsequiaron de inmediato con una nueva ráfaga de disparos. A pesar de ello, muchos de nosotros conseguimos ocultarnos detrás del dique. Algunos intentaron ver de dónde venían los disparos, pero en cuanto asomaban la cabeza recibían un disparo letal; sus cuerpos se elevaban con una violenta sacudida y caían en la tierra con un ruido sordo. Los demás seguimos avanzando, arrastrándonos por encima de los cadáveres lo más pegados al suelo posible. Entre el fragor de los disparos se oía continuamente «joder, joder, joder». No teníamos escapatoria. Un muchacho de dieciocho años lloraba como un crío y tuve que amenazarlo para que se callara. Teníamos que permanecer inmóviles en el suelo y esperar. Ordené a los hombres que tenía más cerca que disparasen por turnos sin sacar la cabeza, levantando solo el fusil por encima del dique, con intervalos de diez segundos, primero los dos situados en los extremos y el del centro, luego los dos situados al lado de los extremos y los dos al lado del centro, y cuando completaran el ciclo, vuelta a empezar. El comandante aprobó la idea e hizo que transmitieran la misma orden a las demás líneas. La táctica, por lo visto, consiguió causar la impresión esperada de que éramos muchos, porque, para nuestra enorme sorpresa, al cabo de un rato vimos salir a una veintena de alemanes de detrás de los árboles del otro lado del prado, con las manos en la cabeza y gritando: «*Nicht schiessen!*» ¡No disparen! Con sus uniformes grises y los temidos cascos de pincho, venían hacia nosotros como en un sueño, amenazantes y macabros incluso ahora que se rendían. Eran los

primeros alemanes que veíamos de cerca. Apenas dábamos crédito: estábamos haciendo prisioneros y nos íbamos a apoderar de sus ametralladoras, mucho más avanzadas que las nuestras. Todo caído del cielo. La primera línea de nuestro regimiento se levantó y se acercó a ellos. Inmediatamente, los alemanes se tiraron al suelo y sus compañeros de retaguardia descargaron sus ametralladoras sobre nuestros compañeros desde detrás de los árboles. Diez o doce cayeron fulminados; los demás se tiraron al suelo. Las balas volaban a ras de tierra, pero algunas también caían en oblicuo, por lo que sabíamos que al menos una ametralladora tenía que estar en algún punto elevado. Ahora era yo el que profería blasfemias y echaba espuma por la boca, enfermo de ira por aquella cobarde artimaña. Había muertos por todas partes. Con el fusil al hombro, listo para disparar, avancé arrastrándome sobre los codos. Una bala me pasó rozando la espalda y perforó mi fiambarrera. Oí cómo entrechocaban la cuchara y el tenedor en su interior. Tras unos minutos tratando de descifrar las trayectorias de las balas vi por fin la metralleta instalada en la copa de un árbol. Me arrastré hasta detrás de uno de los caballos muertos y me tomé el tiempo necesario para apuntar. Si fallaba, no tendría ocasión de intentar un segundo disparo. El intenso hedor del caballo en descomposición me provocaba arcadas y tuve que hacer un gran esfuerzo por controlar las ganas de vomitar. Tras mucho rato apuntando a la cabeza del francotirador, vagamente reconocible entre las hojas y las ramas, apreté el gatillo. El alemán cayó hacia atrás y soltó la metralleta, que se precipitó al suelo desde lo alto del árbol.

«¡Fuego! ¡Fuego! ¡Fuego!», grité.

Todos nuestros soldados dispararon simultáneamente. De una sola vez gastamos gran parte de nuestra munición. En los árboles de enfrente se produjo una gran confusión. Se oían crujidos de ramas y gritos. Teníamos la impresión de que se estaban retirando. El comandante pidió voluntarios para recorrer la orilla del río y determinar cuál era la situación al otro lado. Habíamos recuperado la esperanza de salir con vida de la pinza alemana. Sin embargo, nadie se ofrecía. El comandante preguntó de nuevo. No puede ser, pensaba yo, que sean siempre los mismos los que se juegan el tipo. Ya está bien. Que vayan otros ahora. Pero nadie rompía el silencio. El comandante, rojo de furia, repitió la pregunta. Al final, en vista de que nadie reaccionaba,

levanté la mano mirando despectivamente a mis compañeros.

—*Très bien, Marshián. Faites attention, caporal.*

—*À vos ordres, mon commandant.*

Renegado y maldiciendo a mi regimiento, empecé a recorrer a rastras la escarpada orilla del Senne, sin ningún tipo de protección, agarrándome a los hierbajos para no caerme al agua. Ya había empezado a anochecer. Con cualquier ruido que oía —una paloma silvestre alzando el vuelo, una rata de agua tirándose al río— se me paraba el corazón. Algún tipo de resorte había saltado en mi interior en el momento en que los alemanes supuestamente rendidos se echaron al suelo. Qué hijos de mala madre. Eran peores que las alimañas. Habían despertado en mí el instinto asesino, solo pensaba en clavarles mi bayoneta a esos cabrones. El corazón me latía en la garganta. De pronto sentí que alguien se acercaba por detrás de mí. En la posición en que me encontraba ni siquiera podía darme la vuelta. Comprendí que había llegado mi última hora, hasta que oí la voz de Rudy el Bizco, el chico de la calle Lossy.

«Martien, soy yo. Sigue avanzando que yo te cubro con mi fusil. Dentro de cien metros te paras y me cubres tú a mí, ¿vale? Nos vamos turnando.»

De aquella forma, poniendo en riesgo nuestras vidas y tras eliminar a todos los alemanes que se atrevieron a asomar la cabeza por encima del dique en la otra orilla, llegamos una hora después hasta el punto donde las tropas de nuestro cuerpo de ingenieros, lejos de la emboscada en que se encontraban nuestros hombres, estaban construyendo un puente de emergencia. Trabajaban con los martillos envueltos en trapos para amortiguar los golpes, trapos que se rompían cada poco tiempo y había que sustituir. Nuestros macutos se habían quedado en la hierba con el resto del grupo. Dejé mi fusil a un lado y me arrastré hasta los ingenieros para informarles de la posición de los alemanes. Ahora que había oscurecido, Rudy el Bizco volvió solo para decirles a los demás dónde estaba el puente de emergencia. Media hora después llegaron nuestros hombres por el camino que les habíamos indicado, cien cuerpos arrastrándose por la hierba lentamente como una larga serpiente. Todos pudieron cruzar el puente a pie sin ningún contratiempo. Nadie me saludó, nadie me dijo ni una palabra de agradecimiento, nadie se molestó en traer mi fusil. Maldiciéndolos a todos de nuevo, volví a rastras hasta mi fusil

y, con media hora de retraso, me uní a la retaguardia de nuestra columna.

Aquella noche, todavía a principios de septiembre, cayó la primera helada del año. Las solapas de mi chaqueta, empapadas de barro, se quedaron tiesas como tablas. Pasé tanto frío y los dientes me castañetearon con tal fuerza que pensé que se me iban a romper las muelas en la boca.

Nos sirvieron una especie de papilla fría de cereales en nuestras fiambreras sucias y abolladas. Yo tuve que comer tapando la mía por debajo con la mano, porque ahora tenía un agujero, de forma que me puse perdido con aquella pasta asquerosa.

—Epegem de los cojones, qué alegría para los corazones —dijo Carlier dándome una palmada en la espalda.

—¡Dejadme todos en paz! —bufé.

—Uy, uy, uy..., qué humores tenemos.

Sin decir nada, me levanté y me senté a diez metros de él, dándole la espalda. Justo antes de la madrugada, en ese momento de la noche en que no hay ser vivo que aguante sobre la tierra desnuda ya cubierta de rocío, soñé con mi madre. Estaba de pie junto a la tumba de mi padre y llovía a cántaros. Tenía un papel grande y sucio pegado a la espalda. Puso los pinceles de mi padre junto al ataúd, en un hoyo en el que el nivel del agua ascendía continuamente, y rompió a llorar. Mi madre, que nunca lloraba. Yo estaba detrás de ella, blasfemando y disparando con una ametralladora contra las tumbas del cementerio. Yo, que antes nunca blasfemaba. Me desperté sobresaltado y vomité la papilla agria que nos habían dado.

*

Extenuados y desmoralizados como estábamos, nos concedieron unos días de descanso. Bajo una pertinaz llovizna, sudando a mediodía y tiritando de frío al caer la tarde, marchamos hacia unos pueblos que, según decían, los habitantes se habían visto forzados a abandonar. El cielo tenía un tono amarillo azufre cuando, ya casi de noche, llegamos a una aldea solitaria. Los oficiales y el teniente se instalaron en la pequeña casa consistorial. A los demás nos repartieron por las casas en grupos de ocho, cada uno con su correspondiente sargento. Yo fui a parar a una casa de campesinos, unos cien

metros más allá de los límites del pueblo, con un grupo formado por Carlier, Rudy el Bizco, Antoine Derdeyn, Daman, Boone, Vinus De Bleser, mi primo René y un chico de la zona de Vilvoorde. Los humildes paisanos habían huido de sus casas a mataballo, dejándolo todo tal como estaba. Debíó de pillarles desprevenidos la llegada de los alemanes, que, sin embargo, no parecían haber parado allí mucho tiempo. Las vacas pastaban en el prado detrás del huerto y las cabras y los conejos seguían en sus cercados como si allí no hubiera ocurrido nada. Dentro de la casa olía a paja húmeda y madera quemada. En la sencilla repisa de madera de la chimenea había varios retratos que parecían vigilarnos con una admonición: campesinos con la cabeza cuadrada y ojos inexpresivos, sentados con las manos en el regazo. Nos quitamos los pesados cinturones y ordené que guardaran los macutos en la buhardilla y colocaran los fusiles en fila contra la pared del estrecho pasillo.

Entretanto bajé a echar un vistazo al sótano para ver si nos podíamos esconder allí en caso de que atacaran el pueblo con obuses. Para mi sorpresa, encontré por lo menos cien kilos de patatas y una tina con carne de cerdo conservada en manteca. En la pared había anaqueles con largas hileras de tarros de cristal llenos de fruta en almíbar y verduras encurtidas, y en un rincón, cinco cántaros de barro cuyo contenido estaba cubierto con una gruesa capa de sal.

—¡Ja, ja! —exclamó Derdeyn, que había venido detrás de mí—. ¡Campesinos acaparadores! —De uno de los anaqueles sacó una caneca de ginebra y, con la otra mano en la entrepierna, exclamó—: ¡Yo lo que quiero es cagarme aquí en el suelo y agarrarme una buena cogorza!

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, le pegué tal guantazo que se cayó contra los anaqueles. La caneca de ginebra se rompió en el suelo. A pesar de que le sangraba la nariz, tuve que contenerme para no arrearle otro guantazo.

—Anda, sube arriba y mira a ver si hay suficientes platos y cubiertos para nueve hombres —le ordené secamente.

Subió las escaleras tambaleándose. Un instante después subí yo también y llegué arriba justo a tiempo de ver cómo terminaba de dar la vuelta a los retratos de los campesinos.

Vinus entró por la puerta trasera y le preguntó a Derdeyn qué le parecía si

sacrificábamos a los conejos antes de que volvieran los alemanes y se los comieran ellos.

—Pregúntaselo a Urbain —contestó Derdeyn—. Él es el jefe.

En sus ojos había algo difícil de definir, una expresión al mismo tiempo esquiva, torva y sumisa.

—Me parece bien —dije—. Podemos hacer conejo con patatas. Y en el huerto hay manzanas de sobra en el suelo para hacer una compota.

El chico de Vilvoorde dijo que una tía suya vivía cerca de allí y pidió permiso para ir a pasar la noche a su casa. Podía traer pan por la mañana para el desayuno. Le di autorización, pero con orden de presentarse al día siguiente antes de las ocho. Daman y Derdeyn salieron a ver de dónde venía un zumbido repentino que iba ganando intensidad. Un muro de sonido ensordecedor pasó por encima del pueblo y los prados. Las paredes de la casa empezaron a temblar y se oyeron dos violentos impactos, uno contra la nave de la iglesia y otro en medio del campo. Poco después, un tercer proyectil cayó cerca de la pequeña era en la que nos encontrábamos. Los cristales de la sala principal reventaron y quedaron reducidos a esquirlas; varias hileras de tejas resbalaron por el tejado y se hicieron añicos contra el embaldosado de la entrada.

Se hizo un silencio, quebrado al cabo de unos instantes por una voz:

—¡Aquí hay una bodega!

Uno de los obuses había abierto un agujero a pie de calle en la pared de una casa particular, dejando a la vista un gran número de botellas de buen vino colocadas en nichos de madera. Daman y Derdeyn echaron a correr hacia ellas, pero un teniente fue más rápido y les cortó el paso. Elevando mucho la voz para que lo oyera todo el mundo, dijo en francés que cada soldado podía coger una única botella y que castigarían duramente a quien pillaran con dos.

Daman y Derdeyn volvieron con sus botellas y Vinus, Boone y Rudy fueron a por las suyas.

—Con eso basta para los nueve —le dije a Carlier, que estaba pelando patatas junto a la puerta trasera. Él se encogió de hombros indiferente.

Poco después oímos al teniente pegar un bramido. Había tirado al suelo de un empujón a Geert, en la vida civil vendedor ambulante de pescado, y a

Peutie, que decían que era ladrón de perros; las botellas que se habían escondido debajo de la chaqueta se rompieron y tiñeron su uniforme de morado. Segers el Chepa se había metido en la panadería del pueblo y salía en ese momento con un capazo lleno de panes y bollos y un gesto triunfal en el rostro. Levantó el capazo por encima de su cabeza y dijo que todo el mundo podía coger algo sin mirar lo que era, pero la avalancha de soldados le hizo perder el equilibrio y se cayó al suelo con capazo y todo. En el tumulto, cada uno agarraba lo que podía entre risas, patadas, gritos de euforia y palabras groseras. Los comandantes dejaron que se desfogaran.

Hacia las diez, las chimeneas del pueblo echaban humo pacíficamente lejos del fragor de la guerra, y en las calles olía a carne estofada. Comimos conejo en salsa marrón. El vino fluía generosamente y de vez en cuando se oía a algún grupo cantar. Nosotros también cantamos, brindamos, comimos y reímos como si estuviéramos en las fiestas del pueblo.

Después de la cena me senté en un taburete detrás del establo de las vacas y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí más o menos tranquilo. El cielo estaba despejado. Venus brillaba a poca altura por encima de los árboles del huerto y la Osa Mayor empujaba su carretilla lentamente por la bóveda celeste. El frescor de la hierba me sumió en un dulce estado de embriaguez. Pensé en mi casa, donde ahora mismo estaría sola mi madre con mis hermanas. Mis dos hermanos, que todavía eran demasiado pequeños para que los llamaran a filas, ni siquiera sabía dónde estaban. Vi a mi difunto padre encogido en su silla junto a la estufa lovaniense, sus delgadas manos, sus uñas con los bordes renegridos, sus finas cejas. Y mientras pensaba que, si quisiera, podría pintar su retrato de memoria, se desató el infierno. Una avioneta pasó a muy poca altura y descargó sobre nosotros varias ráfagas de ametralladora, al mismo tiempo que un comando de soldados alemanes irrumpía en el pueblo disparando a ciegas a su alrededor. Era la primera vez que veíamos algo semejante. Nos llovían balas por todas partes. Daman, que había salido a la puerta a fumar, cayó fulminado en el vestíbulo. En torno a él se formó un charco de sangre que se extendía lentamente por las baldosas; unos jirones de carne eran lo único que unía su cabeza al resto del cuerpo. Al mismo tiempo oímos fuego de morteros. Un obús alcanzó de lleno el establo del que me acababa de alejar corriendo y los mugidos, bufidos y estertores de

las vacas se sumaron al pandemonio. Entré en la casa como una exhalación. Todos se habían metido en el sótano. Agarré los fusiles, que estaban desparramados en el pasillo, y los tiré por el hueco de la escalera ordenándoles que subieran inmediatamente. Fuera se oían gritos por todas partes, alaridos agónicos, gemidos de pavor. En el centro del pueblo había una nube de humo naranja encima de los tejados y lo que quedaba de la iglesia empezó a arder al recibir el impacto de un nuevo proyectil. Una bandada de estorninos pasó de pronto volando muy bajo, a poca distancia de nuestras cabezas. En algún sitio habían reventado un pozo y el barro salpicaba puertas y fachadas; para entonces, ya no quedaba en el pueblo ni una sola ventana entera. Ordené a mis hombres que se acercaran de uno en uno al centro del pueblo bordeando nuestra era. Yo los seguí en último lugar. Vimos a lo lejos las siluetas de unos veinte alemanes sobre un fondo de casas en llamas. Atravesando varios jardines llegamos a la plaza de la iglesia, y cuando doblamos la esquina ya estaban al alcance de nuestros fusiles. En ese momento se disponían a asaltar la casa consistorial, donde estaban atrincherados los oficiales y el teniente. Di un paso al frente y ordené a mis hombres con una señal que disparasen todos a la vez. Nuestra salva sorprendió a los alemanes por la espalda. Derribamos a todos menos a dos que consiguieron darse la vuelta. Vinus cayó al suelo rugiendo de dolor, volvimos a disparar y los dos últimos alemanes se derrumbaron sobre el pavimento. Se hizo bruscamente el silencio. Lo único que se oía era el aleteo de las palomas silvestres y el crepitar del fuego. En la lejanía, un perro aulló como un lobo. Los astros de la Vía Láctea brillaban a una distancia infinita del agujero negro en el que giraba este planeta insensato. Nos acercamos con precaución, pegados a las fachadas y apuntando con el fusil. Todavía temíamos una emboscada, pero no ocurrió nada. Un oficial se asomó a la ventana de la casa consistorial con el soldado que siempre lo escoltaba. Alcé una mano y les dije que ya había pasado el peligro.

En distintos puntos del pueblo se oían gemidos lastimeros de soldados heridos.

Los oficiales salieron de uno en uno a la calle. De las casas empezaron a salir también soldados, algunos todavía borrachos y desconcertados. Habíamos perdido veinte hombres. El comandante masculló una blasfemia,

puso varios centinelas repartidos a lo largo de la calle principal y ordenó montar una ametralladora a cada lado en un primer piso.

«Los demás que se vayan a dormir», dijo, «mañana nos espera otra larga jornada.» Luego se volvió hacia mí: «Marshián, me encargaré personalmente de que te concedan una condecoración por esto.»

Saludé con la mano en la sien y me volví a reunir con mis hombres.

Delante de la puerta de nuestra casa estaba Boone gimiendo moribundo, suplicando a Dios que le concediera una muerte rápida. Tenía el uniforme desgarrado y entre los botones metálicos de la chaqueta se veían sus vísceras. Le limpié el vómito que le cubría la cara con un pañuelo sucio, el único que tenía, y maldije la estupidez de Derdeyn. Por su culpa se había roto la caneca de ginebra antes de la cena. Aunque por suerte, Boone no tuvo que sufrir mucho. De su nariz y su boca salió un borbotón de sangre espesa y oscura, sus ojos empezaron a girar sin control y, casi a continuación, perdió la conciencia. Un par de minutos después había muerto. Le cerré los ojos y pedí a los chicos que cavaran un hoyo en la parte de detrás de la era. Metimos a Boone y Daman juntos y los cubrimos con paja antes de tapar el agujero. Theo Carlier hizo una rudimentaria cruz con dos listones y grabó sus nombres con una navaja. La noche ya estaba muy avanzada. El rocío cubría los árboles y el césped; reinaba un profundo silencio y el mundo resultaba incomprensible. Tras una hilera de álamos, ajena al tiempo de los hombres, emergió como en un sueño una luna brillante, grande y amarilla como un queso. Recé a la Virgen de los Dolores, le pregunté por qué le había vuelto la espalda al mundo. Antes de entrar con los demás en la casa, inhalé el frescor otoñal de la tierra, en el que todavía era perceptible el olor de la pólvora. Dormí en el sótano encima de un poco de paja. Rudy el Bizco, Carlier y Derdeyn se acomodaron en el suelo. Uno detrás de otro fuimos cayendo en un profundo sueño, como una luz que se extingue progresivamente, una luz grande y lejana cuyos rayos no tardaron en clavarse otra vez como espadas a través de la pequeña ventana del sótano, mientras los pájaros se desgañitaban en los viejos manzanos del huerto y un gallo cacareaba en lo alto de un montículo de estiércol junto a la caseta del jardín, destrozada por las balas.

Antes de partir ordeñamos dos vacas que andaban por allí sueltas y llené de leche la cantimplora de Boone. También me quedé con la fiamblera de Daman, que aún estaba en perfecto estado. Siguiendo órdenes de los oficiales, con la cabeza todavía abotargada por el vino de la noche anterior, nos pusimos en marcha hacia el oeste, en dirección a Humbeek. A los pocos kilómetros saltaron los tapones de varias cantimploras. Algunos soldados las habían llenado con el vino sobrante de la cena y entre los vaivenes de la marcha y el calor, el brebaje no tardó en fermentar. Con la presión, salió a chorro trazando una parábola y, para gran hilaridad de los demás, les caló el pelo, el cuello y la chaqueta. Jurando en arameo, continuaron el camino con el uniforme lleno de manchas moradas, envueltos en un vaho ácido de alcohol.

Después del mediodía empezó a lloviznar. La moral de los soldados, todavía resacosos, se hundió a ojos vistas. Por el campo nos resbalábamos con el espeso barro de los senderos rurales y por los pueblos con los traicioneros adoquines de calles destrozadas por las bombas. De una escuela parcialmente derruida por un obús salió a nuestro encuentro un grupo de monjas. Habían preparado grandes cantidades de sopa, porque habían oído que íbamos a pasar por allí. También repartieron latas de sardinas y carne de buey. Los oficiales perdieron enseguida la paciencia y empezaron a gritar que no podíamos demorarnos más. Refunfuñando, llenamos los macutos apresuradamente y reanudamos la marcha. Entretanto, la lluvia había arreciado y ahora resultaba muy molesta. También hacía más frío. Detrás de un terraplén encontramos huellas de un combate reciente. Con puertas y postigos tendidos sobre acequias y charcos, habían creado varios caminos que conducían a una trinchera —ahora vacía— parcialmente cubierta con tablones y escombros. En el barro se veían pisadas, resbalones y zanjas abiertas apresuradamente. La compañía anterior no podía haber partido de allí hacía más de media hora. Recibimos la orden de reunir todas las tablas, puertas y postigos y cavar una trinchera a cien metros de allí. El sentido de aquel extenuante trabajo se nos escapaba por completo, hasta que detectamos intensos movimientos en unos arbustos a trescientos o cuatrocientos metros de nosotros. Nos ordenaron tirarnos inmediatamente al suelo y seguir

trabajando arrastrándonos por el barro, lo cual dificultaba mucho la tarea. A duras penas conseguíamos que las zanjas alcanzaran algo de profundidad. El sudor y la lluvia nos corrían por el cuello y nos empapaban la espalda. En vista de que en el Senne la cosa se me había dado bien, me encomendaron otra misión de reconocimiento. Tenía que ir a rastras hasta la siguiente acequia, al otro lado del prado, y tratar de averiguar qué se traían entre manos los alemanes. El teniente que estaba ahora al mando, Laurens de Meester, era un viejo conocido de la academia militar de Cortrique que me demostraba su estima encargándome este tipo de misiones con muy pocas palabras y sin ningún tipo de rodeo.

Carlier y Derdeyn vinieron conmigo. Estuvimos hasta las cinco merodeando en torno al campamento de los alemanes y con mis últimas hojas de dibujo —ya muy sucias— hice un esquema lo más preciso posible de la posición y la forma de sus trincheras.

Al caer la tarde tuve que salir otra vez a calibrar la situación. A los oficiales les resultaba sospechoso el silencio, teniendo en cuenta los indicios de frenética actividad que habíamos encontrado. Por la noche, con la niebla y el frío, el barro se endurecía formando irregulares dientes de sierra que hacían más difícil avanzar a rastras. Cuando nos aproximábamos al pueblo situado a la izquierda del pequeño bosque, de pronto salió de la nada un caballo negro. Pasó al galope junto a nosotros y, al vernos, se desvió hacia el prado relinchando furiosamente. Antes de alejarse, lanzó una coz con ambas patas traseras, de tal forma que perdió el contenido de las alforjas. Por los aparejos, era evidente que se trataba de un caballo enemigo. El ruido sordo de sus herraduras se fue desvaneciendo en la distancia y, de la misma forma que había aparecido, desapareció. Me acerqué a rastras para ver qué había caído de las alforjas y encontré un libro de cartas topográficas, una brújula, unos prismáticos y una libreta de notas. Más tarde, cuando volvíamos a nuestra posición al amparo de la oscuridad, oímos de pronto que el caballo se acercaba a nosotros por detrás. Sus grandes ojos marrones tenían un brillo intenso entre las sombras de la noche. Nos siguió mansamente, como si reconociera en nosotros a sus amos. Carlier, que se había criado en una granja y sabía cómo tratar a los caballos, agarró las riendas. En un primer momento, el caballo resopló, pegó un par de tirones con la cabeza y golpeó el suelo con

las patas traseras, pero luego se dejó llevar. Al llegar a nuestra trinchera, el teniente inspeccionó nuestros hallazgos con mucha curiosidad. Los soldados nos miraban apáticos mientras se comían lo que habían repartido las monjas a mediodía.

En el cielo neblinoso se abrieron claros a través de los cuales se filtraba la luz de las estrellas. La temperatura descendió rápidamente; el suelo despedía un vaho gélido y parecía la superficie de un planeta desconocido, una capa de humus frío al que nosotros, seres minúsculos y ateridos, nos habíamos quedado pegados como moscas atrapadas en la melaza. Aquella noche soñé con el hijo del herrero y sus ojos convertidos en bolas blancas abrasadas por el fuego; él me hablaba todo el rato, pero yo no conseguía entender lo que me decía. *Noteniendo*, le repetía una y otra vez, mientras él escupía perdigones de saliva que me quemaban la cara como si fuera hierro fundido. Cuando desperté vi que eran gotas de lluvia. En el aire flotaba una niebla ácida. Temblando de frío y con un humor de perros, me eché por encima mi abrigo roto.

*

Domingo por la mañana. En ninguna iglesia del entorno sonaron las campanas. Los cuervos volaban en grupos sobre los álamos rotos y las casas derruidas que había enfrente de nuestra posición. Nos dieron a cada uno dos biscotes y una taza de café caliente. Agarré mi taza y, ansioso por beber, me quemé los labios. Instintivamente, eché la cabeza hacia atrás, y, cuando fui a soplar, dos balas, una detrás de otra, pasaron entre mi boca y la taza en dirección a nuestro barracón, donde un sargento estaba sirviendo el café. Una le dio en la garganta, la otra en el cuello. Cayó como un muñeco contra la puerta. Murió en el acto. Se produjo un caos de voces y gritos. Los soldados agarraron su fusil y buscaron cobijo en las trincheras. El teniente De Meester daba instrucciones a voces. A mí me envió con veinticuatro hombres a montar un puesto de guardia doscientos metros a la derecha de nuestra posición, con órdenes de disparar contra todo lo que se moviera. Deslizándonos como anguilas por el césped, llegamos a un campo sembrado de patatas, lo cual era una suerte, porque las franjas de tierra elevada nos

ofrecían protección. Cuando nos detuvimos a mirar con precaución a nuestro alrededor, no vimos más que campos desiertos y, a varios cientos de metros, una casa solitaria de poca altura. Sin embargo, cuando miré a través de los prismáticos de los alemanes —De Meester me los había confiado— vi que la hierba se movía, como si hubiera en el prado una ola avanzando hacia nosotros, silenciosa y traicionera. Aquel regimiento enemigo debía de llevar siguiéndonos desde el día anterior, con intención, sin duda, de atacarnos por sorpresa y eliminarnos a todos.

De pronto, el sol del amanecer se reflejó fugazmente en la ventana del tejado de la casa solitaria.

«Están instalando una ametralladora ahí», les susurré a mis hombres.

Di orden de disparar los veinticuatro a la vez contra la ventana. Tres, dos, uno, fuego. La salva sonó como un único disparo. A través de los prismáticos vi cómo salían corriendo de la casa seis o siete hombres. Los alemanes respondieron disparando al azar en dirección a nuestro campo de patatas, pero estábamos a cubierto en las zanjias. Volví a mirar. La ola del prado seguía arrastrándose hacia nosotros, retorciéndose, estirándose y encogiéndose de nuevo. Mi corazón se saltó dos latidos. Habíamos desperdiciado mucha munición. Solo nos quedaban diez balas a cada uno y estábamos completamente aislados del grueso de nuestro regimiento. Ordené disparar salvas simultáneas a ras de suelo, formando un abanico a nuestro alrededor. Una única bala cada vez, los veinticuatro al mismo tiempo. En el prado hubo un momento de confusión. La ola dejó de avanzar y durante unos instantes se detuvieron los disparos. Pero de pronto pasaron por encima de nosotros varios proyectiles que fueron a estallar doscientos o trescientos metros detrás de nuestra posición. Al parecer, los alemanes creían que nuestra tropa iba a recibir refuerzos y trataban de cortar el paso. Por primera vez tuve miedo de morir. A mi lado —podía olerlo claramente— un joven soldado se había cagado encima. Había dejado su fusil a un lado y le temblaba todo el cuerpo.

—Cabo —me dijo—, puedo...

—¡Cállate! —contesté—. Tenemos problemas más graves que tu pantalón.

Se hizo otro silencio. Ya eran casi las nueve. La intuición me decía que el

enemigo no se atrevería a meterse en el campo de patatas. Recuperamos el aliento y le hice un gesto de ánimo a aquel joven paralizado por un ataque de pánico. Cuando quise mirar otra vez hacia el prado, un oficial alemán se erigió súbitamente a menos de diez metros de nosotros y vi cómo dirigía su pistola hacia mí. Disparó dos veces, pero yo ya me había puesto otra vez a cubierto. La tierra me salpicó en la cara. Volví a asomarme inmediatamente y fui más rápido que él. Sorprendido por mi disparo, cayó de espaldas y ya no se volvió a mover.

Ya solo nos quedaban cinco balas a cada uno y no podíamos escapar en ninguna dirección. Unos cien metros detrás de nosotros estallaban granadas y obuses que en poco tiempo habían removido la tierra hasta donde nos alcanzaba la vista. Y por delante teníamos a un número indeterminado de alemanes listos para masacrar a nuestro pelotón de apenas veinticuatro hombres. Escudriñé los rostros de mis soldados. Miraban tensos hacia el prado, conscientes de que en cualquier momento podía aparecer ante ellos el pincho de un casco alemán. Disponíamos de demasiada poca munición como para disparar a ciegas entre la hierba como medida intimidatoria.

Recordé que el teniente había prometido hacer una señal con el sable en alto cuando el terreno estuviera despejado para volver a nuestras trincheras. Pero desde Molenheuvel, donde estaban a cubierto en la barraca, no llegaba ninguna señal ni ningún sonido. Nos la teníamos que jugar a ciegas. Le ordené al soldado situado más a la izquierda que saliera corriendo tan rápido como pudiera hacia nuestra base. A los tres pasos cayó muerto de un disparo. Tras un largo silencio, le repetí la misma orden a nuestro soldado más adelantado. A los diez metros lo derribaron con una ráfaga de disparos a ras del campo de patatas. Sentí el odio abrasándome por dentro como una especie de ácido gástrico en ebullición, una bilis amarga que inundaba mis vísceras con una energía irracional y una sed de sangre mareante. Solo me quedaban dos balas. Me coloqué la mochila de tal forma que me protegiera el costado derecho, me levanté de un salto y me lancé a una carrera a vida o muerte hacia el campo adyacente. Las balas pasaban volando a mi alrededor. Una de ellas me rozó el hombro y desgarró el cuello de mi chaqueta. Otra rompió la correa de mi mochila, a causa de lo cual perdí el equilibrio. Tropecé con mi fusil y me di de bruces contra el borde de un campo de remolachas. Caí de

cara en la tierra. Mi fusil quedó tirado tres metros detrás de mí. Tenía el corazón desbocado. Me arrastré hacia atrás tumbado de espaldas, agarré la correa del fusil y tiré de él hacia mí. Mis hombres me miraban paralizados por el miedo. Les hice un gesto para que me lanzaran munición. Cayeron diez balas a mi alrededor. Arrastrándome con mucha precaución, las reuní todas, las limpié bien y cargué mi fusil. Cada vez que se movía algo, lanzaba un disparo a ras del suelo. Después del tercer disparo se hizo un silencio de varios minutos. Finalmente, tosí de forma exagerada y me puse a cubierto en una zanja. Volvieron a disparar hacia mi posición y yo devolví el disparo. Una silueta oscura emergió de la tierra gritando y cayó inmediatamente de espaldas. De nuevo se hizo el silencio. Les hice una señal a mis hombres para que se arrastraran hacia mí de uno en uno. Al cabo de cien metros dejamos de arrastrarnos y empezamos a gatear; otros cien metros después, nos levantamos y echamos a correr a la desesperada. Pero ya no hubo más disparos.

Al llegar a la barraca nos sentamos a recuperar el aliento. Nadie decía nada. Desde todas las direcciones llegaban soldados, algunos de ellos heridos, con una pierna, un brazo o el pecho envuelto en una venda manchada de sangre, vendas improvisadas con jirones de su ropa interior. Otros se acercaban al campamento cubiertos de barro, como zombies, muertos vivientes, con las caras renegridas y la mirada pálida. Desde distintos sitios llegaban estertores y quejidos, pero no sabíamos exactamente de dónde y ya no nos atrevíamos a alejarnos de nuestro cobijo. Entretanto habían sacrificado al caballo alemán. Un grupo de soldados lo había desollado con sus bayonetas y la carne, cortada en grandes trozos, estaba colgada de una vieja puerta de establo. Pero no podíamos hacer fuego para asarla y, de momento, teníamos que aguantar el mareante olor que despedía. Por la noche, moviéndonos a tientas en la oscuridad absoluta, recuperamos los cadáveres de mis dos hombres. Los muchachos del servicio de ambulancias recorrieron el campo en busca de heridos. Mi primo René había muerto a menos de cien metros del lugar donde había tenido lugar nuestra batalla. No llegué a verlo. La ambulancia ya se lo había llevado. Me aseguraron que no había sufrido y que había «muerto con honor en el campo de batalla», la manida fórmula vacía de significado que oíamos una y otra vez para las horribles muertes que

tenían lugar a nuestro alrededor. Alguien se había quedado con sus botas, las botas de mi primo René, el fanfarrón de piel lechosa que soñaba con ser zapatero. ¿Quién iba a decirle ahora a Evarist, el viejo herrero, que su segundo hijo también había muerto?

Continuamos hasta Zaventem. Entré a rezar en la iglesia y pasé mucho rato arrodillado ante el cuadro de mi santo patrón, en una nave lateral. El teniente nos dio una ración extra de rancho y nos felicitó por nuestro valor y nuestra sangre fría.

«*Tu as fait ce que tu pouvais, Marshián, ne t'en fais pas trop*», me dijo dándome una palmada en el hombro.

Esa noche, cuando por fin me tumbé a descansar, lloré como un niño con el rosario entre los dedos. Recé en estado de gran confusión, tratando de silenciar la procelosa tormenta de gritos que se había desatado en mi cabeza y hacía que todo me diera vueltas, pero era como si mis plegarias se perdieran en aquella insufrible batahola interna. Al cabo de una hora rezando de forma convulsiva, empecé a escuchar de nuevo el eco de aquel órgano lejano y me quedé dormido.

3

LA BATALLA DEL YSER, OCTUBRE DE 1914

Lo que empezó siendo un ejército de ciento veinte mil hombres con gran agilidad de movimientos y en permanente estado de actividad militar, había quedado reducido a una turbamulta de desharrapados que improvisaba sobre la marcha. Habíamos escapado a la muerte de milagro en decenas de ocasiones, nos habíamos vuelto insensibles a úlceras, ampollas, dolores y lesiones que sufríamos a causa del pesado e incómodo material que teníamos que arrastrar por praderas embarradas y pueblos abandonados. La primera semana de octubre, con el cuerpo y el alma agotados, con fusiles que todavía disparaban pero carecían de toda precisión por el desgaste de los cañones, recibimos la orden de partir a marchas forzadas hacia los diques ocupados del sudoeste de Flandes. Al cabo de tres jornadas llegamos a Jabbeke, al día siguiente continuamos hasta Ostende y en Middelkerke nos separamos en grupos. Nos alojaron en casas vacías, bebimos café caliente, comimos bocadillos y dormimos sobre la exigua capa de paja que echaron para nosotros en el suelo de madera. Unas horas después nos despertaron las cornetas y los tambores del batallón. Para espabilar un poco a aquel triste contingente de soldados derrengados, conmocionados y aturdidos, nos dieron una taza de café y un par de biscotes secos. Nos lo tomamos todo en silencio, exhalando profundos suspiros, y nada más terminar el frugal desayuno nos dieron instrucciones para otra larga y apresurada marcha, sin decirnos adónde íbamos exactamente. Por un mensajero nos enteramos de que Gante estaba a punto de caer, y al pensar en mi madre me dio un vuelco el corazón. Entre las tropas corría el rumor de que Middelkerke era una trampa; estábamos de espaldas al mar y no había escapatoria posible ante el avance de los alemanes. Los oficiales nos ordenaron que cerrásemos el pico y siguiéramos andando.

Yo tenía los pies hechos jirones; la sangre se secaba y el basto tejido de mis calcetines me rozaba las heridas, abriéndolas más todavía. Con cada paso que daba me retorcía de dolor. Alguien dijo que nos iban a relevar en breve las tropas francesas e inglesas. Pero qué sabíamos nosotros. Dando tumbos como una banda de piojosos, con gorras de policía, boinas o sombreros robados bajo los cuales asomaban mechones de pelo sucio —los quepis hacía tiempo que los habíamos tirado, unos pisoteados, otros destrozados por las balas—, con botas de alemanes muertos o encontradas en cualquier granja y petates hechos con harapos, como una tropa de menesterosos cubiertos de lodo, con los sentidos embotados, rezongando y gimiendo bajo un cielo plomizo, batíamos los caminos embarrados de campos castigados por la lluvia rumbo a lo indecible.

Poco después del mediodía llegamos a Ichtegem, donde nos detuvimos a esperar órdenes del Estado Mayor. Tras más de una hora de deliberaciones, decidieron que diéramos la vuelta. Las protestas arreciaron de tal forma que los oficiales tuvieron que desenvainar los sables y desgañitarse para tratar de calmar los ánimos de aquella patulea de hombres demacrados que maldecían, pateaban el suelo, se tiraban al césped y se quitaban las botas con los pies doloridos e hinchados, decididos a no dar ni un paso más. Algunos valones empezaron a balar como ovejas: «*Armée bête, armée bête.*» El desconcierto de los oficiales era más que patente. Yo, resentido porque acababa de enterarme de que mi madre y mi hermana Clarisse habían ido a Jabbeke el día anterior y no me habían permitido verlas, di un paso al frente y le dije al teniente De Meester que los hombres necesitaban primero unas horas de descanso. Pero no nos las concedieron. Habían llegado órdenes superiores. Yo repliqué que entonces deberían decirnos cuáles eran esas órdenes, de modo que al menos pudiéramos comprender el sentido de todas aquellas idas y venidas.

«Martien», me espetó De Meester, «no quieras ser más listo que nadie.»

Encorajinados, con un humor de perros, nos armamos una vez más de valor y marchamos hasta Mannekensvere. Poco después cruzamos el Yser por el único puente que había, y cuando, tras un rato siguiendo el curso del río, llegamos a la curva de Tervate, nos dieron por fin el alto. Por el camino, los oficiales al final se habían apiadado de nosotros y nos habían dejado hacer un par de descansos. En un arroyo lavamos nuestros calcetines

ensangrentados y estuvimos un buen rato sentados con los pies metidos en el agua fresca. Compartimos vendas y polvos de talco y finalmente, al límite de nuestras fuerzas, nos derrumbamos a orillas del Yser.

Por la noche, el suave zureo de las palomas silvestres resonaba sobre la superficie del río, lisa como un espejo. En el barro vi huellas frescas de unos zapatos de mujer y unos zapatitos de un niño. En los prados había alguna que otra vaca perdida y algún caballo. Pero, por lo demás, la comarca parecía completamente abandonada.

Volvieron a repartir grandes latas de Biscuits Parein por las que se peleaban los soldados cuando quedaban vacías, porque resultaban muy útiles para guardar todo tipo de cosas. Por las noches, en vez de dormir, continuábamos trabajando febrilmente. Con sierras de dientes romos —las únicas que teníamos— cortamos a ras de suelo una hilera de sauces. Los troncos y las hojas de los árboles tumbados nos ofrecían protección contra la lluvia y el viento. Los troncos más gruesos los cortamos longitudinalmente para cubrir una parte de las trincheras. Los oficiales ordenaron cavar fosas que se pudieran defender por ambos lados. Yo pregunté qué sentido tenía eso. Al parecer, estábamos junto a dos pronunciados meandros del río, una doble curva en forma de S. Si los alemanes conseguían cruzar el Yser, nos tendrían automáticamente rodeados. En una granja abandonada hicimos café y bebimos ávidamente de nuestras tazas de hierro. Eran las seis de la madrugada y todo el mundo necesitaba unas horas de sueño. En el momento en que Segers el Chepa y Lievens salían de la granja con la enésima jarra de café, empezó otra vez el infierno. Un obús estalló a su lado y los mató en el acto. A uno de ellos lo destrozó de tal forma que ni siquiera encontramos su cuerpo. Como si quisieran demostrarnos su precisión, los alemanes lanzaron a continuación varias bombas que cayeron justo sobre los caballos y las vacas que había en el prado situado a nuestra espalda. Las patas de los animales, envueltas en la neblina azul de la pólvora, quedaron apuntando al cielo como estacas asomando de los cráteres. Al parecer, el enemigo había conseguido construir un puente y cruzar el río. El pánico se apoderó de nosotros. En algunos puntos se libraron combates cuerpo a cuerpo con la bayoneta montada en el fusil. Cayeron más obuses y, en cuestión de minutos, no quedó piedra sobre piedra en la granja. Hacia las diez de la mañana, el idílico

paisaje había quedado convertido en una masa de escombros y tierra revuelta sin el más mínimo vestigio de vida. Los hombres a cargo de nuestro nido de ametralladoras trataron de responder con ráfagas de disparos dirigidas hacia el lugar del que venían los obuses, pero una bomba de gran calibre cayó encima de ellos y vimos cómo saltaban por los aires sus cuerpos. A nuestro alrededor volaron brazos y piernas arrancados de cuajo.

Los días se sucedían entre momentos de repentina alarma y largas horas de silencio en las que el campo parecía un remanso de paz y tranquilidad. Nuestra artillería nos fallaba más de la cuenta, aunque tampoco tenía mucho sentido disparar: las bocas estaban desgastadas por el calor, por lo que las armas carecían de precisión, y nuestros cañones ligeros apenas tenían alcance. Algunos días, además, una niebla gélida nos tapaba por completo la vista.

Una noche atracó en el río en silencio una balsa con grandes cajas de munición. No teníamos ni idea de cómo había llegado hasta nosotros.

Pero mucho mayor fue nuestra perplejidad cuando, al amanecer, vimos de pronto una enorme multitud de perros, conejos, gatos, comadreja, turones y ratas cruzando el río como un ejército de otro planeta, trazando con el hocico innumerables triángulos en la superficie oscura del agua. Habían abierto las esclusas de Nieuwpoort para inundar todos los campos desde la costa hasta Stuivekenskerke, Pervijze, Tervate y Schoorbakke. Poco a poco empezamos a comprender que, de aquella forma, tal vez se consiguiera detener el avance del enemigo. Con el alma en vilo, observamos el éxodo de los animales. Nos prohibieron terminantemente disparar contra ellos para no revelar nuestra posición. Y así, en silencio, vimos cómo avanzaban guiados por su fino olfato aquellos heraldos de un mundo arrasado por las aguas, un apocalipsis incomprensible; en cuanto llegaron a tierra, se sacudieron el agua y, sin prestar atención a nadie ni a nada, atravesaron corriendo nuestras trincheras y continuaron su desesperada huida como leminos en estampida. Por muy hambrientos que estuviéramos, nadie intentó atrapar a alguno para tener algo de carne. Como ángeles del día del juicio final disfrazados de animales, desaparecieron de nuestra vista aquellos seres espectrales, dando saltos por una extensión de barro que parecía negro a la luz gris del amanecer.

Estupefactos, volvimos la mirada hacia el río, cuya superficie oscura todavía vibraba levemente en el lugar por donde habían cruzado los animales, y vimos a lo lejos el vago destello del agua acercándose por los pólderes. Los comandantes recorrieron las filas diciéndole a todo el mundo que habría problemas de avituallamiento y que tendríamos que arreglarnos con lo que teníamos durante un número indeterminado de días, con poco o ningún apoyo de la retaguardia. Lo único que todavía nos daban eran latas de sardinas y biscotes húmedos. Los soldados maldecían con repugnancia y sufrían arcadas por la combinación de café amargo y sardinas saladas.

Nos prohibieron desplazarnos para hacer lo que, de forma curiosamente pudorosa, llamaban las «necesidades fisiológicas», aunque hacía ya varias semanas que muchos soldados soltaban el vientre allí donde les venía el apretón. Otros se meaban encima con tal de sentir un instante de calor cuando la niebla de la madrugada nos agarrotaba el cuerpo. En los extremos de las trincheras se formaron montañas cada vez mayores de excrementos, y lo único que podíamos hacer era tratar de ignorarlas. De vez en cuando, alguien echaba encima un par de paladas de tierra, pero hacía ya tiempo que el penetrante hedor se había instalado en nuestra cabeza, nuestro aliento, nuestros huesos. «Hay que joderse», decía Carlier escupiendo en el barro, «vivimos aquí peor que los hombres de las cavernas.»

Una mañana, al cabo de una semana, oímos el llanto de un niño. Era un muchacho de unos diez años. Estaba solo al otro lado del río. El comandante nos prohibió ir a ofrecerle auxilio y Carlier dijo que aquello era una vergüenza, se quitó el uniforme y se fue nadando hasta la otra orilla. En el momento en que estiró un brazo hacia el niño, este se alejó de él y los alemanes abrieron fuego, imposible saber desde dónde exactamente. Carlier se dejó caer hacia atrás, rodó por el talud hasta el agua, se sumergió en el río y no asomó la cabeza hasta que llegó a nuestra orilla. Todos seguimos el espectáculo con el corazón en un puño. Ayudaron a Carlier a salir del agua y el comandante dijo que merecía un grave castigo, pero al ver nuestra indignación por los viles métodos de los alemanes, decidió dar por zanjada la cuestión.

Acabábamos de tomar plena conciencia de que teníamos enfrente a un

enemigo sin escrúpulos morales de ningún tipo. Para nosotros, que habíamos seguido una instrucción militar basada en un elevado sentido de la dignidad castrense, la moral y el arte de la guerra, que habíamos recibido clases de esgrima, que nos habíamos entrenado para ejecutar operaciones de rescate y habíamos aprendido a reflexionar sobre el honor del soldado y la madre patria, aquel tipo de guerra psicológica era algo completamente nuevo, algo de otro orden. Nuestros sentimientos e ideas sufrieron una verdadera convulsión y, con el corazón agarrotado por el miedo, sentimos cómo nos transformábamos en otro tipo de hombres, dispuestos a todo aquello que hasta entonces habíamos reprobado.

Varios de nuestros oficiales se enzarzaron en una discusión en francés. Uno quería dar orden de cruzar el río, otro respondía enfurecido que aquello era una locura.

«*Gaspillage de munition et de vies humaines!*», bramó De Meester.

Al cabo de un tiempo, sin embargo, concibieron un plan con el que todos parecían estar de acuerdo. En pequeños grupos de cuatro a diez hombres, nos distribuyeron a lo largo de la orilla del río para intentar ver desde las curvas las maniobras de los alemanes. Cien hombres listos para disparar se apostaron en círculo en torno a la granja destruida por los obuses. A los demás nos dieron palas y nos pusieron a cavar en dos puntos, avanzando en direcciones opuestas; al cabo de unas horas nos encontramos en el centro, completando así una nueva trinchera de unos cien metros de longitud. A continuación nos mandaron meternos en las trincheras y no movernos hasta nueva orden. Se hizo de noche. Nos acomodamos en el suelo, encima de un poco de paja que habíamos sacado de los graneros destruidos; muchos dormían directamente en el barro, unos medio de pie, apoyados en el fusil, otros en postura fetal, vueltos hacia la pared de la trinchera. Teníamos unas ganas locas de fumar, pero el olor del tabaco podía revelar nuestra posición a los exploradores enemigos.

Aquella noche volví a pensar en mi madre y, de pronto, no sé por qué, en el hecho de que todavía no había estado nunca con una chica, lo cual me convertía con frecuencia en objeto de crueles burlas. Me acordé de la muchacha de la charca, la joven con la misma ropa que Bernadette Soubirous. Parecía mentira que hubiera sido hacía tan poco tiempo. La vi

saliendo del agua aquella tarde tibia de verano en el paisaje desolado del puerto. Su piel suave y desnuda brillaba con una luz intensa en la oscuridad. ¿Cómo se explica ese misterio por el cual vemos luz y vida en nuestros sueños cuando todo está oscuro a nuestro alrededor? La ansiedad empezó a crecer en mi interior, el deseo se apoderó de mi cuerpo y el demonio del placer solitario me echó sus garras al cuello. En la trinchera se oían de vez en cuando roces rítmicos sobre un tejido y yo sabía lo que eso significaba. En los demás lo comprendía, pero a mí no me lo perdonaría. Sin embargo, ahora me asfixiaba el deseo infinito de aliviarme yo también una vez, una sola vez, fuera de la vista del Todopoderoso y sus sacerdotes, fuera del alcance del sacramento de la confesión, allí, en ese infierno de barro y muerte del que ya habían huido hasta los animales del paraíso. ¿Sería permisible hacerlo una única vez? Antes de que me diera tiempo a hacer ningún movimiento, solo de pensarlo, eyaculé en mi pantalón del ejército con una fugaz sensación de calor dichoso. A continuación sufrí un espasmo. La cabeza me empezó a dar vueltas y rompí a llorar. Recé a la Virgen, supliqué perdón por mi debilidad. Pero mi apetito no se había calmado todavía, seguía viendo a la muchacha. y, atormentado por mis pensamientos, estuve dando vueltas en el barro hasta que, finalmente, con un sentimiento de culpa que ardía como un fuego en mi interior, me entregué al deseo, lloré, recé de nuevo para pedir perdón por mi pecado y me quedé dormido.

Cuando nos despertaron encontré junto a mí, todavía un poco templado, el trozo de cerdo asado que nos habían dado justo antes de dormir. No debíamos de haber dormido ni tres horas. Las cornetas tocaron un *Au Champ*[11] amortiguado; cayéndonos de sueño, nos pusimos en fila en la trinchera para recibir nuevas órdenes.

—*Soldats, portez-vous en avant! Pour les Flamands.* ¡En marcha, a paso ligero!

De pronto, un grito de pánico:

—¡Maldita sea, hay alemanes en nuestras trincheras!

Habían cruzado el río por la noche.

Las cornetas nos taladraron los oídos. Tiritando de frío, nos pusimos en guardia de un salto. Algunos empezaron a salir inmediatamente de las trincheras. En filas de cuatro, nos lanzamos hacia el enemigo. Un granadero

con su morrión negro debajo del brazo, un cazador con su uniforme verde, un artillero de la antigua línea de fuertes, un pontonero. Cada pocos segundos, el comandante los cubría disparando dos o tres veces por encima de sus cabezas. De aquella forma, corriendo y disparando a nuestro alrededor, avanzamos más de un kilómetro.

—¡En fila!

—¡Sigan, sigan, sigan! ¡No se queden atrás, joder!

En el aire frío de aquella mañana solo se respiraba el olor de la muerte.

—¡Martien y Kimpe! ¡A partir de ahora, primeros sargentos mayores!

—*Merci, mon commandant.*

—¡Firmes!

—*Oui, mon commandant.*

—¡Marroi, soldado de apoyo!

—*Oui, mon commandant.*

—¡Avancen los tres formando una línea! ¡Ciento cincuenta metros de separación entre cada uno! ¡Marquen todos los puntos donde haya protección y traten de trazar así una línea paralela por la que podamos acercarnos al frente enemigo! ¡Martien, cincuenta metros al frente y a la derecha! ¡Kimpe en el centro, Marroi a la izquierda! ¡Si encuentran resistencia, vuelvan a unirse a nosotros! ¡Venga, corran!

Yo fui el primero en abandonar nuestro parapeto. Me lancé a una carrera enloquecida. A mi alrededor volaban trozos de barro y hierba, las explosiones desenterraban escombros de los sótanos y los arrojaba por los aires. Avancé tirándome en embudos de obús y cráteres de bomba, buscando protección detrás de tocones de árboles, y esperé una señal indicando que los demás seguían nuestro avance. Pero no hubo ningún movimiento detrás de nosotros. Por encima de nuestras cabezas pasaban silbando balas y llovían granadas, bombas incendiarias y *shrapnels*. Por el flanco izquierdo no veía a Kimpe. Tenía que haber salido cincuenta metros detrás de mí, pero la tierra estaba tan devastada que no había ninguna referencia visual. Sin saber qué hacer, me eché al suelo y traté de avanzar arrastrándome tan rápido como pude. Por todas partes había alambre de espino destrozado por las bombas, vacas muertas, muros a medio derruir, trozos de hierro retorcido, profundos charcos, cráteres. Vi un caballo moribundo sacudiendo desesperadamente la

cabeza con el hocico cubierto de espuma, arañando el barro con las herraduras. Le pegué un tiro de gracia apoyando el cañón de mi fusil contra la pelambre marrón de su delicada cabeza y me salpicaron goterones de sangre y barro. Me había acercado ya tanto al fuego enemigo que podía ver sus nidos de ametralladoras, bocas del infierno que ladraban, retumbaban, escupían, cegaban y ensordecían. Llegué hasta un desnivel. Un metro y medio por encima de mí se extendía un prado donde nuestros hombres se podían reunir y preparar el ataque fuera del alcance de los alemanes. Pero no había manera de informar a nadie. La curva del río era muy traicionera en aquel punto. Volver hacia atrás significaba una muerte segura; hasta mis propios hombres dispararían contra mí, incapaces de distinguirme del enemigo. De modo que solo había una alternativa: tenía que subir al prado y ver qué había allí. De pronto, a mano izquierda, vi a Kimpe subiendo el talud en la distancia; dio un salto hacia delante y se metió por debajo de una barrera de alambre de espino destrozada. Seguí su ejemplo. Ahora había entre nosotros más o menos los ciento cincuenta metros de distancia que habíamos acordado, y de esa forma avanzamos hacia la línea enemiga. En mi cabeza, una voz repetía que aquello era cosa de locos. Las balas pasaban a mi alrededor a la altura de las rodillas. Fui ganando terreno a trompicones, saltando por encima de cadáveres y más cadáveres, tantos que el olor me cortaba el aliento; pero ya no podía faltar mucho, un poco más adelante tenía que estar la *parallèle de départ* que nos habían ordenado marcar. Saltando como un enajenado entre las ráfagas de balas, ejecutando un macabro y absurdo baile para salvar la vida, llegué por fin hasta la barrera más próxima al frente enemigo. Ahora tenía que actuar muy rápido. Di un salto, y justo en ese momento, sin saber muy bien dónde, sentí una violenta sacudida que se propagó por todo mi cuerpo. Un resplandor blanco me nubló la vista y tuve la impresión de que se me desgarraba el vientre. Bajo una continua lluvia de metralla de pequeñas bombas, caí de cara en una acequia seca y empecé a sufrir temblores. Tenía un dolor tan intenso en la ingle izquierda que estuve al menos un minuto sin poder respirar. Pensé que iba a morir asfixiado. No podía pedir ayuda, no podía toser, no podía agarrar mi fusil, que había quedado tirado al borde de la acequia, no podía soltarme el macuto, cuyo peso me oprimía la espalda. Estaba completamente paralizado. Con la vista borrosa vi los diques del Yser a unos cien metros de

mí y un momento antes de perder la conciencia murmuré: «Misión cumplida, *mon commandant.*»

Quedé sumido en la oscuridad y el silencio.

Cuando desperté, muchas horas después, ya estaba anocheciendo. Caía una pertinaz llovizna y estaba empapado. Para mi sorpresa, vi que me encontraba al borde de la acequia. Por lo visto había conseguido salir a rastras de la zanja, aunque no recordaba nada. Es posible que llevara horas a la vista del enemigo, expuesto al fuego de sus fusiles. Un soldado había caído muerto a mi lado con una bota encima de mi cuello. Me aclaré la garganta y giré la cabeza con mucha precaución. Por todas partes yacían camaradas muertos. Nuestra ofensiva había sido una catástrofe. El dolor me desgarraba el cuerpo entero. Permanecí inmóvil hasta que oscureció del todo y se dejaron de oír disparos. Me moría de sed y la herida de la ingle me martirizaba. A tientas, palpé el agujero de carne blanda cubierta de sangre pegajosa que había en algún lugar de mi bajo vientre. Rompí a llorar, convencido de que iba a morir. En lo más profundo de la noche, cuando ya había superado los límites de la desesperación y hacía rato que había dejado de sentir las piernas, empecé a arrastrarme por el barro sobre los codos. Pero incluso eso debía de hacer ruido, porque inmediatamente empezaron a disparar a ciegas hacia mi posición. Rezando a la Virgen, con los codos pelados y la sangre chorreando por el pantalón y las mangas de la chaqueta, me arrastré entre vacas muertas, caballos con las vísceras al aire y soldados con la cara literalmente arrancada, sin encontrar una sola alma viva, excepto, quizá, el hombre que oí gimiendo en algún lugar imposible de determinar. A veces metía la mano entera en las tripas de un muerto y, estremeciéndome de horror, continuaba mi penosa ruta de destino incierto, a mucha distancia todavía de las trincheras abandonadas.

Cuando empezó a amanecer, pensando que me estaba muriendo, llegué al borde del enésimo cráter y, como si se produjera ante mí un milagro, vi dos camillas de la Cruz Roja. Había allí agachados un médico y dos curas castrenses. Por lo visto, me encontraba ya a cientos de metros de la línea de combate. Me dejé caer rodando en el cráter y me prestaron primeros auxilios. Lo último que oí antes de perder la conciencia fue la voz del médico susurrando algo. Cuando desperté, estaba subido a un carro con otros heridos. Vi que me habían prendido un cartón en el pecho, pero no me podía mover lo

suficiente para ver lo que ponía. Por caminos llenos de baches y agujeros, nos alejamos de la mortal curva de Tervate. Aquella misma mañana, las ametralladoras y los obuses estratégicamente ubicados de los alemanes masacraron al resto de nuestro batallón. Entre Nieuwpoort y Diksmuide habían caído ciento cincuenta mil jóvenes soldados en menos de una semana.

Pasé varios días gimiendo de dolor y padeciendo miserias en una especie de barracón. Allí me enteré de lo que había sido de nuestra famosa *parallèle de départ*: nuestro comandante había estado dos horas esperando nuestra señal, pero ninguno de los tres pudo cumplir su objetivo. Ante la incertidumbre, decidieron lanzarse en tromba hacia las líneas enemigas con los sables y las bayonetas en ristre. Los alemanes acabaron con todos ellos, casi sin excepción. Solo en aquella zona del frente perdimos esa semana ocho mil oficiales. Infinidad de jóvenes murieron en el barro sin identificar, otros cayeron prisioneros, volvieron heridos o murieron en un carro camino del barracón donde estaba yo ahora. Al cabo de unos días me metieron con otros heridos en un camión que, zarandeándose y dando sacudidas por carreteras con el pavimento destrozado, nos llevó más allá de la línea de retaguardia. En una casa medio en ruinas nos examinó otro médico. Los comandantes desconfiaban de todo el mundo y trataban de desenmascarar a los posibles desertores. Algunos se ponían el uniforme ensangrentado de un compañero muerto y, simulando grandes dolores, intentaban abandonar el frente con los heridos. Los dos curas estaban muy impresionados. No paraban de llorar y tuvieron que llevárselos. En cada nuevo puesto de socorro al que nos trasladaban, cada vez más alejado del frente, nos hacían otro examen médico y de nuevo recibíamos primeros auxilios. Y cada vez éramos menos. Vi a jóvenes soldados morir al aire libre, en el cajón de carga de un camión. El cielo era una superficie gris, borrasca y vacía. Los triunfales graznidos de los cuervos, que volaban por encima de nosotros dejándose llevar por las desapacibles ráfagas de viento, me arañaban el cuerpo como cuchillas. Finalmente llegamos a Calais. En un hotel requisado por el ejército para uso militar, nos acomodaron por primera vez en camas y nos dieron pan y sopa. Poco después nos llevaron a un hospital. Yo no tenía ni idea de dónde estaba. Me sacaron una bala de la ingle. Cuando desperté, vi al médico castrense al lado de mi cama. Me entregó la bala como si fuera una condecoración.

«Has tenido *chance, mon ami*», dijo dándome una palmadita en la cara. «Dos centímetros más hacia el centro y te habría partido la espina dorsal. No habrías podido volver a andar nunca.»

No podía moverme. Dormí varios días seguidos, sin comer nada. Luego empezaron a alimentarme con un aguachirle de verduras que me provocó inmediatamente una fuerte diarrea. Me sentía tan frágil como una hoja de un árbol arrastrada por el viento en otoño. Por la noche tenía pesadillas en las que emergían caballos muertos de lodazales anegados de sangre y aplastaban a los soldados con sus herraduras. Por la mañana, a pesar de la vergüenza que me daba, rompía a llorar delante de las enfermeras, aquellas mujeres discretas que iban y venían en silencio con sus uniformes grises y nos atendían con voz dulce y manos delicadas. Un día me subieron con otros cincuenta heridos a un barco. «Liverpool», decían algunos. «Nos llevan a Liverpool.» Yo me pasé toda la travesía durmiendo.

4

Seis meses después, cuando me lanzaron otra vez a los leones en el frente, lo que recordaba de Liverpool era sobre todo una experiencia que me había causado una gran impresión, un descubrimiento que dejó en mí una huella imborrable.

El día que llegamos había una tormenta de granizo y el viento gélido azotaba las turbulentas aguas del ancho Mersey. Nos llevaron a un hospital próximo a Hope Street, donde estaban construyendo una catedral. Luego pasamos la primavera en un centro de rehabilitación en Wallasey, al otro lado del río, y por último nos trasladaron a la zona de Toxteth, otra vez en el propio Liverpool. Los días transcurrían como un reconfortante ensueño de paz y tranquilidad. Pasé varias semanas en una silla de ruedas. Maud, una enfermera muy reservada, se encargaba de llevarme de un lado a otro. Durante aquellas primeras semanas me costaba encontrar las palabras y por la noche, en la cama, me avergonzaba de mi torpeza y me costaba conciliar el sueño. Al cabo de un tiempo, con ayuda de unas muletas, empecé a ir y volver por el pasillo yo solo, aunque todavía con mucha dificultad. No sabría encontrar aquel centro de rehabilitación. Maud decía que estábamos a diez minutos andando del Mersey. Lo que sí recuerdo es que al lado había un parque con viejos robles, detrás de una pequeña tapia. Al principio, cualquier movimiento resultaba doloroso. Descubrí que los músculos del bajo vientre se tensan incluso al mover un brazo. Era como si hasta el más mínimo movimiento que hiciera tuviera efecto en aquel punto débil. Tenía problemas para orinar y pasaba mucha vergüenza ante la flemática enfermera que me ayudaba con la sonda, un tubo marrón por donde salía una sangre acuosa que ella recogía en un balde esmaltado de color blanco. Cada vez que tropezaba con el umbral de una puerta me retorcía del dolor.

Pero al cabo de mes y medio ya me había repuesto lo suficiente para

empezar a hacer los ejercicios con los que debía recuperar mi condición física. Daba cortos paseos que fui alargando progresivamente. Me sentaba a hacer bocetos bajos los árboles del cementerio de Saint James, a la sombra de la catedral en construcción, cuya obra estaba parada a causa de la guerra. Los soldados no tardaron en empezar a pedirme retratos. En una ocasión, mientras dibujaba al carboncillo a uno de mis compañeros, Maud se acercó a mirar por encima de mi hombro. Era un día de primavera, a mediados de marzo. La joven enfermera olía a violetas silvestres, y cuando levanté la mirada hacia ella vi que seguía los movimientos de mis manos con sus ojos verdes. Tragué saliva y, sin pensarlo, más que nada para disimular el hecho de que no sabía qué decir porque estaba hecho un manojo de nervios, me salió de la boca algo en lo que no había caído hasta ese preciso momento: que mi difunto padre había estado en Liverpool unos años antes, trabajando por encargo de la congregación de San Vicente. Maud se quedó pensativa y, antes de irse, dijo que en Saint James Street estaba la iglesia de Saint Vincent de Paul.

A partir de aquel momento no tuve ni un instante de paz. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? ¿Por qué no me había acordado antes de que mi padre había trabajado allí durante casi un año? ¿Tanto me había trastornado la guerra que había perdido la memoria? Pasé varias noches de insomnio dándole vueltas al tema y lamentando mi desidia. ¿Dónde había estado pintando mi padre? ¿Y qué había pintado? Cuando volvió a casa, su salud empeoró enseguida. Apenas le hicimos preguntas y él no nos contó gran cosa, porque hablar le suponía un gran esfuerzo. ¿Por qué no le pregunté más detalles sobre su estancia en Liverpool?

Haciéndome continuos reproches, le escribí una larga carta a mi madre sobre mis vivencias en Liverpool. Tan pronto como el tiempo y mi salud lo permitieran, me pondría a buscar. En Saint James Street encontré en efecto la iglesia de Saint Vincent de Paul. Con el corazón acelerado, entré en un espacio húmedo y oscuro. En las paredes grises de la izquierda no había ningún rastro de pinturas al fresco en las que pudiera haber trabajado mi padre y a mano derecha colgaban unos paneles con una representación del vía crucis. Casualmente, había unos operarios enjalbegando una pared, pero no recordaban que hubiera ningún fresco debajo de la cal. Durante los días siguientes visité todas las iglesias de Liverpool. Me sorprendió la cantidad de

iglesias católicas que había en la ciudad. Maud me dijo que se debía a los inmigrantes irlandeses. Visité la iglesia del Sagrado Corazón, la iglesia de San Felipe Neri, que todavía estaba en construcción, la iglesia de San Lucas, que en la Segunda Guerra Mundial quedaría reducida a escombros durante un bombardeo, la iglesia de Santo Tomás de Canterbury, la iglesia de San Antonio y todas las demás iglesias y capillas más modestas de barrios más alejados. En ningún sitio encontré fresco alguno que hubiera podido restaurar o ampliar mi padre. Recordaba vagamente que había trabajado en un monasterio o en una escuela, de modo que me fui hasta Everton Valley para visitar el Notre Dame College. Pero seguí sin encontrar lo que buscaba, y tanto la obsesión como el sentimiento de culpa crecían con cada día que pasaba.

Una tarde, a finales de marzo, salí a pasear por el puerto. Me metí por algunas calles elegidas al azar y, desorientado, fui a parar a un barrio humilde de la periferia donde había un pequeño monasterio con una iglesia. Entré sin ninguna esperanza, con la única intención de rezar por el alma de mi padre. Me arrodillé en un sencillo banco de iglesia. Había encendidas varias velas de cuyas llamas ascendían largos hilos de humo. Una mujer rezaba postrada en el suelo de piedra. Saqué el rosario del bolsillo y me sumergí en una plegaria larga y repetitiva. Poco a poco, el peso de las preocupaciones fue cayendo de mis hombros. Cuando me puse de pie, purificado por la oración, vi detrás del altar un fresco en el que, aparentemente, estaba representado San Francisco de Asís con una corona de pajarillos volando en torno a su cabeza tonsurada. Subí los dos peldaños que había detrás del altar y, de pronto, sentí una corriente eléctrica en el cuerpo: aquel santo tenía la cara de mi padre, no había la menor duda. No podía creer lo que estaba viendo, pero era cierto, era mi padre. Se había pintado a sí mismo en aquel mural, en un lugar donde nadie se lo podía reprochar, convencido de que nadie se enteraría nunca; se había inmortalizado en la figura de su santo patrón lejos de la gente que podía reconocerlo... Aquella era su cara, la cara que tenía pocos meses antes de su muerte, una muerte cuya ponzoña tal vez sintiera ya entonces en su magro cuerpo. No salía de mi asombro. Era la misma cara con la que bajó del tren cuando fuimos a buscarlo a la Estación Sur de Gante, aquel lejano día de los plácidos años de antes de la guerra.

A la derecha del santo había un pastorcillo, y cuando lo miré sufrí un segundo shock. Era innegable: aquel muchacho que alargaba una mano cariñosamente hacia el santo... tenía mis rasgos. Miré con más detenimiento, convencido por un instante de que me estaba engañando mi imaginación exaltada. Pero no, mi padre me había pintado de memoria tal y como era yo entonces, un chico de unos catorce años con el pelo de punta, el cuello robusto y los ojos azules que había heredado de él. Allí estaba yo junto a mi padre, oculto en un modesto rincón de una pequeña y oscura iglesia. ¿Habría hecho bocetos de mi cara algún día que me quedé dormido junto a la estufa lovaniense, o me había pintado de memoria? De pronto recordé que en una ocasión me había utilizado como modelo para una figura de Cristo en el monasterio de los Hermanos de la Caridad, poco antes de su viaje. ¿Se habría llevado algunos bocetos a Liverpool con ese objetivo? ¿Los llevaba consigo simplemente como recuerdo, igual que la gente llevaría luego en la cartera fotografías de sus seres queridos? Nunca dijo una palabra de ese mural. Para él habría sido completamente inconcebible la posibilidad de que yo lo viera algún día. Recordé sus lágrimas cuando volvió a casa y vio mis dibujos: quién sabe si pensó entonces en ese fresco... Inevitablemente, me asaltó también el recuerdo de las numerosas iglesias en las que pasé la mejor parte de mi infancia junto a él. Lo volví a ver todo: el movimiento de sus manos, cómo carraspeaba cuando trabajaba concentrado, el olor de la trementina y el aceite. Abrumado por la nostalgia, estuve todavía un rato largo mirando el fresco antes de salir otra vez a la calle. Sumergido en mis recuerdos y presa de confusas emociones, volví al centro de la ciudad. En lo alto de la cúpula del Town Hall, iluminada de forma repentina por un rayo de sol que consiguió filtrarse entre las nubes, vi la efigie de Palas Atenea como una aparición sobrenatural. Las gaviotas sobrevolaban las calles emitiendo sus agudos graznidos; entré un instante a rezar una oración en la iglesia de San Nicolás y seguí caminando hasta la última parada del Great Western Railway, a orillas del Mersey, cuyas aguas bajaban oscuras y revueltas. Me senté en un bolardo en el muelle, sin acabar de creer lo que había visto, y me quedé allí un rato con la mirada perdida en la franja de cielo azul sobre los tejados de Birkenhead. Aquella noche apenas pude dormir. Le escribí otra carta a mi madre contándole lo que había visto y, al pensar en ello, se me antojó todo

tan improbable que volví a dudar de mí mismo. ¿No sería que me lo había imaginado?

Al día siguiente intenté reconstruir el intricado trayecto hasta el monasterio. Me metí por calles y parques, crucé plazas y avenidas, pero, para mi desesperación, no encontré la iglesia. No me quedaba mucho tiempo. Ya nos estábamos ejercitando durante toda la jornada, y en pocos días nos enviarían de nuevo a Londres. Mientras tanto, vivía con los nervios destrozados a causa de mi enésima necesidad. ¡Cómo era posible que no se me hubiera ocurrido anotar el nombre de la iglesia y de la calle! Todavía me quedaba una tarde libre. Dedicué las últimas horas de permiso a recorrer una vez más todos los barrios por los que creía haber pasado, pero, cuando me quise dar cuenta, había caminado en círculo y me encontraba otra vez en el punto de partida. Volví al hospital exhausto. Maud me miró con ojos suspicaces y me preguntó si de verdad estaba listo para el regreso.

«Un militar tiene que cumplir órdenes», contesté, y antes de darme cuenta de lo que hacía me cuadré y me llevé la mano a la sien. Ella no dijo nada, pero noté en su mirada que le hizo mucha gracia.

En estado de confusión, reprochándome mi estupidez y oprimido por el remordimiento, me preparé para el viaje a Londres jurando que volvería allí algún día a buscar con calma la iglesia. Muchos años después, en vista de que no se presentaba la ocasión de hacer el viaje, fui a la congregación de Gante a pedir una lista de todas las iglesias y monasterios de Liverpool. Ya era 1939. La descripción de una pequeña parroquia galesa respondía más o menos a lo que yo recordaba, pero ya la habían demolido, y de todas formas me costaba creer que fuera allí donde estuvo mi padre. Nunca he podido olvidar la impresión que me causó el descubrimiento de aquel fresco perdido en un país extraño. Es posible, incluso, que esa experiencia marcara mi destino y me convirtiera en el hombre que soy, siempre vacilando entre la complejidad de una vida plena y el consuelo silencioso y discreto de la pintura.

Cuando llegamos a la estación de Lime Street, los tristes vagones militares, algunos perforados por disparos, ya nos estaban esperando. Entre fachadas altas y oscuras, atravesando puentes y túneles negros del hollín, salimos de la ciudad. Enseguida dejamos atrás la atmósfera marina del

Mersey. Por el camino vi las apacibles colinas de Wolverton, con sus prados rodeados de árboles centenarios. Era como si, tras haber recuperado el equilibrio, volvieran a arrancarme del centro de gravedad de mi existencia. En ese momento me di cuenta también de que durante todo aquel tiempo había estado enamorado de mi enfermera, la buena de Maud, y que, a causa de mi timidez congénita, ni siquiera había tenido el detalle de acercarme a despedirme de ella cuando salimos en fila para subir al camión del ejército. La ingle todavía me tiraba; la cicatriz ardía cuando andaba mucho tiempo seguido, y a veces me daban unos calambres que no había tenido nunca, pero sabía que estaba recuperado más que de sobra para reincorporarme al ejército y que ya no era posible prolongar mi estancia en el plácido paraíso del centro de rehabilitación. Mis cuadernos de dibujo iban al fondo del saco de esparto que nos habían dado antes de partir. A medida que nos adentramos en la campiña el cielo se fue encapotando, y cuando llegamos a los grises suburbios de la capital, empezó a llover. Sinuosas líneas de agua corrían por las ventanillas como gusanos de cristal. En los vagones, los soldados hablaban, reían y cantaban envueltos en el humo de los cigarros y el vaho del alcohol. Volvía a empezar la dura vida en el ejército.

*

En Londres vi a Joris, mi hermanastro. Su enfermiza esposa había muerto durante un bombardeo, después de lo cual él huyó de la guerra, como tantos otros. Ya llevaba varias semanas errando por la ciudad y visitaba con frecuencia a los dormitorios militares para ver si encontraba a algún conocido. Cuando me vio se le saltaron las lágrimas y me pidió que por favor tuviera mucho cuidado. Me dijo que su vida estaba rota, que había perdido las ganas de vivir. Quería volver a Gante, porque allí era donde estaba su lugar en el mundo; en Londres sucumbiría a la tristeza. Le pregunté por mi madre y mis hermanas. Me contó que mis dos hermanos habían vuelto a casa, lo cual me supuso una gran alegría. Emile tenía ya diecinueve años y Jules dieciséis. En cualquier momento podían llamarlos a filas. Su hermano, Raymond, mi segundo hermanastro, también había huido y estaba en paradero desconocido. Era marzo de 1915. Pocos días después volvería a cruzar el Canal y me

reincorporaría al frente de guerra.

Antes de irme de Londres recibí una carta de mi madre reenviada por correo militar desde Liverpool. Le había conmovido mucho lo que le escribí del fresco de mi padre. Decía que le gustaría hacer un viaje de peregrinación para ir a verlo, pero que Henri no se lo permitiría bajo ningún concepto. Mi padrastro se había librado de la guerra a causa de su cojera en la pierna derecha y le amargaba la vida con su temperamento arisco. Nunca me había escrito de forma tan explícita y sincera sobre Henri. Con una mezcla de melancolía, emoción y miedo, vi cómo desaparecían lentamente detrás de nosotros los acantilados de creta de Dover. No llevábamos más de una hora en el mar cuando empezaron a oírse claramente en la distancia las explosiones y los tronidos de la artillería pesada. Parecían los rugidos de una enorme bestia que nos esperaba en la orilla con las mandíbulas abiertas para devorarnos. Volvíamos al infierno.

*

En el servicio médico, el examen no dura mucho.

—*Eh bien, mon brave, marchez un peu. Allez-y! Un-deux, plus vite!*

El ruido de un sello estampando un documento en un escritorio.

—*Bon pour le service actif. Au suivant!*

En el paquete que me entregan, para mi sorpresa, reconozco mi chaqueta rota con el cuello desgarrado por una bala. Tan pronto como hago ademán de ponerme ese trapo deshilachado lavado al vapor, vienen a quitármelo.

A cambio me dan un chaquetón azul con botones negros esféricos, un par de zapatos viejos y una gorra con orejeras. Al parecer, las existencias de uniformes militares se han agotado. Vestido con aquellas extrañas ropas, posiblemente de un civil muerto, recorro yo solo la última parte del camino hasta la línea de retaguardia. Paso por delante de baterías de reservistas y granjas solitarias de las que entran y salen soldados, pero en ningún sitio veo caras conocidas, lo cual empieza a preocuparme. Entonces, al llegar al final de una vereda flanqueada por álamos medio derribados por las granadas, oigo de pronto una voz bramando órdenes y me da un vuelco el corazón. Por primera vez vuelvo a ver claramente la última escena del año anterior, mi

avance con Kimpe hacia la línea enemiga, hasta el talud donde me alcanzó el disparo. A través de un seto de aligustre, en el patio de una granja, veo a un oficial rodeado por soldados que escuchan en silencio formando un amplio corro en torno a él. La verja está abierta, y cuando entro a mirar la mayoría de las cabezas se vuelven hacia mí. Hago ademán de retirarme para no interrumpir el discurso, pero el capitán me grita:

—*Approchez!*

Al pasar entre los soldados, algunos me tiran de la chaqueta; uno me agarra de las manos y trata de darme un abrazo.

—¡Martien, *cagüendiez!* ¿Todavía vives? ¿Qué haces tú aquí con esa ropa tan rara?

Es Kimpe —ahora convertido en el teniente Kimpe— quien me echa los brazos a los hombros.

—*Rompez les rangs!* —vocifera el capitán. Los soldados saludan y vuelven a su barracón.

A mí me pide que lo acompañe junto a Kimpe. En su oficina, instalada en una sala donde huele a rancio, me pide que me identifique.

—*C'est Martien, mon capitaine* —se adelanta Kimpe radiante.

—*Taisez-vous, Kimpe. Nom?*

—*Sergent-major Martien, mon capitaine.*

No hay ningún documento disponible, por lo que al final no le queda más remedio que pedirle a Kimpe un informe verbal de mi hoja de servicios. El capitán dice que se harán los trámites necesarios para comprobar si efectivamente me han concedido el rango de sargento mayor por mis méritos en el frente y me asigna a la *quatrième section*, con veinte hombres a mi cargo en el frente de Noordschote. En la trascocina puedo coger un uniforme y un fusil nuevo.

El frente está aparentemente tranquilo y en «cuasi *statu quo*», como dice Kimpe con llamativa pedantería.

Mi nueva sección acaba de regresar de Boezinge, donde han caído dos reclutas más en una escaramuza para evitar que los alemanes se hagan con el control de la esclusa.

«*Soyez brave comme vous l'avez été auparavant*», me dice el capitán, con una leve pero significativa inclinación de la cabeza.

Yo saludo y salgo al patio. Diez o doce soldados me rodean de inmediato, dándome palmadas en la espalda y hablando todos a la vez.

«¡Benditos los ojos, perillán! ¡Pensábamos que estabas criando malvas! De Meester te vio caer y no volvimos a saber nada.»

Les cuento toda la historia, menos lo del fresco de mi padre.

Después del mediodía nos pasan revista a los fusiles, la munición y los alimentos. Nos advierten que al arrastrarnos por el barro podemos encontrar alambre de espino y granadas sin explotar. También dicen que hay un nuevo tipo de granada que al estallar despide gases lacrimógenos. Al parecer, los franceses fueron los primeros en usarlas. Los ingleses las incluyeron entre sus armas poco después.

«Bromoacetona», dice Kimpe. «Puro veneno. El viento siempre lo arrastra hacia nuestro lado. Si respiras esa porquería un par de minutos, a los pocos días echas los pulmones a trozos por la boca y mueres como un perro.»

Durante la primera semana no hacemos más que llenar sacos de arena. Una ametralladora enemiga responde ante cualquier movimiento extraño con una salva de disparos de varios minutos. Tenemos que estar preparados en todo momento para un ataque por sorpresa. En el regimiento se respira una atmósfera enrarecida y el permanente estado de alerta en que vivimos tiene al poco tiempo un efecto muy próximo a la parálisis absoluta. Muchas veces, sin embargo, se instala en el frente durante varias jornadas una calma tal que olvidamos por momentos el continuo peligro al que estamos expuestos y la indiferencia se adueña de nuestro cuerpo y nuestro espíritu. Algunos chicos se pasan las horas muertas mirando al vacío como si hubieran perdido todo contacto con la realidad. Tras el frío riguroso de la madrugada, la tierra se calienta y los barrizales que nos rodean exhalan vapores que brillan con una luz especial. Una mancha de avefrías planea en el horizonte. A veces llegan hasta nosotros los graznidos de un grupo de cuervos que vuelan en círculo sobre una hilera de árboles, y a mediodía, cuando la temperatura es más agradable, se oyen gaviotas en la distancia. Pero, por lo demás, los animales ya no parecen formar parte de este mundo. Excepto las ratas, que campan a sus anchas por nuestras trincheras. Están en todas partes. Sus estridentes chillidos son una constante en nuestra vida diaria. Pasan corriendo entre

nuestros pies, roen todo lo que encuentran a su paso, desprenden un hedor penetrante, se aparean, tienen crías, se multiplican, se comen nuestros biscotes, mordisquean los cadáveres y por la noche se nos suben a la cara. Por cada rata que matamos aparecen cinco en su lugar. A veces alguien asa una, pero la carne es gelatinosa y tiene un sabor repugnante, como a barro. Un comandante nos vio una vez y se puso hecho una fiera.

«¡Vais a pillar la peste!»

Al oír eso, escupimos aquella carne asquerosa y nos enjuagamos la boca con el agua salobre que anega los pólderes.

El avituallamiento tiene lugar por la noche y cada vez es más escaso: latas de conserva, biscotes pastosos, nada de fruta y verdura, casi nunca carne fresca, muy de vez en cuando un pan húmedo de hace varios días y agua pútrida en unos botes abollados con un fuerte olor a hierro. Al cabo de unos días me empiezan a sangrar otra vez las encías y poco después sufro un nuevo ataque de diarrea. Por encima de nosotros pasan nubes blancas como las que todo el mundo imagina en una escena idílica. A veces nos echamos a descansar en algún lugar donde la hierba quiere volver a crecer y soñamos despiertos apoyados en un codo, disfrutando del olor de la primavera y el incipiente verdor. Pero la mayor parte del tiempo inhalamos los orines de las ratas, el tufo de la paja húmeda y de las inmundas letrinas cavadas apresuradamente al aire libre. Estaríamos mejor si pudiéramos quemar todas las porquerías infecciosas y los restos orgánicos que se pudren a nuestro alrededor, pero el más mínimo penacho de humo tiene como consecuencia inmediata una furiosa salva de disparos. Cada vez que la calma se prolonga durante varios días aparece en las trincheras un oficial, nos dice a gritos que no estamos allí de pícnic y pega varios tiros al aire con el primer fusil que encuentra, desatando de nuevo el infierno al provocar la respuesta de los alemanes. Vivimos sometidos a una especie de juicio divino sin mediación de dios alguno: todo lo que hacemos y dejamos de hacer viene determinado por una fuerza caprichosa que en cualquier momento, por el movimiento más insignificante, puede dictaminar nuestra muerte. El más mínimo error de cálculo es una potencial sentencia definitiva, lo cual no quiere decir que la muerte se haya convertido en algo banal, pero hace que parezca más absurdo todavía el acto de morir: el infierno del dolor, el terror indecible en el rostro

de las víctimas, los insoportables gemidos de los moribundos antes de exhalar el último aliento, la forma en que se llevan las manos a sus heridas mortales de necesidad, los desgarradores llantos por sus madres. No son más que niños, infinidad de vidas rotas, jóvenes de apenas veinte años que deberían estar disfrutando de la vida en vez de perecer aquí en este horror.

Rezo todos los días. Repito maquinalmente oraciones interminables, porque la cadencia de los rezos, más que cualquier forma de fe inquebrantable, me ayuda a superar el miedo y los ataques de desesperación. Los demás se afanan por conseguir una mísera brizna de tabaco o un trago de aguardiente destilado de forma insalubre, mercancías que pasan de unas manos a otras mediante un sistema de trueque sujeto a condiciones abusivas: tu reloj de pulsera por un vaso de aguardiente o diez cigarrillos, ese tipo de comercio. Y así todo el santo día, así durante noches gélidas enteras, mientras los bramidos de la artillería resuenan en nuestros intestinos atormentados por el hambre. Yo, por mi parte, me aferro a lo único que todavía me une a mi ya lejana infancia: el reloj de mi padre, que milagrosamente sigue funcionando y marca su tictac en el bolsillo de mi chaqueta como si de un segundo corazón se tratara. Cuando lo miro, veo ante mis ojos el fresco de Liverpool y hablo en pensamientos con mi padre, hasta que consigo calmarme y los latidos de mi corazón se adaptan al reconfortante ritmo del reloj.

*

Aquí, detrás del Yser, lo único que nos queda es una triste franja de tierra prácticamente indefendible, unas cuantas trincheras inundadas en torno a varios pueblos destruidos, carreteras bombardeadas por las que ya no puede circular ningún vehículo, un viejo carro de caballos que tenemos que empujar nosotros mismos cargado con las cajas de cartón mojado en las que nos entregan la munición, un armatoste que cruje, chirría y amenaza continuamente con caerse al canal, de forma que nos tenemos que desriñonar y sudar como animales para avanzar de diez en diez metros, ahogando nuestros gritos para no revelar nuestra posición; los oficiales, siempre gruñendo en sus casetas subterráneas —las trincheras más grandes, reforzadas con tablones—, donde los soldados tienen que achicar agua todos

los días y limpiarle el barro de las botas a sus superiores; el eterno ir y venir por la trinchera agachando la cabeza, sucios, oliendo mal, con el uniforme lleno de piojos; los terribles retortijones cuando gateamos por el suelo como troles en una historia de miedo, con el agujero del culo al rojo vivo porque no tenemos agua limpia para lavarnos después de cada ataque de diarrea; el sol oblicuo de la tarde que tiñe de una luz extraña la tierra devastada; panadizos en dedos desgarrados por los pinchos del alambre de espino; el súbito recuerdo de otra vida —una vida que aquí parece imposible— cuando en algún arbusto cercano canta de repente un mirlo o una ráfaga de brisa primaveral arrastra hasta nosotros desde más allá de la línea de guarnición un olor a hierba fresca, justo antes de que tengamos que echarnos otra vez a tierra para protegernos de un ataque de obuses que no hemos visto venir, de forma que el trozo de pan que teníamos en ese momento en la mano se nos cae al barro, a la humeante papilla de lodo e inmundicias en que se ha convertido hace tiempo el fondo de la trinchera.

Por encima de nosotros, a muy poca altura, oímos pasar de repente las avionetas de nuestros dos héroes del aire: Coppens y D'Oultremont. Vemos cómo se lanzan en diagonal hacia la posición enemiga, dejan caer sus proyectiles y remontan el vuelo tan rápido como les permiten sus latas de sardinas con alas, hacen un giro de ciento ochenta grados, disparando al tiempo que reciben disparos, y vuelven por fin a su base tras salvar el pellejo una vez más de milagro, dejando al enemigo enfurecido y clamando venganza en sus fortalezas subterráneas, sus irreductibles refugios y sus letales nidos de ametralladoras al otro lado del agua. Muchos de los nuestros se sienten débiles y tienen que hacer de tripas corazón para no sucumbir al fatalismo. Nos despertamos en medio de un ruido ensordecedor o nos quedamos dormidos con los primeros rayos de sol, exhaustos a causa de las paranoias persecutorias que padecen algunos por las noches. Ya ha habido más de uno que ha matado a un compañero, asustado por un repentino ruido en la oscuridad. Nos estamos consumiendo. No podemos seguir. Pero tenemos que seguir.

*

Mi estado de ánimo, curiosamente, no suele ser sombrío. Al contrario, por algún motivo inexplicable hay dentro de mí una fuente de la que cada día brota una nueva energía, pero no esa energía oscura que es fruto del resentimiento o la amargura, sino la energía pura y absurda que nace de la estrecha amistad con los compañeros, el humor primitivo y las locas bromas que, con la regularidad de un reloj, nos provocan tales ataques de risa que acabamos sacudiéndonos del hipo, apoyados en las inmundas paredes de la trinchera para no caer al suelo, hasta que, en un momento de descuido, vuelven a volarle una mano a alguien de un disparo y tenemos que ahogar con un trapo los desgarradores gritos de la víctima, mientras los oficiales nos conminan insistentemente a callarnos desde su precaria caseta: «*Silence! Silence là-bas!*»

Desde la trinchera vemos una franja de cielo azul por la que, a mucha altura, pasan nubes blancas como en un sueño. Bajo ráfagas de lluvia fina nos turnamos en los puestos de guardia. Recorremos dos kilómetros a rastras al amanecer para conseguir un litro de leche; nuestras botas tienen tanto barro que pesan como bloques de plomo; cada dos por tres nos resbalamos o alguien que no mira por dónde va pisa nuestra fiambra. Para matar el tiempo, los más mañosos recogen casquillos de bala y tallan pequeños anillos con la hoja de su bayoneta, que mantienen afilada con esquiras de bomba. Luego intentan vendérselos a cambio de cinco o seis cigarrillos a alguien que tenga una chica a quien regalárselos. Una vez por semana, un vendedor ambulante que nadie sabe de dónde sale se pasa por las trincheras de retaguardia con una pila de periódicos. *Le Vingtième Siècle*[12] y *El Heraldo del Ejército*. [13]

«Bonito *vingtième siècle* es este», gruñe Kimpe. «*Merde alors*. Métete los periódicos donde te quepan.»

Yo intento mantener la autoridad lo mejor que puedo. A veces, cuando mando a un grupo a patrullar, me responden con un corrosivo: «Patrulle usted, sargento de los cojones.» Yo les ordeno entonces que cierren el pico y que hagan lo que les mandan. En una ocasión tuve que darle un puñetazo a Maigeret, un recluta de Lieja especialmente rebelde. Es la única forma de restablecer la autoridad y el orden. ¡A qué simas tan profundas he descendido! ¡Cuánto me he alejado de aquello que soñaba con llegar a ser!

*

Ya ha empezado la temporada de las cerezas. De vez en cuando se acerca hasta nuestra posición una campesina con fruta para vender, pero nadie tiene un *sou*, y los soldados zarandean a la pobre muchacha hasta que consiguen tirar al suelo su mercancía. Cuando algunos se sobrepasan y meten la mano debajo de su falda, ella empieza a gritar y yo reparto un par de guantazos y amenazo con duros castigos. Sorprendentemente, eso basta para calmar los ánimos y el grupo se dispersa. En el fondo siento compasión por los chicos. No tienen casi nada para distraerse, mientras que yo al menos paso muchas horas leyendo las novelas francesas que me trae el vendedor de periódicos. A veces, un oficial me pasa también algún libro como agradecimiento por mantener el orden en mi tropa. Por la tarde, cuando se pone el sol y caemos presa de la melancolía, cantamos *en sourdine* canciones que recordamos. Laurent Mordin, un soldado de infantería que ha estudiado música, nos enseña a entonar distintas notas que juntas forman acordes y el resultado es verdaderamente hermoso. Dice que cuando termine la guerra vamos a montar un gran coro y todo el mundo le toma la palabra. Hasta que otro tenor se queda colgado del alambre de espino durante un turno de patrulla y tenemos que enterrar a la víctima por la noche como un animal en una fosa poco profunda, agradecidos porque al menos podemos darle sepultura, pero no sin antes despojarlo de todo lo que nos pueda ser útil, incluida la ropa interior si hace falta. La guerra nos endurece y nos vuelve sentimentales; reímos y lloramos al mismo tiempo; dormimos en vela y velamos dormidos; discutimos cruzados de brazos y nos enzarzamos en peleas con total indiferencia; todo está fuera de su sitio en nuestros cuerpos y nuestras mentes, seguimos respirando mientras estemos vivos y estamos vivos simplemente porque respiramos..., mientras respiremos.

Hicketick, un chico de Amberes de la quinta de 1914, era jefe de cocina en una cantina de oficiales. Ahora está con nosotros y se indigna de las porquerías que nos dan de comer. A veces se va él solo por ahí a rastras y al cabo de un rato vuelve con una paloma silvestre o, excepcionalmente, con una gallina extraviada o un faisán. Luego, por la noche, raspa el tocino de

unos cuantos bocadillos y, detrás de una pared de barro, enciende una pequeña hoguera en un lugar apartado de nuestra trinchera; en la tapa de su tartera guisa entonces la carne cortada en filetitos y nosotros, enloquecidos por el olor, mendigamos un bocado que masticamos y tragamos con delectación y cuyo sabor queda en nuestra boca pidiendo más a gritos, pero nos tenemos que conformar con mordisquear un trozo de pan y beber la cerveza floja que desde hace un tiempo nos traen regularmente con el avituallamiento.

Hay algo dentro de mí que me impele a escribirlo todo, un deseo intenso de dejar constancia de mis vivencias. Pero aquí no hay tiempo para esas cosas. A veces me pregunto cómo vamos a salir de este agujero y me quedo un rato ensimismado. Otras veces hago bocetos con la punta quemada de una rama seca. Dibujar me ayuda a calmarme. Cuando me pongo a dibujar, los chicos guardan respetuosa distancia y adoptan una actitud reverente. Por eso suelo aislarme cuando cae la tarde; en esta época del año la puesta de sol dura mucho, la luz se extingue muy despacio sobre estos campos asolados. Dibujé los mustios troncos tronchados de árboles que hasta hace poco daban sombra en frondosas veredas; la lanza de tiro de un carromato apuntando al cielo en un cráter; los restos de un tejado que parece un tipi a punto de venirse abajo; lo que queda de un muro derribado en cuya base han proliferado el césped y las ortigas. De unos ristreles que formaban parte del esqueleto de una casa cuelgan grandes terrones de césped que en la penumbra del crepúsculo parecen cabezas clavadas en lanzas. Estremeciéndome, plasmo la imagen en el papel. Una banda de perdices sobrevuela nuestra trinchera emitiendo sus tuf-tuf y alguien abate a una de un disparo. A los pocos segundos abren fuego los alemanes. En medio de un ruido ensordecedor, nos echamos al suelo bajo una lluvia de barro y una risa tonta se extiende por nuestras filas, carcajadas contagiosas porque hemos vuelto a salvar el pellejo.

«Mira», dice Hicketick, «hay dos perdices en esa riba. ¿Quién dispara, tú o yo?»

Hay que matar a las dos de un solo tiro. Apunto y aprieto el gatillo. Las perdices parecen saltar de la riba. Inmediatamente, el enemigo lanza una salva de disparos hacia mi posición. Permanezco inmóvil en el suelo hasta

que vuelve el silencio. Los alemanes también se están cansando de este juego, disparan sin precisión, a lo tonto, por pura costumbre.

«¡Carajo!», exclama Hicketick.

Me arrastro hasta las perdices. Una está muerta. A la otra, que todavía sufre espasmos, le parto el cuello antes de volver a la trinchera. Hicketick me dice que no se pueden guisar al momento, que hay que esperar un par de días a que se ablande la carne. Me encojo de hombros y meto a los animalillos en la fiambarrera de un compañero muerto.

Con cinco de mis hombres, me voy para nuestro turno de guardia en el puesto más adelantado del frente. Veinticuatro horas sin dormir anotando todos los movimientos que tienen lugar en las trincheras de los alemanes. Estamos tan cerca de ellos que podemos alcanzarnos mutuamente con una piedra. Pero no disparamos, ni siquiera cuando vemos asomar el pincho de un casco por encima del dique. No tiene sentido provocar aquí un tiroteo al que no sobreviviría nadie. Sin embargo, a última hora de la tarde un alemán lanza de pronto una granada que estalla cerca de nuestra zanja y tengo un ataque de furia. Agarro una de nuestras granadas, tiro de la anilla y la lanzo al otro lado. Nos tapamos los oídos, pero nada. No explota. Esperamos incrédulos. La granada está delante del puesto de los alemanes, pero no ha explotado. Al amparo de la oscuridad, envío a uno de mis hombres a ver qué ha pasado. Poco después oímos una explosión y se desata un tiroteo infernal. Voces y gritos en ambos puestos. Las granadas vuelan de un lado a otro. Nos alejamos de allí corriendo a toda velocidad. Al cabo de diez minutos vuelve el silencio. Un búho ulula en el tronco medio derribado de un sauce junto a una acequia en cuya superficie se refleja vagamente la luz de la luna. El recluta que envié a buscar la granada no ha vuelto. Soy responsable de su muerte. Ordeno a mis hombres que ocupen de nuevo el puesto de guardia haciendo el menor ruido posible, y me arrastro personalmente hasta la víctima. Estoy tan cerca de los alemanes que los oigo hablar. El corazón me late en la garganta. Intento tirar del cadáver hacia mí por el barro, pero es imposible. Está tumbado boca arriba y tiene el pecho abierto, completamente destrozado. Con mucho cuidado, agarro su fusil y su munición y le hago una cruz en la frente.

Ostegárdendiga, dice una voz en mi cabeza. Joder, compañero. *Ostegárdendiga*.

Vuelvo a ocupar mi puesto entre mis hombres. Sus reproches se traducen en un silencio abrumador. Diez horas después, con el cuerpo entumecido por el frío y la humedad, nos releva el siguiente grupo.

De vuelta en la trinchera, Hicketick viene a preguntarme por las perdices. Al abrir la fiambreira se libera un fuerte olor a carne descompuesta. «¡Su puta madre!», exclama. «¡Se han podrido en veinticuatro horas!» Ya tienen hasta gusanos en los ojos.

«Se las voy a guisar a los oficiales con una botella entera de tinto», dice haciéndome un guiño antes de irse.

Es mayo de 1915. *Le Vingtième Siècle* escribe: *Il ne se passe toujours rien au front belge.*

Sin novedad en el frente.

5

El tiempo se convierte en una monótona sucesión de horas, las horas transcurren sin propósito, la falta de propósito da paso al inmovilismo y el aburrimiento, el aburrimiento nos vuelve apáticos y perezosos, los días se nos escapan entre los dedos. A veces no ocurre nada durante una semana entera y los comandantes tratan de mantener entretenidos a sus hombres con pequeños proyectos, como construir una caseta mejor para los oficiales o, cuando llega el verano, organizar lo que llamamos «el circo de la guerra», veladas que tienen lugar detrás de la última línea del frente con un programa de disparatados espectáculos. Jef Brebants, soldado de infantería, sube una noche a trompicones al precario escenario vestido con un tutú, unas pantuflas a cuadros y un corpiño con dos bolas de calcetines debajo a modo de amorfos pechos, una de las cuales no tarda en caer a la altura de la tripa, mientras la otra ya rueda por el suelo. Los reclutas cantan una canción picante. En su frenesí, la grotesca bailarina de rodillas huesudas y pies planos pierde de vista el borde del escenario y se pega un costalazo digno de una mala película de *slapstick*. Con las piernas blancuchas en alto, deja a la vista de todo el mundo unos calzoncillos mugrientos. Los soldados revientan de la risa, se dan palmotadas en los muslos, gritan y lanzan al aire sus gorras comidas por los piojos. La explosión de hilaridad libera a los hombres de la asfixiante monotonía con que transcurre el tiempo. Pero al volver a la trinchera, una bala enemiga alcanza en el ojo derecho al desgarbado Jef Brebants —que estaba exultante por el éxito cosechado— y le revienta la mitad de la cara. Los demás nos tiramos al suelo. Entre estertores propios de un animal, Brebants se derrumba, se caga encima, vomita. Alguien le pega un tiro de gracia, porque tiene medio cerebro fuera del cráneo. Los últimos cien metros los recorreremos a rastras y al llegar a la trinchera nos dejamos caer en su interior.

Los *boches* siempre están cerca, los muy cabrones siempre están al acecho y no desaprovechan ninguna ocasión para desmoralizarnos, lo cual resulta en ocasionales explosiones de odio ciego en nuestras filas. En un ataque de furia, alguien sale de la trinchera y se lanza hacia los alemanes con el rifle en ristre, para caer acribillado pocos segundos después en el barrizal que se extiende ante nosotros. Por la noche, poniendo en riesgo nuestras propias vidas, recogemos el cuerpo del kamikaze para concederle al menos la dignidad de un hoyo en la tierra. Así pueden contabilizarlo como «muerto con honor en el campo de batalla».

Igual que hacía mi madre cuando yo era niño, escribo cartas para los demás, la mayoría de las veces para sus madrinas de guerra, como llaman a las anfitrionas que les dieron alojamiento durante su rehabilitación. Escribo en francés y en inglés como buenamente puedo. Cada día aprendo algo nuevo con dos pequeños diccionarios que me han conseguido, y mientras los hojeo en busca de alguna palabra para escribir un borrador, los muchachos se acercan, me dan una palmadita en el hombro y se hacen los graciosos con alguna rima fácil: «*Marshián, ça va bien?*»

También hago los carteles para las noches de cabaré o de concierto a las que nos llevan para distraernos lejos del frente. Y, así, de vez en cuando se ve colgado de algún que otro árbol un cartón con caras de payasos o actores pintadas con lápices o acuarelas y, debajo, los nombres de los que actúan. Mis compañeros se burlan de mí y me preguntan que de dónde he sacado un espejo para pintar esa cara de imbécil. La fanfarria interpreta arias de *Cavalleria rusticana*, la *Primavera* de Mendelssohn, el *Largo* de Händel o piezas de *L'Arlésienne* de Bizet. Algunos chicos lloran como niños en cuanto oyen tres compases.

A veces tenemos que hacer varias guardias seguidas. Tres días y tres noches expuestos a las balas enemigas, días deprimentes en que todos nos preguntamos en silencio cuándo va a llegar nuestro turno de morir como animales. Cuando pasan lista, al oír ciertos nombres algunos contestan: «*Mort pour la patrie!*» o «¡Muerto de comer paja!». Reímos la gracia con amargura y los comandantes menean la cabeza apretando los labios, pero

cada vez nos gritan con menos frecuencia. Miro en silencio a mis compañeros y veo cómo sucumben lentamente al fatalismo. La mayoría son más jóvenes que yo, chicos con estudios y preparación para ejercer una buena profesión, muchachos con el corazón en su sitio que deberían estar fundando una familia y trayendo niños al mundo, y no aquí en este muladar, con la piel roída por la sarna, calándose bajo la lluvia tibia sin perspectiva alguna de cambio, cayendo en actitudes cínicas, dejándose arrastrar por pulsiones de muerte, alienados por las estúpidas bromas de los bufones del regimiento, rascándose como monos, llorando cuando los retortijones vienen acompañados de espasmos que les hacen temer una infección mortal, con miedo a una bala perdida, a un accidente con la vara de enganche de un carro destartalado, a una noche entera oyendo los resoplidos de un caballo moribundo.

A mediados de agosto, la historia se repite. Ya ha oscurecido. Formando un corro a su alrededor, escuchamos al oficial francófono que nos ha convocado.

—*Un homme de bonne volonté! Une fois, deux fois...*

Nadie reacciona.

El oficial carraspea y, visiblemente irritado, repite la pregunta.

Alguien rasca la tierra con la punta de la bota.

En el cielo brillan las estrellas. La luna asciende por el horizonte y en algún lugar apartado ulula un búho.

Vuelvo a enfadarme con mis propios hombres.

—Cagones de mierda —murmuro a media voz. A continuación doy un paso al frente y me llevo la punta de los dedos a la sien—. *À vos ordres, mon commandant.*

Mi misión consiste en establecer un puesto avanzado para intentar romper el estancamiento en que se encuentra el frente desde hace meses. Para ello hay que levantar una barrera compuesta por cuatro líneas de alambre de espino dispuestas en semicírculo en torno a los campos inundados que nos rodean, la última justo por debajo de la superficie del agua. El terreno es pantanoso y el agua estancada apesta. Basta un descuido para resbalarse y hundirse en las capas de cieno batido por las granadas. Tendré a mi cargo a

ocho hombres que puedo elegir yo mismo y la tarea nos llevará unas veinte noches. Decido irme a dormir y aplazar hasta la mañana siguiente la selección de reclutas. No resulta fácil convencerlos. Son muy conscientes del peligro que entraña una empresa de esas características. Hasta pasado el mediodía no consigo aplacar las protestas y poner fin a las discusiones. Con mis ocho hombres, me dirijo al puesto de retaguardia a por la primera carga de tablones, piquetes, martillos, tenazas, clavos y rollos de alambre de espino. También nos dan guantes de trabajo, una chaqueta más gruesa, botas de pescador y vales para el servicio de emergencia del puesto de socorro.

La primera noche empezamos construyendo una balsa. A pesar de las precauciones que tomamos, en cuanto damos un par de martillazos se desata el infierno en torno a nosotros. Moviéndonos a tientas en la oscuridad, cargamos las tablas y todas las herramientas en un carro y nos desplazamos doscientos metros hacia atrás, donde, al amanecer, protegidos por un dique de retaguardia, construimos la balsa con martillos envueltos en trapos. A mediodía nos caemos de sueño y nos dan permiso para ir a dormir unas horas a una pequeña casa de campesinos situada más allá de la retaguardia. Antes de acostarnos nos ofrecen una olla de sopa. Cuando volvemos a la trinchera, donde unos fuman y otros juegan a las cartas, nos miran en silencio con una mezcla de sarcasmo y admiración.

A la noche siguiente arrastramos la balsa hasta el punto fijado para el nuevo puesto avanzado y la atamos a un árbol. Ahora hay que empezar a clavar piquetes en la tierra. Al igual que la primera noche, en cuanto damos dos golpes empieza a disparar una metralleta desde la otra orilla. Los patos alzan el vuelo graznando y agitando violentamente las alas. Las balas pasan silbando muy cerca de nuestros oídos. Nos dejamos caer en el agua y los alemanes disparan nuevas salvas a ciegas. La luna se eleva en el horizonte y baña los campos devastados con su luz difusa, una luna muda pero traicionera que nos puede costar la vida. No podemos pasarnos toda la noche sin trabajar, de modo que buscamos unas cuantas piedras, las envolvemos en trapos y tratamos de movernos de la forma más imperceptible posible para no espantar a las aves acuáticas. Las ratas nadan asomando el hocico por la superficie pálida del río. Parecemos zombis ejecutando tareas sin sentido a cámara lenta.

Al cabo de dos noches tenemos el miedo ya bien metido en el cuerpo. Los *boches* parecen sospechar que nos traemos algo entre manos. De vez en cuando pasa una bengala por encima de nosotros y nos quedamos quietos como estatuas, cegados por la luz y con el corazón fuera de control. El más mínimo movimiento significa una muerte segura. No dejarse llevar por el pánico, pensar muy rápido y actuar de la forma más sigilosa posible, eso es lo que les he enseñado a mis hombres. Cada vez que abren fuego contra nosotros nos acurrucamos como un hato de ovejas asustadas detrás de unos árboles caídos. Cuando pasa el peligro doy autorización para hacer un descanso y, mientras el humo de la pólvora se dispersa, nos sentamos juntos a beber un poco de café tibio con un trozo de pan ácido y duro. El tufo del cieno se mezcla con los olores de una noche de verano. Bonne se levanta y una bala corta el aire muy cerca de su cabeza. Irritable como está a causa del cansancio, grita: «¡Tócame los cojones, *boche* de mierda!», y devuelve el disparo. Los alemanes responden al instante con una salva y Bonne cae acribillado en el agua poco profunda del cenagal. Por todas partes estallan granadas. Los disparos no cesan durante un cuarto de hora.

«Ahora todo nuestro trabajo ha sido en vano», murmuro.

Mis hombres están temblando y quieren volver a la trinchera, pero saco mi pistola y digo: «Al primero que se vaya me lo cargo yo mismo.» De mala gana, se quedan donde están y dicen que si salen de aquí con vida sabrán encontrarme. «Rajad lo que queráis contra mí», contesto. «Tenéis razón, este trabajo es una locura, pero no ha sido idea mía.»

Por la mañana caemos rendidos y nos quedamos dormidos al raso. De vez en cuando nos despiertan los gritos de un oficial dando órdenes a lo lejos, el traqueteo de un carro en un camino impracticable o las nubes de mosquitos que, al calor del mediodía, zumban y emiten sus agudos pitidos encima de nuestras cabezas, hasta que nos volvemos completamente locos de abofetearnos a nosotros mismos.

Solo en tensar bien las cuatro alambradas tardamos más de una semana y media.

Una noche de luna menguante, mientras hacemos un descanso tras varias horas de trabajo, somos testigos de algo asombroso: miles de crías de anguila bañadas en luz plateada se deslizan por la hierba, un ejército de gusanillos

transparentes y brillantes serpenteando en la inmensidad del silencio nocturno. Los pólderes inundados, que desprenden un insoportable olor a agua salobre, se han convertido por lo visto en un lugar idóneo para los huevos de anguila y una cantidad inimaginable de crías sale ahora en oleadas a la superficie, lanzándose a una frenética carrera por la hierba encharcada, como si obedecieran una orden, arrastrando con ellas un fuerte olor a lodo. Ocupan los campos hasta donde nos alcanza la vista. Un ritual milenario que tiene lugar al amparo del conticinio. No dejan de pasar, cada vez salen más y más. El prodigio dura más de una hora. Los chicos miran con la boca abierta. Uno de ellos se pone a rezar. La luna desciende por fin y las últimas anguilas se deslizan ante nuestros ojos cansados como una ensoñación. Después de unas horas nos despertamos bajo la luz del sol y nos preguntamos si todos hemos soñado lo mismo.

Al cabo de tres semanas completamos por fin el trabajo. Tenemos las manos destrozadas, la espalda rota y la humedad metida hasta los tuétanos. La boca nos apesta a barro y miseria. La última noche trabajamos febrilmente hasta terminar la tarea. Por la mañana, con la espalda vuelta hacia la posición del enemigo, compruebo junto a nuestra balsa que la alambrada está bien tensada en todos los puntos. De pronto oigo una detonación y siento en la espina dorsal una corriente eléctrica que me provoca temblores en todo el cuerpo. Me caen goterones de sudor en la boca. No puedo respirar.

—¿Qué poco ha faltado, eh, Martien? —dice alguien a mi lado.

En la parte alta de mi bota derecha, a la altura del muslo, hay un agujero por el que sale sangre a borbotones.

—Me han vuelto a dar... —farfullo antes de derrumbarme de bruces en el agua.

Los alemanes responden al ruido con una salva de disparos, me voy a ahogar en el barro, veo fogonazos de imágenes, alzo la cabeza, me doy media vuelta y vomito boca arriba, ahora me voy a asfixiar en mi vómito, alguien me vuelve a dar la vuelta y, agarrándome del pelo, me tira de la cabeza hacia arriba y la vuelve a empujar hacia abajo, mientras yo sufro convulsiones, lloro, vomito y trato de respirar desesperadamente, hasta que, finalmente, todo se vuelve negro.

Despierto en brazos de dos hombres que me llevan como pueden al puesto de socorro. El dolor es insufrible. Al llegar veo a nuestro oficial, que justo en ese momento sale de la tienda.

«*Le travail est fini, mon commandant*», le digo antes de sumirme de nuevo en un letargo febril.

Dos enfermeros me tumban en una camilla y me lavan la herida. Una vez limpia de barro y demás suciedades, me echan alcohol y mi cuerpo empieza a dar violentas sacudidas de dolor. Un enfermero me empuja bruscamente contra la camilla y, mientras resuello y doy golpes con la cabeza como un lunático, me ponen la primera venda. A continuación suben la camilla a una camioneta destartalada en la que, dando saltos por una carretera llena de baches, me trasladan al hospital de campaña de Hoogstade. Nada más llegar me meten en una cama. Creo que me voy a volver loco de dolor. Es el 18 de agosto de 1915.

*

—Es usted el favorito de su regimiento —me dice una monja mientras me lava con agua tibia—. Ha venido un oficial a decirnos que le cuidemos especialmente bien.

Por debajo de su cofia gris asoman algunos mechones de pelo rizado de color cobrizo. Tiene grandes ojos verdes y me mira con una amplia sonrisa.

—He oído que va a recibir usted una condecoración del rey.

Cada vez que se acerca a la sutura quirúrgica de mi muslo me retuerzo de dolor. Intento sonreír.

—Yo no soy más que un simple sargento mayor.

—Lo que tiene que hacer ahora es descansar —contesta ella—. Primero tiene que recobrar las fuerzas.

Antes de irse me tapa con las sábanas almidonadas y las estira bien pasando la mano por encima. El sol ilumina la sala llena de camas con heridos. De vez en cuando se oyen gemidos y lamentos. Duermo como una marmota desde primera hora de la tarde hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

Poco después de las doce nos sacan a los cincuenta soldados de la cama y

nos llevan en camilla a una explanada de césped.

Para nuestra sorpresa, hay una fanfarria. El cobre de los instrumentos brilla a la luz del mediodía y un barítono canta «J'aime le son du cor». A continuación acometen el *Ballet egipcio* de Luigini. El sol se filtra entre las nubes y en la atmósfera se respira un olor a flores frescas y hierba ligeramente húmeda que ya anuncia el mes de septiembre. La suavidad sedosa del día, combinada con la música, hace que me ponga sentimental. Esta paz inaudita, tanta armonía y exuberancia —sin piojos, sin ratas, sin barro, sin uniforme mugriento, sin estruendo de morteros, sin hombres moribundos, sin los pies hinchados dentro de unas botas mojadas, sin enjambres de mosquitos alrededor de mi cabeza—, me provocan una agradable sensación de mareo. A un lado de la explanada están las enfermeras en fila. Algunas escuchan la música con la cabeza ligeramente inclinada, una tiene los brazos cruzados y otra se ríe de algo que le acaban de susurrar al oído. El andante me conmueve profundamente. Me viene a la mente el quiosco de música de mi ciudad natal —¡tan lejos de aquí!—, los domingos por la mañana paseando con mis padres por la plaza Kouter, escuchando esta misma música. Las sábanas de mi cama huelen a jabón de Marsella. En los descansos entre las piezas del *ballet* oímos muy a lo lejos el ruido sordo de las explosiones en el frente y parece inconcebible que este paraíso de luz y claridad sea una de las consecuencias de aquel infierno. Pienso en mis hombres allí en las trincheras y en Rudy el Bizco, de la calle Lossy, que antes de irme me dijo muy sonriente: «Te has llevado el premio gordo de la tómbola, compi. Otros seis meses a cuerpo de rey. ¡Disfrútalo mientras dure, que la próxima vez a lo mejor soy yo el que se va y tú el que se queda!»

Una semana después hay un gran estado de agitación desde primera hora de la mañana. Las monjas nos lavan más rápido de lo normal y nos dicen con risitas misteriosas que no nos pueden revelar nada. Pero después del mediodía queda claro el motivo del revuelo, porque, aunque casi no creemos lo que vemos, la mismísima reina entra en nuestra sala vestida con un sencillo uniforme de enfermera y va de cama en cama preguntando al herido si quiere chocolate o cigarrillos. A mí me da las dos cosas.

—He oído que es usted muy *courageux*, un *honneur* para nuestra patria.

—Majestad, yo... —farfulto intimidado.

Quiero decirle que cuando era niño canté para ella en la plaza Kouter. La monja de ojos verdes está junto a ella y me mira con una sonrisa alentadora retirándose un mechón de pelo cobrizo de la frente. Pero las palabras se me atascan en la garganta y lo único que consigo emitir es una especie de lamento. Para entonces, la reina ya se ha ido a la siguiente cama. Tengo que ir con urgencia al váter, pero no me puedo mover y rompo a sudar de turbación y timidez.

*

Al cabo de tres semanas sigo sin poder levantar la pierna herida ni un milímetro.

Tras pasar consulta con el médico de sala, me envían al norte de Francia con otros veinte compañeros. Tumbados en camillas, sufriendo los baches del camino, dos camionetas del ejército nos llevan por las carreteras de la costa hasta el casino de Dinard, que ha sido acondicionado como hospital. Una gran sala con vistas al mar. Paz y tranquilidad, rumor de olas, aire salino, gaviotas por la mañana, la sirena de los pesqueros en la distancia. No nos terminamos de acostumbrar a la ausencia de continuos cañonazos como ruido de fondo. Un pitido en los oídos llena el vacío dejado por las explosiones. Es una escena extraña, camas y más camas dispuestas en un salón de baile circular, con algunos pasillos para las enfermeras y de vez en cuando una silla llena de frascos de medicinas y todo tipo de aperos.

Durante los primeros días es como si fuera transparente. Nadie habla conmigo y las enfermeras que nos traen la comida no dicen ni una palabra. Al tercer día aparece un militar y recorre la sala anotando nuestros nombres. Con los apellidos flamencos se vuelve loco. Nosotros mismos tenemos que escribírselos en un papel. Al cabo de unas horas traen unas tablillas con nuestros nombres y las fijan a las camas. Poco después entran dos médicos castrenses y examinan brevemente a cada soldado.

Al llegar a mi cama, uno de ellos retira las sábanas.

—*Levez la jambe.*

—*Je ne peux pas.*

—*Levez la jambe sergent, puisque je vous l'ordonne!*

—*C'est impossible, je suis désolé.*

—*Bon. On verra.*

A la mañana siguiente, a las ocho en punto, se presenta junto a mi cama un tío como un oso con la camisa remangada. Solo verlo me atraganto con el último sorbo de café.

Tras consultar brevemente una libreta, saca un bote metálico de vaselina y le quita la tapa. A continuación, retira las sábanas de mi cama.

—*Laissons voir Jésus!* —exclama riéndose.

Con la palma de la mano a escasos centímetros de la punta de mi pie, me dice:

—*Eh bien, mon vieux, donnez un bon coup de pied contre ma main.*

Imposible. No consigo levantar la pierna ni un centímetro. Los músculos están completamente atrofiados.

El verdugo entra en acción. Tras untarme el muslo de vaselina, empieza a apretar, pellizcar, retorcer y golpear con sus enormes zarpas.

Yo sudo, resoplo, doy bufidos y jadeo. El dolor es inhumano.

—*Mais voyons, gueulez, criez, mon vieux, aspirez pour l'amour de Dieu, mon brave!*

Me sujeta por las muñecas y me pide que me agarre a las barras inferiores de la cama. Yo tiro de ellas con todas mis fuerzas. La tortura dura todavía más de cinco minutos.

Cuando ya hace rato que he superado los límites del sufrimiento, me da una palmada en el culo y me dice:

—*Voilà, ça suffit pour la première fois. Tenez bon. À demain.*

A la mañana siguiente, cuando lo veo acercarse con su cara de pendeñero, empiezo a sudar de tal forma que me caen goterones en los ojos.

—*On n'a pas peur, hein* —me dice dándome una palmadita en la cara con una amplia sonrisa.

La tortura empieza de nuevo. El terapeuta me vuelve a pedir que me agarre a las barras de la cama, y cuando termina resulta que las he doblado.

—*Je ne vous casse pas la cuisse, il ne faut pas casser votre lit* —bromea.

Al cabo de diez días mi pierna vuelve lentamente a la vida, lo cual parece

sorprender incluso al terapeuta, que admite haber llegado a pensar que los músculos estaban demasiado dañados para recuperarse.

Todavía pasa una semana entera hasta que puedo ponerme en pie junto a la cama y hacer un primer intento de apoyar la pierna herida con mucho cuidado. Al principio me caigo inmediatamente, pero a partir de ese momento empiezo a hacer pequeños ejercicios en la cama. Ya soy capaz de alzar la pierna varios centímetros. El bruto del terapeuta disfruta de lo lindo. No sé cuántos botes de vaselina ha gastado ya conmigo.

Un día de octubre salgo por primera vez yo solo, caminando muy despacio con la ayuda de un bastón. El olor del mar me abruma. Hay una luz extraña; las gaviotas planean por encima del parque y las casas señoriales de la avenida; el mar está tranquilo y tiene un color verde azulado. Me siento en un banco en el paseo. La gente pasea charlando, algunos barcos faenan un poco más allá de la Baie du Prieuré. A mi izquierda, a lo lejos, se ve entre la bruma el perfil medieval de Saint-Malo. El rocío cubre las hojas amarillas de los árboles y una suave brisa acaricia el césped. Es como si nunca hubiera habido una guerra en el mundo.

*

Todos los días me siento unas horas en el paseo y me entretengo haciendo algunos bocetos rápidos. Una muchacha con la caja redonda de un sombrero caminando contra el viento; una vieja vestida de negro echándole pan a las gaviotas, que se acercan peligrosamente a su mano; un soldado con una sola pierna avanzando afanosamente con ayuda de dos muletas, el muñón perfectamente envuelto en una pernera recién planchada.

Un viejito se detiene detrás de mí. Al advertir su presencia, dejo de dibujar.

«*La prestidigitation est un art très peu apprécié*», dice antes de continuar su paseo.

Su comentario me deja perplejo. ¿Qué me ha querido decir?

Los transbordadores van y vuelven pacíficamente entre Dinard y Saint-Malo. Un día decido cruzar al otro lado. No hay la más mínima turbulencia en la superficie del agua. Los peces nos siguen saltando por encima de la

línea de flotación y las gaviotas se lanzan graznando hacia la estela de espuma que deja el barco a su paso. Voy sentado en la cubierta, libre de toda carga, pero basta que piense en ello para que vea a mis compañeros arrastrándose por el barro, exhaustos y desmoralizados. El corazón se me sube a la garganta.

Esa noche, cuando vuelvo al casino pasito a pasito, apoyándome en las muletas, una enfermera me sale al paso y me echa una regañina. ¿A quién se le ocurre correr tantos riesgos? Además, ha llegado una carta para mí. Me la han dejado en la cama. El sobre lleva impresa una corona. Dentro hay una copia del Boletín del Ejército. Me han concedido la Orden de la Corona. Al día siguiente recibo otra carta, esta vez de Inglaterra. Mi hermanastro Raymond me invita a pasar con él unos días en Swansea, donde reside temporalmente como refugiado.

Ya estamos a mediados de noviembre cuando, una mañana temprano, subo con otros veinte soldados al transbordador. En Saint-Malo, el cónsul inglés nos sella los salvoconductos. Poco después del mediodía nos conducen al barco con el que vamos a cruzar el Canal. El capitán nos da la bienvenida con el saludo militar.

Antes de zarpar todavía me da tiempo a pasear durante una hora por Saint-Malo, por sus calles estrechas y su playa con grandes rocas. Las olas arrastran hasta la arena a un caballito de mar muerto, irisado y traslúcido. Desde el otro lado de la playa viene andando hacia mí una joven y, de pronto, pienso que estoy solo en el mundo. Ni siquiera sé si volveré a ver a mi madre. Es una muchacha elegante, aunque va íntegramente de negro. Lleva un pequeño paraguas que utiliza como bastón; con cada paso que da lo clava en la arena. No me atrevo a mirarla a los ojos. Cuando ya nos hemos cruzado, vuelvo la cabeza y veo que ella hace lo mismo. Nuestras miradas quedan prendidas durante un brevísimo instante.

La pierna todavía me da dolorosos tirones de vez en cuando; me he excedido con el paseo. Cansado, subo por fin al barco poco antes de las cuatro, la hora a la que está prevista la partida. Algunos soldados ya están borrachos; no han necesitado mucho tiempo para dilapidar la soldada que nos han dado. El capitán toca la campana. Último aviso. Poco después la sirena

resuena contra las fachadas de las casas y yo me pregunto dónde vivirá la muchacha de la playa. La soledad cae sobre mí como un pesado fardo.

Navegamos rumbo a Southampton, la ciudad que tres años antes había perdido a novecientos hombres en la tragedia del *Titanic*; la mayoría de ellos se habían enrolado como marineros, jornaleros, friegaplatos o sobrecargos.

—Muchas mujeres solas a quien consolar en ese puerto —dice un soldado escupiendo en la cubierta.

El capitán viene a llamar la atención a los militares embriagados. Tienen que permanecer en cubierta durante toda la travesía, con el salvavidas puesto y bajo la terminante prohibición de ir a babor desde el castillo de proa. Él sabe de lo que habla: los pesados cofres cargados de repuestos metálicos que lleva el barco a Inglaterra se pueden soltar y aplastar a un pasajero contra la barandilla.

Yo me acomodo en un banco de babor cubierto por una lona.

Al principio todo va bien. El barco se mece apaciblemente a unos quinientos metros de la pequeña isla de Cézembre, donde se encuentra la tristemente famosa prisión en la que encierran a muchos soldados flamencos juzgados por los tribunales militares.

Al cabo de una hora aparecen densas nubes oscuras en el horizonte. La superficie del mar adquiere tonos violáceos y se levanta un fuerte viento. Los soldados gruñen. El capitán se acerca y prohíbe a todo el mundo terminantemente volver a levantarse. Poco después, el barco empieza a encabritarse como un potro salvaje; en el mar se abren enormes agujeros, a veces de cinco o seis metros de profundidad, en los que se precipita la proa del barco con un violento golpe, como si cayera sobre gruesas planchas de metal. Las sacudidas nos obligan a agarrarnos con fuerza a los bancos. Nos miramos con risitas nerviosas. Al cabo de unos minutos empieza a descargar la tormenta. El barco parece fuera de control, estamos a merced del mar embravecido. Dando bandazos, el capitán trata de alcanzar el puesto de mando. Antes de llegar choca bruscamente contra la barandilla, cae al suelo, se vuelve a incorporar con dificultad y desaparece en la cabina. El viento brama, ruge y aúlla, alguien ha soltado a todos los diablos del infierno. Olas de varios metros de altura arrojan enormes cantidades de agua sobre la cubierta, revientan formando abanicos y nos hacen perder todo sentido de la

orientación. Asustado, me tumbo debajo de mi banco. Un soldado vacía su estómago encima de mis pies. A partir de ese momento ya no hay quien aguante aquello, todo el mundo se pone malísimo, todo el mundo echa el alma por la boca. Algunos soldados con heridas todavía demasiado recientes lloran de dolor. La tempestad arrecia. Cada poco tiempo el barco se eleva peligrosamente por encima de las olas y cae con un tremendo golpe en el abismo que se abre en el agua ante nosotros, haciéndonos creer que ha llegado nuestra última hora. Todo está oscuro, no hay dirección, no hay tierra a la vista ni mundo alguno. No hay arriba ni abajo, no hay derecha ni izquierda. Lo único que hay son vómitos y agua salada, ruidos siniestros, crujidos. Parece que el barco se va a partir en dos y la tormenta dura horas y horas y más horas, parece que no va a terminar nunca.

Cuando empieza a amanecer estamos todos rotos, medio muertos. Algunos soldados están atados a una barra o a donde han podido sujetarlos sus compañeros y ruedan de un lado a otro sin voluntad propia, como sacos de patatas. Más que navegar vamos a la deriva, encajando una detrás de otra las embestidas de las olas, sin rumbo concreto en un mar borrascoso. El capitán espera. La tormenta sigue flagelándonos y, agarrotados por los calambres, rezamos para que todo termine de una vez. Teníamos que haber llegado al puerto de destino en torno a las diez de la noche anterior, pero ya ha amanecido y, aunque todavía hay poca luz, seguimos sin ver tierra por ningún sitio. Algunos chicos, convencidos de que van a morir en el mar, lloran como perrillos mientras echan el último resto de bilis que queda en sus cuerpos retorciéndose de dolor y miseria, babeando y rechinando los dientes.

Hacia las nueve, lo peor de la tormenta ya ha pasado, pero el mar sigue tan revuelto que en cuanto vuelven a sonar los motores todo el mundo se pone otra vez enfermo. Navegando con una lentitud exasperante, avanzando en diagonal a la dirección del viento, nos aproximamos por fin a la costa. Los barcos amarrados en el puerto se balancean en el agua y hacen sonar sus sirenas para advertirnos que no nos acerquemos; el barco se haría pedazos contra el muelle. De modo que seguimos esperando hasta bien entrada la tarde, empujados por las olas, con la espuma azul y blanca de esa interminable calamidad cayendo sobre nuestros cuerpos ya completamente exprimidos y los labios cubiertos de babas igual de espumosas, mientras nos

arrastramos con el gesto retorcido como demonios tratando de huir de nosotros mismos y nos agarramos a cualquier sitio con el último resto de voluntad que nos queda.

«Esto es peor que todo lo que hemos pasado en las trincheras», dice un soldado hipando muy cerca de mi oído.

Ya son las seis cuando el capitán, con muchas precauciones, inicia la maniobra de aproximación al puerto, navegando de popa, metro a metro. Una poderosa ola nos eleva a gran altura y casi nos empotra contra el muelle. Todos los barcos del puerto hacen sonar sus sirenas con insistencia para advertirnos del peligro. Volvemos a alejarnos cien metros.

Hacia las siete, el barco amarra por fin zarandeándose aún sobre el oleaje. Transformados en un hatajo de animales apaleados, una tropa de pulgas y ratas, bajamos a tierra firme arrastrándonos como moribundos y permanecemos todavía una hora resoplando en el muelle bajo la lluvia y el viento, con el pantalón cagado y un vaho de bilis flotando a nuestro alrededor.

Cuando por fin conseguimos ponernos en pie y mantener un poco el equilibrio, ya ha oscurecido.

El capitán evalúa nuestro estado y hace el recuento. Falta un soldado. Nadie sabe dónde puede estar.

«¡Siempre la misma historia!», estalla. «¡Luego soy yo quien paga por los borrachos que se caen por la borda!»

A continuación nos lleva a una pequeña casa de comidas. Por primera vez nos miramos bien unos a otros, porque las niñas que atienden las mesas se llevan las manos a la boca al vernos. Estamos amarillos como chinos, consumidos y demacrados por la crisis biliar, con restos de babas secas en la cara y los ojos tan hundidos que damos miedo.

Nadie quiere comer. Caemos profundamente dormidos nada más acostarnos en los sencillos catres que nos ofrecen en las alcobas de la planta de arriba, mientras fuera la tormenta de noviembre sigue golpeando el tejado con ruidos sordos.

Al día siguiente, con los sentidos embotados y vacío como quien ha perdido todo objetivo y dirección en la vida, dormito en el tren que me lleva a Londres, donde tengo que esperar dos horas. Echo de menos a mis compañeros de las trincheras. Desde Londres continúo el viaje a Swansea pasando por Bristol. Sentado yo solo con mi miseria, triste y aterido, veo pasar lentamente por la ventanilla las colinas solitarias. La nieve se derrite en los árboles y los setos. Nadie dice nada. En todos los andenes esperan soldados encogidos por el frío, algunos fumando, visiblemente recuperados, listos para volver al frente; otros pálidos y malparados como yo, camino de unas semanas de rehabilitación. Ya muy pasada la medianoche llegamos a una vieja estación rural en estado de abandono. Pregunto por la residencia donde está alojado Raymond y, tras una hora caminando penosamente por un sendero cubierto de nieve que bordea la costa, llego a una modesta aldea, no más que una larga calle con un par de tiendas, algunas viviendas bajas y tres pequeños hoteles con vistas al mar. No hay señales de vida por ningún sitio, tan solo un soldado montando guardia frente a los barracones de madera del paseo. Al verme en la oscuridad me toma por un oficial y se cuadra inmediatamente.

—*Good evening, sir.*

—*Good morning, you mean.*

Se ríe.

—*How is war in Belgium?* —me pregunta.

Le contesto con una vaguedad y le pido indicaciones para llegar a Home Rest.

Sigo caminando por la costa. Las olas arrojan su espuma sobre una playa parcialmente cubierta de nieve.

Ya son las siete y todavía no hay luz. Tengo fiebre y estoy derregado. En una casa veo una hamaca de jardín bajo un cobertizo. Me dejo caer en ella. La herida de mi muslo palpita, quema y pica. He llegado al límite de mis fuerzas. Encogiéndome como un niño, desciendo al infierno de los reproches dirigidos contra mí mismo: tenía que haber ido otra vez a Liverpool a buscar el fresco de mi padre, qué estoy haciendo aquí, qué gano yo con ver a Raymond unos días, mis compañeros se han ido al sur de Francia a reponerse, soy un perfecto imbécil, tengo los pies tan helados que parece que se me van

a desprender del cuerpo, no tenía que haber hecho nunca esa maldita travesía, tengo náuseas de lo débil que estoy y tiemblo de tal forma que me crujen todos los huesos.

En una majestuosa mansión de otra época que vi emerger en la niebla matutina, me encontré por fin con mi segundo hermanastro. Lo primero que hice fue preguntarle por mi madre y mis hermanas, discretamente, para no ofenderlo, porque él sabía lo que pensaba de su padre. Hacia las once de la mañana, tal vez por sentarme demasiado cerca de la chimenea, me derrumbé inconsciente en el suelo. No me desperté hasta dos días después, con el cuerpo todavía cubierto de manchas rojas a causa de la septicemia que había sufrido.

Pasé allí un mes y medio sin darme cuenta de nada, como si estuviera anestesiado. Salí al mar con un pescador y el enorme pez que atrapamos después de varias horas resultó ser un *dogfish* —un galludo—, un monstruo incomible que coleteaba furioso y nos miraba enloquecido mientras el pescador cortaba el anzuelo con su cuchillo para volver a soltarlo en las aguas revueltas. Un reguero de sangre, eso fue todo lo que quedó de aquella colosal bestia. Por lo demás, solo recuerdo el aguanieve cayendo en nuestras caras.

Port Talbot. Olor a salitre, esparto, cuerdas de yute, pobreza. En la distancia, las montañas con las minas de carbón.

El pescado es malo. El café es malo. El pan es peor. Tenemos los dientes podridos y un sabor repugnante en la boca. Masticamos en silencio, a veces conteniendo las arcadas, mirando los árboles desnudos y el mar gris verduzco al fondo. La Navidad llega con aguanieve y una lluvia feroz. Un pequeño grupo de enfermeras se sienta con nosotros a la mesa para compartir una humilde cena. La conversación no pasa de unos cuantos monosílabos. Año Nuevo apenas se celebra. En una pequeña capilla le dedican largas y monótonas oraciones a los muertos y los heridos. Al día siguiente, con un sol de invierno cegador y un viento cortante, encontramos en el dique el cadáver de un caballo escuálido matado a palos. Todo parece irreal. Siento nostalgia.

El último día de mi estancia visitamos una fábrica de munición en

Swansea. Uno de los directores ejerce de guía. Caminando entre los hornos recupero un poco el ánimo. Me recuerda a la fundición y las explicaciones son interesantes. Las nuevas técnicas me dejan admirado. En un abrir y cerrar de ojos son capaces de transformar un bloque de hierro al rojo vivo en cien finísimas planchas para hacer latas de conserva o vasos para los soldados. Hay algo en mí que ya no distingue entre lo que pienso y lo que veo.

Traqueteando con una lentitud enervante, vuelvo a Londres en el mismo tren de la ida, sentado en silencio junto a mi hermanastro. Enfrente de nosotros, tres muchachas inglesas hacen comentarios en voz alta sobre aquellos dos ingenuos soldados belgas, que según ellas todavía no le han puesto un dedo encima a una mujer; uno, el de la izquierda, sería perfecto para posar en un parque como estatua de bronce al Soldado Simplón, cubierto de cagadas de paloma. Se ríen y se lo pasan en grande a nuestra costa, hasta que, al bajarnos, les deseo que disfruten del resto de su viaje en un inglés lo más impecable posible. Avergonzadas, se llevan la mano a la boca y nos ofrecen todo tipo de confusas disculpas. Encogiéndonos de hombros, nos alejamos por el andén saludándolas amistosamente y, de pronto, siento un malestar indefinido, algo que me quema los intestinos transformando la ansiedad y el deseo en una especie de mareo que ya no me abandonará hasta llegar al frente. Sentado en otro tren destartado, frío y sucio, miro a través de una ventanilla asquerosa cubierta por el hollín de las velas. En todas partes hay huellas de vandalismo: en los asientos, en el suelo y, sobre todo, en los lavabos, donde hay tal cantidad de porquería que son inutilizables. Cuando termina su permiso y tienen que volver al frente, los soldados se convierten en seres renegados de instinto destructivo.

*

Vuelven a transcurrir meses en que los periodos de aburrimiento, sesteo y desidia se alternan con repentinas erupciones de violencia, dos horas de auténtico infierno, un ataque imprevisto, órdenes transmitidas a gritos, pánico, confusión, heridos aullando de dolor. Después hay que recoger a los muertos, cuerpos mutilados, fragmentos humanos en un rincón de la trinchera

donde hace un momento había un joven fumando y charlando tranquilamente.

Mi relato se vuelve monótono porque la guerra se volvió monótona, la muerte, nuestro odio a los alemanes, la vida misma, todo se volvió monótono hasta dar asco.

Pero hubo algo que me conmovió profundamente durante aquellos días. Una tarde se llevan a un soldado moribundo y oigo que es un chico manco que a pesar de su minusvalía ha mostrado mucho coraje. Era voluntario en el servicio de enfermería. Le había caído encima una viga de un granero en llamas. Me acerco a la camilla y reconozco al muchacho de la escuela nocturna de dibujo, mi querido compañero, el virtuoso que creaba mundos enteros con palotes. Tiene el cuello doblado en un ángulo imposible, probablemente roto. Me mira fugazmente y noto en sus ojos que me reconoce. Quiere decir algo y, al intentar incorporarse, hace eso que siempre me llamaba tanto la atención: su muñón se mueve con vida propia bajo la manga de su uniforme desgarrado. Pero vuelve a desplomarse. Camino junto a la camilla sin poder hacer nada. Cuando llegamos al puesto de socorro ya está muerto.

*

En junio de 1916 me asignan por tercera vez una misión de alto riesgo. Hay que montar guardia en un puesto de observación muy adelantado, un establo de vacas entre las dos líneas de combate. Nuestro comandante envía todas las noches a tres hombres y ninguno vuelve. Empieza a haber murmullos, algunos protestan y el mando responde con castigos y amenazas. Al cabo de una semana y media me convocan para que vaya yo con dos de mis hombres. Yo me cuadro y contesto que estoy dispuesto a cualquier cosa, pero que se trata de una misión suicida. El comandante me pega un ladrido y me dice que cuente con un severo castigo si regreso vivo.

Poco antes de medianoche nos arrastramos sigilosamente hasta el puesto de observación. Entre las sombras vemos cadáveres por todas partes. En el establo encontramos la munición de todos los que nos han precedido. Ordeno a mis hombres que reúnan tantas balas como puedan y los coloco en puntos estratégicos, a tres metros del establo.

Cubierto por ellos, me adelanto lo máximo posible y hago un esquema rápido de todo lo que veo: los puntos donde sospecho que puede haber metralletas, la longitud de la trinchera y la altura de la barrera defensiva. En cuanto termino, vuelvo a reunirme con mis hombres. ¿Por qué no han conseguido hacer esto los demás?

Recogemos todas las balas que hay por el suelo y las metemos en nuestras mochilas. Ahora que disponemos de una cantidad de munición inesperadamente grande, ordeno disparar por turnos durante toda la noche separados por una determinada distancia, calculando exactamente el intervalo de tiempo con el que tenemos que disparar para que las balas nos duren hasta el amanecer. No vemos a ningún alemán en toda la noche y nadie nos hace prisioneros. Con una enorme sensación de triunfo, iniciamos el camino de regreso por la mañana, y justo cuando creemos estar ya en la zona segura, empiezan los disparos. Nos tiramos al suelo. En pocos segundos veo que mis dos hombres se levantan y tratan de huir, pero los acribillan al momento. Yo permanezco inmóvil en el suelo. Al cabo de unos minutos me levanto con precaución y recibo inmediatamente un disparo en la espalda, un disparo cobarde que entra en diagonal en mi cuerpo, me atraviesa el lomo y sale por delante a la altura de la cadera. Trato de detener el torrente de sangre, vomito, aprieto tan fuerte como puedo la enorme y punzante herida que ha abierto la bala al salir. El cielo todavía está oscuro cuando me trasladan al hospital de campaña. El médico castrense me dice: «*Marshián, t'as un abonnement ou quoi?*»

Sonrío dolorosamente, todo se difumina a mi alrededor. Tres días después despierto con una venda cubierta de manchas marrones en torno a mi tripa y un terrible dolor de espalda. Un enfermero me dice que me han tenido varios días narcotizado porque el dolor habría sido insoportable. Y también tiene otra noticia para mí. Tan pronto como me cure tengo que comparecer ante el consejo de guerra por usar munición ajena sin autorización de los mandos. Me da igual, le contesto, por mí se pueden ir todos al infierno.

Interminables horas de reposo en cama, aburrimiento, dolor, frustración. Con frecuencia pienso en mis compañeros de trinchera. Para la rehabilitación, esta vez me envían tres meses a una pequeña finca en Windermere, una población de Lake District. Allí trabo amistad con la señora de la casa, Mrs.

Lamb, que juega conmigo a las cartas y a la hora del té me cuenta historias de sus antepasados. Muchas tardes paseamos juntos por el parque. Su marido también está en el frente y entre nosotros surge una intimidad con la que ninguno de los dos sabemos muy bien qué hacer. Por las noches, cuando me meto en la cama de mi amplio dormitorio de la primera planta y oigo sus pisadas en el pasillo, me repito una y otra vez que no soy más que un simple soldado de Gante.

Durante ese periodo de rehabilitación en Windermere leo en los periódicos que han empezado a utilizar un nuevo tipo de gas, el gas mostaza, que por lo visto provoca escenas más terribles aún que los obuses de dicloro que ya padecimos en 1915. Leo acerca de las brutales matanzas en masa y paso noches enteras sin dormir. ¿Cuántos de mis compañeros habrán caído ya? Solo puedo hacer conjeturas. Ahora que tengo más noticias de la guerra, nuestra trincheras me parece un lugar relativamente seguro, a pesar de los muertos que caen todas las semanas. Cada vez con más frecuencia oigo en todo tipo de conversaciones el rechazo y la repugnancia que producen entre los civiles las insensatas y absurdas matanzas en el frente. Al parecer, hasta los alemanes están ya hartos de esta vesania colectiva y desertan en masa. ¿Todavía quedan jóvenes en Europa?, se pregunta Mrs. Lamb, mi anfitriona de Windermere, apoyándose una mano en el hombro. Los periódicos ingleses hablan de cosas muy distintas que los periódicos francófonos de Bélgica que caen en mis manos de vez en cuando en el frente.

El día de la despedida, Mrs. Lamb me regala una pitillera y un cartón de tabaco inglés, unos cigarrillos ovalados de color amarillo. También ha tejido una bufanda muy larga para mí. «Te vendrá bien durante los meses de invierno en el frente.»

En el momento del último adiós, me da un abrazo. El día que partí de Windermere temblé como un miserable. A lo lejos vi los picos de Langdale envueltos en la luz gris del amanecer. El frente me esperaba de nuevo. Iba a empezar el tercer invierno.

Al volver a mi regimiento oigo que el oficial de servicio todavía me quiere castigar por insubordinación. Cuando volví herido del punto de observación en el establo, llevaba encima una gran cantidad de munición que

no me habían asignado los mandos, lo cual se consideraba una falta grave.

Un teniente me hizo llamar y, tras leerme muy seriamente la cartilla, me enumeró las posibles sanciones que me podían aplicar. Al ver que no movía ni un músculo y permanecía en posición de firmes esperando su decisión de enviarme o no al consejo de guerra, se quedó mirándome fijamente mucho tiempo. Y debió de percibir el resentimiento en mis ojos, porque volvió a estudiar los papeles con detenimiento y, finalmente, estampó un sello, puso su firma y me dijo: «Puede retirarse, Martien. El expediente queda archivado. Vuelva con sus tropas.»

Saludé y me fui sin decir una palabra. Pero ya nunca volví a recuperar el entusiasmo. Aquel día perdí la buena fe. Cuanto mayor era el sacrificio humano, más insoportable resultaba el desdén de los oficiales francófonos, las vejaciones públicas y el trato discriminatorio a los soldados flamencos. Su actitud contrastaba de manera flagrante con las muestras de amistad de los soldados valones, jóvenes sencillos casi siempre solidarios, pues todos éramos carne de cañón. Mientras nosotros pasábamos días enteros al aire libre con gruesos gorros de montaña y botas destrozadas envueltas en trapos de franela, frotándonos los brazos y apretándonos unos contra otros para no morir de frío y que no se nos cayeran los dedos por congelación, los oficiales charlaban cómodamente sentados en granjas con buenas chimeneas.

Cada dos semanas viene un teniente a hacer una somera inspección en la trinchera y, alzando la nariz, bromea sobre lo sanas que son las heladas, porque con esas temperaturas desaparecen todas las plagas. Y añade: «Ahora solo falta que desaparezcan también los *boches*.» Pero nadie se ríe. El teniente nos vuelve la espalda en actitud altanera y le dice a su adjunto en tono claramente audible: «*Ils ne comprennent rien, ces cons de Flamands.*» Los inútiles de los flamencos.

Un día me vuelve a llamar un comandante, un bruselense que me obliga a saludar después de cada frase que pronuncia. Y mientras me humilla de esa manera y estoy allí como un payaso, llevándome la mano a la frente y entrechocando los tacones cada vez que dice algo, me mira con una sonrisa sarcástica y me comunica desde su pedestal que me van a trasladar a otra sección, porque tengo un trato demasiado amistoso con mis hombres y, por lo tanto, constituyo un peligro para la disciplina militar. Le pregunto si es una

orden de los mandos superiores y él brama en francés que un *Flamand* no tiene nada que preguntar. Saludo y me voy a recoger mis cosas. Los chicos me preguntan:

—¿Qué haces, Martien?

—Me trasladan —contesto lacónicamente.

Entonces ocurre algo que jamás habría sospechado. Mis hombres estallan de furia, se van en grupo a la oficina del comandante y se ponen a dar gritos de protesta con los puños en alto. Las piedras no tardan en empezar a volar. El comandante sale y pega un bufido, les ordena en vano que se callen, que quien participe en un motín será ejecutado sin contemplaciones, pero lo único que consigue con ello es que arrecien las protestas. Por todas partes llegan soldados para unirse a los sublevados. «¡Flamencos, uníos!», gritan.

El comandante se pone rojo de furia, desaparece en el interior de la granja y vuelve con un oficial. Se ponen a hablar y, mientras sigo recogiendo mis cosas detrás del grupo de amotinados, veo que me señalan. Dos tenientes vienen a por mí, me agarran de los brazos y me arrastran bruscamente con ellos, como si fuera un condenado. Al llegar ante el oficial, enderezo la espalda y saludo. Es el mismo que me libró del consejo de guerra. Entrecerrando un poco los ojos, vuelve a mirarme de arriba abajo.

—*Eh bien* —dice, golpeando con el látigo el guante que sostiene en la mano izquierda.

Yo vuelvo a saludar y saco del bolsillo la caja metálica en la que guardo mis condecoraciones, la abro, y se las empiezo a enseñar una a una, sin decir ni una sola palabra.

Él comprende inmediatamente adónde quiero ir a parar y, después de examinar detenidamente mis medallas, se queda mirándome durante unos segundos eternos.

Finalmente saca de la caja la Orden de la Corona y, hablando despacio, marcando mucho las sílabas, dice:

—*Sergent-major Marshián. Vous avez de grands mérites. Mais on vous a trompé. Cette décoration est une contrefaction.*

¡Mi condecoración más importante es una falsificación! La auténtica debió de quedársela el comandante. He sido víctima de un vulgar engaño. El oficial mira a su alrededor arrugando la nariz. El comandante, que ya no saca

tanto pecho, trata de intervenir, pero el oficial no se lo permite.

—*Taisez-vous, Delrue. J'en ai marre de l'humiliation des Flamands. Et vous tous* —añade señalando a sus comandantes y a los subtenientes que se han acercado a ver cuál es el motivo del jaleo—, *vous êtes tous coupables de cette imposture, idiots.*

»*Tenez, Marshián* —dice por fin, devolviéndome la medalla falsificada—, *vous restez avec vos soldats dans votre régiment.*

También me promete que en unos días recibiré la medalla auténtica y que, hasta entonces, tengo que guardar la falsificación como prueba. Los soldados lanzan sus gorras al aire y gritan de alegría. Yo saludo, doy las gracias y trato de calmar a mis hombres para no despertar más resentimiento entre los oficiales. De nuevo volvemos al barro, el hedor, el aburrimiento, las explosiones repentinas, los nervios, los muertos que caen cada cierto tiempo a nuestros pies. En la trinchera, un muchacho valón se acerca a mí y me dice en un neerlandés macarrónico que se avergüenza del trato que nos dan. Esa noche —¡quién sabe de dónde saldría! aparece una caneca de ginebra en la trinchera y autorizo a los chicos a beber. Mientras cantan en voz baja, pasan por el cielo unas nubes bajas que nos traen una suave llovizna. Un obús cae entre nuestras trincheras, cerca de nuestra posición, pero no estalla. Contenemos el aliento. Por suerte, no ocurre nada.

El calendario se ha olvidado de nosotros. Hemos ido a parar a un pliegue oscuro e irreal del tiempo en el que ya no hay forma de reconocer un principio ni un final. Las estaciones se suceden, las nubes cruzan el cielo como animales blancos de alguna fábula o dioses caprichosos iluminados por la intensa luz del mediodía. Hemos envejecido antes de tiempo. Nos comportamos como niños castigados sin salir a la calle, niños fatalistas, embrutecidos, indiferentes ante la vida y la muerte.

*

En el invierno de 1917-1918 volvemos a sufrir terribles carencias, vuelven a morir jóvenes soldados de frío, pulmonía, tifus, tristeza, infecciones intestinales, sífilis, desesperación, ira y yo qué sé cuántas cosas más. Pero nada tan espeluznante como lo que nos cuentan de Passendale

durante los meses de octubre y noviembre de aquel invierno. Nosotros estamos aquí enterrados en nuestra trinchera y vemos cómo se llevan uno detrás de otro a nuestros camilleros. Todo el mundo anda con la palabra Passendale en los labios. Los oficiales callan y miran al suelo cuando les pedimos explicaciones. Las explosiones que se oyen en la distancia son más violentas que en toda la guerra. También están utilizando gas mostaza, y las historias que llegan a nuestros oídos son tan aterradoras que casi nos sentimos afortunados de estar aquí agusanándonos en el barro, expuestos únicamente al frío, las traidoras ametralladoras y el arbitrio de los mandos militares. Las quemaduras que causa el gas mostaza son al parecer más dolorosas que cualquier cosa vista antes y no hay ungüento o medicina capaz de aliviar el pavoroso sufrimiento de las víctimas. La moral ha descendido por debajo de las temperaturas nocturnas de este invierno de fuertes heladas. Hay una nueva ola de suicidios apenas disimulados, chicos que salen corriendo en dirección al enemigo gritando: «¡Disparad, cabrones! ¡Venga, disparad!» La mayoría de las veces les conceden inmediatamente lo que piden. De alguna forma, también notamos que cada vez hay más licor en las trincheras. Algunos dicen que son los propios mandos los que encargan el alcohol para los soldados, que ahora se pasan la mitad de la noche delirando y llorando a la luz de las estrellas y se quedan dormidos al amanecer, exhaustos, con los sentidos embotados. Algunos mueren congelados a esa hora fatal en que el frío es implacable y se agarra a nuestro cuerpo como los colmillos de un monstruo terrible.

Con la llegada de la primavera empiezan a circular cada vez con más frecuencia rumores de una inminente rendición del enemigo. A veces vemos a lo lejos oscuras siluetas bajo el cielo rojo del crepúsculo, una hilera desordenada de soldados alemanes marchando hacia el horizonte. Pero no tenemos ni la más remota idea de qué es lo que pueden estar haciendo. Vuelve el verano. Vuelven los mosquitos, los tábanos y las infecciones. En un ramal sin salida de nuestra red de trincheras hay una inmensa montaña de excrementos esparciendo un hedor más allá de lo humanamente soportable. Intentamos enterrarla, pero cada vez que clavamos la pala en la tierra salen a la superficie cadáveres, extremidades arrancadas de cuajo y esquirlas de granadas, de modo que lo dejamos por imposible y nos alejamos de allí

reprimiendo a duras penas las ganas de vomitar.

*

Poco después de la liberación me dan unos días de permiso para ir a casa. Por el camino compruebo con mis propios ojos hasta qué punto ha quedado devastado nuestro país. Casas en ruinas, vagabundos, oportunistas, pobreza. Pero también percibo en los ojos de la gente la alegría y el alivio por el fin de la guerra.

En algunos sitios se ven intentos de saqueo. También hay quien quiere ajustar cuentas con aquellos que han colaborado con el enemigo. Algunas casas quedan arrasadas. Vuelvo a ver a mi madre, a mis hermanas y mis hermanos. Son momentos de gran emoción. Mi madre sale corriendo al verme llegar. En un pie lleva un zueco y en el otro una pantufla. Al ver mis condecoraciones se pone a llorar. Ha cambiado. Parece más sensible, más vulnerable. Mi padrastro, Henri, ha envejecido mucho. Sus movimientos son lentos, se ha convertido en un hombre sombrío y apenas habla, lo único que hace es beber un licor de mala calidad que él mismo destila de forma clandestina con ruibarbo y peras macadas. Las carencias sufridas durante la guerra los ha dejado a todos consumidos. Mi madre tiene ahora el pelo completamente gris y su espalda, que siempre llevaba recta con tanto orgullo, está ahora doblada. Pero su fuerza mental sigue intacta. Mis hermanas se han convertido en atractivas jovencitas. Clarisse está ennoviada con Fons, un pelirrojo charlatán que nos atufa la casa con el humo de su pipa pero que siempre se las arregla para hacer reír a todo el mundo con sus continuas bromas, a pesar de la pobreza y la amargura que ha traído la guerra a la gente de la ciudad.

Cuando vuelvo a mi regimiento, la maquinaria de los rumores sigue funcionando a pleno rendimiento. Según dicen, hacía ya tiempo que la población alemana se había alzado contra la guerra; el frente enemigo se estaba desmoronando desde hacía meses. Unas semanas después, el día de nuestro regreso definitivo, al pasar por Merelbeke encuentro en una acequia un casco de obús intacto entre todo tipo de escombros, trastos inservibles y piezas de artillería abandonada. Tiene un calibre de 215 mm. Artillería

pesada. Mis compañeros se burlan de mí. ¿Vas a cargar con ese muerto durante todo el camino? A mediodía llego a casa sudando, y cuando le entrego a mi madre el casco de cobre, ella me dice que va a poner flores dentro. Nunca lo hizo. Años después lo puse en el barandal de la escalera de nuestra nueva casa y Gabrielle, que nunca fue una entusiasta de las tareas de limpieza doméstica, se apresuró a decirme: «Ya te puedes ocupar tú de sacarle brillo a ese cobre, Urbain, porque yo no lo pienso hacer.» Y eso fue lo que hice fielmente durante toda mi vida, todos los viernes a última hora de la mañana, antes de que empezara el fin de semana y volvieran los niños a casa.

*

Poco a poco me van contando todo lo que ha ocurrido en el barrio. Una vecina hambrienta se había quedado embarazada de un alemán que le había prometido un pan a cambio de «trato carnal», como se decía entonces. Después de la guerra la sacaron de casa, le afeitaron la cabeza y la patearon de tal forma que le provocaron un aborto. La hija de un campesino había escondido a un alemán en la caseta del jardín y por las noches se daba un revolcón con él. Su padre la descubrió y la mató a patadas, y el alemán, a su vez, le reventó el cráneo al campesino y huyó sin dejar rastro.

De pronto hay por todas partes fervientes patriotas que, curiosamente, durante la guerra hacían rentables negocios clandestinos con los alemanes. Por todas partes se afanan en borrar huellas y eliminar testigos. Por todas partes hay litigios, envidia, chismorreos, traiciones, cobardía y saqueos. Mientras tanto, los periódicos llenan sus páginas con jubilosos cantos a la paz. Pero nosotros, los soldados que hemos vuelto del frente, somos los únicos que sabemos cuál ha sido el precio. Y sin embargo callamos como tumbas, luchamos contra las pesadillas y rompemos a llorar al oler unas sábanas recién planchadas o un vaso de leche caliente.

En algunas casas de nuestra calle han colgado banderas de Bélgica que ondean agitadas por el viento húmedo del invierno.

*

Detrás de nuestra casa, en la calle perpendicular a la nuestra —la calle Aannemers— se ha establecido recientemente un próspero mayorista de cereales y patatas, un campesino que se ha enriquecido durante la guerra. «Muchas veces no nos explicábamos de dónde sacaba el género», dice mi madre. El negocio tiene un amplio almacén detrás de la casa, en un patio alargado separado por una tapia de los patios de nuestra calle. Desde la ventana de mi dormitorio veo a los empleados y a los clientes entrar y salir del almacén. El comerciante tiene dos hijas. Una de ellas, la menor, es una joven orgullosa que me recuerda a mi madre: una belleza de pelo negro que se mueve por el patio con elegancia y aplomo. Por las tardes me sorprende mirando con la esperanza de verla pasar. Una noche abro la ventana y me pongo a tocar una cancioncilla de soldados con un viejo laúd que trajo Jules hace años. La muchacha mira hacia arriba y me ve allí sentado en el alféizar. Sonríe. Tiene ojos claros e intensos, igual que mi madre, y el mismo pelo negro. Mi corazón se acelera de tal forma y mis nervios se tensan tanto que cuando se vuelve a ir siento arder en mi cuerpo las cicatrices de la guerra.

Las pocas semanas que paso aún en el frente, esa imagen no desaparece ni un instante de mis pensamientos. El día del armisticio salimos corriendo locos de alegría y volvemos a casa cantando canciones en trenes llenos a rebotar. Nada más llegar, lo primero que hago es subir a mi dormitorio y asomarme a la ventana. La guerra ha terminado y allí abajo, en el patio, veo a la joven muchacha trajinando de espaldas a mí. De pronto, como si hubiera sentido mi mirada, vuelve la cabeza y me clava sus luminiscentes ojos claros. Todo me da vueltas. Si no me agarro a la cama me caigo.





Nunca, así dijo, habría creído lo largos que pueden llegar a ser los días, el tiempo y la vida para quien ha quedado relegado a una vía muerta.

W. G. SEBALD

Sentado a su viejo escritorio, Urbain levanta la vista del cuaderno y piensa cómo podría continuar. Después de tantos años, por fin ha terminado su relato de la guerra. Ahora tiene que contar cómo conoció a Maria Emelia. Y cómo la perdió.

Es el verano de 1976, un verano que quedaría grabado en la memoria colectiva de una generación como extraordinariamente caluroso y seco. Ya es un hombre octogenario. Durante los últimos trece años ha trabajado en sus memorias. Con algunos paréntesis. A veces no tocaba el cuaderno durante varias semanas, y en una ocasión llegó a pasar incluso seis meses sin escribir, justo antes de empezar a narrar la tercera misión en la que cayó herido y la traición de los oficiales, como él lo llamaba. Tiene sus condecoraciones encima del escritorio. Las ha sacado hoy, conmovido por la vivacidad de sus recuerdos. Casualmente, con la escena en que vuelve a ver a Maria Emelia ha llegado casi al final del segundo cuaderno; las pocas páginas que quedan en blanco no son suficientes para contarlo todo. Urbain duda, deja la pluma encima del escritorio, saca una carpeta de debajo del tapete y empieza a escribir una carta.

Querida Gabrielle:

Cuando pienso en la muerte de tu preciada hermana...

Vuelve a dejar la pluma. No le vienen las palabras.

Hace un calor asfixiante. Son los últimos días del mes de julio y el mundo entero parece haberse quedado sin aire que respirar. Urbain levanta su sombrero negro y se seca la calva con un pañuelo.

¿Y si le pide a su hija que le compre un tercer cuaderno?

No, se le han quitado las ganas. Las últimas páginas han exigido mucho de él.

Además, todo empieza a difuminarse, los renglones le salen torcidos, tiene los dedos agarrotados a causa de la artrosis.

Todavía es capaz de pintar durante una hora al día, pero cada vez aguanta menos tiempo de pie delante de su pequeño caballete.

Su nieto mayor va a ser padre dentro de poco. Casi nunca lo ve. Vive en una pequeña granja cerca de la frontera con Holanda. En la universidad cambió mucho. El niño devoto y obediente se ha convertido en un joven rebelde que se burla de la autoridad y hasta de lo más sagrado, lo cual hace sufrir a sus padres. Así es la vida. Los padres trabajan y ahorran para que sus hijos puedan estudiar y luego los hijos ofenden a los padres con las cosas que aprenden en la universidad. El pelo le llega hasta la mitad de la espalda. Vaya pinta tiene. En su época, los jóvenes tenían que mostrar carácter, ser disciplinados, llevar el pelo bien cortado. Su nieto, sin embargo, solo piensa en divertirse, escucha a los cuatro mequetrefes esos de Liverpool —sí, Liverpool, hay que fastidiarsey hasta se atreve a dar lecciones de política con sus pantalones azules de obrero llenos de desgarrones. Esa no es la educación que le han dado en casa; sus padres, desde luego, no son los que le han metido en la cabeza esas cosas de los rojos.

Urbain se siente un poco mareado por el calor. ¿O es el corazón? No debería pensar en Maria Emelia. Pero no le queda más remedio. Durante los próximos días tiene que anotar, aunque sea de forma somera, algunos pensamientos sobre los primeros meses de su noviazgo.

En las últimas páginas del segundo cuaderno solo hay frases sueltas, el discurso se pierde en vagos apuntes sobre la noche y el pánico, la tinta se ha corrido con algo que podrían ser lágrimas. Ahí termina el relato de su vida. Y en cierto sentido, ahí terminó de hecho su vida.

*

Hay algo en el desaparecido *ethos* del soldado antiguo que hoy, en la era del terrorismo y los juegos electrónicos violentos, apenas podemos imaginar. En la concepción de la violencia se produjo un cambio de paradigma. La generación de soldados belgas que se vio arrastrada a las monstruosas fauces de las ametralladoras alemanas durante el primer año de la guerra había crecido todavía con una elevada moral decimonónica y con un orgullo, un sentido del honor y unos ideales ingenuos. Sus valores castrenses incluían

como principales virtudes el coraje, la autodisciplina, la pasión por las marchas, el respeto a la naturaleza y al prójimo, la honestidad, la honra y la disposición a luchar cuerpo a cuerpo. Algunos llevaban encima libros —entre los que también había novelas— y leían a los demás en voz alta. Muchas veces incluso recitaban poesía, por muy ampulosa que fuera. Piedad, rechazo absoluto de los abusos sexuales, gran moderación con el alcohol, incluso total abstinencia: un militar debía ser un ejemplo para los ciudadanos a los que estaba obligado a proteger.

Todas aquellas antiguas virtudes desaparecieron en el infierno de las trincheras de la Primera Guerra Mundial, donde emborrachaban a los soldados de forma deliberada antes de enviarlos a la línea de fuego (uno de los grandes tabúes de los historiadores patrióticos, pero el relato de mi abuelo no deja lugar a la duda); cada vez con más frecuencia, y a medida que se acercaba el final de la guerra prácticamente en todas partes, se celebraban *tingeltangels*, como los llamaba mi abuelo, saraos clandestinos en los que se animaba a los soldados a saciar su apetito sexual de maneras no siempre igual de delicadas —lo cual, al menos de aquella forma organizada, constituía una auténtica novedad—. La crueldad y las masacres cambiaron para siempre la moral, la mentalidad, las costumbres y la concepción del mundo de esa generación. De los antiguos campos de batalla con olor a praderas pisoteadas, los soldados moribundos que en la hora de su muerte poco menos que hacían un último saludo castrense y las pictóricas escenas militares dieciochescas en paisajes rurales de colinas y arboledas, solo quedaron ruinas mentales ahogadas con gas mostaza y campos cubiertos de extremidades humanas arrancadas de sus cuerpos, restos de un tipo de hombre arcaico literalmente descuartizado.

Los flamencos, de tradición monárquica, volvieron traumatizados a casa. La entrada de Alberto I en Bruselas a finales de 1918 se celebró con un desfile militar que a primera vista parecía triunfal; pero muchos soldados, además del alivio que suponía la paz para un país devastado, también sentían en sus corazones el peso del cansancio y el desencanto. Algunos de ellos tenían dificultad para ofrecer la imagen de patriotismo que requería la ocasión. En el cajón del viejo escritorio de mi abuelo encontré una pequeña carpeta con doce postales del fotógrafo bruselense S. Polak. En el sencillo

sobre de cartón, con una elegante tipografía, ponía: *Cortège historique de la rentrée triomphale du roi Albert et des armées alliées à Bruxelles, le 22 novembre 1918*. El patriotismo, sin embargo, ya había adquirido entonces un sabor extraño. Las bombas habían dejado hecha jirones la posibilidad de identificarse con aquel ideal superior; los campos de Flandes oriental quedaron sembrados con los escombros de ideas y romances demasiado ingenuos. Entre las postales había una escena de «música con la división americana», una imagen de la recepción ofrecida a los «altos dignatarios», un nutrido grupo de hombres con toga en torno al rey en unas escaleras, una foto del desfile de la artillería americana, la marcha de los carabineros belgas, el desfile con la bandera del Yser, una banda escocesa, una fanfarria francesa, el solemne regreso a Bruselas del heroico alcalde Adolphe Max, el séquito de la familia real y, por último, una foto de una muchedumbre eufórica que se deja llevar por la emoción del momento. Pero en algún sitio había saltado un muelle, algo que sabían muy bien los soldados que miraban en silencio, sin participar del fervor popular: la atmósfera de intimidad característica de Europa había quedado profanada para siempre. Lo que se filtraba por las diabólicas brechas que la guerra había abierto en el humanismo era el calor abrasador de un vacío moral, un páramo que a duras penas se dejaba sembrar con nuevos ideales ahora que el hombre descubría hasta qué punto se había dejado engañar por ellos. De los rescoldos nacería una nueva política con mayor poder destructivo, la política de la venganza, el resentimiento, el rencor y el ajuste de cuentas. Pero ya nunca volvería aquel militar que hacía de su forma de marchar una cuestión de honor, que había aprendido el arte de la esgrima como si recibiera clases de *ballet* y que, para colmo del absurdo, poco menos que le hacía una reverencia al enemigo antes de darle el golpe de gracia. En la bahorrina de las trincheras, en las mortíferas nubes de gas mostaza y en las sádicas represalias de los alemanes contra la población indefensa, se perdió un pedazo de humanidad ancestral, y cuando a finales de ese mismo siglo un escritor alemán de inequívoca vocación pacifista observó, durante la guerra de los Balcanes, que si la violencia había alcanzado tales niveles de atrocidad era porque ya no había conciencia del honor en la moral castrense ni respeto humano por el enemigo y porque se habían perdido las formas y no quedaba noción alguna de clase en el combate, lo que hizo con

ello fue mostrar únicamente una pequeñísima parte del elevado sentido del estilo que había desaparecido en Europa. La prensa lo acribilló: dijeron que padecía una forma de nostalgia perniciosa.

Mi abuelo no llegó a perder nunca aquella conmovedora mentalidad arcaica. Estaba demasiado arraigada en él. Pero la repentina desconfianza que apareció en su carácter años más tarde, su manía persecutoria en los años cincuenta y sus ataques de cólera contra nadie en particular y sin motivo aparente —dirigidos tal vez más que nada contra su propia inocencia perdida eran para nosotros, que vivíamos con él, testimonios silenciosos, taciturnos y amargos cargados de significado.

*

Unos años más tarde, cuando su madre se casó por segunda vez, se mudaron a una casa de la calle Gentbrugge, muy cerca del cruce allí conocido como el Pentágono, donde confluían cinco caminos: el camino que conducía a sus raíces, el puente de Gentbrugge sobre el Escalda, de donde procedía su madre; el camino hacia el arte de la pintura, la calle Prins Albert, donde vivía su amigo el pintor Adolf Baeyens; el camino hacia sus recuerdos, saliendo a la carretera de Dendermonde desde la calle Gentbrugge y continuando hasta Dampoort, el escenario de su infancia; el camino hacia su futuro, la calle Destelbergen, cerca de la cual construiría su casa a orillas del Escalda; y, por último, el camino hacia el amor, la calle Aannemers, perpendicular a la calle Gentbrugge, donde había establecido su negocio el señor Ghys, el mayorista de patatas y cereales de Sint-Denijs-Boekel.

Desde su ventana veía todos los días a la hija pequeña del comerciante yendo y viniendo por el patio con su elegante forma de andar. Sus miradas se cruzaban de vez en cuando. Una tarde, haciendo acopio de todo su valor, dobló la esquina y llamó a la puerta de la familia Ghys. Lo invitaron a entrar. Una hora después salió con ella y la llevó a su casa para presentársela a su madre. Mamá, te presento a Maria Emelia. Un largo silencio. Un nudo en su garganta. Dos mujeres morenas de ojos claros examinándose mutuamente con curiosidad; la una parecía una versión joven de la otra. Está bien, Urbain, dice su madre finalmente tomándolo de la mano. La muchacha le da un

abrazo a aquella mujer que la mira con una sonrisa rígida. ¿Quiere una taza de leche, señorita? No, gracias, muy amable. Silencio. Desde aquel día, el joven enamorado visita a diario a su futura familia política y el comerciante lo admite en casa como a un hijo.

Los primeros cines abren sus puertas en Gante. Por las tardes, Urbain acude con su flamante prometida a ver los noticiarios de la época, imágenes proyectadas en pantallas grises que simbolizan la llegada de una nueva era. Está loco por ella. Tanto que se le ha metido en la cabeza comprar un coche para pasear juntos, un Fiat 1919, algo completamente descabellado para un hombre con una posición financiera tan modesta. Maria Emelia parece la hermana pequeña de su madre. Los horrores de la guerra van quedando en un segundo plano, aunque todavía sufre ataques de pánico y a veces le falta el aire o se despierta sudando y jadeando a causa de una pesadilla. En aquellos tiempos no había asistencia psicológica para víctimas de fuertes traumas, de modo que se las tiene que arreglar solo. Cuando su madre se preocupa por su estado, él la tranquiliza. El amor le sienta bien. Su tendencia a la santurronería, que parecía innata en él, ha desaparecido en gran medida, aunque todavía sigue yendo a rezar fervorosamente los domingos en la nave lateral de la iglesia de Nuestra Señora de los Dolores.

La adorable Maria Emelia Ghys tiene en ese momento veinticinco años, él veintisiete. Orgulloso, le enseña a su novia los frescos y los murales de su padre y le cuenta todo sobre la pintura que vio en Liverpool. Urbain habla por los codos y Maria Emelia escucha. Son inseparables. Es como si el amor que sentía su padre por su madre renaciera ahora en su amor por esta orgullosa y encantadora joven, una idea que le da paz interior y equilibrio. Urbain besa la tierra que pisa su amada, el recuerdo del infierno vivido en la guerra se difumina más y más. Ha encontrado la felicidad. Los novios hacen planes para casarse. Entretanto, él ha encontrado trabajo en los talleres de la Compañía Nacional de Ferrocarriles de la carretera de Bruselas, en Ledeborg, y se apunta a unas clases en la academia de pintura. Si ella quiere posar para él, promete hacerle un retrato.

En sus memorias encuentro el siguiente pasaje:

He conocido a una muchacha llegada del cielo. Con ella puedo comprometerme y olvidar el horror. Ya se lo he dicho y se lo he cantado:

Escucha mis suspiros / Siente mis latidos / Quiéreme.

Etcétera.

Hacemos recados juntos. Lo que más me gusta es ir con ella al prado a ver al potrillo saltando y lanzando las patas al aire. Los domingos vamos a los bailes de Het Volk y le digo que es igualita que ese potrillo.

Cuando está enferma, le llevo libros de Courths-Mahler, pero ella me dice que prefiere leer otras cosas, se ríe y me abraza apasionadamente. Estoy preocupado por su salud. A veces está más pálida que una figurita de alabastro, pero tiene las mejillas rosadas y siempre está de buen humor. Valor, soldadito, valor, me dice, que en primavera nos casamos.

*

1919. La gripe española empieza a hacer estragos en una Europa exhausta. Irónicamente, aquel virus que al parecer trajeron los soldados americanos al viejo continente se extendió muy rápido porque en todas partes se celebraban concentraciones masivas de ciudadanos para celebrar el fin de la guerra. En todo el planeta, la gripe española se llevó por delante a cien millones de personas, una cantidad de víctimas muy superior a las causadas por la terrible guerra que acababa de quedar atrás. Por algún motivo, el virus afectaba sobre todo a los jóvenes y, en un momento determinado, mi abuelo teme estar contagiado. Tos, fiebre, dolor de garganta, los primeros síntomas. Tiene que guardar cama y todo el mundo anda a su alrededor con el corazón en vilo, pero al cabo de una semana se recupera y la cosa queda en un susto. Ahora, sin embargo, es su querida Maria Emelia quien se pone un poco malucha. Está pálida, se cansa enseguida, sufre mareos y tiene la tensión baja. Un día, al salir del cine, pierde la conciencia por unos segundos y Urbain la sostiene en sus brazos hasta que recupera el sentido. «No es nada», le dice,

«es por las imágenes de la guerra del noticiario, no sabía que habías pasado esos horrores en el frente.» Al domingo siguiente se siente indispuesta mientras pasean por el mercado de flores de la plaza Kouter. Urbain la lleva a casa y la tienen que meter inmediatamente en la cama. A los pocos días empieza a sufrir una tos terrible y no retiene ningún alimento. Está permanentemente cansada y pierde peso a una velocidad pasmosa. Todas las tardes, él se sienta junto a su cama y sostiene su mano entre las suyas. Hablan con preocupación de su futuro juntos. Entonces se produce una complicación: Maria Emelia contrae una neumonía. En esa época, todavía no hay nada que pueda aliviar su padecimiento. La penicilina, el primer antibiótico, se descubrió en 1928; la cortisona, presente en el córtex de las glándulas suprarrenales, no se aisló hasta 1935, y el fenoterol, un medicamento que abre las vías respiratorias, no se popularizó hasta finales del siglo XX. En pocas semanas, Urbain ve cómo la fiebre y los continuos accesos de tos van consumiendo a su prometida; la joven Maria Emelia, siempre tan digna, está ahora macilenta como un espectro, y cuando le falta el aire y la ve ahogarse igual que se ahogaba su padre, cree que se va a volver loco. Los médicos constatan que le está entrando agua en los pulmones. Una fatalidad.

Un día, Maria Emelia le dice:

—Te devuelvo la libertad, Urbain. Conmigo no tienes futuro.

—Maria, por favor —suplica él tomando sus manos—, no digas esas cosas, por el amor de Dios, tienes fiebre, eso es todo.

Ella lo mira durante tanto tiempo y de forma tan penetrante con sus incomparables ojos claros, que Urbain siente cómo se le hiela el corazón y su alma se llena otra vez de las horribles visiones que pensaba haber dejado atrás después de la guerra. Se siente mareado, todo le da vueltas, traga saliva con dificultad, se derrumba sobre ella y entierra la cara en sus largos cabellos negros. Mientras él llora desesperado, ella permanece inmóvil, acariciándole la cabeza con la mirada perdida en el techo.

Su agonía, algo de lo que solo se hablaba cuando mi abuelo no estaba presente, debió de ser terrible. Sus pulmones se hincharon tanto de agua que le aplastaron literalmente el corazón, lo cual provoca al parecer un dolor inhumano. Pasó los últimos días rogando por su propia muerte y durante las últimas horas volvió a liberar a mi abuelo de «sus obligaciones para con

ella», palabras que, según me han contado, todavía le hacían llorar cincuenta años después. Murió en sus brazos, sufriendo convulsiones y un dolor cada vez más intenso a causa de la brutal opresión de su corazón; finalmente quedó inmóvil, inconsciente, hasta que exhaló el último suspiro.

No hay palabras para describir el dolor que sintió mi abuelo. Pensó en suicidarse, y su madre tuvo que tirar al río la pistola que todavía conservaba de la guerra. Volvió a enfermar y deseó que la gripe española se lo llevara también a él «para reunirme con ella, con la Santa Virgen y mi difunto padre». Pero no murió, porque él era correoso como un gato callejero, endurecido por el trabajo en la fundición, la pobreza, las atrocidades de la guerra y las continuas carencias. Como una planta en una roca, siguió viviendo en contra de su voluntad. Además, a la hora de la verdad, era demasiado creyente como para suicidarse. Un buen cristiano debe agachar la cabeza y aceptar los designios del Señor. En la estampa fúnebre —en la que no aparecía la foto de la propia Maria Emelia pero sí un Cristo crucificado, ese dulce y benévolo Corazón de Jesús— dejó escritas palabras de consuelo para él, dictadas el último día que tuvo plena conciencia: *Ruego por ti, amor mío de mi corazón, con quien soñé fundar un hogar feliz, para que el Santo Padre, nuestro protector, te dé fuerzas en tu sufrimiento.*

Los padres de Maria Emelia, que habían entablado amistad con la madre de Urbain, siguieron visitándola con frecuencia. Iban siempre con Gabrielle, su hija mayor —ahora hija única—, una mujer esquivada y taciturna que ya había pasado los treinta y que, como se decía en aquellos tiempos sin ninguna compasión, iba camino de quedarse para vestir santos. Al cabo de unos meses, el señor Ghys hizo un aparte con mi abuelo y, elogiando sus virtudes, le pidió enfáticamente que, por favor, no dejara a la familia en la estacada. Urbain comprendió el mensaje, tomó aire y pidió una semana para pensarlo. Finalmente, el militar que había en él hizo lo que siempre había hecho: acatar como una orden lo que le pedían.

À vos ordres, mon commandant.

Y así fue como en 1920, poco antes de cumplir los treinta años, el primer sargento mayor Urbain Joseph Emile Martien —veterano de la Primera Guerra Mundial condecorado, entre otras distinciones y honores, con tres cruces de la Orden de Leopoldo (incluyendo la Cruz de tres palmas y la Orden de la Corona de una palma), la Orden de Caballería por méritos extraordinarios, la medalla por servicios en el frente, la Cruz de Guerra de tres palmas y dos leones y la medalla del Yser con los colores de la Orden de Leopoldo— contrajo matrimonio con la tímida Gabrielle Ghys, tres años mayor que él, que sería su mujer durante cuarenta años y a quien siempre profesaría un cariño sincero, por decirlo a su manera.

Tanto el Día de Todos los Santos como el Día de los Fieles Difuntos, luciera el sol o cayeran chuzos de punta, iban a visitar la tumba de Maria Emelia y Urbain obligaba a su mujer a pasarse horas rezando padrenuestros por el alma de su hermana menor. Su adoración adquirió trazas de devoción religiosa y la Virgen de los Dolores se convirtió para él en icono de la difunta Maria Emelia. Solo oír el nombre de María en el *Stabat Mater* de Scarlatti le provocó en una ocasión tal sofoco que hubo que ponerle inmediatamente una inyección de cortisona. Por entonces ya estaba muy avanzada la década de los cincuenta, la época de sus ingresos en el hospital psiquiátrico. Como en la estampa fúnebre no había foto, durante mucho tiempo no pude formarme una imagen concreta de cómo era Maria Emelia, puesto que, si bien había oído muchas historias que me permitían hacerme una idea de la impresión que causaba en la gente, lo que se transmite a través del lenguaje no llega a ser nunca una identidad física.

Cuando nació mi madre, Urbain insistió en que se llamara Maria Emelia. Gabrielle no podía oponerse. ¿Por qué no habría de querer honrar a su difunta hermana, que había sido más inteligente, más elegante, más atractiva y mejor en todo que ella? Hace ya algunos años, mi padre me contó que Maria Emelia Ghys debió de ser una mujer con mucha alegría de vivir, como mi madre, dándome a entender claramente lo que quería decir con eso. Me consta que el matrimonio de mis padres fue intenso y lleno de satisfacciones físicas. Nunca dejaron de estar enamorados. Y eso habría sido, seguramente, lo que mi abuelo habría encontrado en Maria Emelia. Pero las circunstancias quisieron que pasara su vida entera con una mujer que, siendo buena, carecía de pasión,

una mujer que se metía en la cama con gabardina porque su marido a veces tenía instintos animales y, en un arrebatado de fogosidad, trataba de tomarla entre sus brazos. Según todos los indicios, podrían contarse con los dedos de una mano las veces que mi abuelo tuvo trato íntimo con su mujer, y esas contadísimas ocasiones constituyeron probablemente su única experiencia en el terreno del amor físico. Cabe preguntarse, además, hasta qué punto fueron incompletas esas relaciones las pocas veces que tuvieron lugar. Según una leyenda familiar, cuando Gabrielle se quedó embarazada, fue a ver a la madre de Urbain para pedirle que llamara al orden a su hijo, porque ahora que estaba encinta tenían que acabarse de una vez esas guarradas.

Todo lo demás es silencio, devoción, infinidad de horas rezando ante altares dedicados a la Virgen Madre, estampitas, reproducciones de Afroditas, Venus, Salomé, Dianas y majas del siglo XVII, Madonas, Vírgenes de azul y blanco, niñas de Ingres, copias de retratos de damiselas, ninfas del bosque y hadas bucólicas, pinturas al óleo, arte y mortificación, culpa y penitencia, conciencia de pecado y arrepentimiento, dolor y exaltación, interminables y silenciosos domingos como aquel en que lo sorprendí con lágrimas en los ojos y una reproducción de la *Venus del espejo* de Velázquez en la mano. Alegorías del desconsuelo carnal. Tal vez lo más irónico de esta historia es que con su matrimonio mi abuelo encontró el mismo destino que su padrastro. Su madre, en cualquier caso, debió de albergar sentimientos contradictorios al respecto. En casa decían siempre que hay que tener confianza en el destino que nos tiene reservado nuestro Señor misericordioso. En cualquier caso, la Maria Emelia que yo conocí, mi madre, la mujer cálida y alegre que me crió, compadecía a su padre a veces en silencio y, bajando la cabeza, decía: «Tal vez habría sido mejor que me pusieran otro nombre. A lo mejor el pobre habría vivido más tranquilo.»

Hay una imagen de mis abuelos que quedó grabada en mi retina para siempre. Es un plácido sábado por la mañana. Están sentados agarrados de la mano, relajados, libres de toda preocupación. Dentro de unos instantes van a salir a pasear por la ciudad. Mi abuela lleva puesta su mantilla negra, que cae sobre los hombros de su chaqueta gris. Le va bien a su expresión seria. Él está sentado con la espalda recta, impecablemente vestido con su traje negro azulado, y escruta con su vivaz mirada a su esposa. «Tienes buen aspecto,

Gabrielle», dice por fin. «Venga, vámonos.» Y ella, con una sonrisa melancólica, se pone en pie y contesta: «Ay, Urbain, tú siempre tan galán.» Se oye cómo cierran la puerta al salir y la casa queda en silencio.

Mi abuelo, por cierto, nunca quiso aprender a conducir. Gabrielle se oponía. Decía que Urbain era demasiado nervioso como para ponerse al volante.

*

Resulta difícil imaginar lo que implica pasar una vida entera con la hermana de tu gran amor. ¿Qué efecto tendrían en él los rasgos de la deslumbrante Maria Emelia que pudiera haber en la timorata Gabrielle, una mujer que le negaba sus abrazos? ¿Le hacían sentirse más cerca de la única mujer a la que había amado de verdad? ¿No sería el inevitable parecido físico entre las dos hermanas más bien una tortura que debía haber evitado a toda costa? ¿No se sustenta el hechizo del amor precisamente en la ilusión de que la persona amada es única e insustituible? ¿No socava la esencia de esa noción de exclusividad el hecho de que haya un duplicado, necesariamente imperfecto, que no puede resultar nunca plenamente satisfactorio? ¿Y no sería insoportable también para mi abuela vivir con plena conciencia de la fatal divergencia con el original? ¿No es lógico pensar que sufría en silencio a causa de ello y lo vivía como una humillación? ¿No habría que buscar tal vez ahí el motivo de sus reticencias al trato íntimo? ¿Cabe dentro de lo imaginable que mi abuelo, en sus acercamientos, buscara secretamente a la amada idealizada, cometiendo así una singular forma de adulterio, a pesar de ser su propia mujer a quien quería tomar en sus brazos, mientras ella, para mayor tragedia, lo rechazaba una y otra vez? ¿No equivalía eso a vivir por segunda vez el drama de la pérdida, pero esta vez en forma de condena vitalicia? ¿Cómo evolucionó la pasión amorosa inicial por la rutilante Maria Emelia hacia un sentimiento de estrecha unión y sincero entendimiento con la pudorosa Gabrielle?

Mis conocimientos de neurología son insuficientes para decir algo acerca de lo que ocurre exactamente en el cerebro cuando nos cautiva una imagen, una mirada, una actitud o cualquier otro detalle por el que una persona de

pronto nos parece única. Pero supongo que en un brevísimo instante se producen de forma simultánea infinidad de procesos complejos, una especie de explosión asociativa cuyo resultado es la impresión de que esa persona es especial, la sensación de que, de repente, todo tiene sentido y que dicho sentido no admite discusión. Quien está enamorado ve símbolos en las cosas más triviales. Pero lo que me parece más complicado de todo este asunto es comprender la razón por la que una determinada fisonomía —y no otra— desencadena una confusa avalancha de efectos psíquicos y emocionales en el cerebro de la persona afectada. En el caso de mi abuelo hay además un tercer elemento en la ecuación: el parecido entre su adorada madre y su gran amor, tanto en lo físico como en lo tocante al carácter. ¿O se imaginaba él en parte dicho parecido? No creo, porque según los testimonios de los miembros más longevos de la familia, Maria Emelia se parecía en efecto a la madre de Urbain, o al menos así la recuerdan.



La vida de mi abuelo transcurrió entre los planos de un poliedro formado por cuatro mujeres: su madre, su difunta amada, la hermana mayor de esta y su hija, heredera del fatal nombre. La única vía de escape conducía a la esfera mental del arte de la pintura, donde habitaban los cuerpos sublimes y eternamente jóvenes de Giorgione y Rafael, la joven del fabuloso retrato de Palma el Viejo o las damas de su *Diana y Calisto*, la *Venus de Urbino* de Tiziano, las innumerables jóvenes sensuales de los frescos de Tiepolo, *La*

gran odalisca de Ingres... Aquellas eran otras mujeres. Sin embargo, entre la enorme cantidad de recortes que hay entre las hojas de sus libros predominan de forma notoria las reproducciones de cuadros en los que las protagonistas son mujeres morenas, mujeres mundanas de otros siglos posando en escenas mitológicas y retratos de burguesas orgullosas, a veces con la mano en el brocado de su corpiño o los dedos apoyados en una zona del pecho sutilmente iluminada, con una única perla en una pequeña oreja vuelta hacia el espectador, parcialmente oculta bajo el pelo perfectamente prendido.

*

De los años veinte apenas hay datos. Al principio se van a vivir a una casa muy pequeña «al otro lado del río». En 1929, el año del crac bursátil, compran con ayuda de los padres de Gabrielle un terreno largo y estrecho en la otra orilla del Escalda, junto a un camino abandonado para bestias de carga. El suelo es barato. Antes de la guerra había allí un vertedero que, simplemente, han enterrado. Por aquel entonces nadie se planteaba que tal vez hubiera que sanear el subsuelo antes de edificar, de modo que la pequeña y sobria casita con tejado al estilo zelandés se construyó sobre un terreno que podría haber sido el lugar ideal para hacer un estudio arqueológico de la segunda mitad del siglo XIX. Recuerdo la cantidad de esqueletos de pequeños animales que encontré de niño jugando en aquella tierra negra y poco compacta. Mi abuelo había improvisado para mí una tienda de campaña con una lona que según él era de antes de la guerra —supongo que se refería a la Segunda— y yo iba colocando allí dentro los huesos que desenterraba, perfectamente clasificados en filas.

Mi madre nace en 1922. Es una niña frágil y además asmática, igual que su padre y su abuelo, pero vivaracha y de carácter alegre, en todo el polo opuesto de su taciturna madre. Con sus rizos rubios, su afán por bailar y su energía desbordante, va como una loca de un lado para otro, actitud que contrasta radicalmente con la atmósfera siempre apagada de la casa. A medida que crece, va descubriendo la estricta moral y los remilgos de sus padres. A los trece años, un día anuncia que le ha venido la regla y su padre le pega un tirón de orejas por deslenguada. Su madre se limita a darle una

pila de paños de franela.

La casa es confortable. La cocina está en la parte de atrás. En la pila hay dos bombas hidráulicas, una con agua de lluvia y otra con agua de pozo. El agua de pozo procede directamente del subsuelo del antiguo vertedero, pero ni siquiera la hierven. Todo el mundo bebe a placer. El pozo, además, está justo al lado del depósito de aguas residuales, que a su vez se encuentra debajo de la carbonera, siempre cubierta de polvo negro. Recuerdo los días de primavera en que mi abuelo vaciaba el depósito de aguas residuales con un cubo enganchado a una vara de dos metros, un utensilio al que él se refería como *loete*, aunque, según leo en el diccionario, esa palabra define más bien una especie de rastrillo. Un ejemplo más del peculiar y obsoleto neerlandés de mi abuelo. El estiércol se echaba a las parras, las rosas y los gladiolos, los lirios y los tulipanes, el ciruelo y el peral, los groselleros y los arbustos. Desprendía un olor dulce y penetrante indisolublemente asociado a la primavera y el sol.

Es allí, en esa casa un poco de cuento a orillas del Escalda, donde mi abuelo tendría que haber encontrado la paz interior y la felicidad. Siguió trabajando en la Compañía Nacional de Ferrocarriles hasta mediados de los años treinta, momento en que empezó a mostrar síntomas de una primera crisis mental. En 1936 lo sometieron a un examen médico y, con solo cuarenta y cinco años, lo enviaron a casa con una pensión por exceso de tensión psíquica. Tenían lo justo para vivir. Según lo registrado en el *Libro Mayor de Rentas Vinculadas a las Órdenes Nacionales*, desde 1918, inmediatamente después de la guerra, mi abuelo recibía del Ministerio de Economía una pensión de invalidez militar de ciento cincuenta francos belgas al año, lo cual equivale a 3,75 euros. También hay una libreta de soldadas — el llamado *Carnet de Pécule*— en la que figuran, ordenadas por fecha de pago, cantidades que varían entre dos y cinco francos belgas. Junto a los últimos pagos recibidos aparece la siguiente anotación: «*Arrêté à la somme de cinq cent quatre-vingt-un francs septante centimes, le 23-12-1919, Le Quartier-mâitre ff.*» El 17 de enero de 1922 recibió un certificado de su pensión en el que se actualizaba su registro en el *Libro Mayor* antes mencionado, donde ahora aparecía con el número 954. El documento está

firmado «à *MontSaint-Amand-lez-Gand*», nombre afrancesado de la localidad flamenca de Sint-Amandsberg. En 1939, diecisiete años después, dicha pensión de guerra había aumentado, pero seguía siendo muy modesta. En un documento amarillento fechado el 9 de noviembre de 1939 (un día después del atentado de Hitler en Múnich y exactamente cincuenta años antes de la caída del Muro de Berlín), encuentro una especificación de las asignaciones anuales que recibía: una pensión militar de 1.269 francos, una renta por servicios prestados en el frente de 2.248 francos y una renta de las órdenes nacionales de 748 francos, lo cual hace un total de 4.265 francos al año, o lo que es lo mismo, 106 euros. Su pensión militar fue siempre tan exigua porque nunca obtuvo un grado superior a sargento mayor por sus méritos de guerra, lo cual acabó generando en él un amargo resentimiento. Según solía afirmar, todos los sargentos valones habían recibido el grado de teniente, incluidos algunos flamencos con residencia en Valonia, como su propio cuñado, David Ghys, un hombre que según él ni siquiera había sido herido. Él, sin embargo, a pesar de sus condecoraciones y las repetidas ocasiones en que había caído herido (a veces hablaba de una cuarta e incluso una quinta vez, las cuales, sin embargo, no menciona en sus memorias), no pasó nunca de sargento, «como tantos muchachos flamencos».

Tal vez fuera ese uno de los motivos por los que empezó a simpatizar abiertamente con la causa del movimiento flamenco. En un momento determinado empezó a escribir su nombre según las normas ortográficas del neerlandés —*Urbaan* en vez de *Urbain*—, y a veces también escribía *Gabriella* en vez de *Gabrielle*. Con frecuencia se quejaba de que, en las trincheras, los jóvenes flamencos eran monárquicos y los valones republicanos; sin embargo, después de la guerra no recibieron ninguna recompensa de la Casa Real, todo fue para los valones; y ahora, añadía ya fuera de sus casillas, después de esa flagrante discriminación, los valones se comportan como el pueblo elegido para defender a la monarquía frente a los flamencos. *Aquí tenéis nuestra sangre, ¿cuándo tendremos nuestra justicia?*, [14] decía entonces, citando el famoso texto de la piedra de Merkem. Y se mordía el labio con rabia.

La pintura le sirve de consuelo, pero nunca pasa de bodegones demasiado refinados como para tener carácter. Precisamente por su afán de virtuosismo, su trabajo carece de intensidad expresiva. Echa pestes de Cézanne, Van Gogh y otros pintamonas, que según él pintan con la punta de atrás del pincel. Le hace un tierno retrato a su hija Maria sentada en una silla de mimbre con una muñeca en brazos, mirando plácidamente al vacío con los ojos azules que heredó de él. Su melena parece pintada pelo a pelo, pero el realismo, como él muy bien sabe, es una cuestión de efecto bien calculado, no de detalle.

*

Sobre la muerte de su adorada madre, curiosamente, no encuentro nada. Ni una palabra en sus memorias, ningún relato por parte de los escasos familiares supervivientes. Céline falleció en septiembre de 1931, cuando él era ya un hombre de cuarenta años con un empleo en el Gran Arsenal — como se conocía popularmente el taller de la Compañía Nacional de Ferrocarriles del distrito de Gentbrugge—, casado con la hermana de su difunta prometida, padre de una niña de nueve años y propietario de una casa todavía en construcción a orillas del Escalda. Se ha conservado una fotografía de aquella época en la que aparece junto a su mujer y su madre, tal vez la última foto de Céline.



Es una imagen que podría haber sido perfectamente obra de Henri Cartier-Bresson, al menos en cuanto a la atmósfera y el lugar de la escena. Sentadas a su lado aparecen Gabrielle, su esposa, con un casquete a la moda de finales de los años veinte, y una mujer más mayor con la cara redonda y algo entrada en carnes en quien ya no queda nada de la distinguida dama de la infancia y primera juventud de mi abuelo. A estas alturas, Céline parece más bien una campesina de edad respetable con buen apetito. Sus manos rollizas descansan en su regazo, sobre los pliegues de un abrigo oscuro, y una sombra difusa parece indicar la presencia de vello en su labio superior. Ella también luce uno de aquellos sombreros típicos de los felices años veinte y sonríe en dirección a mi abuelo, disfrutando visiblemente del momento. Él, por su parte, lleva su borsalino y sus botines negros, camisa blanca, traje oscuro con una insignia prendida en la solapa y, cómo no, la pajarita de rigor con sus faldoncillos, que aquí, sin embargo, resultan ser más cortos. Están sentados en un talud cubierto de césped y, detrás de ellos, un poco más arriba, hay decenas de personas mirando algo que permanece oculto para nosotros. El semblante todavía joven de mi abuelo contrasta de forma extraña con ese estilo de vestir que sería tan reconocible para mí muchos años después. El hecho de que un hombre de cuarenta años se vistiera con esa ropa oscura tan formal es algo que también dice mucho sobre el mundo adusto en que vivía. Hoy en día, el hombre medio de cuarenta años viste de forma radicalmente distinta: vaqueros, zapatillas de deporte, tal vez una gorra, atributos juveniles en los que se refleja el hecho de que ahora nos cuesta mucho más despedirnos de los espejismos de la vida. Él, con ese traje propio de la rigidez burguesa de aquellos años, parece haber dejado atrás sin ningún esfuerzo y con toda naturalidad los embelecados de la juventud. Da la impresión de que está hablando con la mirada puesta en algo que queda fuera del encuadre y hace un gesto extraño con la mano izquierda, como si sujetara entre los dedos una batuta invisible. La imagen me trae al recuerdo aquella escena del verano de 1957 en la playa de Ostende y observo que, en los veintisiete años que hay entre uno y otro momento, su aspecto no cambió prácticamente nada. Por detrás de la foto escribió a pluma la siguiente nota:

Mi querida Madre [sic] estuvo entre los primeros doscientos peregrinos que acudieron al cementerio de Diksmuide. Aquí aparece

la última vez que participó en el acto, en el mes de la cosecha de 1930. Doscientos cincuenta mil flamencos rindieron honores a sus muertos aquel día.

Investigando un poco descubro que la inauguración de la primera Torre del Yser tuvo lugar el 24 de agosto de 1930. En aquella primera torre — destruida en un atentado perpetrado en marzo de 1946 y reemplazada luego por otra más grande— figuraba al parecer su nombre, con foto y todo, entre los héroes de la batalla del Yser. A causa del atentado —nunca esclarecido pero, según se dice, cometido por orden de los mandos francófonos del ejército de Bélgica con la complicidad de algunos miembros de la resistencia flamenca como venganza por la colaboración de un sector de Flandes con los nazis durante la Segunda Guerra Mundial— no ha quedado huella alguna de aquella mención. Durante una visita a la Torre del Yser compruebo que el único talud del terreno se encuentra muy cerca del punto donde se alzaba la primera torre. Estaban, por tanto, en pleno meollo del evento.

Hasta 1924, las peregrinaciones conmemorativas tuvieron como destino distintos puntos en torno al Yser. A partir de aquel año, los peregrinos se reunirían ya siempre en Diksmuide, que es donde está tomada la fotografía. La imagen tiene por tanto valor como documento histórico del legendario día de la inauguración, pero además me proporciona otro dato interesante: que su madre estaba integrada en su familia hasta tal punto que resultaba de lo más natural que asistiera con ellos a aquel acto tan concurrido. No parece plausible, sin embargo, que aquel día acudieran doscientos cincuenta mil personas a la explanada de Diksmuide. La mayoría de las fuentes ofrecen cifras entre sesenta y cien mil peregrinos. Supongo que mi abuelo se sentiría abrumado por la masa humana y la solemnidad del acto, pero, en cualquier caso, qué inmensa y genuina era entonces la capacidad de movilización de la peregrinación al Yser, celebrada bajo los auspicios de un movimiento flamenco de inspiración humanista que todavía creía en el viejo ideal de la exaltación popular, y qué grande es el contraste con los años ochenta, cuando grupos de neonazis secuestraban el acto, o la época en que los indeseables del antiguo Bloque Flamenco acudían a perturbar el ambiente porque el mensaje pacifista de los veteranos era demasiado izquierdoso para su gusto.

El hecho de que mi abuelo utilice mayúsculas para referirse a su madre tiene cierta lógica en su caso. Pero me surge otra pregunta: ¿dónde está su hija Maria, que por aquel entonces tenía ocho años? ¿Fue ella quien tomó la fotografía, a pesar de lo complejas que eran las cámaras antiguas en comparación con los aparatos a los que estamos acostumbrados hoy en día? Henri de Pauw, el padrastro, ya había muerto en aquel momento y en septiembre del año siguiente moriría Céline, todavía joven según los estándares actuales. La fotografía transmite una cotidianidad reconfortante, gente corriente sentada en el césped, descansando a veinte o treinta metros de la muchedumbre. La emulsión tiene una mancha justo en la cara de Gabrielle, lo cual impide distinguir bien su expresión, pero creo que se está riendo. En cualquier caso, no se parece en nada a la mujer introvertida que conocí años más tarde como mi abuela. Tiene las piernas cruzadas —se ven sus pantorrillas bien formadas—, lleva tacones y todo en ella desprende la imagen de una mujer corriente de la pequeña burguesía vestida con absoluta corrección. En ese momento tiene cuarenta y dos años. Dos semanas antes, el 9 de agosto, Céline había cumplido sesenta y dos.

Pero, como decía, ni una palabra sobre la muerte de su madre en sus memorias. No en vano, fue en los años treinta, sobre los que no he encontrado prácticamente nada. *Cilense...* Tal vez el silencio lo diga todo sobre su vida durante aquellos años. Es posible que agradeciera la rutina de la vida ordinaria, mientras el mundo se precipitaba sin saberlo hacia nuevas catástrofes y todavía faltaban dos décadas para sus primeros electrochoques. Pero con lo que sé ahora, sospecho que fue por esa época cuando pintó su sueño prohibido, el retrato secreto que yo no descubriría hasta más tarde.

*

La Segunda Guerra Mundial la pasó en casa. Seguían viviendo de su mísera pensión. Según cuentan, un año y medio después de empezar la guerra las aguas del Escalda estaban más limpias que nunca y rebosaban de vida, porque la industria había cesado su actividad y las fábricas habían dejado de verter sus porquerías contaminantes. Quien salía a pescar, volvía todos los días a casa con una cantidad prodigiosa de pescado. Y como las chimeneas

no echaban humo, el aire era más puro y la ciudad estaba más tranquila. Sí, había que andar varios kilómetros para conseguir una libra de mantequilla, un trozo de tocino, un par de kilos de patatas o un poco de leche para alimentar bien a la niña, que ya estaba en plena adolescencia, pero por andar un poco nadie se muere. Volvió a vivir parte de la pobreza que había conocido durante su infancia, aunque, por lo que deduzco de las cosas que contaba, no le importaba demasiado. De hecho, ahora que el mundo parecía haberse detenido, estaba más tranquilo. No sé qué pensaría, sentiría o diría cuando oía historias del frente. Ese periodo también está oculto tras una cortina de silencio. Al parecer tuvo algún que otro encontronazo con soldados alemanes por volver a casa después del toque de queda. Le pedían que enseñara su *marchandise* —un parco botín de productos de primera necesidad comprados a precios abusivos en una granja de Laarne, varios kilómetros a las afueras de la ciudad— y él se cuadraba y decía: «Primer sargento mayor Martien, retirado», a lo cual el soldado alemán respondía con la misma corrección y le dejaba continuar su camino. Tenían cartillas de racionamiento, el pan era muy malo y contaban una historia de un militar alemán que llamó a casa de una vecina en busca de información y ella le contestó: «Lo que yo recuerdo, señorito, es un viernes que resultó ser sábado», a continuación de lo cual cerró de un portazo y dejó al alemán en la acera con dos palmos de narices.

Un año después del comienzo de la guerra se acabó el suministro de pintura, el papel era cada vez más escaso y el lienzo poco menos que imposible de encontrar. Durante un tiempo siguió mezclando sus propias pinturas con los pigmentos que todavía tenía en su armario. A falta de algo mejor, pintaba en paneles de madera. Cuando también se le acabaron los pigmentos, no le quedó más remedio que resignarse y esperar a que terminara la guerra. Mientras tanto, retomó el carboncillo y perfeccionó su técnica de claroscuro.

*

Por increíble que parezca, hasta muy tarde no descubrió que no distinguía bien determinados colores. Debió de ser hacia mediados de los años sesenta. El daltonismo es una disfunción extraña. Dado que se trata de un defecto

variable en la percepción de tonalidades, hay tantos cuadros clínicos como pacientes. En su caso se trataba de un tipo de daltonismo parcial muy común que le hacía confundir sobre todo el verde y el rojo, pero no de forma sistemática, solo determinados tonos. El verde chillón y el rojo chillón, por ejemplo, le resultaban muy parecidos; apenas veía el contraste entre el rojo intenso de las serbas maduras y las hojas del árbol, sobre todo con luz solar cenital, y tenía gran dificultad para distinguir el verde oscuro y el negro, especialmente en superficies brillantes como la chapa de un coche. Lo más curioso es que a veces bastaba con señalarle la diferencia para que se fijara mejor y dijera: «Ah, sí, ahora lo veo yo también.» Al parecer, este defecto de la vista puede manifestarse durante varias generaciones únicamente en las mujeres de una familia, hasta que aparece de pronto en un hombre. Mi abuelo debió de heredarlo por tanto de su madre. Su incapacidad para distinguir determinados matices tenía graves consecuencias, puesto que para crear determinados tonos tenía que abrir tres o cuatro tubos de Rembrandt —con los que no se podía equivocar, por la sencilla razón de que el color aparecía escrito en la etiqueta—, añadir unas gotas de aceite de linaza y mezclar. Ahí empezaba el problema porque, a medida que iba mezclando y variando las proporciones de cada color básico, a veces se alejaba sin darse cuenta del tono que buscaba y nosotros, los que convivíamos con él, no le decíamos nada, en primer lugar porque no le prestábamos mucha atención al grado de realismo de las escenas que pintaba con tanto refinamiento y, en segundo lugar, porque podíamos interpretar como un toque personal del artista o un efecto de luz original el hecho de que determinados elementos de un paisaje resultaran demasiado rojos o demasiado marrones. Él no tomó conciencia de las dimensiones de su deficiencia hasta un día que fue a pintar con su amigo y colega pintor Adolf Baeyens a los jardines de un castillo en Bergenkruis, un centro de peregrinación no muy lejos de su casa. Fueron hasta allí a pie. Dos caballeros de otra época caminando por una vereda de altas hayas vestidos de traje a pesar del calor, con camisa blanca, pajarita y sombrero, cada uno con su caballete debajo del brazo y el maletín de madera con los utensilios de pintura colgado del hombro. Se sentaron cómodamente en plena naturaleza, como anacrónicos miembros de la escuela decimonónica de Barbizon, y pintaron una modesta casa de campesinos al borde del bosque, pero volvieron

a casa con cuadros completamente distintos, y no solo porque el estilo de Baeyens tendiera más al expresionismo y su técnica pictórica fuera más angulosa, sino porque en un lienzo la casa era azul y en el otro marrón tirando a rojo. Desde aquel momento, mi abuelo empezó a recelar de su percepción y una mañana, pintando el enésimo paisaje marino con pescadores de gambas, constató que, en el lienzo, el mar no tenía el color verdoso que le correspondía, sino que había adquirido un tono marrón rojizo. ¡Un mar marrón! ¡Por todos los santos! Yo mismo fui testigo de aquel dramático momento. Con lágrimas en los ojos, echando maldiciones, rompió el bastidor contra su querido escritorio y, poseído por la furia, trató de desgarrar el lienzo, pero lo único que consiguió fue mancharse las manos con la pintura todavía fresca. Siseando de rabia e impotencia, pero sin pronunciar ya palabras inteligibles, se limpió en su blusón y se quedó mirándome desconcertado. Yo miré el cuadro abstracto que apareció en su guardapolvo al limpiarse, sin comprender la verdadera dimensión del drama que tenía lugar ante mis ojos. Esto fue algunos años después de la muerte de su mujer. Si no me fallan los cálculos, a mediados de 1962. Gabrielle había muerto en 1958. ¿Cómo era posible que no hubiera descubierto su problema hasta entonces?

A partir de ese momento cambió algo en su estilo. Se volvió más despreocupado, empezó a pintar con más soltura y menor afán de precisión, aunque podía ser que su vista ya no fuera tan buena. Asimismo se refugió con más frecuencia en lo que mejor se le daba, los dibujos al carboncillo, que le ofrecían la posibilidad de trabajar con la fabulosa técnica del *sfumato*. Numerosas fueron las escenas de jóvenes medio desnudas junto a un manantial en el bosque, las muchachas con aire de ninfa en paisajes frondosos que habían de sugerir pureza primigenia, los cielos de nubes idílicas, los senderos en florestas apartadas, salpicados de luz filtrada a través del exuberante follaje veraniego. Con esa técnica era capaz de evocar con maestría la melancólica atmósfera de la Arcadia. Muchos de aquellos dibujos se los regaló a familiares, amigos y conocidos. Nunca le vi ganar un solo franco con lo que pintaba o dibujaba. De hecho, creo que para él habría sido impensable; habría menoscabado su sentido de lo sublime, que fue lo que él buscó en la pintura a lo largo de toda su vida. Tal vez habría sido incluso una

traición a su padre Franciscus, el pintor de frescos, que no conoció más que la pobreza.

*

Con él, que había estado en la exposición universal de Gante de 1913, visité la Expo 58, la exposición universal de Bruselas. Las imágenes que guardo en la memoria son de una intensa luminosidad blanca. Edificios blancos, avenidas blancas, alardes de arquitectura nueva, límpida y reluciente con amplios y modernos ventanales, un sol tan brillante que era blanco en un mundo que resultaba cegador. Todo es blanco en mi recuerdo. Para una generación que todavía habitaba casas con salones sofocantes y oscuros, aquello era abrumador. El Atomium parecía blanco, los árboles parecían blancos, el mundo era blanco. Hasta el pan de la Expo era blanco. ¿Por qué era todo tan blanco? Quién sabe, a lo mejor lo que queda en mi recuerdo son solo retales del pabellón americano o del futurista pabellón francés. Lo único que era negro eran los visitantes, de eso estoy seguro. Todos los hombres iban de negro, todas las mujeres vestían faldas negras —con blusas blancas, eso sí—, y yo caminaba entre la gente agarrado de la mano de mi abuelo, que, por supuesto, vestía un traje negro y llevaba su sombrero negro y su pajarita negra. Un mundo en blanco y negro. Más no recuerdo. Yo tenía siete años. Mi abuelo había perdido a su mujer en primavera y debía de estar todavía de duelo, tenía que echarla de menos. Pero de eso no recuerdo nada. En mi memoria, mi abuela había muerto en una silla en la que la vi tosiendo una mañana temprano, y eso había sido en mayo de aquel año. Para un niño de siete años, en agosto hacía ya mucho tiempo de aquello. Ahora, sin embargo, medio siglo después, aquel mundo en blanco y negro a veces me parece extrañamente cercano.

*

Schiplaken, enero de 2012.

En Google el mapa al menos parece tener algo de vida y me permite imaginarme los bosques en los que se libraron los combates: basculando con

el cursor entre la calle Sijssjes y la avenida de Beethoven, entre un Body Fashion y Patrijzenweg —los bastiones de cemento del paisaje ultraurbanizado de Flandes—, puedo explorar y hasta palpar el terreno como si dispusiera de un mapa topográfico en tres dimensiones o como si sobrevolara en un helicóptero militar la zona que hay que cartografiar. La vista de satélite es de juguete, pero parece acercarme las cosas lo suficiente como para tenerme distraído una mañana entera. El cementerio militar está en la calle Biest. Cuando llego, es uno de esos días fríos y grises que le hacen pensar a uno que aquí en Bélgica estamos condenados a vivir eternamente bajo una bayeta sucia, mientras en otros lugares del planeta más afortunados disfrutan del radiante azul de un cielo limpio y diáfano. Aquí todo es plano y desabrigado. Las viviendas construidas durante las últimas décadas carecen de fantasía, y lo mismo se puede decir de los laurocerasos dispuestos en torno a jardincitos con el césped cortado al milímetro, por no hablar de los malditos cipreses que hay siempre por todas partes. La calzada es de planchas de hormigón. No hay tráfico, más allá de alguna que otra furgoneta de reparto que pasa con el monótono doc-doc doc-doc de las ruedas al pisar las juntas del pavimento. Mientras estoy allí observándolo todo, se abren las puertas del colegio que hay junto al cementerio. Un profesor sale a la calle desierta con una señal de stop en la mano. Desde todas las direcciones afluyen de pronto modernos SUV, turismos de gama alta, furgonetas familiares, madres y padres a pie; los niños se reúnen con los adultos y suben a los coches; golpeo de puertas, ruido de motores que se vuelven a poner en marcha; uno detrás de otro, desaparecen en dirección a sus exclusivas zonas residenciales. Vuelve el silencio. Solo se oye el viento en los árboles desnudos. Hace un frío glacial. En la entrada del cementerio, la bandera cuelga del mástil como un pájaro muerto. Hago fotos del monumento, un largo muro con una leyenda en letras de hierro forjado: A LOS HÉROES DE LA BATALLA DE SCHIPLAKEN. A la izquierda en francés, a la derecha en neerlandés.

La luctuosa escultura de bronce, situada en el centro sobre un pedestal en el que pone PRO PATRIA junto a la fecha de los combates (26 de agosto-12 de septiembre 1914), constituye el único testimonio de lo que tuvo lugar aquí. La cruz de piedra se ha caído del pedestal. En el lugar donde estaba queda ahora una mancha gris. La escultura es obra de Bernard Callie. Representa a

una madre inclinada sobre un soldado moribundo con la chaqueta rota, la mochila colgada del cuello y la cabeza —con el casco todavía puesto— apoyada sobre su regazo; la mujer parece disponerse a dejar una rama de palma sobre el hombro del soldado, cuya pierna derecha cuelga del pedestal, lo cual da dramatismo a la imagen. El bronce tiene manchas de humedad y musgo. A los pies del muro —detrás del cual asoman los tejados del colegio—, junto a dos pequeños cipreses descuidados, están dispuestas en dos hileras las lápidas, unas placas inclinadas con los nombres de casi cien soldados muertos en combate. Anoto algunos nombres y, mientras escribo en mi libreta, caigo en la cuenta de que es muy probable que mi abuelo conociera a esos muchachos: A. Van Dezande, B. De Munter, A. Vandecandelaere, J. Buffel, carabinero, D. De Backer, artillero, E. De Jonghe, J. Verhaeghe, A. De Groote, L. L. Coene, J. Cravez, todos soldados del Segundo Regimiento de Línea.

No tiene ningún sentido anotar esos nombres. Lo hago solo por mantenerme ocupado, pero el frío no tarda en entumecer mis dedos y decido reanudar mi camino con las manos en los bolsillos, encogido para protegerme contra el viento. Al fondo del cementerio, en una pequeña explanada de césped, hay una cruz enorme sobre un pedestal. Detrás del muro se ven copas de árboles desnudos expuestas al aire gélido del invierno. En esos bosques tuvo que ser la batalla. Me subo al coche y recorro algunos caminos de arena entre las pocas zonas de bosque que quedan entre las casas. No hay absolutamente nada que ver, excepto el esqueleto de un coche sin ruedas abandonado entre unos árboles, un montón de metal oxidado que parece subrayar el olvido, la total ausencia de huellas que puedan remitir al pasado. Bajo del coche en otro sitio y miro a mi alrededor. Ni siquiera los árboles son los mismos. No hay aquí ni un solo árbol con más de cien años de vida. Lo más probable es que sean todos, sin excepción, de después de la Segunda Guerra Mundial. No queda ni un solo testigo. La arena es otra, los árboles son otros, las casas y las carreteras son otras. Y mientras medito sobre la ausencia de memoria de esos árboles demasiado jóvenes, tomo conciencia, casi de forma física, de lo alejado que está de mi propio tiempo este tema que me ha tenido ocupado los últimos años. Es casi como si esos árboles nuevos fueran farsantes, cómplices mudos del implacable paso del tiempo.



Conduzco hasta Sint-Margriete-Houtem, donde también tuvo lugar una terrible batalla, paso por una calle dedicada al 22.º Regimiento de Línea, atravieso Weerde y Elewijt —que mi abuelo vio en llamas después de un bombardeo—; de Boortmeerbeek voy a Kampenhout y Winksele, los lugares por donde marchó, acampó, luchó, cavó zanjas, durmió y corrió para salvar su vida. En todas partes el mismo olvido, la misma paz vulgar y aburrida, esa paz tan preciada, alabada sea. Una tienda de comestibles, una panadería, un aparcamiento vacío, un pequeño supermercado, una farmacia demasiado elegante para una zona rural como esta, una señal de tráfico oxidada, un extravagante quiosco de prensa de plástico, una calzada de planchas de hormigón como una cinta tendida sobre la inmensa nada de una mañana de invierno. No se ve a nadie por la calle. De vez en cuando pasa un coche, siempre demasiado rápido. En la radio suenan las *Sinfonías de instrumentos de viento* de Stravinski, música dramática que pone la banda sonora perfecta a mi lento circular por estos suburbios anónimos. Dan las dos, las dos y media. Todavía me demoro un poco más para absorber de nuevo esta nada absoluta, esta nada contemporánea que me envuelve como un manto protector. Con las manos vacías, inicio el camino de vuelta a casa. Ni siquiera tocando la arena sucia de un camino en el bosque he llegado a experimentar algún tipo de conexión con lo que ocurrió aquí hace un siglo. Badenes, señales de tráfico, un chalado que me da las largas porque intento respetar el límite de velocidad y, tan pronto como puede, me adelanta con una maniobra

tan temeraria que casi se sale de la calzada en una rotonda. Flandes 2012. Nada. Absolutamente nada. Un mundo vacío de significado, un mundo sin peligros. Gracias al cielo. Saco alguna foto más y cuando llego a casa vuelvo a mirar en Google Maps, donde todo parece mucho más interesante de lo que es en realidad.

*

Durante los meses de verano iba todos los viernes a Brujas con su mujer —aunque muchas veces también con nosotros, la familia de su hija—, donde era el encargado de portar el cirio en la Basílica de la Santa Sangre, que él llamaba «la Capilla de la Sangre».

Infinidad de veces lo vi dirigirse al altar durante el ritual del viernes por la mañana para recibir el astil dorado que sustenta la imponente vela y seguir con gran solemnidad al sacerdote de turno por el pasillo de la iglesia, mientras los feligreses cantaban o rezaban. La urna cilíndrica en la que se conserva la reliquia, la cual tenían que besar los fieles durante la ceremonia, me producía una mezcla de rechazo y fascinación. Un sacerdote sentado sobre una pequeña plataforma sostenía en alto la urna con el milenario trozo de tela sucia, estirando mucho los brazos, como si le diera un poco de asco; si no recuerdo mal, la urna tenía ornamentos dorados a ambos lados. Cada vez que alguien se postraba humildemente ante la reliquia e imprimía sus labios en el cristal, el sacerdote limpiaba hieráticamente con un pañuelo blanco la huella dejada por el pecador para que el siguiente devoto pudiera hacer su modesta y sensual aportación a aquella tradición centenaria sin riesgo de contagio bacteriano a causa del fervor religioso ajeno. Fuera, Brujas bullía de actividad profana. Las banderas ondeaban al viento, las barcas iban y venían por las aguas arenosas de los canales, en Rozenhoedkaai, actores aficionados leían en voz alta pasajes de *Brujas la muerta* en inglés y recitaban en francés el poema de Rilke dedicado a esa misma calle, «Quai du Rosaire». Mientras tanto, en el interior de la iglesia participábamos en un ritual secreto que se remonta al siglo XII, cuando Diederik van den Elzas trajo de Tierra Santa — hoy en día la región más explosiva del mundo— el famoso trozo de tela manchado de sangre (en nuestros días posiblemente lo llevarían a juicio por

exportación ilegal de patrimonio nacional, aunque esas cuestiones son muy complejas en el Jerusalén actual). El Día de la Ascensión éramos testigos de la procesión de la Santa Sangre. Yo no dejaba de darle vueltas a la historia de aquel harapo ensangrentado que besaba todas las semanas, y cuanto más mayor me hacía, más me rompía la cabeza sobre la corruptibilidad de los tejidos, los trapos manchados de sangre y las reliquias. Cuanto más improbable me parecía que aquel trozo de tela estuviera impregnado realmente de la Santa Sangre, más me sorprendía la cautivadora magia de los sugerentes rituales, los cánticos, las actitudes de los fieles, la devoción transmitida a través de los siglos sin ninguna prueba sólida y, en resumen, la pura energía trascendental de la fe. El mundo seguía su curso en el exterior de la iglesia, lo cual, allí dentro, en aquella penumbra saturada de incienso, le daba al ritual religioso un carácter atractivo, misterioso y profundo. Cuando hay una distancia entre nosotros y el resto del mundo, todo parece más atractivo, misterioso y profundo. Los cisnes nadaban en el Minnewater, las últimas monjas beguinas estaban a punto de desaparecer, en los patios húmedos a orillas de los canales florecían narcisos al calor de agosto y los japoneses iban y venían por la ciudad sin comprender nada. Pero el ritual de la Santa Sangre no podía estar completo sin tomar luego un succulento helado, dar un paseo perezoso por Het Zand y sentarnos a beber una limonada de las antiguas en la terraza de algún restaurante, donde una vez captaron mi atención dos enamorados, un hombre mayor de mirada punzante hablando con una joven rubia de pelo rizado con piel de gallina en los brazos, dos enamorados sumergidos en sus respectivos ojos que no pegaban nada juntos pero era evidente que compartían algo íntimo, y que precisamente por eso me dejaron sumido en el misterio de lo incomprensible. Religión, turismo, los primeros indicios de erotismo, estío, nubes altas y deshilachadas, estandartes, el olor de viejas iglesias, el sonido del agua golpeando suavemente el casco de los barquitos.

«Este es el cáliz de la Nueva Alianza, la cual se sella con mi sangre.» Las palabras del sacerdote resonaban en mis oídos sin que yo alcanzara a comprenderlas. Portar el cirio durante aquel rito semanal era para mi abuelo una boya en el mar del tiempo, un evento recurrente que marcaba el ritmo del verano, y cuando pienso en él, caminando con la espalda bien recta y el

cráneo desnudo y vulnerable iluminado por la luz dorada de las velas, comprendo por qué le tenía tanto apego a aquella tradición. De hecho, creo que había en él algo de hombre medieval, de alguna forma era heredero del mundo soldadesco de los caballeros descritos en las leyendas del Santo Grial, y por eso, al cabo de los años, el recuerdo de aquella urna cilíndrica de la Capilla de la Sangre se fundió en mi recuerdo con las viejas historias sobre Parsifal, y acabé comprendiendo que mi abuelo había sido el *loco de corazón puro*, el inocentón que se había hecho acreedor de mi admiración porque no conocía el egoísmo ni la vanidad o la autocomplacencia, solo aquel servilismo suyo, que para él era algo natural, lo cual lo convertía al mismo tiempo en un héroe y un simplón de intenciones siempre nobles. Cuando comprendí esto, muchos años después, volví a Brujas un día y, mirando a mi alrededor extasiado, comprendí que apenas entendía nada.

*

Varios años después de su muerte encontré en su pequeña biblioteca un ejemplar muy manoseado de *Brujas la muerta*, la famosa novela de Georges Rodenbach en la que el protagonista, Hugues Viane, conoce a una mujer frívola con un parecido sorprendente con su amada muerta, pero al final llega a la conclusión de que aquella mujer no es más que una mera caricatura de su pasión original. Hojeando las páginas amarillentas y observando las cándidas ilustraciones del libro —grabados de colores pálidos que recreaban la atmósfera gótica y apacible de la Brujas decimonónica— descubrí que había diversos pasajes vagamente subrayados a lápiz. Hacia la mitad del libro había manchas azules de óleo y en una página sin texto encontré un amago de boceto de un rostro. «Brujas era su amada muerta y su amada muerta era Brujas. Todo confluía en un destino común.» La procesión de la Santa Sangre desempeña un papel decisivo en la novela. El día de la procesión, la doble de Ofelia —así se llama la difunta— parece divertirse a costa de las numerosas baratijas que ha reunido a lo largo de los años el buen hombre como recuerdos de su amada, todos ellos muestras de su ingenua pero sincera adoración. La mujer frívola, sin saber lo que significan para Hugues todos esos cacharros, pone en escena una burla blasfema y cruel con un mechón de

pelo de Ofelia. Humillado por semejante provocación, Hugues monta en cólera y la estrangula, pues aquella profanación de sus tesoros le ha hecho ver la irónica y dolorosa verdad oculta tras la veneración exaltada de su amada muerta. Es una novela sobre la imposibilidad de vivir por segunda vez un gran amor reemplazando a la persona perdida por un sucedáneo. Pero también es una historia sobre un Orfeo moderno. Al igual que este, Hugues ha descendido a una especie de reino de los muertos para recuperar el espectro de su amada, una empresa condenada al fracaso. Y de la misma forma que Orfeo, pierde a su amada dos veces, porque ha confundido su recuerdo con su doble en la tierra.

¿Cuántas veces leyó y releyó mi abuelo esta novela de amor órfico? Una de las frases subrayadas, por ejemplo, es aquella en que Rodenbach afirma que si Hugues no cayó en la tentación del suicidio fue por su forma de recordar a Ofelia en términos místicos. Al igual que el protagonista del relato, mi abuelo vivía secretamente con un mausoleo mental dedicado a su amada perdida. Al igual que Hugues Viane, aprendió que lo que es único en una mujer no puede volver en una doble, sobre todo si esa doble es su taciturna hermana mayor. Con esta novelita en las manos se me ocurrió de pronto que mi abuelo había sido algo así como un viudo casado. En su fuero interno, de forma oculta, lloraba la muerte de su amada y honraba su memoria con tanta devoción como el personaje de la novela. Entre las últimas páginas del libro encontré la reproducción de la *Venus del espejo* de Velázquez con la que lo sorprendí llorando en una ocasión, y me resultó extraño, porque en aquel momento aún no veía la relación. Unas páginas después había una finísima lámina de papel vegetal meticulosamente doblada con un delgado pero largo mechón de pelo negro en su interior, enrollado en su día con mucho tiento en un dedo para darle perfecta forma de espiral.

Pasión secreta, doctrina secreta de la que no se aprende nada. Fidelidad a aquello que ya no era pero lo determinaba todo, aquello que daba forma a las cosas y les otorgaba un significado oculto. Lo más importante para él era algo que no podía compartir con los demás. Y por eso pintaba árboles, nubes, pavos, la playa de Ostende, una granja, bodegones con mesas a medio recoger, un trabajo inmenso y silencioso de vocación elegiaca con el que ahogaba el llanto del mundo en las cosas más cotidianas.

*

Nunca pintó una sola escena de guerra. Nunca se le pasó por la cabeza dibujar alguno de sus recuerdos de la guerra. De los retratos al carboncillo que les hizo a sus compañeros, a los cuales menciona en sus memorias, no he encontrado el más mínimo rastro después de su muerte. En ninguno de sus cuadros aparece un solo militar, con excepción, acaso, del pequeño autorretrato de estilo muy académico que se hizo con las condecoraciones colgadas del pecho, posiblemente de antes de 1920, cuyo espíritu es cualquier cosa menos militar; se trata más bien, por así decirlo, de una foto de carné ampliada al óleo, tal vez un regalo para Maria Emelia cuando estaba enferma, quién sabe. Por lo demás, lo único que ha quedado es la foto en blanco y negro en la que sale de cuerpo entero vestido de uniforme; esa foto, que se conserva enmarcada, está retocada con carboncillo, y algunas líneas están tan difuminadas que yo siempre pensé que era un dibujo. En la esquina inferior derecha, él mismo escribió: «Así volvió Urbain de la guerra 1914-1918». En el reverso pone lo mismo, pero con otra caligrafía, posiblemente de su madre. Y eso es todo lo que hay de la guerra. En los innumerables cuadros que pintó no hay el más mínimo indicio de calamidad alguna, como mucho alguna nube un poco más azulona, acentuada con un pincel de marta más grueso, tapando indecisa el sol, pero nada remotamente similar a la tormenta que amenaza a una Arcadia de estilo Biedermeier en *La tempestad* de Giorgione.

En cualquier caso, en el periodo en que descubrió su daltonismo solo pintó algunos cuadros de pequeño formato, hasta que a mediados de los años sesenta decidió hacer algo mucho más atrevido. Hay un cuadro impresionante de Antony Van Dyck que representa a San Martín cortando su capa en dos para entregarle la mitad a un indigente. Es una historia muy conocida de la iconografía, pintada en infinidad de ocasiones por artistas que van de un maestro húngaro anónimo a Simone Martini, pasando por Jacob Van Oost y El Greco. Van Dyck hizo dos versiones del mismo tema, ambas con una interpretación muy dinámica y de gran dramatismo. Mi abuelo copió la que se puede admirar en la parroquia de Zaventem, cerca de Bruselas, encargada a Van Dyck por Ferdinand Van Boisschot, canciller holandés del condado de

Brabante, el año en que este obtuvo su título nobiliario.

San Martín, montado en un caballo blanco, lleva el pecho cubierto por una coraza oscura y brillante. Todo en él irradia nobleza y dignidad. Su pierna izquierda, apoyada con firmeza en el estribo, sugiere fuerza y dominio del caballo. Todavía es joven. Lleva una elegante boina negra de la que cuelga una enorme pluma. A su izquierda (desde el punto de vista del espectador) hay un segundo jinete con una vestimenta más sobria y un caballo pardo con una mancha blanca en la cabeza. A la derecha, mostrando al espectador una espalda de gran belleza anatómica y sentado sobre un fardo de paja, está el indigente desnudo tirando ya ansioso de la capa de intenso color rojo. Junto a él hay otro vagabundo con la cabeza cubierta por un pañuelo que le da un aire oriental, mirando un tanto escéptico al magnánimo noble con el labio inferior un poco adelantado. Es un tullido. Está de rodillas y se mantiene en equilibrio sobre una muleta parcialmente visible que, a juzgar por el pliegue que forma su ropa a la altura de la axila, tiene acomodada ahí. El caballo, con su poderoso cuello inclinado hacia delante y una pata delantera en alto, la tensión muscular en la espalda del indigente: todo transmite movimiento, fuerza e intensa vitalidad. San Martín maneja un fino florete que mantiene paralelo a su pecho, pero como está un poco inclinado sobre el caballo, para el espectador traza una diagonal, una línea que forma un ángulo de más o menos noventa grados con la mitad superior de la capa. La mitad inferior traza otra diagonal más pronunciada hacia el musculoso indigente, el receptor de la misma; un segundo más y la tela, ya desprendida, caerá sobre él como una masa informe. A la derecha de la imagen todavía hay espacio para una columnata de aspecto antiguo y, al fondo, nubes iluminadas por el sol de la tarde atraviesan el cielo. Es una obra magistral. La elegancia, la nitidez y la seguridad de los trazos no solo dan testimonio del oficio del artista, sino también de su ímpetu creador y su extraordinaria juventud. En 1621, cuando pintó este cuadro, Van Dyck tenía solo veintidós años.



*

Una semana entera estuvo mi abuelo midiendo, serrando y clavando listones de madera en el invernadero, al fondo del jardín, para montar un bastidor lo bastante grande para esa escena. Lo curioso es que para su copia fijó las medidas en casi dos por dos metros, un formato mayor que el de la pintura original de la parroquia de Zaventem, que solo tiene 156 centímetros de ancho por 171 de alto. Aquella opción era de una audacia inusual en él. Para ampliar la imagen a ese tamaño tuvo que trazar una cuadrícula muy precisa en la reproducción de su libro. Vestido con su mejor traje, se fue a La Pluma Dorada, en la plaza Vrijdagmarkt, y compró un lienzo de dos metros y medio por dos metros y medio. Con el rollo de tela encima del hombro salió a la calle y, poniendo en peligro la integridad física de los transeúntes cada vez que hacía un giro, subió al tranvía y volvió a casa sin prestar atención a las miradas curiosas de los viajeros. Cuando ya se disponía a tensar el lienzo sobre el bastidor, resultó que el espacio que había previsto para el cuadro — el trozo de pared encima de la puerta de su dormitorio— no era lo bastante grande. En el hueco de la escalera, el muro derecho tenía una leve inclinación hacia el interior, poca cosa, pero lo bastante para que no cupiera el cuadro. Además, la línea del techo no era perfectamente horizontal en ese punto de la casa, por lo que también había que quitarle al cuadro unos centímetros por arriba. Volvió a desmontar el bastidor y creó algo que, sin saberlo, estaba muy de moda aquellos días: un lienzo con un formato irregular. Con un

intensivo trabajo de carpintería adaptó la esquina superior derecha del bastidor al espacio del que disponía en la pared, de modo que por arriba se perdía una parte de la hiedra que parece salir de una grieta en una columna y, por la derecha, unos centímetros de la columnata, nada demasiado grave. Primero clavó el lienzo al bastidor sin tensarlo demasiado y lo humedeció por la parte de atrás con una esponja. Tres días después lo tensó firmemente con varias pinzas y puso los clavos definitivos. Cuando estuvo satisfecho con el resultado, subió el enorme lienzo por las escaleras y, con una aparatosa maniobra, lo metió en su dormitorio, lo colocó al lado de su cama —de tal forma que casi no le quedaba espacio para moverse por el día y meterse en la cama por la noche— y empezó su gran obra, que lo tendría ocupado más de seis meses.

Con la cuadrícula ya perfectamente trazada en la reproducción, se pasó varias semanas analizando la imagen con la lupa, midiendo distancias con el compás de cobre que le regaló Mrs. Lamb en 1916, su anfitriona en Windermere, a quien recordaba con tanto aprecio. No le hacía falta ir a ver el original en la modesta parroquia de San Martín, en Zaventem, donde ya lo había visto en el otoño de 1914 durante el repliegue de su regimiento tras la dramática batalla de Schiplaken y donde, increíblemente, sigue estando hasta el día de hoy de forma casi anónima. Todos los detalles de la pintura estaban grabados en su memoria desde aquel domingo por la mañana al comienzo de la guerra que estuvo allí rezándole a su patrón, muy afectado por todos los horrores que había vivido durante las semanas previas en Shiplaken y Sint-Margriete-Houtem.

Su copia es impecable y, curiosamente, los colores son correctos, al menos en la medida en que puedo comprobarlo sin la posibilidad de ver los dos cuadros juntos. La única diferencia es que en el original son más intensos, como si hubieran recuperado fuerza tras alguna restauración, mientras que en la copia de mi abuelo son más claros, parecen más lavados. Al pintar con tanta devoción a su patrón seguía los pasos de su padre, que había pintado al suyo —San Francisco de Asís— en Liverpool, lo cual debió de ser muy especial para él, pues de esa forma cerraba un círculo y, de alguna manera, rendía tributo a su padre. Entre la documentación que tenía guardada junto a sus bocetos, encontré unas páginas sueltas de la famosa *Legenda*

Aurea de Santiago de la Vorágine, en concreto aquellas que versan sobre la vida de santo de Martinus Turonensis, el legionario romano que se convirtió al cristianismo. Además de aportar todo tipo de datos interesantes, el autor enumera las virtudes de Martinus: humildad, dignidad en el combate, sentido de la justicia, paciencia, devoción y talento para desenmascarar a los demonios. Mi abuelo subrayó esto último con lápiz rojo. Martinus Turonensis se convirtió en San Martín de Tours, patrón de todos los soldados. Los reyes franceses llevaban un escapulario del santo durante las batallas y, al parecer, Antony Van Dyck también tenía uno.

El mismo tema inspiró a mi abuelo más tarde también para esculpir un bajorrelieve en un tímpano de piedra arenisca que colgó encima de la puerta de entrada de la casa. En aquel momento tenía setenta y dos años y gozaba de gran vitalidad para su edad. El dolor por la pérdida de su mujer pareció atenuarse mientras trabajaba en esta gran pintura con la que, a la luz del gran Van Dyck, sublimó el nombre de la familia y su humilde origen. La obra recibió abundantes elogios y exclamaciones de admiración. Su amigo Adolf, sin embargo, la observó detenidamente y, haciéndole un guiño a su hija Maria Emelia, se limitó a decir: «Yo no tendría paciencia para hacer copias.» A partir de entonces se enfrió la amistad.

*

Un día entre semana decido ir a Zaventem a ver el cuadro original. Llueve a cántaros. La iglesia está vacía y suena una música suave. Caminando entre las recias columnas que sostienen la bóveda central, me aproximo discretamente al altar de la nave derecha, donde está colgado el cuadro, y trato de imaginarme a mi abuelo arrodillado en el primero de los dos escalones de madera en octubre de 1914, con el uniforme sucio y la mochila, el fusil y su fiambarrera abollada junto a él en el suelo, extenuado por la crudeza de los primeros combates con los que han tratado en vano de frenar el avance de las tropas alemanas. Como estoy acostumbrado al formato de la copia, el original me resulta un poco pequeño. Y, en efecto, los colores son más oscuros. La escena está pintada sobre siete anchos paneles y el trabajo de restauración de la obra maestra es evidente: el brillo de la capa de aceite

aplicada es demasiado intenso, por lo que se producen muchos reflejos. Con el paso del tiempo y los cambios de humedad, los paneles se han combado ligeramente, por lo que las seis juntas son claramente visibles. Las columnas corintias del altar que acoge el cuadro están pintadas de *faux marbre* y *doré*. Sobre estos detalles al estilo de Luis XV luce el blasón de Ferdinand van Boisschot en un arco rebajado de madera dorada. Una cosa que me llama la atención es lo mucho que se parece el *faux marbre* a la textura que pintó mi abuelo en el hueco de la escalera de su casa, de modo que, al igual que el original, la copia también estaba rodeada de falso mármol. Esos efectos de imitación de materiales, por cierto, eran una de sus especialidades. Era capaz de pintar puertas, paredes y columnas con la textura de la madera o el mármol como un *artisan* de siglos pasados.

De la sacristía situada a la derecha del altar mayor sale un sacerdote, y cuando ve que paso tanto tiempo observando el cuadro, haciendo fotos y tomando notas, el buen hombre se acerca a encender algunas luces de la nave lateral. Le expreso mi incredulidad ante el hecho de que una obra maestra de semejante categoría, una pieza significativa del patrimonio artístico mundial, esté allí en una parroquia flamenca sin ninguna protección, de forma casi anónima. El párroco, juntando sus manos huesudas en un gesto devoto, me cuenta que él estaba presente cuando desmontaron los delicados paneles durante la Segunda Guerra Mundial para esconder el cuadro en un sótano, fuera del alcance de las garras de los nazis. Antes de irme me entrega un folleto informativo. Ese mismo día vuelvo otra vez a la casa de la ribera del Escalda para ver la copia y me sorprende por sus colores claros pero vivos y por el vigor, la elegancia y el punto de originalidad que puede tener una copia.

*

Durante ese periodo hizo más copias logradas de obras conocidas, como el extraño retrato de un niño con dos perros atados con correa, de Erasmus Quellinus II. El niño posa llamativamente engalanado como una niña, con un ostentoso vestido satinado de color azul rosado. La escena no es especialmente interesante. Se trata de un trabajo bastante anecdótico y

sentimentaloides, pero la técnica pictórica es de gran virtuosismo, una muestra de la mentalidad artística que imperaba en Amberes durante el Barroco. Es posible que mi abuelo lo eligiera únicamente por el reto técnico que planteaba el brillo del vestido (aunque tal vez también por el recuerdo de su propio afeminamiento cuando era un crío, algo acerca de lo que él mismo bromeaba de vez en cuando; a finales del siglo XIX era habitual que vistieran a los niños como niñas hasta que empezaban a usar el orinal ellos solos, porque con un vestido se ahorra colada). No he sido capaz de determinar cuándo pintó la *Venus del espejo* de Velázquez, porque no fechaba sus cuadros, pero considerando el estilo, tiene que ser de un periodo temprano, posiblemente los años treinta, tal vez incluso antes.

*

Su copia más conseguida —y podría decirse que su preparación para la obra definitiva— fue sin embargo *El hombre del yelmo de oro*, un famoso retrato conservado en la Gemäldegalerie de Berlín y atribuido durante siglos a Rembrandt, hasta que se demostró que el maestro holandés no podía haber sido el autor y perdió gran parte de su valor. De la noche a la mañana, la cotización del cuadro pasó de los veinte millones de marcos de entonces a menos de un millón, un doloroso desengaño que mi abuelo por suerte no tuvo que sufrir, pues el veredicto de los expertos se conoció en 1985, cuatro años después de su muerte. En cualquier caso, fue la copia más valorada de mi abuelo. Debido al enorme éxito, tuvo que repetirla varias veces para su círculo de amigos, de modo que no sé exactamente cuántas copias hay ni dónde podrían estar. En el comedor de la primera planta de Le Paon Royal, un restaurante de Bruselas, encontré por ejemplo una vez, para mi enorme sorpresa, una copia que tenía que ser suya de *El pavo real blanco*, de Melchior de Hondecoeter, una alegoría sobre la dominancia del mal en el mundo que había sido mi fuente de inspiración para un libro entero. No llegué a descubrir cómo había ido a parar allí. Tampoco estaba firmada y técnicamente era inferior a la copia que conservo yo.

*

Debió de ser una mañana de San Nicolás a finales de los años cincuenta. Encima de la mesa, colmada de mandarinas, galletas de jengibre y figuritas de chocolate, encontré un primoroso avioncito de juguete. Al parecer, el buen santo me lo había traído por la noche. Estaba hecho con delgadas láminas de madera, una especie de biplano con el fuselaje azul, las alas rojas y la cola amarilla y negra. Las ruedas eran dos viejas monedas de veinticinco céntimos, de aquellas que tenían un agujero en el centro, unidas al fuselaje con una barrita de hierro que hacía las veces de eje. Un mecanismo muy ingenioso. Los agujeros para el eje en la base del fuselaje eran un poco más grandes que la barrita, de modo que las ruedas giraban libremente. Sendos remaches en ambos extremos del eje mantenían el tren de aterrizaje en su sitio. Las piezas de madera estaban cortadas de forma un poco torpe con una segueta, con los bordes perfeccionados luego con una lija. Debido a mi inquebrantable fe en el buen santo, tardé años en comprender que lo había hecho mi abuelo para mí con sus propias manos, de modo que, a pesar del amor y la dedicación con que lo había montado y pintado, nunca llegué a darle las gracias. No tengo ni idea de qué pudo ser de él. Supongo que acabaría perdido en alguno de los viejos maceteros del invernadero, con una sola rueda o un ala rota, envuelto en una maraña de cuerdas y con una varilla asomando hacia fuera como una pata rota, no lo sé. Varias décadas después, con la lucidez que puede tener a veces un sueño sobre la infancia, vi el avioncito de repente y me fijé en las letras y cifras que llevaba en el fuselaje. Al despertar las recordaba todavía claramente y las anoté: DK100710. Mi abuelo había querido darle al avioncito mayor autenticidad atribuyéndole un código, lo cual me pareció muy propio de su carácter. A cuenta de ese sueño, aquel día me vinieron a la memoria más recuerdos de juguetes perdidos de la infancia, y me olvidé del asunto.

Pero al leer sus memorias, buscando datos, encontré la fecha de la muerte de Daniel Kinet, el pionero de la aviación cuyo biplano se estrelló en los terrenos de Port Arthur, no muy lejos de donde mi abuelo había visto a una muchacha saliendo desnuda del agua de una charca. El accidente de Kinet tuvo lugar el 10 de julio de 1910, a las diez de la mañana aproximadamente. Recordé la visita frustrada de mi abuelo al hospital donde falleció el aviador

pocos días más tarde y el estatus de héroe que tenía aquel hombre para él. DK100710... Mi avioncito de juguete resultó ser portador de un código secreto pero muy concreto que remitía a su recuerdo del héroe de la aviación belga. ¿Cuántas cosas más me faltaban por comprender? Cuanto más leía, mayor conciencia tomaba del hecho de que nunca podría saberlo todo.

De esa misma manera fueron emergiendo otras pistas, porque la lectura de sus memorias me servía para desempolvar mis propios recuerdos y cada vez era capaz de dar significado a un mayor número de señales. Con quince años, un día se me ocurrió que había llegado el momento de fumar y birlé un extraño cigarrillo ovalado de color amarillento de una pitillera plateada que había en el cajón de la famosa mesa de mi abuelo. Me metí con mi trofeo detrás de un arbusto al fondo del jardín y me fumé la mitad de aquel pestilente cigarrillo. Era un tabaco muy fuerte y me puse malísimo. Acabé vomitando. En sus memorias leí el relato de la pitillera plateada y los cigarrillos que había recibido de la misteriosa Mrs. Lamb cuando estuvo en Windermere, la cual había guardado todos aquellos años como un fetiche sin tocarla siquiera, porque, que yo sepa, mi abuelo no fumó nunca. Por aquellos días, mi hermana pequeña solía jugar con una larga bufanda que sin duda tenía que ser la que le regaló aquella misma mujer cuando tuvo que volver por tercera vez al frente, una bufanda que en sus relatos había alcanzado proporciones míticas y que con cada historia que contaba parecía crecer en longitud. Pero en el mundo real la tenía metida en un cajón acumulando polvo. Eso también decía algo sobre su relación con un pasado que no conseguía sacudirse de encima. Y, así, resultó que mi infancia estaba llena de pistas que no había sabido interpretar; solo al establecer vínculos entre mis recuerdos y lo que leía en sus memorias pude iniciar una modesta forma de compensación, una expiación de mis culpas —del todo insuficiente— por mi pasmoso desconocimiento del significado que tenían para él determinadas cosas.

*

Y de pronto emerge una imagen, una escena, como si tuviera lugar en este mismo momento ante mis ojos. Es primavera, creo que el mes de abril, la luz

es clara y el sol todavía no está muy alto, de modo que tiene que ser por la mañana. Mi abuelo está encima de la tapa del pozo de agua de lluvia. Me está explicando lo que significa ser soldado. Dice que todavía me falta mucho por aprender. Y yo, que aún estoy en edad de comerme los mocos, lo miro con boba admiración y, de buenas a primeras, le pregunto: «¿Y todavía eres capaz de hacer el pino con la cabeza?» Él me clava su penetrante mirada, exhala un suspiro, deja su borsalino en el banco junto a la tapia del jardín y, alehop, se produce el prodigio: un hombre de setenta años invierte la posición natural de su cuerpo lanzando las piernas hacia arriba con un rápido movimiento. El blusón le tapa parcialmente la cara, pero él aguanta. «Mira», oigo su voz amortiguada, y levanta una mano hacia mí, de modo que ahora solo está apoyado sobre una mano y su mollera prácticamente calva. Sus perneras se deslizan lentamente hacia abajo y dejan a la vista sus pantorrillas blanquecinas, apuntando hacia el cielo como estacas, con los pies ligeramente separados, formando dos ángulos rectos. Antes de que me dé tiempo a reponerme de mi asombro, vuelve a ponerse en pie, se sacude las manos, se pone el sombrero y, con la cara un poco roja, me dice: «Si de verdad quieres, puedes hacer cualquier cosa que te propongas.» Yo asiento, respaldando en silencio las palabras del héroe de mi infancia, y me retiro estupefacto. Él, por su parte, dice que va a ponerse a podar un poco y desaparece silbando en el jardín.

*

Por algún motivo, siempre me he resistido a realizar la obligada visita a los cementerios del Westhoek, con sus interminables hileras de lápidas blancas, y las réplicas de trincheras que con tanto afán de precisión histórica pretenden ofrecer al visitante interesado una impresión supuestamente realista de cómo fue aquello. ¿Qué sentido tiene ir a ver el puente de Tervate junto a Stuivekenskerke, me preguntaba, o los pólderes, donde todavía hay infinidad de obuses oxidados sin estallar, sabiendo que nada me podía acercar más a sus experiencias que los viejos cuadernos que tenía encima de la mesa? En los años ochenta conviví durante un tiempo con una chica de esa zona, el sudoeste de Flandes, y algunos domingos me dedicaba a explorar un poco el

entorno. Visité el monumento de Käthe Kollwitz, el sobrio museo de Talbot House, el cementerio de Tyne Cot, los inmensos camposantos y todo aquello que según dicen hay que haber visto para poder hablar de la Primera Guerra Mundial y del Westhoek. Leí libros escalofriantes sobre la batalla del Somme, donde los jóvenes ingleses caían acibillados en masa tan pronto como intentaban avanzar, y me preguntaba qué más se podía añadir a semejante horror.

Sin embargo, hace unos años visité con mi hijo la ciudadela de Dinant y durante media hora tuve la impresión de estar inquietantemente cerca de la experiencia de mi abuelo. La atmósfera cargada en las trincheras del museo de la guerra, la iluminación tenebrosa, la ingenua pero efectiva forma de mostrar la vida del soldado... A causa de la penumbra, que me forzaba a buscar a tientas el camino por pasillos de trazados irregulares, sentí de pronto una conexión especial con los pasos inseguros de mi abuelo en la oscuridad. Toqué con mis propias manos las réplicas de cemento de los sacos de arena, vi el campo de batalla, los fusiles, los burdos maniqués de soldados atrapados como ratas en una trampa. Había un olor entre mohoso y rancio, un olor a cerrado que solo hay en los museos de historia. Bombillas desnudas de poca potencia arrojaban una luz tenue sobre los soldados inanimados, creando sombras como siniestras manchas en las trincheras artificiales. Era como si estuviera descendiendo a contracorriente al reino de los muertos y, al llegar, la Eurídice del recuerdo se hubiera puesto en pie y me hubiera tomado de la mano. Por usar la certera formulación que empleó el refinado filósofo del martillo en *El Anticristo*, ya no puedo ver ninguna pintura sin ver conceptos, símbolos y gestos, porque he comprendido que lo que veo no es el libro de la inocencia que me quieren hacer creer, sino mi lectura personal cargada de culpa histórica, que es lo que me toca el alma.

*

Ahora que esta historia va empezando a estar contada, ha llegado el momento de observar detenidamente los últimos cuadros: el emotivo retrato de Gabrielle y el desnudo secreto de su hermana, que no descubrí hasta el final. Me acerco a ellos lentamente, en silencio, como un hombre que pasea

con las manos en la espalda por un museo imaginario y, al encontrar la pintura que buscaba, se quita sus gafas de miope, se inclina hacia el cuadro y sonríe a causa de un detalle que solo puede ver  el. La sala del recuerdo est a en silencio. Una mujer pasa por detr as abanic ndose con el folleto de la exposición, sin prestar atención a aquel extraño con pinta de despistado que hay all  riéndose como un borreguillo, con la nariz casi pegada a un lienzo con un viejo marco dorado que parece poder desmigajarse en cualquier momento.

El retrato de Gabrielle, para el que mi abuelo utilizó como modelo la fotografía en blanco y negro que se imprimió en su estampa fúnebre, tiene cualidades casi clásicas y se puede medir con algunos de los mejores retratos de mujeres de la tradición realista. Aparece con el pelo recogido bajo una mantilla. Viste una chaqueta gris y una blusa blanca de encaje cerrada en el cuello con su camafeo de marfil, y mira al espectador relajada, en paz consigo misma. Tiene la mirada de sus días tranquilos, cuando se sentaba en un banco del jardín y le bastaba con observar las cosas cotidianas que ocurrían a su alrededor para sentirse feliz. El tono predominante tiene cierto brillo dorado, como si se reflejaran en su cara los rayos de una puesta de sol.

Con esa imagen casi idealizada, mi abuelo dio expresión a su amor y su dedicación a ella, por lo que también se puede interpretar como un símbolo de catarsis y armonía alcanzada al final del camino. Sin embargo, dada la forma en que transcurrieron los últimos meses de Gabrielle, no era armonía lo que habría cabido esperar. Un año antes de morir sufrió un derrame cerebral del que se recuperó con mucha dificultad. Fue como si volviera a la infancia. Mi abuelo le dedicó toda su atención. La lavaba y la vestía todos los días, y ella, qué remedio, tuvo que abandonar su pudor, ahora que ya era demasiado tarde para cualquier intimidad carnal. Tras muchos intentos y muchas caídas consiguió ayudarla a mantenerse en pie y a dar de nuevo los primeros pasos, como si se tratara de una segunda hija demasiado tardía. Poco a poco, a pesar de los evidentes daños sufridos en el cerebro y el deterioro de su facultad de hablar, se convirtió otra vez en una mujer relativamente feliz y tranquila que se quedaba adormilada en su silla y era capaz de dar a entender que se encontraba bien y que no necesitaba nada. Una mañana, su cerebro se volvió a inundar de sangre. Estaba en una silla junto a la ventana, donde se sentaba a

menudo, y de pronto abrió mucho los ojos, se le hincharon de forma exagerada las venas del cuello y se le puso la cara morada. Medio tosiendo, medio tratando de expectorar, se llevó las manos a la garganta y se cayó al suelo de lado. El pánico que se apoderó de mi madre y mi abuelo me causó una impresión tremenda. Agarroado, muerto de miedo, me quedé mirando hasta que mi madre me sacó de allí a empujones y me dijo que me fuera al colegio.



Aquella escena se me quedó grabada para toda la vida. Fue, además, la última vez que vi a mi abuela. Cuando volví a casa por la tarde ya la habían ingresado otra vez en el hospital, y pocos días después murió. Cada vez que visito la vieja casa a orillas del Escalda, me mira impertérrita desde ese soberbio retrato que contradice el trágico recuerdo y cuyo realismo es tan certero que parece que se va a poner a hablar en cualquier momento.

Se trata sin duda de la única pintura original de mi abuelo de verdadero mérito, como si todo lo que hizo a lo largo de su vida no hubiera sido más que un ejercicio de preparación para este retrato de efecto catártico. Y no puedo evitar preguntarme si, mientras pintaba a Gabrielle, mi abuelo pensaba en cómo habría envejecido su hermana pequeña, Maria Emelia, de haber vivido. La imagen que llevaba secretamente de ella en el corazón no podía envejecer, mientras que su hermana se hacía mayor como todo el mundo y, de alguna forma, envejecía en su lugar. Se podría decir que Gabrielle era para

mi abuelo algo así como el retrato del vanidoso Dorian Gray. Por eso, el retrato de mi abuela ha acabado convirtiéndose para mí en uno de esos cromos de mi infancia que al moverlos ligeramente cambiaba la imagen; según cómo cayera la luz se veía una imagen u otra: bien la hermana pequeña, de mirada radiante, o bien la hermana mayor, versión apócrifa de la primera pintada tras la muerte de ambas.

*

En aquel momento me habría resultado imposible imaginar que aún me faltaba por encontrar un retrato —oculto, eso sí— de la hermana pequeña. Pero una semana después volví a la casa de la ribera del río para someter a mi anciano padre a un interrogatorio en profundidad sobre todo tipo de detalles y circunstancias del pasado y me contó que había encontrado una caja de latón en la buhardilla, en un rincón medio oculto tras un tabique, donde estaba mi dormitorio cuando era niño. La abrimos cuidadosamente con un pequeño destornillador, porque la llave no apareció en ningún sitio. En su interior había infinidad de fotos. Por primera vez vi a los padres de mi abuelo, Franciscus y Céline, posando muy rígidos durante los años del *fin de siècle* junto a un pilar de madera, delante de un telón con un paisaje de montaña. También había fotos de carné de mi abuelo con treinta años de edad, y allí estaba su «*cartilla de fuego*» —como se llamaba oficialmente el documento que recibían los veteranos de la Primera Guerra Mundial—, gracias a la cual, según descubrí entonces, había tenido acceso a una modesta pensión de invalidez complementaria de poco más de doscientos francos belgas desde 1938, es decir, dos años después de recibir la jubilación anticipada de la Compañía Nacional de Ferrocarriles (más tarde encontré su nombre en las interminables listas de veteranos con «*cartilla de fuego*», tomo 37-38, página 14; dos nombres después de él aparece un tal Charles Martien de Gentbrugge, aunque no he podido comprobar si era familia). Mi padre y yo continuamos inspeccionando los contenidos de la caja de latón: una carpeta con postales que le envió a su madre desde Windermere, en Lake District; numerosas fotos de parientes; algunas estampas fúnebres de soldados; un precioso estuche con un compás de cobre y un marcapáginas de seda, con una cruz y

una corona bordadas junto al texto «*Bear the cross and wear the crown*»; una foto de una bonita enfermera inglesa de Liverpool, firmada «*Yours sincerely, Maud Forrester*»; fotos de la academia militar (gorra plana, chaqueta azul con botones brillantes); un *laisser-passer* para todos los museos de Bélgica expedido en 1948 por la «Dirección General de las Bellas Artes y las Letras». También estaba allí lo que quedó del reloj de bolsillo de su padre después de que yo lo dejara caer al suelo, junto a una bala con la fecha 1916 grabada torpemente con una navaja.

Pero, sobre todo, lo que había en la caja eran fotografías sin nombre ni fecha de una joven que solo podía ser Maria Emelia, sospecha que confirmé al encontrar una foto en la que aparece junto a Gabrielle —casi como gemelas pero con una actitud y una presencia completamente distintas ante la cámara—, las dos de pie, cada una con una mano en un hombro de la madre, que está sentada entre ellas. De la mitad en la que aparece Maria Emelia encontré a continuación decenas de copias un poco borrosas, la mayoría ampliadas a un formato poco más pequeño que una postal (13 × 8). Y por último, al fondo de la caja, en un sobre cerrado, un nítido y hermoso retrato frontal sobre el que no podía haber ninguna duda: ese era el rostro de Maria Emelia. Por primera vez observé detenidamente los rasgos serenos de aquel semblante en el que estaba oculta la llave de acceso al secreto mundo de los sentimientos de mi abuelo, la joven que podía haber sido mi abuela, de quien yo podía haber llevado algo dentro. Mis ojos se detuvieron en su nariz recta, su mirada pálida pero expresiva, el pelo oscuro recogido en un austero moño, la barbilla pronunciada y elegante, el largo cuello asomando de una sencilla blusa blanca. Al cabo de unos segundos, sin embargo, caí en la cuenta de que aquella mujer no podría haber sido nunca mi abuela. Si mi abuelo se hubiera casado con la mujer de sus sueños, yo, sencillamente, no habría existido. Maria Emelia representa la imposibilidad de otro yo.

La diversidad de estilos y formatos de las distintas copias permite concluir que no las hizo todas en un mismo momento y que, por lo tanto, las encargó de forma muy premeditada. Para hacer copias de una foto sin negativo habría tenido que ir, al menos la primera vez, al estudio del «señor retratista», como decía él, en la plaza de la parroquia del Sagrado Corazón, a media hora andando. Luego había que esperar una semana y volver a darse el

paseo de una hora, entre ida y vuelta, para recoger el nuevo negativo y las copias. ¿Para qué quería tantas copias de la misma foto? ¿Y dónde está el negativo? ¿Soñó siempre con pintar su retrato pero no tuvo nunca el valor de hacerlo? ¿Qué innumerable cantidad de veces pasaron por sus manos en secreto esas fotos grises? ¿Por qué estaba el mejor retrato, el más grande, en un sobre sellado con saliva? No lo sé.

Recordé la vaga sospecha que me asaltó ante la *Venus del espejo* de Velázquez, durante la visita con mi hijo a la National Gallery de Londres, y le pregunté a mi padre si sabía dónde podía estar la copia de mi abuelo. A mí me parecía haberla visto en algún lugar de la buhardilla durante mi infancia. Juntos subimos la escalera ya un poco desvencijada de la buhardilla y, en un rincón, apoyados contra la pared, encontramos unos veinte lienzos sin enmarcar cubiertos de polvo. El penúltimo era la copia de la *Venus del espejo*. Lo sacamos a la luz, soplamos el polvo y allí estaba, desnuda y orgullosamente silenciosa, con toda su natural elegancia, la *Venus* de Velázquez.

Y, por todos los demonios..., la sangre me subió a la cabeza, porque el rostro que nos miraba desde el espejo no era el de la modelo de Velázquez, sino, indiscutiblemente, el que acababa de ver en la foto gris del sobre cerrado, la cara de los ojos pálidos pero vivos y alegres, la cara de Maria Emelia. Por eso me llamó tanto la atención en Londres que el pelo del original fuera más claro que el de la copia de mi abuelo... Con cierta sensación de mareo, comprendí que aquella copia, por mucho que fuera un calco del original, nunca había sido una copia, sino un acto de amor encubierto; el diestro copista que fue mi abuelo había modificado con suma delicadeza ciertos detalles para poderse imaginar desnuda a su amada, el mayor pecado, el objeto de su deseo más profundo, que no dejó de roer nunca su alma averiada. Pero el acto de amor no consistió en pintar su cuerpo, que en definitiva no había visto nunca, sino en poner su rostro en el espejo, un rostro que, al verse reflejado, tiene entidad propia, porque está separado del cuerpo. Allí estaba de pronto ante nosotros, bajo una nueva luz, aquel viejo lienzo polvoriento de doble lectura: la *Venus* de Velázquez con el rostro de la idealizada Maria Emelia. Bajo la coartada de la copia se escondía el original de su pasión, y, así, el arte de la imitación se transformó en la alegoría del

amor oculto que nunca pudo olvidar. Hay personas que, aunque lleguen casi a los cien años, no viven el tiempo suficiente para superar la conmoción del amor.

Ahora comprendo por qué llevaba ese cuadro tantas décadas en la buhardilla. A la casta Gabrielle se le pondrían los pelos como escarpas solo con verlo. Quién sabe si aquel retrato de su hermana como Venus desnuda, aquella mácula blasfema en el amor conyugal, fue el verdadero motivo del rechazo sexual al que sometió a mi abuelo. Nunca lo sabré.

Cuando volví a casa descubrí en la foto del sobre las tenues huellas de una cuadrícula trazada muy suavemente a lápiz y borrada luego con goma.

*

Una mañana del frío mes de mayo de 2012 me decido por fin a visitar el meandro del Yser a la altura de Tervate, más por acallar mi conciencia que por pensar que vaya a encontrar allí algo que no sepa ya desde hace tiempo por las memorias de mi abuelo.

Siempre me ha gustado el aire salitroso que se respira en los pólderes los días de niebla, ese olor reminiscente del mar que hubo allí un día. Tierras llanas como la superficie del agua, misteriosas y plácidas como lo que son: el lecho de un mar desecado. Agua salobre en los arroyos, salitre en la atmósfera, el intenso olor de los pastos y el ganado, la sencillez del campo y la tranquilidad que inspira, la reconfortante placidez de la vida rural, una vida despreocupada que se basta a sí misma. En este tipo de paisaje se arrastraban por el barro decenas de miles de soldados flamencos y alemanes, franceses e ingleses, barro que absorbía la humedad y se tragaba el agua, luego se secaba, crujía, se quebraba y levantaba polvo hasta que un chaparrón inesperado volvía a convertir el terreno en un lodazal húmedo y frío que emanaba vapores ácidos. Los pólderes en un día de mayo o septiembre: avefrías haciendo acrobacias sobre los campos, el áspero olor de los álamos, las granjas de cerdos, el horizonte visible desde cualquier ángulo. Mis sentidos sucumben al hechizo de la naturaleza.

Tervate es tan pequeño que apenas merece la denominación de aldea. Lo único que encuentra el GPS es la calle principal, la calle Tervate,

perteneciente al municipio de Diksmuide. También se puede llegar por Stuivekenskerke, otra aldehuela, pasando por delante de una granja señorial con un hermoso patio interior al que se accede a través de un portalón en forma de arco, un oasis de paz y elegante lugar de retiro donde actualmente hay un hotel con el nombre de Kasteelhoeve Viconia. En 1914, esa misma finca se conocía como granja Vicogne. Doy un paseo por los impecables caminitos del hotel, flanqueados por setos perfectamente podados. Me entero de que, durante la guerra, los alemanes ocuparon brevemente la granja original y quisieron establecer allí uno de sus cuarteles. Aquel lugar podría haber sido para ellos un punto estratégico de gran importancia desde donde elaborar sus planes para cruzar el maldito meandro del Yser, situado a trescientos o cuatrocientos metros escasos de allí. Pero el 24 de octubre de 1914 las tropas belgas redujeron a escombros la granja, poco después de haber hecho lo mismo con el puente del Yser y la iglesia de Stuivekenskerke. Con la destrucción de esos tres puntos estratégicos consiguieron detener por fin el avance alemán. Dado que mi abuelo fecha sus recuerdos de la batalla del Yser entre el 17 y el 24 de octubre de 1914, se puede concluir que tomó parte en esa contienda y que, por tanto, la granja que cita en su relato podría ser la granja Vicogne.

Por el camino que conduce al río no me cruzo con nadie. Tan pronto como se sale a la carretera —el dique del Yser—, se ve en la distancia el puente de Tervate, el cual constituía la frontera entre dos mundos: la Europa ocupada y la Europa de los aliados. En un letrero de información turística leo que *vate* significa «vado» —Tervate significa, por tanto, «en el vado»— y que en ese punto, debido a la poca profundidad del terreno, «la llanura del Yser es vadeable».

Aquí todo es visible. No hay ningún lugar donde esconderse en esta inmensa extensión de terreno llano. Para desaparecer había que meterse en la tierra, como las ratas y los topos, esa era la única forma de ocultarse bajo aquel cielo infinito. La línea del horizonte divide el panorama en aproximadamente tres octavas partes de tierra y cinco de cielo, la razón áurea, el ideal de pintores de paisajes y estetas. Bajo un cielo inconmensurable veo álamos, prados, cenagales, estrías formadas por aluviones, arroyos y, delante de mí, la funesta S que traza el río. Paisaje apacible, paisaje culpable.

Un poco más allá del puente, con el agradable y cadencioso cacareo de las gallinetas como sonido de fondo, encuentro un modesto monumento y le saco una foto para transcribir más tarde la leyenda:

A LOS SOLDADOS DEL
2.º BATALLÓN
1.ª COMPAÑÍA DE GRANADEROS
CAÍDOS EL 22 DE OCTUBRE DE 1914
DURANTE LA OFENSIVA LANZADA
POR ORDEN DEL COMANDANTE A. E. M.
GRAAF HENDRIK D'OULTREMONT

Letras doradas. En la base, alguien ha dejado una pequeña cruz de cartón duro con una rosa de plástico que, cada vez que pongo recta, vuelve a tirar la brisa. Desde un establo al otro lado del río llegan hasta mis oídos mugidos y del carrizo se eleva un sonido que hacía décadas que no oía: el exultante y alocado canto del carricero. Oigo incluso claramente a un cuclillo en la otra orilla, algo también excepcional. Según una vieja superstición, buen año espera a quien oye el canto de un cuclillo en primavera.

Naturaleza en estado puro. Silencio. Paz.

También él tuvo que oír esos mismos sonidos placenteros y lejanos, todos los soldados tuvieron que oírlos mientras esperaban acontecimientos muertos de miedo. Un mundo idílico en medio del infierno.

Paisaje silencioso, naturaleza indiferente, arrobo de los sentidos, el olvido de la tierra, el olvido de la tranquila corriente de agua que separaba la vida de la muerte. En esta mañana neblinosa de primavera, todas las aves son como almas de seres extraños proclamando algo que no entiendo. La mística del espacio y el tiempo. Qué mundo más extraño, este que habitamos.

Pasa un barquito llamado *Doesburg* y un animado grupo de holandeses saluda cortésmente al belga que los mira desde la orilla con un cuaderno de notas en la mano. Para ellos tal vez soy un simpático detalle de *couleur locale*. Algunas gaviotas se han aventurado tierra adentro en busca de cebo. En el agua turbia, justo debajo de la superficie, flota algo que parece la manga de algún tipo de prenda. Una furgoneta pasa embalada por la estrecha

carretera. La hierba de los pastos es tan alta que las vacas parecen hundidas en el verde de un cuadro de la época de Constable. El extraño meandro que forma el curso del río resulta muy engañoso. No siempre se sabe bien qué parte del terreno corresponde a la otra orilla. Debía de ser muy difícil determinar la posición de cada cosa. Uno podía pensar que el casco con pincho que asomaba por encima de la hierba ya estaba en este lado del río, cuando en realidad seguía en la otra orilla. Pero también podía ocurrir lo contrario: antes de que pudieras reaccionar, se te venía encima la personificación de la muerte gritando cualquier cosa en la lengua de Goethe. Majuelos en flor, correhuelas, ranúnculos, espadañas, tanaceto..., pero ni rastro de amapolas, ni una mancha roja entre los tonos verdes. *No poppies at all in Flanders Fields.*^[15] En nuestros días, las amapolas lo tienen más difícil, porque son flores que germinan y florecen sobre todo en tierra revuelta. Paradójicamente, las circunstancias de la guerra propiciaban su proliferación.

Nada produce un rumor tan apacible como los álamos a la orilla del río un día frío y tranquilo de mayo. Cormoranes, fochas, somormujos en el agua con ese tupé tan extravagante que los caracteriza, una garza apostada en una estaca que no alza el vuelo cuando me acerco y, en actitud vigilante, parece meditar sobre su incapacidad para meditar.

El puente de Tervate tiene una campana que suena cuando se va a abrir para dejar pasar los barcos. Su tañido se oye desde cientos de metros, de la misma forma que se oye el canto de un gallo en una granja situada más allá del puente. Todo se oye, todo se ve en esta calma chicha. Qué trampa más extraña y paradisiaca debió de constituir este paisaje poco antes de que las bombas lo transformaran en una papilla de escombros y barro. Vida y muerte convergen aquí en los sonidos de la naturaleza. ¿Qué pensaría un extraterrestre que aterrizara en nuestro planeta en este preciso instante y oyera por primera vez estos sonidos? El efecto debe de ser alucinógeno, hechizante, capaz de llevar al éxtasis a un cerebro para el que todo esto es nuevo. ¡El canto de un carricero! Qué cosa tan prodigiosa. ¿Cómo es posible que exista algo así?

Echo a andar por la carretera desierta que bordea el río. La única

protección que ofrecen estos campos es el dique un poco más elevado de la orilla de enfrente, que visto desde el lado de Stuivekenskerke, donde el dique es plano, constituye una importante barrera tras la cual se podían esconder los condenados alemanes. Para que las granadas dieran en el blanco, había que lanzarlas a ciegas describiendo una parábola. Después del disparo no quedaba otra que aguardar con esperanza la cosecha, oh tierra de Flandes.[16] Los belgas se defendían disparando desde lugares imprevisibles, desplazándose rápidamente tras el talud de tierra o por el entramado de trincheras cavadas a lo largo de todo el frente, irritando así a los alemanes y dándoles siempre buenos motivos para tomar represalias tan pronto como se despistaban un par de soldados del turno de guardia.

Hoy en día, por lo visto, este dique no es mucho más que una pista muy apreciada por los aficionados al ciclismo de competición. Cada poco tiempo, con la regularidad de un reloj, pasa uno a toda velocidad, resoplando, con la mirada fija en el asfalto, perfectamente uniformado según los cánones de nuestro tiempo —gafas de plástico, espectacular ropa deportiva, zapatillas caras y casco aerodinámico—, con una bicicleta carísima entre sus muslos de acero como un ave cortando el aire. Jóvenes deportistas que podrían ser los bisnietos de aquellos soldados con sus indumentarias pesadas como el plomo. La misma edad, otro planeta.

Sigo avanzando y en un momento dado creo poder señalar más o menos el lugar donde mi abuelo arriesgó su vida durante el asalto del dique. Cuando paso la curva del río comprendo también cómo pudieron ocultar una balsa tantos días a los soldados alemanes, o cómo podían organizar el avituallamiento sin que se enterase el enemigo. Todo lo determina ese doble meandro en forma de S que traza el río. Las leyes del campo de batalla, una partida de ajedrez entre el azar y la muerte.

Pasado el meandro hay un letrero que dice: «Los pescadores amantes de la naturaleza utilizan únicamente los puntos de pesca existentes y respetan la vegetación de la orilla del río». Aquí, donde hoy en día nadie le toca ni una hoja a las plantas, las raíces se hunden a gran profundidad en tierra fértil y abundante en nutrientes de un insólito tipo de abono conocido como ser humano, compuesto por una materia respetuosa con el biotopo que se

transforma fácilmente en humus. Que un lugar tan apartado y cubierto por un manto de silencio tan irreal se convirtiera en el escenario de semejante horror demuestra una vez más que la lógica de la guerra no obedece a ninguna norma de la naturaleza ni a ninguna ley del tiempo o del transcurso normal de los acontecimientos, y que el tiempo, al final, no tiene voluntad propia y apenas retiene nada de los empeños humanos.

Pasa otra embarcación de recreo, esta vez llena de colegiales con sus profesores. El barquito se llama *La estrella del Yser*. Qué original. La alegre comitiva saluda al hombre de la orilla y este incluso se molesta en devolverles el saludo. Qué remanso de paz. En esta inmensa llanura bastaba con subirse a un árbol para ver las trincheras del enemigo. El único problema era que no quedaba ni un solo árbol en pie. Ya solo había cráteres y tierra revuelta.



Hay un cernícalo atropellado pegado al asfalto. Un ciclista provoca un pequeño revuelo de plumas al pasar. ¿Fue Armando quien introdujo el concepto de paisaje culpable? ¿O fue Claude Lanzmann, con aquellos bosques traicioneros de su documental *Shoah*? Este paisaje, con sus cicatrices invisibles de una catástrofe que ya se ha tragado la tierra, podría ser en cualquier caso un cuadro de Anselm Kiefer. Aunque no, bien pensado no es un Kiefer. De ninguna manera. Las pinceladas son demasiado delicadas, demasiado amorosas. Se aprecian todas las flores y todas las hojas de las plantas. Es un cuadrito romántico, claro, cómo no me había dado cuenta

antes. Algo más propio de un pintor a la antigua usanza, un poco daltónico para el verde precisamente, aquí que hay tantas tonalidades de ese color y ni una sola mancha roja de una amapola que pueda inducirlo a error.

Pasado el lugar de desove de percas, rutilos, bremas y gobios (otro oportuno letrero informativo de color verde), encuentro pegada al camino, como si la hubieran puesto allí para él, una pequeña ermita mariana:

NO PASÉIS POR AQUÍ DE LARGO
OH PIES CAMINANTES
SIN PRESENTAR RESPETOS
A LA VIRGEN ANTES

Mientras estoy allí preguntándome cómo pueden presentar respetos a la Virgen unos pies, pasa retumbando un tractor de esos con unos apéndices que parecen antenas o patas de insecto, con los que luego rociará el campo de sustancias tóxicas. *No poppies anymore*. Ha pasado ya tanto tiempo... Hace un siglo de aquello y yo, con sus genes en mi cuerpo, me paseo por aquí más solo que la mismísima soledad, demasiado tarde para todo. Vuelvo a oír al cuclillo, ahora más cerca, tan alto y claro como en un sueño, y me sobresalto. Vuela por encima de los arbustos en este día frío de primavera, emitiendo el mismo canto de mi infancia, imitando el reloj de cuco de aquel salón siempre en penumbra. Mi abuelo alza los pesos de cobre y le dice a mi madre algo para mí inaudible sobre el paso del tiempo.

*

Durante sus últimos años había una pieza de música con la que se conmovía más que con ninguna otra, una partitura capaz de trasladarlo a un lugar imaginario en el que se aislaba por completo de nosotros hasta que sonaba la última nota: la música para *ballet* de *Rosamunda*, de Schubert. Desconozco el motivo por el que le llegaba tan adentro esa melodía un tanto almibarada pero de fluidez muy natural. No sé si tenía recuerdos concretos asociados a ella, si alguna vez la habían interpretado en un concierto al que hubiera asistido en compañía de alguien, o si ocurrió algo mientras sonaba a

través del altavoz marrón de radiodifusión por cable que tenía todo el mundo atornillado a la pared en los años cincuenta. En aquel tiempo no se publicaba una programación detallada de las emisiones, de modo que, si sonaba *Rosamunda*, en la mayoría de los casos era de forma imprevista. Su respiración se transformaba entonces en una especie de llanto ahogado y se tapaba la cara con las manos. Inspirando con dificultad, trataba de recuperar el control de su aliento, que se iba ralentizando progresivamente hasta que, medio asfixiado como su padre, encontraba un ritmo que le permitía a su organismo reconciliarse de nuevo con lo que fuera que sacudía su ánimo de aquella manera.

Todo empezaba al sonar las notas de esa vivaz pieza de *ballet* en la que se oye algo así como una danza de hadas, seguida de la cadencia más sombría de una réplica masculina que primero se diluye hasta quedar solo un retal de melodía y luego vuelve a recuperar el ritmo de danza. Pero el epicentro de su extraño arrebató emocional —que le turbaba los sentidos hasta el punto de que el mundo a su alrededor dejaba de existir— se encontraba en el tercer entreacto. Ese andantino, en el que la melancolía se funde de manera tan natural con una cálida sensación de amparo, tendió sobre los recuerdos de mi infancia un velo tan inequívoco de nostalgia y belleza distante, que siempre que miro uno de los muchos dibujos al carboncillo que hizo con la técnica del *sfumato*, en los que, sobre el papel ya amarillento, una figura femenina parece volatilizarse tras un cristal sucio, lo veo a él en medio de su propio paisaje, junto a un manantial oculto en algún lugar recóndito de un bosque alemán imaginario. Lleva puesto su borsalino y veo que respira con dificultad. Pero no, no oigo nada, absolutamente nada, hasta que, a lo lejos, suenan las primeras notas de este andantino y empiezan a aparecer imágenes, escenas de una época de tonos grises y pocas palabras en la que lo normal era vivir con secretos, porque los secretos eran lo que moldeaba la vida, golpeándola duramente con la debilidad encubierta de sus deseos reprimidos. Con la segunda pieza de *ballet* de *Rosamunda*, el andantino en sol mayor con el que concluye la obra, parecía calmarse de nuevo. Un regreso a la liviandad pastoral tras la melancolía, su estado de ánimo más característico. Tal vez se podría decir que Schubert, por su carácter, era su alma gemela por excelencia. La naturaleza sombría del músico, sus anhelos eróticos exaltados y su

tendencia a recluirse en la vida interior, consecuencia de su trágica historia vital, constituían una combinación de factores que podía contar con la simpatía de mi abuelo. Schubert fue pobre durante toda su vida y su desarrollo creativo sufrió bajo la amenaza del servicio militar. Además, era tocayo del padre de mi abuelo, que también murió demasiado joven. La música del compositor vienés combinaba de algún modo cierta ingenuidad con una profunda sensibilidad, daba expresión a una forma sombría de entender la vida y, al mismo tiempo, ponía de manifiesto la enorme emotividad del autor, todas ellas facetas de su carácter reflejadas en ese andantino tan inocente. Incontables fueron los domingos en que mi abuelo escuchó esa música y todo se detuvo a nuestro alrededor. ¿O fueron solo dos o tres veces que mi memoria ha transformado en una vida entera?

No hay respuesta posible a tantas preguntas. Pero que justo el día que me llevé de casa de mi padre la caja de latón con la foto de Maria Emelia tras haber visto por primera vez su rostro, que justo entonces, volviendo a casa, sonara en la radio del coche *Rosamunda* me produjo tal conmoción que casi me salgo de la carretera, me aceleró tanto el corazón que sentí pulsaciones en las sienes, y cuando me detuve en el arcén y, con manos temblorosas, volví a abrir la caja y saqué la foto, algo emergió en mi interior, como si mi abuelo muerto tomara posesión de mi cuerpo cual diablo benigno y me inundara con los sentimientos de su mundo interior, un mundo que siempre había estado cerrado para mí, y permanecí inmóvil, embrujado, con un nudo en la garganta, mordéndome el labio inferior, hasta que terminó el andantino de siete minutos y el locutor, tras repetir lo que acabábamos de escuchar, anunció algo de Paganini, un compositor a quien siempre he aborrecido por la arrogante osadía de su virtuosismo vacío. En el retrato de Schubert que pintó Wilhelm August Rieder en 1875 (es decir, casi medio siglo después de su muerte, basándose en una pintura al pastel de cincuenta años antes), el músico, que entonces tenía veintiocho años, aparece con una pluma en la mano derecha y el codo apoyado encima de una partitura. En la mirada tiene el aplomo de quien sabe lo que quiere. Lleva una enorme pajarita sobre una impecable camisa blanca, tiene aspecto sano y parece estar de buen humor. Por aquella época, Schubert rechazó un trabajo de compositor de corte para no comprometer su libertad artística y posa para el pintor con la misma

seguridad que trató de transmitir mi abuelo en su poco afortunado autorretrato con la paleta de pintor en la mano izquierda.



*

Durante sus últimos años, pintar le resultaba cada vez más difícil. Le dolían las articulaciones a causa de la artrosis, tenía los dedos agarrotados y apenas era capaz de sostener el pincel. Las cataratas le nublaban la vista, por lo que cada vez tenía que trabajar de forma más intuitiva. En algunas ocasiones se veía incluso obligado a extender la pintura con los dedos, creando así manchas impresionistas, él que siempre había denostado la técnica pictórica de esos pintamonas modernos, él, pequeño maestro del detalle y la dedicación, el hombre que había pintado minuciosamente la saxífraga umbría, delicadísima y minúscula flor blanca conocida como «la desesperación del pintor». En sus pequeños y esporádicos lienzos empezaron a aparecer formas extrañas allí donde debía haber caras. Con la misma torpeza que un niño que experimenta por primera vez con óleo, en el insólito lenguaje de las yemas ya ciegas de sus dedos temblorosos, pintaba ingenuos cochecitos con ruedas abombadas aparcados en el tramo del Escalda que se veía desde su ventana, o trataba de reproducir a una cortesana medio desnuda de un cuadro de Tiziano que acababa convertida en el espectro difuso de una especie de Degas, sin que él pudiera ver la ironía de todas esas pequeñas

tragedias. Rígido como una tabla, martirizado por el dolor de espalda, se movía pasito a pasito arrastrando los pies por las baldosas ajedrezadas de la cocina. Sentado en su mecedora, pegaba tanto la cara al periódico que parecía querer oler las noticias. Comía como un pajarillo y con frecuencia canturreaba entre dientes. Ya no alcanzaba a cortarse las uñas de los pies — amarillentas y duras a causa de los hongos— ni era capaz de ponerse y quitarse él solo los calcetines. Al final ya ni siquiera podía lavarse. Tras mucho insistir, mi madre obtuvo permiso para darle un baño una vez por semana, y, cuando se metía en la bañera, a veces no quería quitarse el sombrero, porque siempre se quejaba de que había corriente, en todas partes había corriente, incluso en días cálidos de verano sin la más mínima brisa, como si se hubieran abierto en su vida grietas que dejaban pasar el aire; un anciano frágil y desnudo con un sombrero negro en la bañera, una espalda llena de cráteres y cicatrices expuesta únicamente a los ojos y las manos de su hija.

Muchas noches había que llamar al médico, porque cada vez era más frecuente que le faltara el aire. El doctor Rombouts, como se llamaba el galeno de imponentes cejas y mata de pelo gris al estilo de Beethoven, era escultor aficionado y, a la tenue luz de una lámpara de noche antigua, los dos caballeros charlaban en voz queda sobre la doctrina ideal de la anatomía, el hombre de Vitruvio y las proporciones matemáticas del arco de Palladio. Poco antes del amanecer, el médico volvía a casa tal como había llegado: con el traje impecable y el nudo de su aparatosa corbata un poco suelto, pero sin llegar a perder nunca la elegancia. Antes de salir volvía la cabeza hacia su anciano paciente, que respiraba agradecido ahora que la inyección de cortisona empezaba a hacer efecto, y le decía: «Pórtese bien, sargento mayor Martien», a lo cual respondía mi abuelo con una especie de risita sofocada, inclinando la cabeza como un caballo frente a una alambrada. Hacia las siete y media de la mañana estaba ya esperando a que viniera mi madre a terminar de vestirlo para sentarse a su mesita a tomar un café con una sencilla tostada y escribir las cosas que yo leería varias décadas más tarde o, con dedos temblorosos y mucho esmero, intentar trazar el contorno de un rostro medieval; entonces levantaba la mirada de su papel lleno de manchas y decía: «El tal Durero era un genio, ¿no te parece?»

*

Había una vieja canción inglesa sobre un abuelo con un reloj de péndulo que se detenía de forma definitiva al morir el buen hombre. Cuando yo era niño, a veces se la oí cantar:

*My grandfather's clock
Was too large for the shelf,
So it stood ninety years on the floor...*

Dando golpes en su mesita con la palma de la mano, marcaba el ritmo del estribillo.

*But it stopped (pum, pum) short (pum, pum)
Never to go again
When the old man died (pum... pum).*

Años después escuché una versión en un vinilo que le había regalado uno de sus hermanos y no supe qué me había querido decir aquella canción durante tantos años de boba inocencia.

*

Hay muchas cosas en este planeta que no dejan nunca de asombrar, sobre todo cuando uno empieza a observarlo todo a la luz de un adiós tal vez inminente. Por ejemplo, cómo se mueven las moléculas de agua creando el más sutil juego de luces al caer la tarde en una bahía del sur —pongamos que en la playa de piedras de la pequeña ciudad italiana de Rapallo—, cuando el viento se ha calmado y las nubes del crepúsculo despliegan una amplia gama de magentas con reflejos de un azul cada vez más oscuro, y cómo ciertas criaturas con ojos y conciencia —dos herramientas de complejidad inconcebible que les ha permitido adaptarse a ese singular biotopo— lo consideran todo muy normal y respiran sin darle ninguna importancia el aire de un ecosistema para el cual están perfectamente diseñados.

Al final de su vida, mi abuelo era ya un observador muy entrenado.

Nunca había dejado de asombrarse. Es más, parecía que su capacidad de asombro alcanzaba nuevas cimas con los años. Poseía esa fantástica facultad de los ancianos de experimentar con cada nuevo día una alegría inexplicable por el simple hecho de seguir vivo, formando parte de algo que era muy superior a él y que, al parecer, no tenía inconveniente en que siguiera en el mundo. Creo que puedo decir incluso que en esos últimos años, ya libre de toda preocupación, encontró por fin la felicidad, una felicidad de la que, sin embargo, apenas hay indicio alguno en el sombrío estatismo de su autorretrato con sombrero en la mano, con su sempiterna pajarita negra sobre una camisa blanca y traje negro azulado. Su mirada es áspera, incluso fría y distante, y el conjunto no tiene comparación posible con la vibrante impresión que causa el tierno retrato de su esposa, de modo que el autorretrato, que está colgado a su lado, contrasta por su vacuidad y falta de alma. En el retrato de Gabrielle puso todo lo que quería darle a su mujer, pero al pintarse él mismo es como si se hubiera representado vacío, no consiguió darse vida a través del espejo que reflejaba su imagen todos los días, por muy hondo que se mirase a los ojos. El drama que supuso su fracaso al pintarse a sí mismo es algo que también se me fue revelando gradualmente con el paso de los años, y ahora, cuando miro los dos retratos, veo en ellos una metáfora de la tragedia innombrable que unió a estas dos personas durante una vida entera.



Unos años después hizo un nuevo intento en el que aparece con el retrato de Gabrielle detrás de él (y al otro lado un bodegón, lo cual no deja de tener su ironía). Al igual que en el primer autorretrato, tiene la cabeza descubierta, como si se hubiera quitado el sombrero delante del espejo. Esta vez posa de frente. En la mano izquierda tiene la paleta de pintor, y lo raro es que la sostiene casi en vertical, como si fuera un escudo con símbolos secretos que nos quiere mostrar señalándolos con el pincel, como si tuviera que rendir cuentas de sí mismo con ayuda de ese objeto. Parece cualquier cosa menos el atributo romántico del pintor realista que fue siempre. En su actitud no queda nada del aire desabrido que muestra en el otro autorretrato. En esta imagen me imagino a mi abuelo más bien como una especie de Aduanero Rousseau, el pintor naíf de animales oníricos y vegetación exótica. Su mirada ya no es áspera sino penetrante, y su pose, aunque artificial, resulta conmovedora. Sus hombros son más estrechos. Sus ojos azules clavados en el espectador constituyen el núcleo del cuadro. La mano derecha se diría que es de un hombre joven, y el pincel casi parece suspendido sobre sus dedos, como un cuerpo sin peso, igual que la pluma en la mano de Schubert.



*

Allí donde fracasó en los autorretratos, triunfó en su copia del hombre del yelmo de oro. La penumbra que lo envuelve, la espectacular luz que emiten

los reflejos dorados del casco, todo en ese sombrío retrato de un militar retirado define con precisión el carácter de mi abuelo durante sus últimos años. Y una vez más nos dejó un enigma en una copia, porque la mirada de la pintura original es clavada a la suya propia cuando creía que nadie lo veía y se quedaba mirando al vacío, perdido en Dios sabe qué pensamientos. Y si no consiguió erradicar de su primer autorretrato al militar que llevaba dentro —y por eso fracasó en su intento de representarse a sí mismo—, triunfó por todo lo alto al lograr que prevaleciera el pintor sobre el militar en su copia del falso Rembrandt, un cliché de la pintura copiado por infinidad de aficionados. La verdad de la vida se oculta muchas veces en cosas que nadie asocia con la autenticidad, cosas mucho más sutiles que la moral y las ideas cuadradas de las personas. La vida, al igual que el copista que fue mi abuelo, representa la verdad con juegos de ilusionismo.



*

Esa paradoja fue la constante que definió su vida: el conflicto entre el militar que fue obligado por las circunstancias y el artista que le habría gustado ser. Guerra y trementina. La paz interior que alcanzó durante sus últimos años le permitió desprenderse poco a poco de sus traumas. Sus

oraciones a la Virgen de los Dolores tenían un efecto balsámico en él. La última noche de su vida, antes de subir a su dormitorio del entresuelo y meterse en la cama, le dijo a su hija: «Hoy he sido muy feliz, Maria.» Ella asintió y le dio un beso de buenas noches.

Según su costumbre, dejó su borsalino encima de su mesita, junto a la ventana, y se quitó el blusón. A continuación se desató la pajarita y la colgó con cuidado en el respaldo de la silla. Luego se quitó la camisa blanca y la camiseta interior, y quedaron al descubierto los cráteres morados de su espalda, las cicatrices de los duros años en la fundición. Al quitarse los calzoncillos largos quedaron a la vista dos cráteres más, uno en la carne flácida de su bajo vientre, junto a la ingle, y otro en el pellejo del muslo, condecoraciones grabadas en su cuerpo en memoria de sus actos heroicos. Finalmente se puso su camisón de franela y se acostó. Debió de ser al amanecer cuando se sintió indispuerto. Vomitó en el cubo blanco de hierro esmaltado que tenía junto a la cama, pero no echó ningún alimento, apenas un poco de bilis, no más que una secreción producida por un mal sueño. Volvió a tumbarse y se sintió un poco sofocado. Trató de tomar aire con un mohín de pez en los labios. En algún lugar de su sueño quedó enredado en un arbusto, un arbolillo de ramitas delgadas con espinas que a duras penas aguantaba los embates del viento. Atrapado como un animal herido, abierto de brazos y piernas como una bestia desollada, exhaló el último suspiro. Todas las luces de su cabeza se apagaron gradualmente, hasta que solo quedó una oscuridad nueva, desconocida. Así, durmiendo pacíficamente en su propia cama, murió el audaz héroe del Yser setenta años después de exponer su vida infinidad de veces al fuego enemigo. Su hija lo encontró un par de horas después con una expresión de absoluta serenidad y la boca un poco abierta, como si se hubiera llevado una postrera y grata sorpresa con lo último que vio antes de cerrar definitivamente los ojos. Por el ventanuco del dormitorio, orientado al este, entraba la luz de la mañana. En el jardín florecían lirios de intenso color azul y en la ciudad tañían las campanas por Pentecostés. Mi madre lo tocó suavemente. Todavía estaba caliente, nos dijo luego llorando.

*

Así, convertido ya en un retazo del pasado en un bosque de recuerdos, se eleva más liviano que un penacho de humo arrastrado por el viento. Al llegar a las puertas de su anhelado cielo, ansioso por reunirse con sus seres queridos, se cuadra como si estuviera otra vez ante el médico castrense en el cuartel y espera a que le den permiso para entrar.

—*Sergent-major Marshián?* —pregunta San Pedro buscando en la interminable lista de veteranos de la Primera Guerra Mundial.

Él se lleva la mano a la sien y contesta:

—*Non, mon commandant.* Se pronuncia Martín, no Marshián. *À vos ordres.*

CRÉDITOS DE LAS ILUSTRACIONES

página 17: Colección personal del autor.

página 25: Colección personal del autor.

página 31: Retrato de Arthur Schopenhauer, archivo de la Biblioteca de la Universidad de Frankfurt am Main.

página 35: *El buey desollado*, Rembrandt Harmenszoon Van Rijn, 1655. Foto © Leemage / Getty Images.

página 46: *Venus del espejo*, Diego Velázquez, c. 1648. Foto © M. Carrieri, De Agostini/Getty Images.

página 51: Colección personal del autor.

página 67: Colección personal del autor.

página 70: *Patinadores*, Emile Claus, Real Museo de Bellas Artes de Amberes, Museo de Bellas Artes de Gante. Foto © Hugo Maertens, Art in Flanders, www.lukasweb.be.

página 72: Colección personal del autor.

página 78: Colección personal del autor.

página 80: Retrato de Peter Benoit, Real Museo de Bellas Artes de Amberes, Museo de Bellas Artes de Gante. Foto © Hugo Maertens, Art in Flanders, www.lukasweb.be.

página 84: Colección personal del autor.

página 93: *El cuarto estado*, Giuseppe Pellizza da Volpedo, Associazione

Pellizza da Volpedo.

página 169: Colección personal del autor.

página 172: Colección personal del autor.

página 286: Colección personal del autor.

página 305: *Retrato de una mujer joven llamada «La Bella»*, Palma el Viejo. Foto © Heritage Images/Getty Images.

página 310: Colección personal del autor.

página 321: Colección personal del autor.

página 329: *San Martín dividiendo su capa*, Anton Van Dyck, c. 1621, Iglesia de San Martín, Zaventem, Bélgica.

página 341: Colección personal del autor.

página 352: Colección personal del autor.

página 356: *Retrato de Franz Schubert*, Wilhelm August Rieder, 1875. Foto © Leemage / UIG / Getty Images.

página 360: Colección personal del autor.

página 361: Colección personal del autor.

página 362: *El hombre del yelmo de oro*, atribuido al círculo de Rembrandt, c. 1650. Foto © Dea Picture Library / De Agostini / Getty Images.

NOTAS

[1] Regionalismo del neerlandés de Flandes, hoy anticuado, que viene a significar «pintor de brocha gorda» o «pintamonas», utilizado para referirse en sentido despectivo a quien pinta con ambición artística sin tener habilidad para ello. (*N. del T.*)

[2] Término no registrado en ningún diccionario con el que el abuelo del autor se refería despectivamente a los trabajadores proletarios aficionados al alcohol. Se compone de dos elementos: *klep* significa metonímicamente «gorra», atributo de los obreros de finales del siglo XIX y principios del XX, y *sjies* es un localismo de Gante que significa «torcido». *Klepsjiesen* eran por tanto obreros industriales que llevaban la gorra torcida por haber bebido más de la cuenta. (*N. del T.*)

[3] Otro término del peculiar lenguaje del abuelo del autor que tampoco aparece registrado en ningún diccionario. Hace referencia, con sentido despectivo, al estrato de gente más grosera y vulgar de la sociedad (la chusma). Su etimología no está clara, pero podría venir de *krioelen*, que guarda relación con «plaga». (*N. del T.*)

[4] Con el término «movimiento flamenco», de sentido muy amplio, se

hace referencia a todas las asociaciones o personas que, de una manera u otra, defienden los derechos de la comunidad flamenca en el contexto de Bélgica. A finales del siglo XIX y principios del XX, uno de los principales caballos de batalla del movimiento era la oficialidad del neerlandés. (*N. del T.*)

[5] Término derivado del italiano *ulivello* (en neerlandés *ulevel*, plural *ulevellen*). Son unos caramelos tradicionales belgas que hoy en día todavía se encuentran en confiterías artesanas. Antiguamente solían venderse con un envoltorio en cuyo interior se imprimía un versito infantil. (*N. del T.*)

[6] La traducción es libre. El término neerlandés original (*muilentrekker*) habría que traducirlo como «persona que hace muecas exageradas». Hace referencia a unos caramelos tan ácidos que quien se los mete en la boca empieza a hacer extraños visajes, como si se le hubiera desencajado la mandíbula. De ahí su nombre. (*N. del T.*)

[7] En Flandes se conoce a Gante popularmente como *de fiere stede*, cuya traducción más literal sería «la ciudad orgullosa» o «la ciudad ufana», en el sentido de satisfecha de sí misma, alegre, feliz. (*N. del T.*)

[8] La traducción del título es literal, para no perder la alusión al hielo. En neerlandés, la denominación «pájaro de hielo» (*ijsvogel*) designa al ave conocida en español como alción o martín pescador común. El título neerlandés, por lo tanto, encierra un doble sentido. (*N. del T.*)

[9] El autor cita el verso 57 del canto III de la primera parte de *La divina comedia* de Dante Alighieri (*che morte tanta n'avesse disfatta*). La traducción, sin embargo, es propia y está ligeramente adaptada a las necesidades de la narración, sin desviarse por ello de la intención original del texto de Dante. La adaptación es necesaria porque en la versión neerlandesa de *La divina comedia* el verso citado tiene sentido completo. En español, sin embargo, al igual que ocurre en italiano, para que la cita tenga sentido gramatical no queda más remedio que ampliarla con parte del verso anterior. (*N. del T.*)

[10] En el neerlandés popular de Flandes, *Bommerskonten* es un pueblo ficticio que se utiliza en todo tipo de expresiones y chascarrillos para referirse a un lugar lejano, irrelevante o desconocido. En este caso, por tanto, la madre de Urbain llama a su hijo cariñosamente «héroe anónimo», «héroe de un lugar desconocido» o «héroe de hazañas irrelevantes». (*N. del T.*)

[11] Literalmente, «Al campo» (en neerlandés *Te velde*). Toque militar de trompeta específico del ejército de Bélgica cuyo origen se remonta al menos a 1804, fecha en la que está documentado en un decreto imperial de Napoleón. (*N. del T.*)

[12] Periódico belga, francófono y francófilo, publicado entre 1895 y 1940. Como curiosidad, en un suplemento de este periódico se publicó la primera historieta de *Las aventuras de Tintín*, en el año 1929. (*N. del T.*)

[13] En neerlandés *De Legerbode*. Periódico neerlandófono de distribución gratuita publicado por el Ministerio de la Guerra de Bélgica entre septiembre de 1914 y 1918. Desempeñó un papel importante en la distribución de información y propaganda entre los soldados. (*N. del T.*)

[14] Se trata de uno de los lemas más conocidos del movimiento flamenco. En neerlandés *Hier ons bloed, wanneer ons recht?* (Aquí [tenéis] nuestra sangre. ¿Cuándo [tendremos] nuestra justicia?). En 1918, un grupo de soldados flamencos escribió ese texto con pintura roja en una fuente destruida por las bombas en Merkem, un pueblo situado en el frente, como protesta por la discriminación que sufría el neerlandés a pesar de ser lengua oficial desde 1898. La fuente se trasladó más tarde a la primera torre conmemorativa del Yser y se acabó convirtiendo en un símbolo de la comunidad flamenca. (*N. del T.*)

[15] El autor parafrasea el famoso poema «In Flanders Fields» (En los campos de Flandes), escrito por el soldado canadiense John McCrae. Debido a la popularidad de ese poema, la amapola se acabó convirtiendo en símbolo conmemorativo de la Primera Guerra Mundial. (*N. del T.*)

[16] El autor parafrasea los famosos versos del poeta flamenco Cyriel Verschaeve grabados en la primera torre conmemorativa del Yser. El poema dice: «Aquí yacen sus cuerpos / como semillas en la arena / aguarda con esperanza la cosecha / oh tierra de Flandes» (*Hier liggen hun lijken / als zaden in 't zand / hoop op de oogst / o Vlaanderenland*). (*N. del T.*)